


se

La secta



MAX EHRLICH

Lectulandia

Con extraordinaria habilidad y gran fuerza narrativa, Max Ehrlich aborda en esta obra uno de los fenómenos más inquietantes de nuestra época. Es una historia estremecedora pero verosímil que podría ocurrirle a cualquier adolescente... o a cualquier adulto.

Jeff Reed, de dieciocho años, emocionalmente inestable, busca un sentido a su vida y se une a las «Almas de Jesús», una secta religiosa en la que cree hallar la respuesta a sus dudas y problemas. El dirigente de la secta es el carismático reverendo Buford Hodges, un hombre cuya vida y actividad religiosa están envueltas en el misterio y la controversia. Para los miles de jóvenes que son sus fieles discípulos, es un auténtico líder religioso; para los padres de los muchachos y muchachas, es un farsante que les ha arrebatado a sus hijos, les ha lavado el cerebro y les ha apartado de la sociedad tradicional. Cuando los padres de Jeff tratan de hacer entrar en razón a su hijo, comprueban que sus argumentos son inútiles, hasta que deciden finalmente secuestrarle. Ello da lugar a una espectacular batalla judicial en la que salen a la luz todos los aspectos de la libertad religiosa, de los derechos de los padres sobre los hijos y del derecho de los recién llegados a la mayoría de edad a elegir la forma de culto que mejor les parezca.

Por su exposición detallada de las actividades de estas nuevas y extrañas sectas religiosas —en sus aspectos económicos, sexuales, psicológicos—, y por el análisis de los problemas morales y legales relacionados con ellas, «La secta» es una visión dramática y fascinante de uno de los más complejos fenómenos de nuestro siglo.

Lectulandia

Max Ehrlich

La secta

ePub r1.0

Titivillus 13.04.2018

Título original: *The Cult*
Max Ehrlich, 1978
Traducción: Esther Donato
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Margaret

«Ellos se regocijan cada vez que les recuerdo que Jesús y yo andamos de perfecto acuerdo, y yo me regocijo cuando ellos ungen mí frente con dólares».

BUFORD JOE HODGES, renacido con el nombre de «el maestro»

AGRADECIMIENTOS

Margaret Druckman, mi colaboradora en los aspectos de investigación y recogida de datos, ha trabajado incansablemente conmigo en la preparación de este libro, y sus críticas me han sido de un valor incalculable, Don Flint, tutor del Instituto de Enseñanza Media de San Marcos, y Gil Horne, psicólogo, miembros ambos de la Unión de Escuelas Municipales de Santa Bárbara, me han informado sobre diferentes facetas del comportamiento juvenil. El abogado Gerald Levie, de Los Ángeles, me ha ayudado con paciencia y generosidad en cuestiones de derecho penal. Linda Price, Marc Jaffe y Peter Schwed, mis asesores editoriales, me han ayudado, a su manera, a hacer realidad este libro, y Scott Meredith, también a su manera, ha aportado su contribución a la tarea.

A todos, mi agradecimiento.

La organización denominada en esta novela «Almas de Jesús» es enteramente fruto de mi imaginación, así como el mismo nombre, y no tengo conocimiento de ningún grupo ni organización que posea similitud alguna con las Almas de Jesús. Todos los personajes y hechos de este libro son imaginarios, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con organizaciones o hechos reales es pura coincidencia.

PRÓLOGO

En algún momento durante la noche, había cesado de nevar.

Las huellas de pisadas que se dirigían hacia el árbol estaban casi cubiertas de nieve. Dentro de poco, el viento helado arrojaría más nieve sobre ellas, y quedarían completamente borradas.

El árbol, solo en medio del blanco páramo, era un arce de corteza gris. Se erguía, alto y majestuoso, como un centinela solitario cuya silueta se recortase en el triste amanecer de invierno. Había perdido hacía tiempo sus hermosas galas otoñales, y sus ramas, oscuras y desnudas, crujían y se agitaban a cada ráfaga de viento.

El cuerpo pendía de una rama baja.

Era el cadáver de una joven, medio cubierto por un hábito monacal de paño gris. La prenda estaba abierta por delante, dejando ver el cuerpo desnudo, flaco y lastimoso. La capucha cubría parcialmente el rostro contraído, deformado por la agonía.

La piel había empezado a adquirir un tono azulado. El cuerpo tenía el aspecto rígido e inmóvil de un espantapájaros. El pie izquierdo llevaba una sandalia, y el derecho estaba descalzo. En el momento decisivo, la sacudida había hecho caer la sandalia, que estaba en el suelo, medio enterrada en la nieve.

La muchacha colgaba de la rama como un juguete roto, con las piernas grotescamente abiertas. En el vello del pubis comenzaban a formarse pequeños, impúdicos carámbanos.

Atado a la rama y rodeando el cuello de la joven había un cordón de color verde. Era el cinturón con el que se cerraba el hábito, que ella había usado para ahorcarse.

De vez en cuando, al soplar el viento, el cuerpo se balanceaba un poco, y el cordón crujía débilmente, como coreando a las desnudas ramas del árbol.

PRIMERA PARTE

1

El Diablo estaba echado en la cama, de espaldas, fumando un cigarrillo.

Fumaba perezosamente, haciendo anillos de humo, mirando como ascendían por el aire y se aplastaban después contra el techo. De vez en cuando, consultaba el reloj y fruncía el ceño.

El Diablo esperaba una llamada telefónica.

No tenía cuernos, ni tampoco cola. Y, naturalmente, se había inscrito con otro nombre en el registro del hotel. Pero había quienes le consideraban, literalmente, como el propio Satán. O, para ser más exactos, como la encarnación humana de Satán. Aquellas personas le maldecían a diario en sus oraciones; aconsejaban a los jóvenes inocentes y crédulos que estuviesen siempre en guardia, que no prestasen oídos a los atraentes susurros del Anticristo, que no cayesen en las trampas que les tendía. Con gusto le hubieran enviado para siempre al infierno. Pero sabían, claro está, que eso hubiera sido inútil, pues, al fin y al cabo, el infierno era su hogar.

Quienes le conocían bien sabían que el Diablo no tenía una residencia fija en la tierra. Hoy estaba en Nueva York y mañana podía estar en Chicago. O en St. Louis. O en Miami, en Houston, en Seattle... No estaba en ninguna parte y estaba en todas partes. Su trabajo no se acababa nunca. Lo realizaba con diligencia y tenacidad, y siempre atacaba por sorpresa.

El hombre a quien llamaban el Diablo, el Maligno, Satán, Lucifer, el Anticristo, o a veces simplemente *él*, iba camino de los cincuenta años. Pero, aun a aquella edad, poseía el cuerpo duro y esbelto de un atleta. Era el tipo de hombre que agradaba a las mujeres e inspiraba confianza a los hombres. Según le conviniera sabía mostrarse frío como el acero o absolutamente encantador. Sus facciones eran toscas; tenía unos ojos de un azul brillante, capaces de chispear a veces como puñales, y el cabello castaño claro. Era un rostro que podía pasar desapercibido entre otros muchos, lo que para él representaba una ventaja. Poseía toda la astucia natural que se le pudiese suponer al Diablo en persona, además de una inteligencia rápida, facilidad de palabra y un gran dominio del arte de la persuasión. Sabía cuándo debía razonar amablemente y cuándo debía saltar como un tigre.

Por fin sonó el teléfono.

Sin apresurarse extendió un brazo y cogió el auricular. Desde el otro extremo de la línea, una voz masculina, temblorosa, dijo:

—Soy Williams. Stanley Williams.

—Se ha retrasado usted...

—Sí. Estaba dándole vueltas al asunto.

—¿Y bien?

—He decidido aceptar el trato.

—¿Sin más regateos? ¿Acepta usted mis condiciones?

—La cifra que usted pide es exorbitante.

—No si se tiene en cuenta el servicio que voy a prestarle. Todavía puede echarse atrás, señor Williams...

—No. Estoy de acuerdo.

—Muy bien. Antes que nada: ¿es usted consciente de que se trata de un asunto peligroso?

—Sí.

—Si sale mal, puede verse en un serio aprieto...

—Ya lo sé. Pero estoy dispuesto a correr el riesgo —le temblaba algo más la voz—. Estaría dispuesto a arriesgar todo lo que tengo.

—Le comprendo perfectamente. Yo en su lugar haría lo mismo. Bien, en nuestra última entrevista, estuvo usted de acuerdo en seguir mis instrucciones al pie de la letra. Esto es esencial. ¿Lo recuerda?

—Sí.

—¿Ha hecho todos los preparativos?

—Sí. Estamos dispuestos para recibirle.

—Tomaré el primer avión.

—Si me dice la compañía y el número del vuelo, iré a buscarle al aeropuerto...

—No. El aeropuerto es un lugar público. Demasiadas miradas. Es más prudente que no nos vean juntos. Espéreme sin hacer nada. Yo me pondré en contacto con usted —concluyó el Diablo, y colgó.

Se abrochó el cuello de la camisa y se puso la corbata y la americana. Y unas gafas oscuras. Siempre las llevaba para viajar, fuese de día o de noche. Tenía una bolsa ya preparada. El Diablo viajaba siempre con poco equipaje. En la bolsa sólo faltaba una cosa.

Se dirigió a la cómoda y tomó una Biblia. Las tapas del Libro Sagrado estaban muy gastadas; había sido usado muchas veces. El Diablo no iba a ninguna parte sin él.

Bajó en el ascensor y anunció su marcha en recepción. Pagó la cuenta en metálico.

Salió a la calle, tomó un taxi y le dijo al chófer:

—Al aeropuerto Kennedy.

Se recostó en el asiento y miró por la ventanilla. La llovizna que caía desde

hacía unas horas se había convertido en una lluvia intensa. Era la hora de comer, y había mucha gente por la calle; todo el mundo se subía el cuello de la americana, abría el paraguas, corría a refugiarse o se ponía a buscar un taxi. El taxista comenzó a rezongar ante el embotellamiento que se había formado en el cruce.

El Diablo no se fijaba en lo que ocurría a su alrededor. Estaba profundamente absorto en sus pensamientos. Empezaba a sentir aquella conocida excitación, rayana casi en la euforia. Ya estaba en camino. Todo estaba dispuesto. El trato estaba hecho.

«Allá vamos otra vez —pensó—. Vamos a robarle otra alma a Jesús».

Y, después de aquélla, vendría otra, y otra, y otra.

Pagó el taxi, entró en la terminal, se dirigió al mostrador y compró un billete de primera clase para un vuelo que salía al cabo de media hora. Pagó en metálico. El Diablo siempre viajaba en primera clase. No era sólo una cuestión de categoría social. Estaba cansado, y tenía que acumular tantas energías como pudiese, pues iba a tener mucho que hacer.

En la puerta de acceso a la pista un empleado comprobó su billete. En éste decía: «Denver».

Pero, en realidad, el Diablo se dirigía a un lugar llamado Gaza, situado en el país de los filisteos: el lugar donde David, temiendo aún perecer a manos de Saúl, vivió durante un año y cuatro meses.

2

El hombre que conducía el Mercedes se llamaba Frank Reed. Era un hombre corpulento, de rostro rugoso y curtido, y contaba cuarenta y cinco años de edad. Ingeniero civil de profesión, vivía en Montecito, un barrio residencial de la californiana Santa Bárbara. Su esposa Kate, que iba con él, tenía dos o tres años menos.

Eran las ocho de la mañana de un caluroso domingo de julio. Avanzaban por la autopista 101, hacia el sur, en dirección a Los Ángeles, con el Pacífico a su derecha. Aún no había empezado el intenso tráfico de la playa, y habían pasado a una media regular de ciento por hora por Carpintería, Punta, Sea Cliff y Ventura.

Kate Reed miró ansiosamente a su marido. Tenía una expresión angustiada.

—¿Estás seguro de que llegaremos a tiempo?

—Sí.

—Pero toda la zona de Malibu estará muy congestionada...

—Ya lo he tenido en cuenta.

—Espero que encontraremos el lugar.

—Lo encontraremos —replicó él—. Las indicaciones que nos han dado son muy claras —y añadió, súbitamente irritado—: Por favor, Kate, tranquilízate.

—¿Cómo quieres que me tranquilice en un momento como éste? Frank, tengo miedo...

—Cálmate. No hay por qué temer nada.

—Pienso en ese hombre con el que hablé por teléfono. Aquella voz era tan... tan extraña. Tú también lo oíste por el supletorio...

—Sí. Todos esos chiflados hablan igual.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Abiya.

—Abiya... ¡Vaya un nombre!

Él se encogió de hombros, y ambos permanecieron en silencio durante un rato. Kate Reed estaba emocionalmente agotada. Tanto ella como su marido habían pasado en vela la mayor parte de la noche, incapaces de dormir pensando en la gestión que tenían que hacer al día siguiente. Kate abrió el bolso para sacar el paquete de cigarrillos. Junto a éste, sintió el contacto del sobre cerrado. Por un momento lo apretó fuertemente entre los dedos, como si pudiese proporcionarle una respuesta inmediata al dilema. Y esperó fervientemente que fuese la solución.

Encendió un cigarrillo y se recostó en el asiento, con los ojos cerrados, escuchando el ronroneo del motor y el sonido de los neumáticos sobre el asfalto. Después, bruscamente, le asaltó de nuevo la angustia, y, sin poder contenerse, exclamó:

—¡Frank, aún no puedo creer que esto nos haya ocurrido a nosotros! ¿Por qué a nosotros?

—No me lo preguntes a mí —respondió él secamente—. Pregúntaselo a Jeff.

Poco después de pasar Ventura, Reed desvió el Mercedes hacia la ruta 1, la autopista costera del Pacífico. De Point Mugu a Leo Carrillo Beach, el tráfico se hizo más denso. A ambos lados de la carretera, cerca de las playas, apenas quedaba sitio para aparcar, y, en las zonas de estacionamiento público, los vehículos se disputaban el espacio.

Pasaron por Malibu Colony. El océano estaba tranquilo; tenía un color azul grisáceo y su superficie latía suavemente como un extenso pecho, lanzando hacia la playa pequeñas olas que eran como largos cilindros de cristal fundido, y que rompían débilmente sobre la cálida arena. Unos aficionados al surf, con los trajes de goma puestos, esperaban, desanimados, a que el mar cambiase. Un hombre corría por la playa, erguida la cabeza, moviendo rítmicamente los brazos. Dos muchachos jugaban con un *frisbee*, lanzándolo a distancias increíbles. El sol brillaba con fuerza, haciendo centellear el océano, y no se veía rastro de neblina.

En conjunto, una bonita mañana, pensó Frank Reed. No la más apropiada para

una gestión como la que se disponía a hacer. El escenario no era el adecuado: habría debido haber un cielo plomizo, lluvia, niebla, una tormenta quizás. Así solía ser en las películas, en ocasiones como aquélla. Un día tan hermoso, en cambio, parecía como una burla.

Cruzaban en aquel momento un abigarrado conjunto de moteles, restaurantes, puestos de pescado y tenderetes de bocadillos. A la izquierda estaban las colinas de Malibu, sobre las que se levantaban casas formando atrevidos ángulos, algunas incluso sobre pilotes. Las colinas estaban muy secas, y presentaban un color rosado, cortado aquí y allá por los diversos cañones.

—Debemos de estar a punto de llegar al desvío —dijo Kate.

—Sí. Tenemos que verlo de un momento a otro.

—Quizás hemos pasado de largo —dijo ella con inquietud—. Quizás era alguno de los cañones que hemos dejado atrás...

—No —respondió él—. Me he fijado bien. De todos modos, coge el mapa. Ahora lo vamos a necesitar.

Ella sacó el mapa de su bolso. Mientras lo hacía, Frank vio la señal que les había indicado aquel hombre por teléfono, el letrero de color naranja sobre el alto pilón.

—Ahí está la gasolinera —dijo—. Aquí hemos de girar a la izquierda, en el Topanga Canyon.

Giró, y empezaron a subir por la nueva carretera.

—¿Cuántos kilómetros hemos de hacer desde el desvío, Kate?

Ella consultó el mapa.

—Siete y medio.

—¿Y después?

—Después tienes que coger un camino sin asfaltar, a la izquierda. Está justo antes de un pueblo que se llama Thatcher Village.

El cañón formaba una serie de curvas. Reed aminoró velocidad y se puso a conducir con más cuidado. El paisaje cambió de modo notable: pasaron de la autopista del Pacífico, llena de gases, a la tranquilidad de la montaña. El aire era limpio, y flotaba en él un leve olor a eucaliptos.

En la carretera, que era de dos carriles, se vieron bloqueados detrás de un camión. Kate empezó a ponerse nerviosa por la lentitud con que avanzaban.

—No llegaremos a tiempo —dijo.

—Tú fíjate en los kilómetros y no pienses en nada más.

—Nos dijeron que no nos retrasásemos. Que no llegásemos ni un minuto después de la hora. Nos amenazaron con que, si llegábamos un minuto tarde...

—¿Qué hora es ahora?

Ella consultó el reloj.

—Las nueve menos cuarto —echó una mirada al mapa—. Y aún nos queda un buen trecho.

Reed hizo sonar el claxon. El chófer del camión no le hizo caso. Irritado, Frank

repitió la señal una y otra vez, pero el otro no parecía dispuesto a hacerse a un lado.

—¡El muy hijo de puta!

Reed apretó los dientes y, bruscamente, hizo girar el Mercedes hacia la izquierda. Estaban en una curva sin visibilidad. Kate contuvo la respiración y cerró los ojos. Si venía otro vehículo en dirección contraria, no tendrían espacio para maniobrar. A la izquierda, el cañón formaba una abrupta pendiente. Kate musitó una plegaria, y abrió los ojos. Habían pasado la curva sanos y salvos, esquivando por poco un Mercury que bajaba a toda velocidad. Detrás de ellos, el conductor del camión hacía sonar el claxon una y otra vez, furioso por la locura que acababan de cometer.

Kate tuvo la impresión de que iba a desmayarse. Las líneas amarillas que dividían la carretera le parecían borrosas y oscilantes. Y supo que aquello no se debía sólo al peligro que acababan de correr: sentía náuseas de miedo, debido al tormento que les esperaba.

Mejor dicho, el tormento que le esperaba a ella.

Ellos habían insistido absolutamente en aquel punto. Estaban dispuestos a hablar con ella, pero con nadie más.

—¡Ahí está el camino! —exclamó de pronto.

Frank había estado a punto de pasar de largo. Oprimió el freno y dobló bruscamente hacia la izquierda. Un tosco letrero de madera, en forma de flecha, indicaba la dirección camino arriba. La señal estaba muy estropeada por la intemperie, y el nombre que figuraba en ella era casi ilegible: «Astarot».

No decía nada más. Sólo una palabra: Astarot. El camino ascendía por la ladera de la montaña formando una acusada pendiente. Las curvas se sucedían una tras otra. Reed puso la primera y comenzaron a subir dificultosamente. Los zigzags parecían interminables. A la izquierda, el cañón presentaba un abismo casi vertical hasta el profundo Valle. A lo lejos, seguían viendo el océano.

Por fin, llegaron a otro camino sin asfaltar, éste muy pedregoso y descuidado, que se desviaba a la derecha. Y otra vez la extraña palabra «Astarot». Sólo que en esta ocasión las letras estaban trazadas con pintura blanca sobre una gran roca. Junto a ésta, en un letrero de madera, se leía la advertencia: «Camino particular. Prohibido el paso».

—¿A qué distancia está de aquí, Kate? ¿Qué dice el mapa?

—A medio kilómetro.

Frank Reed se dispuso a tomar el camino con toda precaución. Era éste un zigzag continuado, una serie de curvas completamente cerradas que no llevaban a ninguna parte salvo al precipicio. A aquellos cabrones les gustaba vivir aislados, pensó Frank. Y quizá tuvieran buenas razones para ello.

Y, de pronto, llegaron a Astarot.

Apareció ante ellos justo al acabar de doblar la última curva. Estaba situado en una explanada que se hubiera dicho cortada en la roca misma. A primera vista, parecía el campus de alguna pequeña universidad. Había un edificio grande, situado

al fondo, que tenía el aspecto de ser una especie de centro administrativo, y del cual salían caminos que llevaban a otras varias construcciones. Todo estaba ciertamente cuidado, y el césped aparecía bien recortado. Los edificios parecían bastante nuevos, contruidos tal vez hacía unos cuatro o cinco años.

Pero, si se observaba más atentamente, estaba claro que aquello no era un conjunto universitario, sino una especie de recinto cerrado.

Había un par de cosas extrañas en Astarot.

La primera era una gran cruz dorada, de unos quince metros de altura. En aquel momento, mientras los Reed la miraban, el reflejo del sol en ella era cegador. No estaba colocada en lo alto de ninguna iglesia o capilla, sino en el tejado del edificio principal. En el brazo vertical pudieron distinguir las letras ADJ. Cada uno de los demás edificios estaba rematado por una cruz igual aunque más pequeña.

La segunda cosa extraña era la alta valla metálica que rodeaba completamente el lugar. En ella había una sola puerta, y ésta se hallaba bien cerrada. No tenía clavija ni nada parecido en la parte exterior; sólo podía ser abierta desde dentro. El letrero que ostentaba era bien expresivo: «Propiedad particular. Prohibido el paso. La puerta y la valla están electrificadas».

Frank Reed detuvo el coche frente a la entrada.

De pronto, como si hubiesen intuido su presencia o hubiesen percibido su olor por medio del viento, una jauría de perros empezó a ladrar desde algún lugar del interior. Kate, sobresaltada, se volvió hacia su marido. Estaba temblando, y sentía escalofríos en los brazos y en la espalda.

—Frank, tengo miedo. No puedo entrar ahí.

—Tienes que hacerlo.

—No puedo, no puedo. Sola, no puedo.

—Kate, sabes muy bien que yo quisiera entrar contigo.

¿Crees que va a ser agradable para mí quedarme aquí sentado, esperándote, preguntándome qué diablos ocurre ahí dentro, lo que van a decirte? Pero ya sabes lo que nos dijo por teléfono ese chiflado de Abiya. Nos dijo veinte veces que sólo te permitirían entrar a ti.

Ella se puso a mirar la puerta metálica. El miedo le oprimía la garganta. Los perros seguían aullando, profanando el silencio de aquel rincón de la montaña. Daba la impresión de que alguien los estaba conteniendo y que, si los soltaba, saltarían inmediatamente, dispuestos a destrozar a su presa. Entonces, Kate sintió que su marido la abrazaba fuertemente, tratando de tranquilizarla.

—Tenemos que hacerlo tal como ellos lo han ordenado, Kate. O lo hacemos así o habremos de volver sin entrar —calló un momento—. ¿Quieres que tengamos que volver a casa sin que hayas visto a Jeff?

—No —murmuró ella—. No, eso no...

—Es imprescindible que hables enérgicamente con él —dijo Frank con firmeza—. Tienes que hacerle comprender lo que ha hecho...

—Lo intentaré, Frank. Dios mío, lo intentaré...

—Tú eres su madre, Kate. A mí no me haría caso, pero a ti sí. ¡Tiene que hacerte caso! —se inclinó y le abrió la portezuela—. No tengas miedo. No te harán ningún daño. Yo no me moveré de aquí.

Ella bajó del coche y echó a andar lentamente hacia la puerta. Junto a ésta había un sistema de comunicación para los visitantes, un tablero en el que había un botón y un micrófono tras una rejilla. Kate vaciló un instante, hizo una profunda inspiración y oprimió el botón.

—¿Quién es?

La voz tenía un sonido duro, metálico. Procedía de un sistema megafónico instalado en alguna parte, y se oía por todo el recinto. Resultaba no sólo alta sino también desagradable.

—¿Quiénes?

—Soy la señora Reed.

—¿La señora Reed? —preguntó la voz.

—Sí. Me esperan.

Hubo un largo silencio. El aullido de los perros cesó de pronto, como si alguien los hubiese amordazado bruscamente.

—Tal como se convino, debe usted entrar sola, sin su marido. ¿Lo ha comprendido bien?

—Sí.

La puerta electrificada se abrió, deslizándose hacia un lado. Una vez hubo entrado Kate, se cerró en silencio tras ella. La voz metálica le dijo:

—Camine hacia el edificio que tiene enfrente.

Comenzó a andar por la larga calzada en dirección al edificio rematado por la gran cruz dorada. El lugar parecía completamente desierto; el silencio era espectral, roto sólo por sus pisadas en la grava. Sentía cómo el sudor empezaba a brotarle de todo el cuerpo, cómo empezaba a empaparle las ropas.

Todo aquello era como una pesadilla. ¿Qué hacía ella en un lugar así, en aquella luminosa mañana de julio? Echó una mirada a las montañas, que con su fuerte color de tierra se recortaban contra el cielo azul, y a lo lejos vio el océano centelleando al sol, sabiendo que, en aquel mismo momento, las playas estaban llenas de bañistas, de gente que jugaba, descansaba o se zambullía en el mar. Para todo el mundo, aquél era un cálido domingo de julio como cualquier otro, y, en circunstancias normales, Frank y ella se encontrarían en su casa de Montecito, habrían acabado de desayunar y estarían pensando si ir al club a jugar una partida de golf, a la piscina a nadar un rato, o sencillamente, si se quedaban en casa sin hacer nada, leyendo el periódico y dedicándose a las pequeñas tareas domésticas que suele hacer la gente los domingos por la mañana...

Entonces vio que del edificio salían cuatro hombres y se encaminaban a su encuentro.

Los cuatro estaban flacos, demacrados. Vestían toscos hábitos de monje de color gris, con capucha, y llevaban un cordón a modo de cinturón. El que al parecer dirigía el grupo mostraba una larga barba canosa, y el cordón que sujetaba su túnica era blanco. Los otros, más jóvenes, iban afeitados; sus cinturones eran rojos. A Kate le parecieron siniestras figuras medievales, algo así como los monjes de la Inquisición.

Se acercaron a ella despacio, sin apresurarse. Después se detuvieron. Se quedaron mirándola en silencio, inexpresivamente.

Por fin, el mayor, el barbudo, alzó las manos y cruzó el índice izquierdo con el derecho, formando una cruz.

—Jesús te ama —dijo.

Los otros tres le imitaron, formando la misma cruz con los dos índices, y dijeron al unísono:

—Jesús te ama.

Kate estaba desconcertada. No sabía qué responder. Se tomó aquello como una especie de bendición, de saludo tal vez. Empezó a murmurar algo, y después calló, confusa. Por fin logró decir:

—Me... me han citado. Hablé con... con el señor Abiya. Me dijo que estuviese aquí a las diez en punto...

—Está usted en terreno sagrado —le dijo el hombre mayor—. Esto es una iglesia, y la llamamos Astarot, según el nombre bíblico. Todos los que nos hallamos aquí somos Almas de Jesús; hemos nacido de nuevo en Cristo, y somos discípulos de su Enviado, a quien llamamos el Maestro. Yo soy el primer prior de esta comunidad. Me llamo Nehemías, y éstos son mis diáconos Sedecías, Jatus y Azarías —hizo una breve pausa y le preguntó—: ¿Ha traído el dinero?

—Sí.

—¿Exactamente como se lo ordenó Abiya?

—Sí.

El prior extendió la mano.

—Démelo —dijo.

Kate no hizo ademán alguno de abrir el bolso. Clavó su mirada en los ojos azules del prior.

—Antes quiero ver a mi hijo.

—¿Su hijo? ¿Quién es su hijo?

—Jeff. Jeff Reed.

—Aquí no hay ningún Jeff Reed —dijo el prior.

—Mi hijo está aquí. Lo sé con certeza. Él mismo, por teléfono...

—Su hijo ha muerto —le cortó el prior.

—¿Jeff? ¿Muerto?

Se quedó atónita. Le pareció que se le paraba el corazón. Siguió mirando los fríos ojos azules de Nehemías. La expresión del hombre era impasible.

—¿Muerto? —preguntó ella, con voz ahogada.

—Le repito que Jeffrey Reed está muerto. Jeffrey Reed era su nombre terrenal. Aquí ya no vive nadie que se llame así. Usted ha venido aquí a ver a Simeón.

—¿Simeón?

—Cuando se convirtió en un Alma de Jesús, en un neófito de la iglesia, volvió a nacer con el nombre de Simeón. Usted ha venido aquí a ver a Simeón, aunque éste ya no es su hijo.

—¿Cómo que ya no es mi hijo?

—Ya no le pertenece a usted. Usted es sólo su madre terrenal. Él ahora pertenece a Cristo —volvió a extender la mano—. Haga el favor de darme el dinero, tal como le pidió Simeón.

De pronto, el temor que sentía Kate se convirtió en ira, y dijo con firmeza:

—Quiero ver a mi hijo.

—Eso es imposible.

—Me da igual lo que usted diga. Soy su madre y quiero verle.

Una débil sonrisa animó por un momento el inexpresivo rostro de Nehemías.

—Puede ser —dijo—. Pero él no desea verla a usted.

—¡Mentira! —exclamó ella—. ¡Eso no es cierto!

—Es una blasfemia hablarle así a un prior de las Almas de Jesús —replicó el hombre, centelleantes los azules ojos. Dice el Señor: «No digáis mal los unos de los otros» —pero, repentinamente, su expresión se suavizó, se hizo sonriente y benévola—. «Apartad de vosotros toda amargura, arrebató, cólera, gritería, blasfemia y toda malignidad».

Los tres diáconos respondieron a coro:

—Así sea. Alabad a Jesús y entregadle vuestra alma.

Kate Reed miró a los cuatro hombres. Sus caras seguían inexpresivas; tenían los ojos vidriosos. La miraban, pero no parecían verla; parecían mirar más allá.

—Le repito que no me marcharé de aquí hasta que no haya visto a mi hijo —insistió—. Y, si no me dejan verle, no les entregaré el dinero.

—Y yo le vuelvo a decir que Simeón no desea verla.

—Querrá usted decir que no se lo permiten.

Sonriendo, el prior se volvió hacia uno de los diáconos.

—Jatus —le dijo—, haz venir a Simeón.

—¿No será una imprudencia, Nehemías? Simeón todavía es un neófito, aún no ha terminado la santa purificación. Quizá no esté preparado...

—Ten fe en el Señor, Jatus. Estamos aquí para ver sus milagros. ¿O es que lo pones en duda? Si es así, eres un necio. Vuelve a leer los Proverbios y presta atención: «La boca del necio es su ruina, y sus labios, lazo para su vida».

El reproche hizo enojarse a Jatus. Se volvió hacia el edificio principal e hizo una seña a alguien agitando la mano. Momentos después, Kate Reed vio a su hijo salir por la puerta y avanzar lentamente hacia ellos.

Kate se quedó mirándole fijamente, inmovilizada por la sorpresa. «Oh, Dios mío

—pensó—. Dios mío, Dios mío, ¿qué le han hecho?». Sintió deseos de llorar.

Apenas le reconocía. Aunque sólo llevaba allí alrededor de un mes, había cambiado muchísimo. Estaba enflaquecido, como si pasase hambre; y pálido, con la palidez característica de la prisión. Llevaba el pelo largo y enredado. Pero lo peor era su mirada: tenía los ojos vidriosos, inexpresivos, muertos. Miraba a su madre como un robot, casi sin reconocerla. Llevaba el mismo hábito que los otros, de basto paño gris, con capucha, verde el cinturón por su condición de neófito.

El joven alzó las manos, cruzó los dos índices y dirigió al prior el saludo ritual, con voz apagada:

—Jesús te ama, Nehemías.

—Jesús te ama, Simeón —le respondió el hombre, y después le explicó con voz suave: —Como ves, ha venido a Astarot tu madre terrenal. Ha traído el dinero que le pediste. Pero no ha querido entregarlo a nuestra iglesia sin antes verte a ti. Nosotros hubiéramos querido evitarte esta prueba, pero ahora nos interesa saber si eres capaz de superarla.

Kate seguía profundamente impresionada por el aspecto de su hijo.

—Jeff —murmuró—. Oh, Dios mío, Jeff... ¿qué té han hecho?

Él la miró. Apretó los labios y se estremeció. Parecía tenso, presa de un conflicto interior.

—No me llames Jeff. Ahora mi nombre es Simeón.

—Jeff, por Dios...

—¡Me llamo Simeón! —exclamó el muchacho encolerizado, con voz chillona—. ¡Ni tú ni él! ¡Ni tú ni mi padre terrenal me habéis hecho caso nunca! ¡Nunca habéis entendido nada! ¡Te digo que me llamo Simeón!

—Sí, querido, está bien —respondió ella, a punto de echarse a llorar—. Te llamas Simeón. Quería decirte que...

Entonces se dio cuenta de que el prior y los diáconos formaban un pequeño círculo a su alrededor; parecían mucho más interesados en las reacciones de Jeff que en las palabras de ella. Miró al prior y le dijo:

—Quisiera hablar con mi hijo a solas.

—Simeón ya no es su hijo. Es cierto que usted fue su madre carnal, pero ahora él ha vuelto a nacer. Tiene unos nuevos padres espirituales, una nueva familia.

Kate no sabía cómo discutir con aquel hombre, que parecía estar loco y decía cosas sin sentido. Pero, por el momento, era él quien mandaba. Y decidió que lo mejor era seguirle la corriente.

—Perdone —dijo—. Quería decir que desearía hablar con Simeón a solas.

—Eso está prohibido.

—Pero yo tengo derecho a hablar con él a solas...

—Aquí en Astarot no tiene usted ningún derecho. Usted pertenece al mundo exterior, al mundo de Satán. Aquí entre nosotros, no hay secretos. Nosotros estamos siempre juntos, en lo que hacemos y en lo que decimos. Así está escrito en la Biblia,

en la Epístola a los Efesios y en la Epístola a los Calatas: «Sólo hay un cuerpo y un espíritu». «Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas, y así cumpliréis la ley de Cristo».

«Si andamos en la luz —intervino Jeff inesperadamente—, como Él está en la Luz, estaremos en comunión unos con otros».

Pero tenía la mirada ausente, y pronunciaba las palabras como si recitase de memoria.

El prior sonrió, complacido.

—Muy bien, Simeón. ¿De dónde es la cita?

—De la Epístola Primera de San Juan.

—Excelente, excelente.

Nehemías miró a los diáconos, que expresaron la misma aprobación con las mismas amplias sonrisas. Después, dirigiéndose a Kate, le dijo:

—Señora Reed, creo que lo mejor será que le entregue usted el dinero a Simeón y después se marche...

Sin hacerle caso, ella miró a Jeff a los ojos y le dijo dulcemente:

—Hijo, tu padre nos está esperando ahí fuera. Hemos venido a buscarte, a llevarte a casa. No sabemos por qué vinisteis aquí, Cindy Hyland y tú. Pero ahora somos conscientes de que hemos cometido errores contigo. Quizás hemos prestado demasiada atención a tu hermano mayor, a Ken. Es posible que no te hayamos demostrado todo el afecto que necesitabas. Quizás es que no te comprendíamos; tal vez ni siquiera lo intentamos. Pero los dos te queremos, Jeff.

Le pareció que los ojos del muchacho habían comenzado a adquirir una expresión más suave, que estaba algo conmovido. Vio que le temblaban los labios otra vez. Era casi como si se ahogase, como si estuviese haciendo un gran esfuerzo por contener algo que deseaba decir. El prior y los diáconos le observaban atentamente. Ella siguió hablando:

—Jeff, vuelve a casa con nosotros. Dile a Cindy que venga contigo y vuelve con tu familia, con todos los que te queremos. Con tu padre, conmigo, con Ken... Tus amigos no paran de preguntar por ti, Joe Peterson, Tom Lacey, todos... —hablaba ahora animadamente—. Tu padre va a pasar en casa unos meses. Quiere llevarte a Colorado, a ese viaje del que hablabais siempre. ¿No te parecería estupendo?

Empezó a temblarle la voz. Algo de lo que había dicho había irritado de repente al muchacho, y ella sabía lo que era: el haber mencionado a su padre, el haberle dicho que su padre le quería. Los ojos de Jeff estaban otra vez vidriosos; ya no había en ellos destello alguno de afecto ni de evocación del pasado. Su rostro se volvió otra vez inexpresivo; sus labios dejaron de temblar y formaron una línea firme y dura; su cuerpo se puso rígido.

Kate siguió hablando, sintiéndose más y más angustiada al ver que la actitud de su hijo no cambiaba. Se dio cuenta de que, en aquel momento, las Almas de Jesús escuchaban su monólogo con una expresión burlona. Les divertía observar su

desesperado intento de atravesar la coraza de Jeff, de comunicarse con él de un modo u otro. Se sentía tan humillada que le ardían las mejillas. Pero no por ello dejó de hablar.

—Hijo, escúchame, por favor. Te han admitido en Stanford para el curso que viene, para este otoño. Tienes toda una carrera por delante. Si lo que quieres es encontrar a Cristo, puedes ir en su busca en tu iglesia de siempre. Ya sé que tu padre y yo nunca hemos sido muy buenos católicos, pero de ahora en adelante, si tú quieres, iremos todos a misa cada domingo, en familia. Hijo, entiéndelo, nosotros te queremos...

—Vosotros no me queréis; ni siquiera me conocéis. Y yo no os conozco tampoco. Mi casa es ésta. Vivo aquí para trabajar para el Señor. Volver a casa, como tú dices, sólo sería servir a Satán. Tú has venido aquí a tentarme. ¡Tú no eres mi madre! ¡Eres un ser maligno, una hija del Diablo, un engendro de Satán! Y estás casada con otro hijo de Satán, el que fue mi padre terrenal...

—Dios mío... Jeff, ¿qué te han hecho?

—¿Que qué me han hecho? Me han mostrado el camino. Me han enseñado a amar a Dios y a mi prójimo. Eso es lo que me han hecho. Pero tú no puedes entenderlo. Tú eres una ramera, y has venido aquí para tentarme. Y ese hombre que fue mi padre es tan malvado como tú: es un cerdo, una escoria, un adúltero, un hipócrita...

—Basta, Jeff, por favor... Basta...

Pero él, sin oírla siquiera, siguió hablando:

—Sólo le interesan los placeres de la carne. Sólo se preocupa de comer como un cerdo, de beber como una esponja, de mentir y robar, de lamerle las botas al maldito sistema por los miserables dólares que le dan. ¿Y aún dices que me quiere? ¿Dices que ese individuo me quiere? —se rió ásperamente—. Esa basura humana... Yo ya no pertenezco a vuestra asquerosa familia de viciosos. ¿Es que no lo entiendes? He vuelto a nacer en él espíritu de Jesús, le he entregado mi alma. Ya no te conozco, ni quiero volver a conocerte nunca. Tú y la gente como tú ensuciáis la tierra. ¿Sabes lo que dijo el mismo Jesucristo?: «Y los enemigos del hombre serán los de su propia familia». Así está escrito en la Biblia.

Se volvió para mirar al prior, y repentinamente pareció salir de su raptó. Extendió la mano en dirección a su madre y le dijo:

—Dame el dinero.

Ella no dejaba de mirarle, abrumada, incapaz aún de creer lo que acababa de ver y oír.

—Pero Jeff, ellos te lo quitarán y...

—Ese dinero es mío —replicó él con mirada llameante—. Es mío y no vuestro. Lo gané yo. Dámelo de una vez.

Kate abrió el bolso y extrajo de él el abultado sobre. En aquel instante todo aquello le parecía una pesadilla, una pesadilla surrealista. ¿Qué estaba haciendo allí, en aquel extraño lugar, bajo el ardiente sol de California, discutiendo con aquellos

grotescos individuos disfrazados de monjes, viéndose rechazada e insultada por su propio hijo?

De mala gana, le tendió el sobre a Jeff. Entonces, de pronto, la cólera le subió a la garganta como bilis. Vio los rostros sonrientes de aquellos hombres como a través de un velo rojo. Sintió deseo de abofetear la cara hipócrita del prior. No podía soportar el ver a Jeff allí, inmóvil, con aquel aspecto demacrado, lastimoso. Apenas le reconocía. Se había convertido en un extraño, que hablaba un lenguaje extraño, que recitaba citas de la Biblia y le dirigía horribles insultos, todo al mismo tiempo. Sintió el deseo de lanzarse contra sus secuestradores, contra los individuos que habían deformado a Jeff de aquel modo, y arrancarles los ojos con las unas. Pensó que era mejor que Frank no hubiese entrado allí con ella. Se hubiera puesto furioso al ver a Jeff en aquel estado; se habría lanzado sobre aquellos cuatro farsantes y habría luchado como un demonio para aplastarles la cara. Quizás ellos habían previsto aquella posibilidad, y por eso habían insistido en hablar con ella sola.

Vio como Jeff entregaba el sobre al prior, que se lo guardó en un bolsillo del hábito.

—Alabado sea Dios, Simeón —dijo el hombre, sonriendo—. Has obedecido el mandamiento del Señor, tal como está escrito en la Primera Epístola de San Pablo a Timoteo: «El fin de este requerimiento es la caridad que procede de un corazón puro, de una conciencia buena y de una fe sincera».

Aquello hizo perder los estribos a Kate.

—¡Maldito hipócrita! ¡Farsante, mojígato! ¡Si pudiese, le mataría ahora mismo con mis propias manos! ¡Ustedes han convertido a mi hijo en un autómatas; han debilitado su cuerpo y han deformado su espíritu! Pero Jeff va a volver a casa con nosotros, ahora mismo.

El prior se echó a reír.

—¿De veras? —dijo.

Volviéndose hacia el muchacho, ella dijo con vehemencia:

—Jeff, por Dios, quítate esa ridícula túnica y vámonos de aquí. Tu padre nos espera ahí fuera. No se atreverán a detenernos. Que se queden con el dinero. Hemos venido a buscarte para llevarte a casa.

Bruscamente, Jeff dio media vuelta y empezó a caminar hacia el edificio principal. Kate echó a correr tras él, llorando.

—Hijo, por favor, no vuelvas con esa gente... Ven conmigo, te lo suplico...

Él la apartó de sí, como si su contacto le manchase. Kate, entonces, se puso a repetir histéricamente el nombre de su hijo. El prior se acercó a ella y le dijo:

—Cálmese. Y váyase de aquí.

Ella le respondió con un fuerte bofetón. Se acercaron entonces los diáconos, la sujetaron con rudeza y empezaron a arrastrarla hacia la puerta. Kate se resistió como una tigresa, arañándoles las caras, pero los tres hombres eran fuertes. Por fin la llevaron hasta la puerta, abrieron ésta y la arrojaron al exterior.

Frank Reed les vio tan pronto como empezó a abrirse la sólida puerta. Había estado esperando con impaciencia. Inmediatamente salió del coche de un salto y corrió hacia ellos. Pero no pudo llegar a tiempo. Después de empujar a Kate hacia él, cerraron la puerta violentamente.

Kate apoyó la cara en el hombro de su marido y se echó a llorar con desesperación.

3

Momentos después, todos los habitantes de Astarot eran convocados por medio de los altavoces a una reunión en la sala principal, también denominada la «iglesia».

Muchachos y muchachas vistiendo sus hábitos, con cinturones rojos los diáconos y verdes los neófitos, salieron rápidamente de los dormitorios, de las cocinas, de las salas de estudio, y se congregaron en la amplia estancia. En uno de los extremos de la sala se elevaba un altar. A un lado de éste había una imagen dorada de Jesús crucificado; en el otro, una enorme fotografía del Maestro, el enviado de Dios, su divinidad, fundador y dirigente de la secta. Desde la fotografía, el Maestro les miraba amorosamente, alzando una mano para bendecirles. No había allí sillas ni reclinatorios, y todos se fueron sentando, silenciosamente, en el duro suelo, de cara al altar.

Sentados junto al propio altar estaban los cinco priores de Astarot. Sus rostros mostraban una expresión solemne, y apoyaban los dedos en los cinturones blancos. En el centro se hallaba Nehemías, el que gozaba de autoridad principal. A su izquierda estaban Jeroboam, responsable de la evangelización o reclutamiento de nuevos conversos, y Enoc, prior responsable de la purificación, la plegaria y la penitencia. A la derecha de Nehemías se sentaban Ezequías, el tesorero, encargado de los ingresos y la recaudación de donativos, y Roboam, el sacristán mayor, que se ocupaba de la administración, el mantenimiento y las provisiones.

Las cortinas fueron corridas. Al pie del altar, se encendieron unos grandes cirios colocados en candeleros, que en seguida proyectaron una luz movediza y fantasmagórica en las caras de los priores, al tiempo que enviaban vacilantes sombras por toda la estancia.

Todos guardaban silencio. Adivinaban que se había producido un acontecimiento especial. Pocas veces se les convocaba de aquel modo un domingo por la mañana. Nehemías se puso en pie y les saludó cruzando los índices.

—Jesús os ama —dijo.

Cada tino de los presentes le contestó haciendo la misma señal y diciendo a coro:

—Jesús te ama, Nehemías.

—El Maestro os ama —dijo entonces él.

—Loado sea el Maestro —respondieron los demás—. Loado sea el enviado de Dios y amado guía nuestro.

—En circunstancias normales —comenzó diciendo Nehemías—, no os habría interrumpido en vuestros estudios y meditaciones bíblicas de este día santo. Pero esta mañana ha ocurrido en Astarot un hecho que merece vuestra atención —dirigió su mirada hacia los jóvenes que llevaban cinturones verdes—. Especialmente, la atención de quienes habéis renacido en Cristo hace poco tiempo, de los que estáis aún atravesando el período de purificación en su nombre y en su memoria. Como se dice en la Segunda Epístola de San Pablo a Timoteo, «toda Escritura es divinamente inspirada y útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia». Aquí en Astarot nos hemos esforzado por enseñároslo así. Uno de nuestros hermanos lo ha aprendido bien, y hoy, inspirado por Dios, lo ha recordado.

»Como ya sabéis, Satán adopta muchas formas, se presenta bajo diversas apariencias, masculinas o femeninas, y ofrece numerosas tentaciones. Hoy, ha venido a visitar a nuestro neófito Simeón bajo la forma de su madre terrenal. Ha intentado romper su purificación, quebrantar su fe. Pero él se ha dado cuenta de quién era en realidad, ha adivinado la presencia del mal. Y la ha rechazado, así como a su padre terrenal. Ha rechazado a su familia terrenal por vosotros, su familia espiritual. Aprended todos de este ejemplo. Vuestros padres y vuestras madres ya no son los verdaderos. Son sólo seres carnales. En cambio, vuestros padres de aquí son espirituales. Simeón acaba de dar un gran paso en su proceso de purificación. Ha superado una dura prueba. Y a ésta le seguirán otras. Después, podrá cambiar su cinturón verde por uno rojo. El Señor bendiga a Simeón.

—El Señor bendiga a Simeón —repitieron todos.

—He dicho antes —continuó el prior— que Satán adopta muchas formas, se presenta bajo apariencias diversas. Pero entre todas ellas hay una que es la que prefiere, la que usa más a menudo. Ya os hemos dicho cuál es: es la forma de un hombre. Os hemos mostrado fotografías suyas; ¿seríais capaces de reconocerle si le vieseis?

—Sí, Nehemías —respondieron los jóvenes.

—Así pues, estad alerta —advirtió el prior—. Ese hombre puede estar en cualquier parte. Su tarea consiste en robarle almas a Jesús, allí donde pueda, y entregárselas a Satán. No dejéis de vigilar y guardaos de él, pues es el mismo Anticristo bajo la forma de un hombre como los demás. Su método consiste en atacar a nuestras Brigadas del Señor cuando éstas se hallan recogiendo donativos por las calles. Si le veis, informad inmediatamente al diácono responsable —hizo una breve pausa para tomar aliento—. Pero dejemos ese desagradable tema. Éste es un

momento de alegría. En el día de hoy, nuestro hermano Simeón ha superado victoriosamente una prueba difícilísima —alzó los brazos y sonrió—. Como está escrito en los Salmos, elevemos un alegre clamor hacia el Señor. ¡Cantad, oh cielos! ¡Grita tu alegría, oh tierra! ¡Alabad a Jesús!

De pronto, varios diáconos se levantaron y fueron a abrir las puertas de un gran armario que había a un lado de la sala. Sacaron de él unas guitarras eléctricas, un órgano electrónico y una batería, y los instalaron rápidamente. Al principio, el batería tocó solo. Al cabo de unos momentos, al ritmo regular de los tambores, la congregación entera empezó a canturrear suavemente:

Mi alma pertenece a Jesús. ¡Aleluya!

Mi alma pertenece a Jesús. ¡Aleluya!

Mi alma pertenece a Jesús. ¡Aleluya!

La salmodia fue ganando intensidad. Neófitos, diáconos y priores estaban inmóviles, como hipnotizados. Vidriosos los ojos, repetían y repetían la alabanza. Eran presa de alguna forma de hipnosis colectiva. En un momento dado, empezaron a mover el cuerpo hacia atrás y hacia adelante, y después hacia los lados.

Mi alma pertenece a Jesús. ¡Aleluya!

Finalmente, a una señal de Nehemías, el canturreo cesó. Hubo un momento de silencio. Todos estaban en aquel instante en torno a Simeón, formando un gran círculo. Entonces, los monjes que hacían de músicos se pusieron a tocar, y un joven, acercándose al micrófono, empezó a cantar un himno a la gloria de Dios, cuya letra había sido compuesta por el Maestro en persona. Aquella canción estaba hecha para música rock, y las Almas de Jesús se entregaron inmediatamente a lo que ellos llamaban la «danza sacramental». Cogidos de las manos, empezaron a girar en torno a Simeón, cantando alabanzas al Señor al tiempo que bailaban. El ritmo de la música se hizo más rápido; el sonido del órgano y de la batería se volvieron más intensos, y los dos guitarristas comenzaron a balancearse hacia atrás y hacia adelante mientras pulsaban las cuerdas. Los bailarines empezaron a soltarse las manos y se pusieron a danzar por grupos o solos, agitándose y girando sobre sí mismos.

El sonido retumbaba en toda la sala; el baile se iba haciendo frenético. Algunos jóvenes comenzaron a gritar histéricamente. Estaban como poseídos; ponían los ojos en blanco y agitaban los brazos, totalmente entregados a extrañas danzas individuales, moviendo las caderas y sacudiendo la cabeza al ritmo de la música. El único que no bailaba era Simeón.

El muchacho seguía en el centro de los exaltados danzantes, que giraban locamente en torno a él como derviches, como embriagados por la música y poseídos por demonios. Con las mejillas encendidas, les observaba entusiasmado. Aquella danza sacramental era en honor suyo. El ritual establecía que él no debía bailar, sino simplemente estar presente entre los demás y contemplarles.

De pronto, empezó a sentir la inminencia de algo. Notó un gran calor en todo el cuerpo, y comenzó a sudar. Sentía una opresión tan fuerte en el pecho que apenas podía respirar. Y supo muy bien lo que le estaba pasando, pues había visto anteriormente cómo les ocurría a otros. Estaba siendo poseído por el Espíritu Santo.

Alzó las manos y empezó a gemir suavemente.

Nehemías, que le había estado observando, hizo una seña a los músicos, los cuales dejaron de tocar inmediatamente. Los bailarines se detuvieron también. Todos se quedaron con la mirada fija en Simeón, expectantes.

Simeón se sentía invadido por una gran exaltación, por una especie de éxtasis. Se veía relajado, increíblemente ligero, como si flotase entre nubes. Sabía que no controlaba ya su conducta, que estaba siendo movido por alguna fuerza sobrenatural. Y llegó el momento en que se halló en pleno raptó. Alguien, algo, estaba usando sus cuerdas vocales. Su lengua comenzó a moverse por propio impulso. La sintió moverse, y se oyó decir a sí mismo:

*Ki lada dada ko camana.
Kiamo dado amus boronba.
Snan verta, shan piro sun kalana.
Camana, camana. Dio, io...*

Todos le escuchaban extasiados. Un diácono sacó un magnetófono de un armario y lo puso en marcha, a fin de grabar para la posteridad las palabras de Simeón. Nehemías, en un gesto teatral, alzó las manos al cielo y dijo solemnemente:

—Alabado sea Simeón. Acaba de recibir el don de lenguas. Está hablando en la lengua de los ángeles, en la lengua de Dios. Está poseído por el Espíritu Santo, que habla por su boca.

Todos los presentes respondieron:

—Alabado sea Simeón, y alabado sea Nuestro Señor que le ha bendecido de este modo.

Entretanto Simeón, los ojos cerrados, seguía balbuceando:

*Hano, hanta, brago, domi,
shum, domi, o, domi,
daga, cristas, jono, opono,
laga, laha, vilia, vidi,
o, madaga, madaga...*

Le parecía estar moviéndose en un haz de luz. Temblaba, y sentía alternativamente frío y calor. Se veía recorrido por oleadas de pasión, y notaba cómo en su interior surgía una fuerza indescriptible. Le daba vueltas la cabeza; su cerebro parecía a punto de estallar, y experimentaba una sensación extraordinariamente placentera, como si estuviese al borde de un increíble orgasmo. Sus labios continuaban moviéndose, y de su boca seguían escapándose palabras incomprensibles. Él tampoco las entendía, pero sabía que en realidad no era él quien

hablaba, sino que alguien hablaba por medio de él.

Cayó al suelo y empezó a revolcarse. Las palabras celestiales seguían saliendo de su boca:

*Dolo, dovala shun lana,
moho, brada, son moga, moga,
decium, doora, doora, doora,
o, madaga, o, madaga.*

Por fin, su voz se hizo más débil y confusa, hasta convertirse en un simple murmullo. Dejaron de moverse su lengua y sus labios, y su boca se cerró. Lentamente, Simeón volvió en sí. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Su cara y todo su cuerpo estaban bañados en sudor. Desconcertado, miró a su alrededor. Empezó a ver los rostros de los demás, como saliendo de la niebla.

Se echó a llorar. Y gritó, una y otra vez:

—¡Aleluya! ¡He recibido la fe! ¡He recibido la fe!

Hubo una neófita que no corrió a felicitar a Simeón.

Su nuevo nombre, el nombre bíblico que se le había asignado, era Atalía. Antes de entrar allí se llamaba Cindy Hyland. Ella y Jeff eran amigos en el «mundo exterior», y juntos habían sido «evangelizados» para la secta.

Jeff había insistido en que fuesen a Astarot, sólo para ver cómo era, y ella, de mala gana, se había dejado convencer. Una vez allí se había dado cuenta de que aquella gente no sólo atraía a los neófitos mediante engaños, sino que los retenía en la secta con sucios métodos en cuanto habían atravesado aquella puerta electrificada.

La joven intuía que tras todo aquel tinglado de las Almas de Jesús no había nada bueno. Sabía que el proceso de purificación y todas las demás técnicas que utilizaban para inculcar la fe en los neófitos eran formas de violentar sus conciencias. Y ella no había sucumbido tan aprisa como lo había hecho la mayoría.

Pero sabía que al final habría de rendirse, que un día se apoderarían de ella, como se habían apoderado de Jeff y de los demás. Nadie hubiera sido capaz de resistir indefinidamente aquel asedio. Ella tenía que esforzarse por no caer en el pánico, por no dejarles ver el temor y el desconcierto que experimentaba. A veces, cuando le martilleaban los oídos y el cerebro con las grabaciones, con las citas de la Biblia, y cuando le repetían día y noche que Jesús la amaba y ellos también, se sentía hipnotizada, a punto de ceder por desesperación. Pero, hasta el momento, había conseguido resistir, recordando su personalidad anterior, aferrándose desesperadamente a su propia identidad.

Por las noches, antes de dormir, daba vueltas y vueltas en la cama, angustiada, y se decía una y otra vez: «Yo no soy Atalía; soy Cindy Hyland, Cindy Hyland. Sigo siendo Cindy Hyland». Se lo repetía hasta que se quedaba dormida, con el propósito

de que quedara tan profundamente grabado en su mente que ellos nunca pudiesen arrancárselo.

En aquel momento, viendo como Jeff aceptaba las felicitaciones de todos, sintió una gran preocupación. Se dio cuenta de que su amigo se estaba integrando rápidamente en la comunidad, y de que pronto lo estaría del todo. Tenía que hablar con él. Tenía que hacerle comprender lo que le estaban haciendo. Tenía que encontrar algún modo de huir de allí y convencer a Jeff para que huyese con ella. Y tenía que hacerlo pronto.

Pero, ¿cómo? Estaban atrapados en aquel lugar, eran como presos. Nunca se podía hablar a solas con nadie, ni siquiera un momento; un diácono o un prior se hallaban siempre presentes vigilándoles. Debían de considerar que el dejarles solos era peligroso, pues el estar solo representaba una ocasión para pensar.

De pronto, sintió que un brazo le rodeaba la cintura. Por detrás, un cuerpo se apretó contra el suyo.

—Ah, Atalía... Hoy es un gran día para Simeón.

Se volvió y vio que era uno de los diáconos, Tobías. Tobías era su mentor y su maestro en el estudio de la Biblia. Era un hombre de edad mediana, obeso, con un cuerpo abotargado que parecía enorme bajo el hábito. Tenía acné, y parecía estar sudando constantemente. Cuando hablaba con ella de la Biblia, sus ojillos se fijaban en su cuerpo con avidez, y al inclinarse sobre el libro para indicarle un determinado pasaje, le encantaba aproximar su rostro al de Atalía. Tenía mal aliento, y a la muchacha le repugnaba.

—Me imagino que estarás impaciente por terminar tu purificación, Atalía.

—Sí, Tobías.

—Pues estudia bien la Biblia —dijo el hombre, sin soltarle la cintura y sonriéndole con benevolencia—. Estudia con, aplicación, y llegará el momento. Yo te ayudaré tanto como pueda —le sonrió otra vez—. ¿Sabes?, también yo estoy impaciente...

La soltó por fin, y ella le observó mientras se alejaba. Se estremeció. Sabía muy bien lo que había querido decir. Después de la purificación, Atalía ya no sería intocable en lo que hacía referencia a su cuerpo. Podría ser abordada libremente por diáconos y priores. Y sabía que Tobías la había elegido para él.

Se imaginó la noche en que la llamaría a su habitación. Veía a aquel hombre quitándole el hábito, devorando con los ojos su cuerpo desnudo. Pensó en aquellos labios húmedos y tumefactos aplastándose contra los suyos, en aquellas manos gordezuelas acariciándole los senos, y, finalmente, atrapada en sus brazos, percibiendo su apestoso olor, aplastada bajo aquel grueso vientre... la penetración, la violación. Pero una violación sumisamente tolerada, pues hubiera sido inconcebible que una joven neófita se atreviera a rechazar a un diácono, a un importante ministro de la iglesia. Y era impensable también porque ambos eran hijos de Jesús y porque allí, en Astarot, todos se querían y todos estaban obligados a ayudarse, no sólo

mediante la plegaria, sino de cualquier otra forma...

La simple idea de yacer desnuda con Tobías, de verse encerrada en su húmedo y velloso abrazo, le daba náuseas... Antes de permitir que ello sucediese, estaba decidida a suicidarse. Sabía que Tobías haría todo lo posible por conseguir que terminara rápidamente la purificación, pues la deseaba con impaciencia. Tenía que encontrar algún modo de salir de allí; tenía que usar toda su inteligencia para lograrlo. Y tenía que hablar con Jeff, conseguir que la escuchase, hacerle comprender lo que le estaban haciendo.

Si es que no era ya demasiado tarde.

4

A la mañana siguiente, Frank Reed estaba en el despacho de su amigo y compañero de golf Joe Haines, que era ayudante del fiscal de distrito del condado de Santa Bárbara.

Había llamado a Haines a primera hora de la mañana, y le había pedido una entrevista lo antes posible. Se conocían desde hacía mucho tiempo. Habían sido compañeros de clase en Stanford. Haines siempre había tenido a Reed por un hombre frío y sereno, duro si la situación lo exigía, y absolutamente incapaz de perder su equilibrio. Pero, cuando habló con él por teléfono, tuvo la impresión de que su amigo había experimentado un cambio radical. Y canceló una cita previa para poder recibirle inmediatamente.

Reed le estaba contando a Haines como, hacía unos quince días, había recibido una llamada telefónica de Jeff. Éste se encontraba por la zona de Malibu o Santa Mónica. Ya entonces llevaba quince días fuera de casa. La excusa era que estaba practicando el surf. La realidad, que había ido a reunirse con una amiga, una chica llamada Cindy Hyland, la había traído a casa una vez, y a Kate y a él les había causado una buena impresión. La muchacha vivía en Santa Mónica. Estaba claro que Jeff y ella estaban viviendo juntos en algún lugar de la zona.

Joe Haines sonrió.

—¿Y eso es lo que te tiene tan preocupado?

—No, de ningún modo —replicó Reed—. Eso no me sorprendió, teniendo en cuenta cómo son los jóvenes hoy en día. Tanto Kate como yo lo comprendimos; ellos viven en un mundo completamente diferente. Claro que, cuando Jeff, el día que la trajo, insinuó que esa chica y él iban a pasar la noche juntos en nuestra casa, en su

habitación, como si estuviesen casados, Kate se disgustó y yo me negaba en redondo. Consideré la actitud de Jeff como una muestra de caradura, y le dije que, mientras estuviesen bajo nuestro techo, habrían de atenerse a ciertas normas. A Jeff le molestó aquello. Discutimos, y me dijo, literalmente, que me fuese al diablo, que ellos dos se marchaban a otra parte. Y así lo hicieron —calló un momento y miró a Haines—. Es raro; yo me llevo perfectamente con su hermano mayor, con Ken; nos entendemos en todo, sí. Pero con Jeff... —se interrumpió, volvió a mirar a su amigo y dijo después, en tono de excusa: —Perdona, Joe, no quería apartarme del tema. Tú tienes mucho que hacer.

—Estabas diciendo que Jeff te llamó por teléfono...

—Sí. Hablaba de un modo extraño, no sé, como si hubiese tomado una droga, o algo así. Me dijo que había decidido no ir a la universidad en otoño. Cindy y él, según me explicó, pensaban dejar los estudios y consagrarse al servicio del Señor.

—¿Cómo?

—Consagrarse al servicio del Señor. Me dijo que habían vuelto a nacer en el cristianismo, que iban a dedicar sus vidas a Dios y que ingresaban en las Almas de Jesús. Querían luchar para salvar al mundo de sus pecados, y vivir con su nueva familia en la iglesia, esa especie de comuna de Topanga Canyon que ellos llaman Astarot.

Haines estaba asombrado.

—¿Que Jeff se ha metido en una secta religiosa?

—Es increíble, ¿no? Un muchachote como él haciendo una cosa así... Mi propio hijo...

—Pero, Frank, yo no puedo creer que Jeff se haya tomado eso en serio... Unos días, tal vez, pero...

—Eso es lo que yo pensé al principio —dijo Reed amargamente—. Sin embargo, una semana después, Jeff volvió a llamarme.

—¿Y qué?

—Hablabas de un modo más extraño aún. Parecía... ¿cómo es esa palabra, que dicen ellos?, colocado... Estoy seguro de que esos cabrones le han hecho tomar drogas, Joe. Bueno, el caso es que nos dijo que había decidido entregar todas sus posesiones a las Almas de Jesús, y que ya les había dado el coche. Un Porsche que le compré el año pasado; de segunda mano, pero que me costó diez mil dólares. Y ahora va y se lo regala a esa gentuza, Y no es sólo eso. Jeff tenía tres mil dólares en una cuenta de ahorros a su nombre. Pues bien, me dijo que él no podía ir a sacar ese dinero, pero que había escrito al banco pidiéndoles que se lo entregasen a su madre y que cancelasen la cuenta.

—Pero, ¿por qué tanta complicación? ¿Por qué no fue él mismo al banco y retiró el dinero?

—Se lo pregunté. Me dijo que no podía hacerlo porque estaba atravesando un proceso que esa gente llama de «purificación», y no podía salir de la iglesia durante

un cierto período de tiempo. Y, además, no podía sacar el dinero si no presentaba la libreta, y ésta estaba en casa. En definitiva, quería que nosotros retirásemos el dinero y se lo enviásemos a él, que, a su vez, se lo entregaría a Cristo. Refiriéndose a la secta, claro está.

Haines esbozó una sonrisa.

—Me imagino lo que le respondiste a eso.

Reed asintió.

—Sí, me puse furioso. Le dije que no tenía la menor intención de hacer tal cosa. Ni de permitir a Kate que lo hiciese. Le dije que no le mandaríamos ni un céntimo, que aquellos chiflados querían sacarle todo lo que tenía, y le rogué que se marchase de allí y volviese a casa, Pero todo el rato tenía la sensación de estar hablando con alguien que no era Jeff, con una persona extraña, drogada, desconocida. Llegué a preguntarme si era realmente él quien estaba al aparato. Y entonces me salió con el chantaje moral.

—¿Chantaje moral?

—Sí. Me dijo que, puesto que el dinero era suyo, tarde o temprano lo sacaría del banco. Pero que lo quería inmediatamente, y que, si no se lo enviábamos, no volveríamos a verle nunca. Le repitió esto a Kate, que siempre ha estado loca por él; ella estaba escuchando por el supletorio y se quedó deshecha. Jeff le dijo que no quería volver a verla ni saber nada más de ella. Kate se echó a llorar, y entonces él le propuso un trato. Le dijo que fuese a ese lugar donde él está y le llevase el dinero. Sólo así podría verle.

—Y, naturalmente, Kate estuvo de acuerdo...

—Naturalmente. Él no quería verme a mí ni en pintura. Y, para ella, la idea de no ver más a Jeff era insoportable.

A continuación, le contó a Haines lo ocurrido durante la visita a Astarot. Kate había pasado la noche en un estado de histeria total. En aquel momento estaba tomando calmantes, pero él temía que pudiese caer en una depresión nerviosa.

—Joe, necesito tu consejo —dijo Reed—. Esa gente no se ha limitado a robarle a Jeff todo lo que tenía. Le han convertido en una especie de autómatas. ¿Cómo puedo sacarle de allí y hacerle volver a casa?

—¿Cuántos años tiene Jeff ahora?

—Dieciocho.

Haines meneó la cabeza.

—Siendo así, desde el punto de vista legal, no hay nada que hacer.

—¿Por qué?

—Si Jeff fuese menor de edad, tú serías el responsable de su seguridad y bienestar. Pero, según las leyes de California, a los dieciocho años se alcanza la mayoría de edad. Jeff puede hacer lo que quiera sin tu permiso.

—Peto, si comete una estupidez como ésta...

—Tú lo consideras una estupidez, pero él no. Al ser mayor de edad, tiene derecho

a profesar la religión que desee, a ingresar en la iglesia que quiera. La libertad religiosa está garantizada por la Primera Enmienda.

—Pero, Joe, eso no es una verdadera iglesia. Es una secta. Es un timo con tapadera religiosa, dirigido por unos hampones.

—Eso lo sabemos tú y yo, Frank. Pero mucha gente lo ve de modo diferente.

—Sin embargo, le han quitado el coche y el dinero. ¿No es eso una forma de engaño?

—Es difícil de demostrar —respondió Haines pacientemente—. Jeff declaró que les entregó las dos cosas voluntariamente, en calidad de donativo o de contribución.

—¡Pero, Joe, por el amor de Dios, si le tienen como hipnotizado!

—Cálmate, Frank.

—Tiene que haber algún tipo de acción legal que se pueda emprender...

—El asunto está fuera de mi jurisdicción. Astarot se encuentra en el condado de Los Ángeles. Puedo hablar con las autoridades de allí, pero no será más que una pérdida de tiempo. Dudo que encuentre bases para entablar un proceso. Hay muchos padres que tienen el mismo problema que tú. Algunos, sobre todo en el Este, han formado organizaciones para luchar contra esas sectas. Han ejercido algunas presiones legales, pero las sectas tienen también mucha fuerza en ese campo. Las hay que, como las Almas de Jesús, tienen montones de dinero libre de impuestos, así que cuentan con todo tipo de influencias políticas. Han organizado manifestaciones de protesta con senadores y congresistas, defendiendo ruidosamente su derecho a existir. Y tienen una poderosa camarilla en Washington.

—¿Y los congresistas se dejan engañar por eso?

—Mira, Frank, esto te lo explicará cualquiera. Ningún funcionario del gobierno, a ningún nivel, nacional, estatal o local, tiene el menor deseo de complicarse la vida con ningún tema religioso, ni de hacer averiguaciones acerca de secta alguna, por muy sospechosa que sea. Es un asunto muy, delicado, capaz de explotarle a uno en las manos en cualquier momento; cuando quieres darte cuenta, ya tienes encima a la ACLU, American Civil Liberties Union [Unión Norteamericana por las Libertades Civiles] y a un montón de organizaciones del mismo tipo, llamándote criminal, acusándote históricamente de violación de la libertad religiosa, garantizada por la Primera Enmienda. Ni siquiera las iglesias importantes han atacado oficialmente a esas sectas; ante todo, quieren proteger su propia condición de instituciones libres...

—Joe —dijo Reed serenamente—, yo entiendo muy bien; todo eso. Pero tengo que sacar a mi hijo de ese lugar, sea como sea. Hemos cometido errores en la educación de Jeff, errores graves. Buena parte de lo que ocurre ahora es culpa mía.

—Frank, ¿es que te crees un caso único? Todos hemos cometido errores con nuestros hijos. Estos muchachos de hoy son todos unos pequeños monstruos, incluyendo los míos...

Pero Reed no pareció oírle, y siguió explicando:

—Kate y yo queremos a Jeff. Yo no pienso quedarme cruzado de brazos mientras esos cabrones mojigatos le echan a perder. No voy a quedarme tranquilo viendo como Kate: se consume lentamente de dolor —estaba pálido de cólera; le temblaba la voz por la vehemencia con que hablaba—. Tengo que hacer algo, Joe. No puedo coger un avión y soltar un par de bombas sobre Astarot. ¿No hay nada que pueda hacer? ¿No hay ningún resquicio en ninguna parte?

Joe Haines guardó silencio durante un rato. Encendió; la pipa y miró pensativamente a su amigo. Le observó con atención, con detenimiento, como sopesando algo. Y después le dijo:

—Conozco a un hombre que quizá podría ayudarte.

—¿Quién es?

—Se llama Glennon, George Glennon.

—¿Glennon?

—El escritor, sí. ¿No has oído hablar de él?

—No.

—Pues no estás al corriente de los éxitos editoriales. Antes trabajaba fuera de San Francisco, pero ahora vive en Santa Cruz. Conoce al dedillo todo lo que se refiere a esa secta. Seguramente sabe más de las Almas de Jesús que cualquier otra persona. Está escribiendo un libro sobre ellos, una especie de denuncia.

—¿Y qué puede hacer ese Glennon por mí?

—Es mejor que vayas a verle y hables con él.

—Pero, ¿qué puede hacer?

—Frank —replicó Haines repentinamente irritado—, preguntas demasiado.

Reed se molestó también.

—Si pregunto tanto, es porque no se me responde —dijo.

Entonces, Haines se encolerizó de verdad.

—Mira, Frank, no voy a pronunciar ni una sola palabra más. Con lo que te he dicho ya me he arriesgado bastante. Si algún día esta conversación trasciende, puedo verme en un buen aprieto, y no sólo en relación con mi cargo de aquí, sino con el Colegio de Abogados del condado. Así que... olvídate de lo que te he dicho. Esta conversación no la hemos tenido nunca —sus ojos grises estaban sombríos, casi hostiles. Levantó la tapa de un bloc, anotó un número de teléfono y le entregó la hoja a Reed—. Y ahora, Frank, ¿te importaría dejarme solo? Tengo mucho que hacer.

Eran las cinco de la mañana en Astarot, la hora de la misa diaria.

Los cuatrocientos habitantes del lugar, priores, diáconos y neófitos, vestidos ya con sus hábitos, capuchas y sandalias y preparados para comenzar el día, estaban sentados con las piernas cruzadas en el desnudo suelo y escuchaban, absortos, la voz del Maestro, grabada en una cinta magnetofónica, que dirigía la ceremonia.

Aquella misma grabación estaba siendo escuchada, aquella misma mañana, en más de cien comunidades de Almas de Jesús dispersas por todo el país, lugares sagrados a los que se había dado nombres bíblicos como Jasor, Masta, Simerón, Jericó, Caldea, Edom, Moab...

—Jesús os ama —decía la voz del Maestro.

—Jesús te ama —respondió la congregación—. Loado sea el Maestro, precursor del Mesías, Enviado de Cristo.

—Bendigo especialmente a aquellos de vosotros que formáis parte de nuestras Brigadas del Señor, que salís a las calles para difundir la palabra del Maestro, para recoger donativos, para sustentar nuestra Iglesia. Trabajad con aplicación en las viñas del Señor, con buen ánimo y conciencia tranquila.

—Loado sea el Maestro —salmodió la congregación.

—Bendigo a aquellos que evangelizan, atrayendo así otras almas para Jesús.

—Loado sea el Maestro —respondieron todos.

—Y ahora —dijo la voz del Maestro—, meditemos en su santo nombre.

La única luz en toda la sala era un cirio colocado sobre el altar. El resto de la iglesia estaba a oscuras. Todos los miembros de la congregación inclinaron la cabeza y se entregaron a una especie de meditación trascendental. No utilizaban un mantra personal ni palabra exótica alguna, contrariamente a lo aconsejado por el Maharishi Mahesh Yogui a los centenares de miles de devotos de la meditación trascendental de todo el país. Todas las Almas de Jesús utilizaban la misma palabra para la meditación, la palabra «amor». Al fundar la secta, el reverendo Buford Hodges no había dudado en tomar para la misma elementos de otras religiones o técnicas.

Mientras todos se hallaban repitiendo interiormente la palabra mágica, una y otra vez, dejando vagar sus pensamientos y tratando de alcanzar el estado de «conciencia pura», Cindy sintió que una mano se deslizaba bajo su hábito.

Era una mano fría y húmeda. Cindy abrió los ojos y vio que Tobías estaba sentado a su lado. Se había movido en la oscuridad para colocarse junto a ella. Tenía los ojos cerrados. Su sudorosa mano ascendía por el lado interior del muslo de la joven, acariciando la piel cálida y suave, saboreándola.

El rostro del hombre estaba húmedo; la excitación le hacía sudar. Su cuerpo apestaba. Cindy permaneció inmóvil, rígida. La mano siguió ascendiendo. Estaba demasiado oscuro para que nadie se diese cuenta de nada. La muchacha sintió deseos de vomitar, de gritar, de morir.

El hecho de que Tobías la acariciase de aquel modo, antes de que ella hubiese terminado la purificación, estaba prohibido. Una buena Alma de Jesús, y más mi

diácono, nunca se atrevería a violar aquella norma. Una demostración de lujuria como aquélla era considerada como una señal de posesión demoníaca. Pero Tobías, protegido por la oscuridad, se había atrevido a hacerlo.

Cindy hubiera podido gritar, apartar aquella mano de su cuerpo, acusar públicamente a Tobías. Pero, ¿quién la habría creído? Era sólo una neófita. Hubieran dicho que no era más que una muchacha histérica, que se había vuelto loca. Tobías era diácono; y, además, era uno de los favoritos y protegidos de Enoc. Simplemente, resultaría increíble que fuese capaz de una conducta tan pecaminosa, que profanase su amor hacia Jesús cediendo ante la carne de una mujer que aún no había sido purificada.

La mano subió hasta la braga de Cindy. Los húmedos dedos vacilaron un momento, y después volvieron a moverse. Tobías respiraba agitadamente. Cindy comenzó a temblar con violencia; la repulsión la ahogaba. Pero siguió muy quieta, como paralizada. No se atrevía a apartar a Tobías; el rechazo le habría ofendido, pues él estaba seguro de que Cindy le deseaba tanto como él a ella. Si le rechazaba en aquel momento, Tobías podía hacerle la vida imposible en Astarot. No tenía más remedio que permanecer inmóvil, someterse, soportar aquella humillación.

Rezó por que terminase la meditación y volviesen a encenderse las luces. En vano. Los impacientes dedos se deslizaron por debajo de su braga y acariciaron el pubis un momento.

Se volvió para mirar a Tobías. En el rostro de éste aparecía una sonrisa estúpida. Sus labios se movían, repitiendo en silencio la palabra sagrada de la meditación: «Amor, amor, amor...».

«Dios mío, Dios mío —pensó la muchacha—. Quiero morirme».

Recordó que Jeff y ella iban a trabajar en la cocina todo el día. A él le tocaba lavar los platos, y a ella servir las mesas. Pero, hasta la hora de cenar, no pudo hablar a solas con él unos momentos.

Roboam, el sacristán mayor, responsable de la administración y aprovisionamiento de Astarot, no se movía de la cocina mientras eran servidas las comidas, y vigilaba estrechamente el desarrollo del trabajo y la conducta de los neófitos que se encargaban del mismo. Por decreto del Maestro, todos los miembros de la congregación eran vegetarianos, y Roboam se aseguraba de que los platos no estuviesen demasiado llenos. Mientras trabajaban, los neófitos debían permanecer en silencio. Debido al calor de la cocina y al hecho de que eran más eficientes en el trabajo sin ellos, se les permitía quitarse los toscos hábitos mientras realizaban las diversas tareas.

En un momento dado, entró en la cocina Nehemías y le hizo una seña al sacristán mayor para que saliese. Al parecer tenía algo que hablar con Roboam, y la cocina no era el lugar adecuado.

Inmediatamente, Cindy dejó la bandeja que tenía en las manos y se acercó a Jeff. La ligera camisa que llevaba el muchacho estaba empapada, y por el demacrado

rostro le goteaba el sudor. Estaba metiendo platos sucios en una gran una de agua caliente y jabonosa.

Al darse cuenta de la presencia de Cindy, alzó la vista y le dijo:

—Jesús te ama, Atalía.

—Jeff, por favor, corta el rollo bíblico. Sabes muy bien que me llamo Cindy.

—Yo me llamo Simeón.

—Muy bien —replicó ella—. Ahora no tenemos tiempo de discutir. Hemos de encontrar el modo de salir de aquí.

Él se la quedó mirando, sorprendido.

—¿Salir de aquí? ¿Para qué? Yo estoy muy a gusto aquí. Ahora, Astarot es mi casa.

Ella había observado ya fluctuaciones en la mente de Jeff. A veces parecía normal, pero en otras ocasiones daba la impresión de que estuviera drogado. En aquel momento parecía estar bastante lúcido.

—¡Esto no es tu casa! —exclamó Cindy vivamente—. ¡Esto es una casa de locos! Jeff, ¿no te das cuenta de lo que te están haciendo? Te están comiendo el coco, te están lavando el cerebro. Ya casi se han hecho contigo; pronto será demasiado tarde. Todo eso del don de lenguas, eso de escuchar la voz de Dios... ¿No ves que es una locura?

—Pues es verdad que he oído la voz de Dios —declaró Jeff, al tiempo que sus ojos empezaban a vidriarse—. Me habló, le sentí dentro de mí.

La joven se dio cuenta de que Jeff se le escapaba. Angustiada, siguió intentado comunicar con él.

—Jeff, tus padres, tu familia esperan que vuelvas con ellos. Tienes que volver. Ellos te quieren...

—¡Una mierda! —replicó Jeff con un brillo demencial en los ojos—. Esos dos nunca me han querido. A mi hermano Ken sí, pero a mí no. Sobre todo él, mi padre terrenal, ¿cómo puedes decir que me quiere? Siempre estaba diciéndome lo mismo: «¿Ya estás otra vez sin hacer nada?», «Yo no sé cómo eres, chico», «¿Por qué no habrás salido como tu hermano?». Y ahora me dices que vuelva con ellos...

—Jeff... —empezó a decir ella, con voz temblorosa.

—No me llames más así, Atalía. Me llamo Simeón. Jesús te ama, y tú le traicionas. ¿Sabes lo que ha dicho el Señor acerca de eso? Está en la Biblia, en el Libro de Jeremías. «Volved, oh hijos descarriados, dijo el Señor. Cuando os planté, erais una vid noble, una buena semilla; ¿cómo, pues, os habéis convertido en el vástago degenerado de una vid extraña?».

Uno de los principales métodos que se empleaban en Astarot para aleccionar a los neófitos consistía en obligarles a estudiar la Biblia incesantemente y a aprender de memoria numerosos fragmentos importantes, hasta que eran capaces de recordarlos y citarlos adaptados a cada situación. El proceso de purificación no terminaba hasta que el neófito aprobaba unos duros exámenes de aquella materia, que eran supervisados

por el propio Enoc. Sólo entonces el joven podía presentarse como un alma pura ante Jesús y acceder a la categoría de diácono.

Cindy se dio cuenta entonces de que había perdido todo contacto con Jeff. Era demasiado tarde. Su amigo estaba completamente integrado en Astarot. En aquellos momentos, al igual que los demás, Jeff deseaba verdaderamente seguir allí.

El muchacho se puso a fregar platos otra vez. Por el rabillo del ojo, Cindy vio que volvía el prior. Tomó una bandeja llena de platos y echó a andar hacia el comedor. Estaba sirviendo una mesa de diáconos. Éstos y los priores comían aparte, mientras que los neófitos lo hacían en largas mesas de madera, con la orden de guardar entretanto un absoluto silencio.

Hizo un gran esfuerzo por contener las lágrimas. Sabía que, si la veían llorar, se pondrían a interrogarla; La atormentarían con preguntas: ¿por qué lloraba? ¿Es que no era feliz en Astarot? ¿Cómo podía no ser feliz estando consagrada al servicio del Señor? Astarot era un lugar de alegría, le dirían, y ser un Alma de Jesús representaba el colmo de la felicidad...

«Dinos, hija, ¿por qué lloras? ¿Ha venido Satán a tentarte? ¿Es que has pecado, Atalía? Confiésalo, ¿has pecado? Y, si es así, ¿qué has hecho?».

Una y otra vez, una y otra vez, hasta que le volvían a uno loco, hasta que uno estaba dispuesto a confesar lo que fuese, a hacer lo que fuese, con tal de que le dejaran en paz.

«Confiesa tus faltas, Atalía. Confiesa tu iniquidad, y el Señor se mostrará misericordioso contigo y sanará tu alma...».

Apretando los dientes, fue depositando los platos de verdura hervida ante los diáconos. Uno de ellos alzó la mirada y pareció notar las lágrimas que le cubrían las mejillas. La observó un momento, intrigado, y ella se quedó helada de miedo. Pero tuvo la suficiente presencia de ánimo como para sacar el pañuelo y secarse toda la cara, simulando enjugarse el sudor. Después sonrió al diácono y le comentó:

—Qué calor hace aquí, ¿verdad?

Se trataba de Absalón, uno de los diáconos a los que conocía, por haber recibido de él lecciones sobre la Biblia. El hombre frunció un poco el ceño e hizo un leve gesto afirmativo. Había aceptado la explicación de la muchacha, pero también había estado a punto de reprenderla. Los neófitos no solían dirigir la palabra a los diáconos, y menos en el comedor.

Durante el resto de la cena, Cindy comenzó a esbozar un plan. Un plan para salir de Astarot, para recuperar la libertad. Sabía que no iba a ser fácil. Tendría que conservar la calma y no dejarse dominar por el miedo. Lo más importante era que nadie sospechase nada de ella.

Y, sobre todo, debía ganarse la confianza de uno de aquellos hombres. De un prior: Ezequías.

Contempló la mesa donde estaban sentados los priores. Ezequías era un hombre alto y delgado, calvo, de rostro enjuto y ojos grises de expresión inteligente.

Ezequías. El nombre se adaptaba bien a su ocupación y su personalidad. A Cindy le recordó al Scrooge de Dickens, sólo que con hábito de monje. Era el prior responsable de los donativos; es decir, de todos los asuntos económicos de Astarot: las recolectas callejeras de las Brigadas del Señor, el dinero que entregaban los neófitos, la venta de los coches de éstos y de otros bienes terrenales que pudiesen poseer, la venta de los folletos de propaganda y, en general, la tesorería de la comunidad.

Ezequías. Sí, él era la llave de la libertad, pensó Cindy. El problema, por lo tanto, estaba en hacer girar esa llave y abrir la puerta.

6

Reed telefoneó a George Glennon aquella misma tarde. El escritor le dijo que les recibiría al día siguiente. Habló en tono afable y relajado, y no pareció en absoluto sorprendido por la llamada de Reed. Éste tuvo la impresión de que Glennon debía de haber recibido con anterioridad otras muchas llamadas del mismo tipo.

Fueron, pues, a Santa Cruz. El escritor vivía en una antigua casa victoriana que miraba a Steamer Lane y al mar. El edificio era una auténtica reliquia de tiempos pasados, con sus torrecillas, miradores, volutas barrocas y grandes porches.

George Glennon tenía unos treinta y cinco años. Llevaba barba, y empezaba a quedarse calvo. Vestía unos tejanos y una camisa roja. Tras saludarles cordialmente, les hizo pasar a su estudio y les presentó a su mujer Ellie, que colaboraba con él en sus investigaciones. Ellie les sirvió café y después desapareció en la cocina.

Según él mismo les explicó, Glennon era ante todo un periodista. Había sido durante mucho tiempo colaborador independiente del *San Francisco Examiner*, y había realizado gran cantidad de trabajos para *Rolling Stone*. En aquellos momentos, dado el interés y la preocupación que despertaban las sectas religiosas en todo el país, y la magnética atracción que ejercían sobre miles de jóvenes, se le había contratado para escribir un libro acerca del tema.

Les pidió permiso para grabar la conversación, como dato más para su investigación, y ellos accedieron. Puso entonces en marcha el magnetofón, y Frank se dispuso a contarle todo lo que había ocurrido. Glennon escuchaba en silencio, asintiendo de vez en cuando, como si aquella narración le resultase familiar, como si la hubiese escuchado, con variaciones, muchas otras veces. Finalmente, Reed concluyó su relato:

—Y Haines me dijo que quizás usted podría ayudarnos a sacar a nuestro hijo de allí.

Glennon asintió, pero se apresuró a corregirle:

—Digámoslo de este otro modo. Yo personalmente no puedo hacer nada. Pero conozco a un hombre que es un experto en este tipo de cosas. Él puede ayudarles, según y cómo. Depende...

—¿De qué depende?

Glennon no respondió inmediatamente. Miró a ambos con atención, detenidamente, como tratando de valorarles en algún sentido.

—Depende de varias cosas —respondió por fin—. De si está libre en este momento; de si está dispuesto a comprometerse... Depende mucho de cómo considere la situación concreta de ustedes.

Se dio cuenta de que a los Reed les desconcertaba un poco todo aquello, y explicó tranquilamente:

—Se trata de un amigo mío, de un excelente amigo, y el asunto que aquí se propone implica un gran riesgo; de modo que, en cierto sentido, yo les estoy examinando a ustedes antes de ponerles en contacto con él —clavó entonces su mirada en Reed—. Antes de comprometerse a nada, mi amigo querrá conocerle a usted personalmente. Querrá saber cómo es, y cómo puede reaccionar en una situación de peligro.

—No acabo de comprender.

—Se lo explicaré claramente. El sacar a su hijo de esa secta constituirá una operación muy complicada. Será necesario elaborar todo un plan, y usted tendrá que arriesgarse mucho. Debo decirle desde el principio, señor Reed, que usted se verá directamente implicado, y que ello puede ser peligroso. Si no está dispuesto...

—Sí que lo estoy. Haré lo que sea necesario para rescatar a mi hijo.

—Muy bien. Antes de pasar a los detalles, y en vista de lo que se propone hacer, es importante que conozca usted algunas cosas acerca de las ADJ. Para empezar, las sectas se han convertido en un extraño e inquietante fenómeno a escala nacional. Han atraído a miles y miles de nuestros jóvenes, adolescentes en su mayoría. Todos esos grupos están dirigidos por figuras paternas de uno u otro tipo. Existen centenares de sectas, pero las ADJ son, con mucho, la más numerosa, la más rica y la más poderosa de todas. Es un conglomerado, y los millones de dólares que ingresa están libres de impuestos. Numéricamente hablando, las ADJ son más importantes que los Moonies y los Hare Krishna juntos. Sus miembros viven en grupos aislados de la sociedad, en comunidades o «iglesias», como las suelen llamar, y sólo salen de esos lugares para reclutar a otros miembros o para recoger donativos.

—¿Cuántas de esas comunidades existen?

—Astarot es sólo una entre muchas. Las ADJ poseen alrededor de un centenar de establecimientos como ése, cada uno de los cuales lleva un nombre bíblico. Pero la secta tiene, además, un cierto número de miembros clandestinos que viven fuera de

las «iglesias». Tienen el rango de diáconos, y sirven a la secta de maneras diversas. Reclutando nuevos miembros, por ejemplo; «evangelizando», como ellos lo llaman.

—¿Dice usted que esos miembros lo son clandestinamente?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque a veces esas personas realizan secretas tareas que no son del todo legales. Y, por otra parte, porque no, quieren ser considerados como tipos raros en el ambiente social en el que se mueven. Pero el hecho es que su dedicación y su fanatismo son tan grandes como los de los miembros que viven en las comunidades. Y también son muy numerosos. Todos, por supuesto, al servicio del Maestro.

—El reverendo Buford Joe Hodges...

—También llamado «su divinidad». Fundador y dirigente espiritual de esa gran mina de oro exenta de impuestos. Se declara a sí mismo «enviado» y «predecesor» del Mesías, con la misión de anunciar su venida y de profetizar el Apocalipsis. En realidad, la religión de las ADJ no está muy clara vista desde fuera. Se puede decir que es una especie de popurri de otras religiones y prácticas. El aspecto monástico representa una pizca de catolicismo medieval; tiene muchos elementos del bautismo fundamental y un carácter fuertemente pentecostal; hay también mucho del evangelismo más intransigente, y, por si todo ello fuera poco, está el número del don de lenguas. Además, «su divinidad» ha importado otros elementos exóticos de las religiones orientales, para darle más sabor a la cosa.

—Pero, ¿quién es ese hombre en realidad? —preguntó Kate.

—De hecho, antes de que le fuese encomendada la misión de salvar todas esas almas, era Buford Joe Hodges, nacido en un pueblecito del sur de Georgia, hijo de un humilde predicador evangelista y de una madre alcohólica. Durante años fue peón agrícola itinerante y predicador ocasional.

—¿Y cómo llegó a ser tan importante? —quiso saber Reed.

Brevemente, Glennon esbozó el meteórico ascenso del Maestro hasta la posición que ocupaba en aquellos momentos. Y explicó después:

—Lo que pasa con el reverendo Hodges es que tiene el olfato que hace falta para ganar dinero. Y ha sabido invertirlo bien. La secta posee numerosos y extensos terrenos, en los cuales se levantan sus propios edificios; una próspera cadena de tiendas de artículos de segunda mano que abarca todo el país; una editorial; una compañía discográfica, y una productora de cine y de televisión. Y, cuando la secta compra algo, nunca lo hace con cheques, sino con dinero contante y sonante. Por otra parte, están las Brigadas del Señor...

—¿Las Brigadas del Señor?

—Son unos grupos que forman los neófitos de cada comunidad, bajo la supervisión de dos diáconos. Esos grupos salen todos los días a la calle y se dedican a pedir dinero a los transeúntes vendiendo un folleto titulado el *Libro del Maestro* — Glennon sonrió levemente—. Supongo que el reverendo Hodges copió la idea del

Libro de Mao. Sea como fuere, cada ejemplar debe de costar unos veinticinco centavos, y esos muchachos lo venden a dos dólares. Y lo venden con empeño. Las Brigadas del Señor recogen cientos de miles de dólares por todo el país. Algunos de esos chicos venden por valor de cien a doscientos dólares diarios. Dinero en metálico y sin impuestos, naturalmente.

Todos callaron unos momentos. No se oía más que el leve susurro del magnetofón. Después, Kate dijo con vehemencia:

—Señor Glennon, yo necesito hablar de Jeff. Quiero decir, de lo que le han hecho. De lo que han hecho con su mente. Tiene que haber alguna ley contra eso...

—Lo siento, señora Reed —dijo amablemente Glennon—, pero no existe ninguna ley escrita contra el lavado de cerebro. Charles Manson fue declarado culpable de asesinato, pero no lo fue de pervertir la mente de los muchachos que formaban su secta, muchachos como Squeaky Fromme y los demás. En cierto modo, el delito que cometió contra sus mentes era tan grave como el de asesinato. Lo mismo podría decirse del Ejército Simbiótico de Liberación, del lavado de cerebro de que fue víctima Patty Hearst. Fue un verdadero secuestro psicológico, lo cual, cabe decir, fue incluso peor que el secuestro físico.

Frank Reed meneó la cabeza.

—No lo entiendo —dijo—. No alcanzo a comprenderlo, Kate y yo nos lo hemos preguntado mil veces. ¿Por qué? ¿Por qué los muchachos se meten en esas sectas? ¿Qué pueden encontrar en ellas? ¿Por qué se quedan, en lugar de abandonarlas al cabo de unos días?

—Bueno, yo no conozco a su hijo ni a esa muchacha que anda con él —dijo Glennon—, de modo que sólo puedo darle una respuesta aproximada. En los años sesenta, los jóvenes como Jeff y Cindy eran activistas, rebeldes. Había unos centros de interés: la guerra de Vietnam, el movimiento por los derechos civiles y todo lo demás. Ahora, a finales de los setenta, esos mismos muchachos siguen siendo rebeldes, pero de un modo pasivo. No tienen ninguna causa en la que centrar sus pasiones, ningún espacio donde expansionarse. Por ello toman como objetivo de su odio el sistema, y parte del sistema es la religión establecida, la explotación económica, la familia, etcétera.

De nuevo Frank Reed meneó la cabeza.

—No, no. Sigo sin entenderlo.

—Los jóvenes de los que le hablo se sienten alienados, perdidos. La secta representa para ellos una nueva familia, un grupo fiel formado por muchachos como ellos, por hermanos y hermanas, y una nueva imagen paterna espiritualmente pura. Todos trabajan por el mismo fin: la salvación.

—Hay una cosa que me inspira curiosidad —dijo Reed—. Usted se está tomando la molestia de ayudarnos. Y nosotros se lo agradecemos. Pero, ¿por qué lo hace?

—Porque ese montaje de las ADJ es un maldito engaño —respondió Glennon—. Más aún, es una: amenaza para los muchachos de este país, y se está desarrollando

como un cáncer —sonrió—. Bueno, esa es la parte idealista de mi motivación. Está también el lado práctico. Como les he dicho antes, estoy escribiendo un libro. Está casi terminado. Quiero que ustedes me concedan la exclusiva de su relato de todo lo que ocurra a partir de este momento. Si es que ocurre algo. Les pido que me den a mí, y a nadie más, la historia con todos sus detalles. ¿Les parece justo?

—Sí, desde luego. Y ahora, hablemos de ese amigo suyo... ¿Cómo nos pondremos en contacto con él?

—Mi amigo viaja mucho —dijo Glennon—. Que yo sepa, no tiene una dirección fija. No sé dónde está en este momento, pero, tarde o temprano, se pondrá en contacto conmigo. Siempre lo hace. Entonces, yo le diré que se ponga en contacto con ustedes. No tienen más que esperar.

—Todavía no nos ha dicho quién es —dijo Kate.

Glennon sonrió, sacudió la ceniza de su pipa y desconectó el magnetofón.

—Eso lo sabrán ustedes a su debido tiempo.

7

En Astarot, después de la cena, la velada comenzaba con el canto de algunos himnos del repertorio del Maestro. Se cantaba, aproximadamente, durante una hora.

Después, se pasaban largos ratos en silencio; cada cual rezaba según le inspiraba su corazón. Durante aquella plegaria silenciosa, dos o tres miembros del grupo murmuraban frases incomprensibles. Algunos inclinaban la cabeza y cerraban los ojos. Otros, de rodillas, alzando la mirada, rezaban en silencio con las palmas de las manos juntas en un gesto de súplica. Había también quienes empleaban sillas como reclinatorios: se arrodillaban en el suelo y apoyaban los codos en el asiento, con la cara oculta entre las manos.

El padre prior indicaba el final de la plegaria silenciosa pronunciando una oración en voz alta: «Amado Jesús, y amado Enviado Suyo, Su Divinidad el Maestro. Os damos gracias por habernos traído aquí y por estar aquí con nosotros, para ayudarnos en nuestra plegaria y purificarla. Guíanos, oh Señor, y concédenos el don de la profecía para que podamos conocer Tu voluntad».

A continuación, todos decían a coro: «Te damos gracias, oh Jesús. Alabado sea el Señor».

La reunión terminaba cuando alguno de los miembros confesaba haber sido víctima de una tentación, de una depresión o de una leve duda en su total entrega a

Jesús. Pedía entonces que se rogase por él mediante la «imposición de manos». Inmediatamente, un cierto número de miembros, casi siempre diáconos, se agrupaba en torno al afligido o la afligida joven, colocaba las manos sobre su cabeza y sus hombros o bien le tomaba las suyas, y rezaba en voz alta. Era de aquel modo como, en algunas iglesias, se concedía a los neófitos el «bautismo del Espíritu Santo», y se esperaba que siguiese a ello la superación de la crisis.

Aquella noche, Jeff Reed estaba sentado al lado de Cindy. No era algo que ocurriese con frecuencia, pues las reglas de la secta no favorecían ninguna intimidad entre los neófitos que habían ingresado juntos. Era mejor mantenerles separados, pues uno de ellos podía tener dudas e influir en el otro. Jeff observó que Cindy no llevaba el hábito bien cerrado, y pudo ver buena parte de su pecho desnudo, las dulces curvas que él conocía tan bien. De pronto, se sintió invadido por la lujuria. Empezó a sentir una erección. Rogó fervorosamente a Jesús que le perdonase por aquel pecado de la carne. Se esforzó por pensar en la joven como en Atalía, su puro y espiritual nombre de alma renacida en Cristo, pero, contra su voluntad, en aquel momento sólo podía pensar en ella con su nombre terrenal.

Sentía deseos de levantarse, de deslizar la mano bajo su hábito y acariciar los senos voluptuosos. Y de besarla en la boca. Angustiado, Jeff presenciaba la rebelión de su carne.

Después, vagamente, como si hubiese ocurrido hacía mucho tiempo y en algún otro planeta, recordó como se habían conocido en la playa. Ella era una esbelta jovencita de diecisiete años, de piel bronceada, de ojos castaños y suaves labios rojos; su largo cabello, también castaño, le llegaba a la cintura. Entre ellos se había producido una atracción intensa e inmediata. Recordó los paseos que daban arriba y abajo de la autopista, contemplando las olas. Recordó las veces que se había quitado el bañador húmedo y se había echado al sol, junto a Cindy, en la playa. Ella llevaba un bikini muy pequeño, y el olor y el contacto de su piel, perfumada por el mar y cálida por el sol, le volvían completamente loco. Después, se habían acostado juntos en casa de un amigo, en Santa Mónica. Llegó un momento en que no llegaban a saciarse el uno del otro, en que nunca tenían hambre...

Y entonces, Jeff, al pensar en el cuerpo desnudo de Cindy, se deslizó la mano bajo el grueso hábito con el deseo irresistible de apagar aquel fuego, en aquel mismo momento, en plena oración... Pero en el último instante el Espíritu Santo prevaleció y se apoderó de él. Jeff empezó a murmurar extrañas palabras, y su erección desapareció. Había estado a punto de pedir una imposición de manos, de confesar la lujuriosa tentación que había sentido, pero finalmente se había echado atrás, sabiendo que ellos considerarían muy grave aquella falta, y temiendo que ello le hiciese retroceder en su proceso de purificación. En aquel momento, sus labios se movían murmurando palabras ininteligibles, y la tentación había pasado. «Alabado sea Jesús —pensó—; estoy salvado otra vez».

De pronto, una voz le arrancó de sus pensamientos. Se volvió sobresaltado y vio

junto a él, de pie, a un diácono.

—Simeón, Ezequías quiere verte en su despacho.

—¿Que quiere verme, Mica?

—Sí, ahora mismo.

El rostro del diácono no mostraba expresión alguna. Jeff sintió temor, un temor intenso que le aferraba las entrañas. ¿Sabrían lo que había estado pensando? ¿Habrían leído en su mente y conocerían su debilidad ante la lujuria? Ezequías era uno de los priores, y a Jeff éstos le parecían omnipotentes. Le parecía que lo sabían todo, que percibían lo que ocurría en el espíritu ajeno. Él había sentido deseo carnal por Atalía, y no lo había confesado. Aquello era una norma importante durante la plegaria, y formaba parte de la purificación. Si un neófito se veía asaltado por la lujuria, o por otras ideas indignas, debía decirlo, confesarlo, para implorar el perdón.

Lo sabían, estaba seguro.

Atravesó la iglesia y subió por la escalera hasta el segundo piso. Pasó por las salas destinadas al estudio de la Biblia y a los confesionarios, y tomó el corredor al que daban los despachos, donde se ocupaban de sus tareas los priores de Astarot. Cuando Jeff llegó a la puerta del de Ezequías, ésta estaba cerrada. Dio unos tímidos golpecitos, y una voz le dijo que entrase.

Ezequías se hallaba sentado a su escritorio. Estaba bebiendo vino en una copa de plata y repasando unas cuentas. En una de las paredes había una imagen de bronce que representaba a Jesús cargado con la cruz, y en otra un gran retrato del Maestro sonriendo con benevolencia. Ezequías se había aflojado el cuello del hábito, y en aquel momento éste estaba abierto, dejando ver su velludo pecho. Intercambiaron el saludo ritual, y durante un rato callaron los dos. Jeff estaba temblando. El delgado rostro de Ezequías carecía de toda expresión. Miró a Jeff un momento, como si pudiese ver en su interior. Después, súbitamente, apareció una sonrisa en su estrecha cara y dijo:

—Simeón, he hablado de ti con los demás priores. Estamos muy satisfechos de tu purificación.

—Gracias, Ezequías.

Temblaba aún, sorprendido por aquella cálida acogida.

—Te has portado tan bien que consideramos que estás preparado para formar parte de una Brigada del Señor, para salir a las calles y recoger donativos para la Iglesia. Según el procedimiento normal, no habrías gozado de este privilegio hasta dentro de tres meses, por lo menos. Llevas aquí menos de un mes, pero has progresado muy deprisa. Has estudiado bien la Biblia, y te ha sido concedido el don de lenguas —hizo una pausa, y volvió a sonreír—. Espero que te alegre la noticia, Simeón.

—Alabado sea Jesús —dijo Jeff fervorosamente. No podía ocultar su alegría, ni tampoco lo intentó—. Te prometo que trabajaré tanto como pueda al servicio del Señor.

—Sí, sí, desde luego —dijo Ezequías—. Ni que decir tiene. Ya debes de saber que cada brigada ha de alcanzar un cierto cupo de ventas. La Iglesia necesita nuevos conversos, necesita nuevas instalaciones, necesita dinero para divulgar por todas partes la palabra del Señor, y también para defenderse contra los ataques de Satán, en las muchas formas que adopta.

—Lo sé.

—Y, desde luego, necesita dinero para socorrer a los pobres. Como dice el Evangelio según San Mateo: «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sígueme». Éste es un principio fundamental para el Maestro, Simeón. Recuérdalo bien.

—Sí, Ezequías.

—Te he destinado a la brigada número tres. Es un grupo excelente, y lo dirigen dos de nuestros mejores diáconos, Efraím y Siquem. Escúchales bien y aprende de ellos. Como sabes, cuando salimos a las calles llevamos ropas terrenales en lugar de los hábitos. Irás al guardarropa del edificio cuatro y allí te darán las prendas necesarias. Ya les he dicho que te esperen —le dirigió una mirada crítica y añadió: — Observo que llevas el pelo un poco largo. Córtatelo antes de salir.

—¿Cuándo empezaré?

—Pasado mañana.

Aquella noche, Jeff no podía dormir. Estaba tendido en su cama, o, para ser exactos, en el catre de lona que hacía las veces de tal. Las luces se apagaban a las nueve, y tenían que levantarse a las cinco.

Los neófitos varones dormían en un piso del gran edificio habilitado como dormitorio llamado Jaquila, que era el lugar donde Saúl plantó su tienda cuando perseguía a David por el desierto. No había habitaciones individuales, ni siquiera tabiques divisorios. Las camas estaban alineadas a ambos lados de la nave, a la manera de los barracones del ejército. Las neófitas dormían en el piso de arriba. Y, por supuesto, los diáconos tenían su dormitorio aparte, en el edificio llamado Tiberíades, como el lago sobre el cual había caminado Jesús.

Jeff no lograba dormirse. Estaba demasiado eufórico, demasiado contento. Sabía que había recorrido ya un largo trecho en su purificación. Si trabajaba bien en la brigada, si recogía bastante dinero, estaría en camino de convertirse en diácono.

Ello implicaba una serie de privilegios. Significaba, por ejemplo, que ya no tendría que permanecer célibe. Podría acostarse una vez a la semana con cualquier diaconisa de su elección, o bien con una neófita. Se le daría mejor comida, y se le permitiría de vez en cuando salir del recinto, en compañía de otros, desde luego, pero con cierta independencia.

Se sentía feliz en Astarot, muy feliz. Allí no tenía que tomar ninguna decisión importante; sólo debía tener fe en el Maestro y hacer lo que se le ordenaba. Se

encontraba espiritualmente en paz. Ya no estaba en el «mundo exterior»; ya no se hallaba confuso ni andaba a la deriva. Estaba a salvo de su padre terrenal, Frank Reed, que nunca dejaba de atosigarle, que siempre estaba mostrándole como ejemplo a su hermano mayor, Ken, que era un futbolista destacado en Stanford. Ya no tendría que aguantar más todo aquello. Por fin era Simeón de Astarot, y estaba consagrado al servicio del Señor. Tenía garantizada la salvación cuando llegase el holocausto supremo, el Apocalipsis. Así lo había dicho el mismo Maestro, el enviado de Dios en la tierra.

Y, más aún, sentía que formaba parte de un grupo, de un grupo especial y exclusivo, en el cual todos eran hermanos y hermanas. Personas que le querían y que se preocupaban de él, que se preocupaban *de verdad*. En Astarot reinaba el amor. Amor a Jesús, amor al Maestro, amor de los unos por los otros, desde el primer prior hasta el último neófito. Y la fidelidad era absoluta.

Desde luego, las normas eran estrictas, y el proceso de purificación resultaba difícil de soportar. Se le había dicho que era muy importante aprender a ser humilde.

Pero no todo era esfuerzo. Un par de veces por semana, todos cantaban y bailaban al son de los himnos religiosos, interpretados al estilo rock, con contrabajo, guitarras eléctricas, piano y batería. Durante una hora cada día, después del almuerzo, tenían libertad para pasear por el recinto, jugar al fútbol o simplemente echarse bajo un árbol y charlar. Jeff estaba siempre hambriento; había perdido peso. Pero la abstinencia formaba parte de la purificación: la mortificación del cuerpo elevaba el alma.

Después de la purificación, y tras un período intermedio al que llamaban «purgatorio», llegaría a ser diácono; tal vez al cabo de un año. Comería mejor y en mayor cantidad. En ocasiones se acordaba de las hamburguesas, que antes le gustaban tanto, y del pollo, y de los filetes a la parrilla... pero rechazaba aquellos pensamientos. El Maestro decía que Dios había creado a todos los seres vivos, y que el matar y devorar a los animales era un pecado tan grave como asesinar a seres humanos.

Estaba preocupado por Atalía. Ella no parecía ser feliz en Astarot. Se sentía un poco responsable, porque había sido él quien la había convencido para que le acompañase allí. Tenía que hablar con ella, mostrarle el error en que incurría. Había sido agradable estar sentado a su lado aquella noche...

Entonces, de pronto, le vino a la cabeza de nuevo la imagen de aquellos pechos suaves y redondos parcialmente descubiertos. Los pechos que antes él acariciaba, contra los que oprimía su rostro, los pezones rojos y suaves que solía besar... Trató de apartar aquellas imágenes de su pensamiento, pero no pudo. La erección volvió a aparecer, rápida e intensa. Los neófitos dormían desnudos bajo las rugosas sábanas de algodón, y Jeff sentía que la punta de su pene rozaba la tela, lo cual le excitaba todavía más. Desesperado, alargó la mano y se agarró el pene como si éste fuese una especie de ser maligno, como si pudiese aniquilarlo, hacerlo bajar otra vez.

Quiso pensar en la Biblia, en alguna de las citas que había aprendido acerca de la lujuria. Pero no pudo. No recordaba ninguna. Trató de pensar en cosas puras, sin conseguirlo tampoco. Su pene seguía duro y enhiesto, cálido y palpitante. Se acordó de cuando lo introducía entre las piernas abiertas de Atalía; lo imaginó deliciosamente aprisionado en aquel lugar húmedo y caliente; se vio a sí mismo moviéndose rítmicamente encima de Atalía, mientras ésta gemía de placer; sintió como el cuerpo de la joven se levantaba para unirse más a él cuando los dos se acercaban al orgasmo...

Saltó de la cama y se dirigió a la sala de duchas.

Abrió el grifo del agua fría y permaneció bajo el chorro un buen rato, temblando. Aquello era lo que recomendaban los priores para los momentos en que Satán atacaba con una de las tentaciones más eficaces, el deseo sexual.

Salió de la ducha. Su erección había desaparecido. Cuando se disponía a abandonar la sala, entró en ella otro neófito, a quien Jeff conocía por el nombre de Sofonías. Era evidente que el muchacho estaba allí con el mismo propósito que Jeff; su erección era muy visible, angustiada. Los dos se miraron sin asomo de timidez, comprendiéndose perfectamente. «Aquí todos estamos juntos; lo que le ocurre a uno nos ocurre a todos». Sofonías sonrió a Jeff, y éste le devolvió la sonrisa.

—Esto es lo peor de todo —dijo Sofonías—. Es lo que más me cuesta de la purificación. Antes me gustaba mucho joder. Me tiraba una tía cada día, y a veces dos. Siempre andaba caliente. Y ahora...

—Es sólo una temporada —dijo Jeff—. Y vale la pena.

—Sí, así lo espero...

Hizo una profunda inspiración, entró en la ducha, abrió el grifo y se quedó bajo el chorro, jadeando. Jeff se secó con una áspera toalla y volvió a la cama. Permaneció un rato echado de espaldas, tranquilo.

Pero volvió a pensar en Atalía. Y ya sólo podía darle el nombre de Cindy. Cindy, sus pechos redondos, las curvas de sus caderas, su provocativo modo de andar, el olor de su cuerpo, la mirada lánguida, los cálidos, suaves labios apretados contra los suyos, su mano acariciándole el pene, primero con los dedos, deslizando las yemas arriba y abajo, después rodeándolo suavemente, apretándolo...

Sí, sabía lo que tenía que hacer para no volverse loco. Tenía que masturbarse. Deslizó la mano bajo la sábana y cerró los ojos. Empezó a retorcerse de placer, y finalmente, al sentir acercarse el orgasmo, arqueó la espalda. El orgasmo fue intenso, como una explosión; el blanco y cálido esperma le goteó por la palma de la mano.

Sintió un enorme alivio. Abrió los ojos, pensando que tenía que ir otra vez a las duchas. Pero ante él, de pie, vio a Zimran, el diácono que estaba de turno aquella noche para vigilar el dormitorio. Jeff se le quedó mirando, horrorizado, esperando una dura reprimenda, un grito de escándalo.

Pero Zimran se limitó a sonreírle con benevolencia, con afecto. Se había hecho cargo de la situación.

—Jesús te ama, Simeón. Buenas noches. Que duermas bien.

—Buenas noches.

Mientras el diácono se alejaba, Jeff recordó algo que le había ocurrido hacía mucho tiempo, cuando tenía doce o trece años. Él estaba en el cuarto de baño, masturbándose sentado en el water. Había olvidado echar el pestillo, y su madre había entrado y le había visto. No le había dicho nada, pero la expresión de sorpresa, de repugnancia, que apareció en su rostro había sido suficiente. Había pensado, sin duda, que aquello era una cosa sucia, despreciable, algo que los muchachos no deberían hacer. Jeff había sentido deseos de esconderse en alguna parte; se había sentido avergonzado, sucio, degradado.

Allí, en Astarot, todo era diferente. Nada era sucio ni vergonzoso si uno estaba limpio espiritualmente. Todos se comprendían y se querían. En Astarot reinaba el amor.

Y, lo que era más importante aún, uno nunca estaba solo.

La brigada número tres se reunió en la capilla a las ocho de la mañana.

El grupo estaba compuesto por diez neófitos, cinco muchachos y cinco muchachas, bajo la dirección de dos jefes de ventas, los diáconos Efraím y Siquem. Las demás brigadas se estaban reuniendo en aquel mismo momento, en otros lugares del recinto, y, media hora después, se juntarían para tomar el autocar, que les llevaría a la ciudad, a los lugares que se les había asignado.

Los muchachos iban vestidos con pantalones grises y pulcras americanas rojas con las iniciales ADJ bordadas en uno de los bolsillos superiores. Llevaban camisas blancas y corbatas azules a rayas. Iban bien peinados. Sus zapatos estaban limpios y relucientes.

Los diáconos vestían del mismo modo. Las chicas llevaban faldas largas y blusas, y el cabello cuidadosamente peinado y trenzado. Todos eran jóvenes, y en sus rostros se leía la impaciencia por ponerse al trabajo.

En una de las mesas de la capilla había varias pilas de folletos azules, el *Libro del Maestro*.

Todo aquello era nuevo para Jeff, que lo observaba con gran interés. Le resultaba extraño llevar camisa, pantalones y americana, después de un mes de vestir sólo el basto hábito de monje. En cierto modo, le inspiraba temor la idea de salir de Astarot y entrar de nuevo en aquel otro mundo, el mundo que antes era el suyo y que la secta consideraba como territorio de Satán. Después pensó que no tenía nada que temer, pues sus amigos estarían cerca de él, trabajando con él.

Al parecer, el diácono responsable era Efraím. Estaba de pie antes ellos, y les ordenó que rezasen interiormente unos momentos. Los jóvenes inclinaron la cabeza y le obedecieron. Después, Efraím rompió el silencio diciendo:

—¿Qué es lo que vamos a hacer hoy?

—¡Vender! —exclamaron los miembros de la brigada—. ¡Vender, vender, vender! Efraím agitaba los brazos para animarles en sus exclamaciones.

—¿Y qué es lo que vamos a vender?

—¡El *Libro del Maestro*! —gritaron los muchachos—. ¡La palabra del verdadero Enviado de Jesucristo!

—¿Y cómo vamos a venderlo?

—¡Con entusiasmo! ¡Con entusiasmo!

—¿Para quién vamos a recoger ese dinero?

—¡Para nuestro Padre Celestial!

—¿A quién vamos a quitárselo?

—¡A Satán! ¡A Satán! ¡A Satán! —respondieron los jóvenes a coro—. ¡Con ese dinero, le enviaremos al infierno! ¡Le cortaremos los cuernos y la cola!

—¿Y qué haremos con ese dinero?

—¡Salvar almas! ¡Salvar almas para Jesús! ¡Vamos a salir a la calle a salvar almas para Jesús!

—¡Jesús os ama! —gritó Efraím—. ¡Jesús os ama, a todos y a cada uno de vosotros!

—¡Y Jesús te ama a ti, Efraím! —gritaron los muchachos.

Con aquello terminó la arenga. Siquem, el otro diácono, se adelantó y les dijo a los jóvenes, hablando en tono normal:

—Hermanos y hermanas: viene hoy con nosotros un nuevo vendedor, Simeón — todos se apiñaron en torno a él, diciéndole que Jesús y ellos le amaban—. Enseñadle todo lo que sabéis, para que pueda trabajar con eficacia. Ya conocéis cuál es nuestro mínimo diario de ventas, lo que debe recoger cada uno de nosotros. Seguramente, Simeón no podrá alcanzarlo hasta dentro de unos días, porque es nuevo, pero aprenderá deprisa —y añadió, orgulloso: —Ayer hablé con Ezequías. De todas las brigadas de Astarot, nosotros ocupamos el segundo lugar en cantidad de ventas.

Hubo gritos de alegría y aplausos; Siquem calló un momento y después continuó:

—Debo recordaros una vez más que, cuando estéis vendiendo el *Libro del Maestro*, os mostréis educados pero tenaces. Sed agresivos, pero no entréis en contacto físico con la gente. No les agarréis del brazo ni tratéis de detenerles físicamente de ningún otro modo. Ha habido algunas quejas a la policía en este sentido, y, como es lógico, no queremos tener problemas de ese tipo —hizo una pausa, para que fuese bien comprendido aquel punto, y prosiguió: —Ahora, voy a repetir un par de cosas que ya sabéis, en atención a Simeón. Son cosas que los vendedores expertos ya conocéis. En general, los hombres reaccionan mejor si son abordados por nuestras jóvenes, y las mujeres si lo son por los muchachos. Mostraos joviales y sonrientes, y siempre sinceros. Tened presente que estáis vendiendo lo más puro y hermoso que se puede vender en el mundo: la palabra de Dios, tal como nos ha sido transmitida por el Maestro. No dudéis en levantar un poco la voz cuando vendáis. A veces, ése es el modo de hacer que alguien compre el folleto, porque sabe

que otras personas pueden oír la conversación y no se atreve a negarse. Usad la inteligencia. Catalogad inmediatamente al posible comprador. Si es una persona de edad, decidle que el dinero que se gana con los folletos se destina a nuestra residencia para ancianos. Si el posible comprador es una mujer de aspecto maternal, decidle que se destina al orfanato de las ADJ. Y así sucesivamente. Casi todo el mundo es vulnerable ante un argumento u otro —hizo una pausa—. ¿Alguna pregunta?

No hubo ninguna pregunta. Entonces, Efraím se adelantó, tomó su cartera y sacó de ella una fotografía en color muy ampliada. Era la misma que se exhibía en los tablones de anuncios de todos los edificios del recinto, algo así como las fotografías de delincuentes que se veían en las oficinas de Correos con la inscripción «Se busca». Sólo que ésta mostraba únicamente la imagen frontal de la cara de un hombre; no le acompañaba la de perfil.

Era el rostro de un hombre que se aproximaba a los cincuenta años.

—Todos sabéis quién es —dijo Efraím—. Vuelvo a recordaros que puede encontrarse cerca de donde estéis trabajando. Puede estar cerca, acechando, esperando el momento de cogeros desprevenidos. Se mueve como un fantasma, y ataca cuando menos se espera. Si os atrapa, se apoderará de vuestra alma y la enviará directamente al infierno. Y vosotras, hermanas, guardaos de él. Es capaz de violaros y asesinaros. El hombre que veis aquí es Satán en persona. Aquí en Astarot habéis visto muchas fotografías de su disfraz humano. Pero os lo repito otra vez: guardaos de él. Si le veis, decídnoslo inmediatamente a Siquem o a mí —guardó la foto—. Y ahora, vámonos. Vamos a trabajar para el Señor, para enriquecer su viña. A cambio, Él os alimentará y os protegerá, y os bendecirá con su Santo Espíritu.

Los miembros de la brigada número tres tomaron los folletos que se les había asignado y echaron a andar vivamente camino del autocar.

8

El hombre a quien llamaban el Diablo estaba soñando.

Mejor dicho, tenía una pesadilla.

Aquella pesadilla le asaltaba, con intermitencias, desde hacía tres años. Y en aquel momento la tenía otra vez. Agitándose y dando vueltas en la cama, empapado en sudor, gimiendo, volvía a vivir aquellos hechos.

Sidón.

Sidón era la ciudad donde una mujer griega se había postrado a los pies de Jesús y

le había suplicado que expulsase al demonio que se había apoderado del espíritu de su hija. Jesús lo había hecho, y le había dicho a la mujer que se fuese en paz. La hija, que estaba postrada en su lecho, se vio libre del demonio. Después de realizar aquel milagro, Jesús había seguido su camino hacia el mar de Galilea...

Pero la pesadilla ocurría en otra Sidón, en otro lugar y en otro momento de la historia. Aquel nombre odiado le perseguía incluso cuando estaba despierto. Sidón, Sidón, Sidón... Pero, cuando dormía, lo vivía todo otra vez, tal como había sucedido...

Sonó el teléfono, y el Diablo se despertó. Permaneció inmóvil un momento, sudoroso, agotado. El teléfono seguía sonando. Lo descolgó.

—¿El señor West? —dijo una voz.

—¿West? —repitió él, sin comprender.

La persona que estaba al otro extremo del hilo calló un momento, y después dijo:

—Usted es el señor Charles West, ¿no? Ésa es la habitación veintidós...

—Ah, sí, perdone...

—Usted encargó que se le despertase a las ocho, señor West. Son las ocho y dos minutos.

—Gracias.

Colgó; encendió un cigarrillo y se incorporó, aún medio dormido.

¿Dónde estaba? ¿Qué hotel era aquél? Se encontraba completamente desorientado. Ah, sí. Ya recordaba. Y recordó también que era domingo. Tenía que hacer una llamada telefónica y comer algo. Después, esperaba una visita.

Y después...

Casi había olvidado el nombre con el que se había inscrito en el registro la noche anterior. El nombre que le había dicho a Glennon que usaría en aquel lugar, cuando le telefoneó desde Denver. Había usado tantos nombres falsos durante los últimos tres años, uno diferente en cada ciudad, en cada hotel... Se preguntó si alguna vez habría usado el mismo dos veces. Le pareció recordar vagamente haber usado el nombre de West cuando había ido a Tigris, en Seattle. ¿O fue cuando lo de Maceda, en Florida? Sonrió tristemente al recordar el caso de la comunidad de Maceda; en aquella ocasión había fallado. El Diablo había cometido un error; mejor dicho, su cómplice lo había cometido.

Pensó, con cierta amargura, que casi había olvidado su verdadero nombre. Pero merecía la pena pasar desapercibido siempre, ocultarles en todo momento su paradero. Los miembros de las ADJ estaban por todas partes, no sólo en las comunidades. No podía permitir que le localizaran; sabía que, si lo hacían, estarían dispuestos a todo.

No creía que el Maestro anduviese con reparos en lo referente a él; si se le presentaba la ocasión, no dudaría en matarle. No en vano tenía que proteger un imperio de veinte millones de dólares.

Alargó la mano para coger el teléfono, marcó el nueve y después un número

local. Le respondió un hombre con voz algo temblorosa, una voz que denotaba que había estado esperando la llamada con impaciencia.

—¿El señor Prentiss?

—Sí, soy yo.

—Soy John Morse.

—Ah, sí. ¿Cuándo ha llegado a Memphis?

—Ayer por la noche. Vine de Denver en avión.

—¿En qué hotel está?

—En el motel Starlight. ¿Sabe dónde está?

—Sí. Es ese grande de la autopista 40 —parecía sorprendido, como a punto de preguntar por qué un motel y por qué fuera de la ciudad, pero no preguntó nada—. Nosotros estamos preparados para salir. ¿Cuándo podemos vernos?

—Esta tarde. Vengan a buscarme a las cuatro.

—¿No podría ser antes? Yo podría ir ahora mismo...

—No. Ahora tengo unas cosas que hacer. ¿A qué distancia estamos de Caná?

—¿Desde su motel, quiere decir?

—Sí.

—A unos quince kilómetros. Está en el campo.

—Bien. Necesito echarle una buena mirada, para tener una idea clara de la geografía del lugar. Así podré hacer un plan.

—Señor Morse, ¿quiere venir a almorzar con nosotros? Ya nos hemos visto una vez, pero usted es forastero en Memphis, y, si vamos a trabajar juntos...

—Gracias, pero ya le he dicho que tenía cosas que hacer.

Colgó, pensando que era mejor de aquel modo. Demasiado iba a conocer a Gerald Prentiss antes de solucionar el asunto de Memphis, Fue a afeitarse, se duchó y se vistió. Después, tomó el periódico que había comprado la noche anterior al salir del aeropuerto.

Era una edición vespertina, y traía lo que al Diablo le interesaba: los programas de televisión del domingo por la mañana; los programas religiosos. Deslizó el dedo por el papel. A las nueve se podía ver «El reverendo Ed», «Las puertas del cielo», «El Tabernáculo de Orrin Deakes» y «El camino del éxtasis». A las nueve y media había otros cuatro programas dedicados a divulgar la palabra divina, a orientar a los creyentes y a amonestar a los pecadores. Morse encontró en el séptimo canal el programa que buscaba.

«La hora de las Almas de Jesús» se emitía cada domingo por unas setenta emisoras de todo el país. Morse era un espectador asiduo del programa. Sonrió, preguntándose qué habrían pensado los de las ADJ si lo supiesen. Ningún domingo, estuviese donde estuviese, dejaba de verlo. El reverendo Buford Hodges se limitaba a copiar descaradamente algunos elementos de otros programas dominicales presentados por evangelistas honrados y sinceros, pero cada semana ofrecía algún número original, y cada semana daba algún mensaje nuevo del Señor, que éste le

había transmitido por la línea directa que tenía con el cielo...

Morse se sentó ante el aparato, dispuesto a ver qué habría inventado en esta ocasión aquel hipócrita ambicioso.

El programa empezó de la manera habitual. Un coro de voces jóvenes cantó un himno:

*Jesús te ama; entrégale tu alma.
Jesús te ama; encamínate al Cielo.
Jesús te ama; confía en Él.
Él es eterno
y eternamente te protegerá.*

Gradualmente, se fueron encendiendo las luces y se hizo visible el coro, cuyos miembros estaban situados al pie de una gran cruz recubierta de pedrería, que brillaba y centelleaba. Los muchachos y muchachas que lo formaban llevaban todas unas sencillas túnicas azules, y sonreían beatíficamente mientras cantaban. Iban limpios y bien peinados; eran muy jóvenes, y tenían el típico aspecto de los buenos muchachos norteamericanos. Morse hubo de reconocer que el amigo Buford sabía lo que se hacía, desde el punto de vista del espectáculo, al mostrar en la pantalla aquellos rostros jóvenes y lozanos. La predicación de la palabra de Dios formaba parte del mundo del espectáculo, como todo lo demás. Y, haciendo un juego de palabras, se podía decir que el Maestro era un maestro consumado en el arte del espectáculo.

Después apareció en la pantalla el numeroso público, compuesto en su mayoría por jóvenes, sentados en el anfiteatro del estudio. Todos aplaudían calurosamente. Casi todos tenían el mismo aspecto pulcro y sano que los del coro. Entre ellos había un buen número de Almas de Jesús, a quienes el Maestro había hecho acudir desde las comunidades cercanas con el propósito de llenar la sala.

Se aproximó a la cámara un prior de la secta, vestido de calle, con un correcto y discreto traje de hombre de negocios. Anunció que el tema del programa sería: «¿Tiene Dios un plan?».

Nada de hábitos monásticos en la televisión, pensó Morse; nada de absurdos ritos medievales que pudiesen aburrir a los espectadores. Los ritos medievales eran una cosa exótica con la que los muchachos podían entretenerse entre los muros de las comunidades.

Mientras el coro seguía cantando, salieron de las sombras cuatro o cinco parejas, cogidas de la mano, y se pusieron a cantar también. Tanto ellos como ellas eran jóvenes y guapos; todos tenían buena figura. Sonreían, mostrando unos dientes blancos y hermosos. La luz del proyector ponía de relieve aquella esplendorosa juventud.

Finalmente, las parejas desaparecieron en la sombra. La escena se oscureció, y a continuación se encendió un gran proyector. En el haz de luz entró el reverendo Buford Hodges.

Era un hombre alto, vestido con un correcto traje de calle y una discreta corbata a

rayas. Tenía el pelo blanco como la nieve y llevaba una barba corta, igualmente blanca. A Morse le recordaba al coronel Sanders. Pero pensó que el reverendo y el coronel vendían dos productos completamente diferentes. El Maestro mostraba una sonrisa benévola, y su voz era suave, atrayente, persuasiva. Hablaba en un tono de gran sinceridad. El acento sureño era leve, pero perceptible aún.

«Muchos cristianos me han preguntado: “¿Tiene Dios un plan? ¿Tiene un plan para cada uno de nosotros?”. Mi respuesta a eso, respuesta que he tomado de Su palabra y del Espíritu Santo, es *sí*. Dios tiene un plan, amigos míos. Pero, para formar parte de ese plan divino, tenéis que entregarle vuestra alma».

Se volvió hacia una zona oscura del escenario e hizo un gesto con el brazo. Se encendieron las luces, mostrando en aquel lugar una orquesta de rock: guitarra, órgano y batería. De pie ante los instrumentos estaba un joven de cabello largo que vestía unos tejanos azules y una camisa a cuadros. Morse le reconoció inmediatamente, al igual que la mayoría de los jóvenes aficionados al rock de todo el país.

Se llamaba Bob Biddle, y era un conocido cantante y compositor de rock. Como parte del grupo Blue Electrics, había vendido millones de discos.

Morse emitió un silbido. Estaba realmente impresionado. El reverendo Hodges había atrapado una buena presa.

El público se puso en pie, aplaudiendo a rabiar. Biddle avanzó hasta colocarse al lado del Maestro. Llevaba un micrófono en la mano.

«Este muchacho no necesita presentación —dijo Hodges con una resplandeciente sonrisa—. Todos le conocéis. Todos habéis visto su cara en grandes carteles, en millones de discos, en los programas de Johnny Carson y de Merv Griffin. Aquí tenemos a Bob Biddle —le pasó el brazo por los hombros—. Cuéntanos tu historia, Bob.

»—Yo vivía entregado a la disipación —empezó a contar el joven—. Llevaba una vida de pecado y degradación. Fumaba hierba y tomaba LSD. Entre mis recitales y giras, vivía por ahí, en cualquier parte, y andaba desnudo, y tenía relaciones carnales con mujeres. Me aparté de Dios, y escuché a ese gurú a quien todos conocemos, que estaba siempre a mi lado, murmurándome cosas al oído...

»—¿Quién era ese gurú, Bob? —preguntó el Maestro.

»—Era Satán —respondió Biddle—. La encarnación del Demonio. Me inducía a la lujuria, me tentaba, quería apoderarse de mi alma con sus asquerosas manos...

»—¿Qué ocurrió entonces?

»—Conocí a una chica que era diaconisa de las ADJ. Ella me hizo ver el error en el que vivía, y me inició en el camino de la salvación. Me enseñó lo que significa realmente el amor. “Sólo tienes que entregarle tu alma al Señor, me dijo, y estarás salvado”».

Hizo una seña con la mano, mirando al lado derecho del escenario, y salió de la penumbra una bonita joven que avanzó hasta situarse junto a los dos hombres.

Llevaba un traje de noche de gasa blanca.

«Gracias por haberme hecho ver la luz, Ellie —le dijo Biddle, y le dio un beso en la mejilla; después, se volvió hacia el público y siguió hablando—. Ésta es la muchacha a quien voy a hacer mi esposa. Juntos, rezaremos al Señor y alabaremos su santo nombre».

El público volvió a aplaudir. Después, el Maestro anunció que Bob Biddle había escrito una nueva canción, un gospel. Lo había dedicado a todas las Almas de Jesús. Se llamaba «Aunque el fin esté cerca».

Empezó a cantar, mientras la orquesta tocaba música de rock. La letra de la canción explicaba que el Apocalipsis estaba próximo. El mundo estaba al borde de la destrucción. «Pero, aunque el fin esté cerca, no temas; entrega tu alma a Jesús, entrégale tu amor, y estarás salvado».

Morse escuchaba atentamente. La canción correspondía a un tipo de música pop de carácter religioso que estaba invadiendo el país. Otros cantantes estaban grabando álbums en aquel nuevo estilo de gospel rock. Y los jóvenes empezaban a comprar miles y miles de aquellos discos y aquellas cintas.

Bob Biddle terminó la canción, y sonaron unos estruendosos aplausos, después de los cuales se retiró y desapareció de la imagen. El Maestro quedó solo bajo la luz del proyector.

El reverendo Hodges inició su sermón. Éste tuvo un carácter intransigente, amenazador. Habló del Éxtasis y del fin de los siete años de calamidades, del Apocalipsis y del segundo Adviento, cuando Cristo aparecería por el cielo abierto, arrancaría a millones de cristianos de sus ocupaciones y de sus hogares y los llevaría con Él al cielo. Habló del Milenio y del Anticristo, citando textos bíblicos que lo demostraban, mencionando el capítulo y el versículo.

Había que reconocer que el «padrino» de las ADJ, auto-proclamado «enviado de Dios», el único ser humano disponiendo de línea directa con el cielo, era un excelente actor y orador. Poseía el carisma de los oradores de antaño, y no era de extrañar que hubiese hecho tantos conversos y ganado tanto dinero.

Al terminar el sermón, el coro cantó otro himno, y después el Maestro se adelantó para hacer la promoción de ventas, que era la parte más importante del programa.

En primer lugar, mostró su folleto, el *Libro del Maestro* que, según explicó, estaba compuesto de citas de la Biblia seleccionadas con el fin de enriquecer la vida cotidiana, y costaba sólo dos dólares el ejemplar, dinero que se destinaría a salvar alguna alma. Ayudaría a algún joven a dejar el terrible hábito de la droga, quizá, y a volver su mirada a Jesús. Por dos dólares, se podía ayudar a formar a un cristiano.

Además del folleto, presentó cintas grabadas con algunos de sus sermones, que podían ser escuchadas en casa y también en el coche, y cada una de las cuales costaba diez dólares; bastaba con enviar un cheque al reverendo Buford Hodges y se recibiría aquel mensaje del Señor.

«Nuestra iglesia necesita dinero —explicó el Maestro, extendiendo las manos en

un gesto de súplica—. Necesita dinero para difundir la palabra divina. Por ello, os ruego a todos los buenos cristianos que, si no tenéis diez dólares, o dos dólares, nos enviéis un dólar; nosotros apreciaremos igualmente su valor espiritual, el valor espiritual de esos arrugados billetes de un dólar que nos llegan, enviados por manos humildes...».

Morse miraba fijamente el primer plano del reverendo Hodges, y se sintió invadido por el odio; sintió el deseo de levantarse y aplastar aquella cara de expresión gazmoña e hipócrita. Por un momento, sintió la tentación de dar un puñetazo en la misma pantalla y hacer añicos aquella imagen. Pero se dijo que debía conservar la calma. Su cólera se desvaneció con tanta rapidez como había aparecido. Pensó que no debía perder la cabeza, que había otras maneras de acabar con aquel hijo de puta, y que, hasta el momento, él, a quien llamaban el Diablo, llevaba camino de conseguirlo.

Por fin, el Maestro terminó la promoción de ventas. Estaba de pie bajo el haz de luz; el resto de la escena estaba a oscuras. El coro empezó a cantar otro himno. Lentamente, el Maestro cerró los ojos. Permaneció así durante unos instantes, como escuchando, y después alzó los brazos hacia el cielo y empezó a mover los labios:

*Sphona shan kadia dada shan veria ko,
conda amus borobono aako,
kaga sombo poyentre zandre,
shindri katari pili zhindra...*

Morse le miraba, asombrado. No podía creer lo que veía ni lo que oía.

Aquello sí que era muestra de caradura, pensó. El reverendo Buford Hodges exhibiendo su supuesto don de lenguas *en la televisión*. Para Morse, aquello era una novedad.

El Maestro movía los labios y la lengua, pero parecía hacerlo por un impulso exterior. Seguía con los ojos cerrados. Su rostro mostraba una expresión beatífica. Estaba hablando con Dios. Estaba hablando en la lengua de Dios. Le había poseído el Espíritu Santo.

*Shanta kali deamo no ma diamos,
shintar kae.
Sazbandra mesantro ama conda mala,
nesantro limetaki lapatsomo.*

Aquello del «don de lenguas» era algo que, según Morse sabía, procedía de la Biblia. Según algunos, de un pasaje de San Pablo en la Primera Epístola a los Corintios: «Aunque hablo con las lenguas de los hombres y de los ángeles...». Otros citaban unas palabras de Isaías: «Así ocurrirá con la lengua bárbara y el habla extraña, que estas gentes oirán hablar a Dios...».

Pero los científicos y los lingüistas definían el don de lenguas con otra palabra. «Glosolalia».

La glosolalia era un fenómeno conocido desde hacía largo tiempo en relación con la religión, sobre todo con el pentecostalismo, pero se remontaba a los principios mismos del cristianismo. En la actualidad existían miles de personas que mostraban aquel fenómeno, y no todas estaban en las iglesias pentecostales tradicionales. Mucha gente interpretaba honradamente el hecho como un don concedido directamente por el Espíritu Santo, y lo consideraba tan válido hoy en día como en tiempos de los apóstoles. Morse no tenía nada que oponer a ello, pero él creía, como muchas otras personas, que en ciertos casos se trataba simplemente de un balbuceo infantil que se producía en un determinado estado de trance, una anormalidad psíquica habitualmente relacionada con la histeria, el éxtasis o la catalepsia. Otros pensaban que se trataba de una forma de posesión demoníaca, como la que se daba en el vudú africano.

Fuese como fuese, pensó Morse, el reverendo Hodges estaba haciendo una buena representación. No estaba en trance, en ningún tipo de trance. Sabía perfectamente lo que hacía. Los devotos que le viesan le creerían, creerían que realmente estaba dialogando con el Espíritu Santo.

Y los dólares seguirían afluyendo.

9

Frank Reed pagó el taxi y entró en la cafetería del motel Starlight, donde había quedado en encontrarse con Morse cuando le llamó desde el aeropuerto. Era casi mediodía, y el lugar empezaba a llenarse.

Avanzó hacia el fondo del local, hasta un apartado donde le esperaba Morse. Se estrecharon la mano.

—¿Sabe? —dijo Reed—. Después de lo que me contó de usted John Glennon, esperaba verle con cuernos.

Morse sonrió.

—Pues no, lo siento —explicó—. Los he enviado a que los afilasen y puliesen un poco.

Morse le hizo una seña a una camarera, y pidió huevos con tocino y café. Reed dijo que había desayunado en el avión, y pidió sólo café.

—¿Ha tenido buen viaje?

—Hice escala en Chicago ayer por la tarde. Tenía un par de cosas que hacer allí. Después he venido hacía aquí.

Reed se daba cuenta de que aquellos ojos azules y fríos le observaban, le examinaban escrutadoramente. Pero Frank Reed no era un hombre que se dejase intimidar fácilmente.

Y dijo:

—Hay una cosa que me gustaría saber.

—¿Sí?

—¿Por qué me ha hecho venir en avión desde California para verme personalmente? Se negó en redondo a hablar del asunto por teléfono —estaba molesto, y no hacía ningún esfuerzo por disimularlo—. Les pone usted muchas trabas a sus clientes, Morse.

—Es verdad. He recibido otras quejas del mismo tipo —dijo Morse sonriendo—. Pero el caso es que usted ha venido, ¿no?

—Sí, aquí estoy.

—Lo cual significa que usted necesita mis servicios mucho más de lo que yo necesito sus honorarios. De lo contrario, sería yo el que habría tomado el avión para ir a verle a California, ¿no es así?

Reed parecía molesto. Estaba a punto de replicar algo desagradable, cuando vio que Morse sonreía. Era una sonrisa cordial, amistosa, que le desarmó. Los ojos azules ya no le miraban fríamente.

—Perdone, Reed. No quería molestarle. Lo que ocurre, sencillamente, es que mi trabajo es muy especial y he de tomar muchas precauciones. Necesito conocer personalmente a mi cliente antes de comprometerme con él.

—Pero... ¿por qué?

—Para asegurarme de que posee la madurez y el valor necesarios para hacer lo que tiene que hacer.

Callaron los dos un momento. Después, Reed preguntó:

—Bien, ¿le parece que yo los tengo?

—Creo que sí. Cuando George Glennon habló con usted, sacó la misma impresión. Desde luego, de no haber sido así, no le habría obligado a hacer este viaje tan largo para hablar conmigo. Una parte de la tarea que vamos a emprender requiere esfuerzo físico, y usted es un hombre corpulento y que parece fuerte. La otra parte requiere un cierto grado de decisión y fuerza de voluntad. Tengo la impresión de que usted posee esas dos cualidades, y estoy de acuerdo en trabajar con usted. Creo que estará dispuesto a hacer lo necesario para rescatar a su hijo.

—Lo estoy —dijo Reed serenamente.

—Muy bien. Yo estoy satisfecho con usted. ¿Está usted satisfecho conmigo?

—Me parece que no tengo alternativa.

—No, no la tiene.

—Así pues, ¿estamos de acuerdo?

—Estamos de acuerdo.

Vino la camarera trayendo la comida, y callaron hasta que ella se hubo alejado de

nuevo. Después, Morse preguntó:

—¿Qué le explicó George Glennon? ¿Qué le ha dicho de la forma en que habremos de actuar?

—Sólo me dio una idea general.

—Bien. Yo voy a decírselo más exactamente. La única forma de arrancar a su hijo de Astarot es sacarle de allí físicamente. Es decir, secuestrarle, por usar una palabra desagradable. ¿Me comprende?

—Sí.

—Eso es lo que tendrá que hacer usted. Usted y un par de amigos, cuya ayuda le será necesaria. Yo no intervendré personalmente en el acto mismo del secuestro —hablaba con una sonrisa fría—. Por razones más de seguridad. Por una cosa: no quiero salir a la luz, como dicen los agentes de la CIA en las películas. Pero estaré cerca. Les ayudaré a planearlo, les enseñaré cómo tienen que hacerlo. Hay algunas cosas que es necesario que tengan en cuenta, y algunas instrucciones que han de seguir al pie de la letra. Pero quiero que sepa desde este momento que el asunto puede ser físicamente peligroso para usted, y quizá también ilegal.

—Ya me lo imagino.

—Si falla todo, si la operación no sale bien, es probable que su esposa y usted no vean nunca más a su hijo. Lo primero que hará esa gente será sacarle de California y llevarle a otra comunidad, en algún otro lugar del país. ¿Es usted consciente de eso también?

Frank Reed pareció angustiado ante aquella idea, pero declaró que lo comprendía. Morse continuó:

—A veces las cosas salen mal. En Nueva Orleans tuvimos un incidente. En una comuna de las ADJ llamada Betania. Yo trabajaba con un hombre que quería sacar de allí a su hija. Pero, en el último momento, le faltó el valor. Toda la operación falló. Unos diáconos de Betania le dieron una paliza y le dejaron medio muerto. Esa gente no se detiene ante la violencia más brutal, sobre todo cuando se intenta arrebatarles a una de sus almas.

—A mí no me faltará el valor —dijo Reed serenamente.

—Eso me parece —dijo Morse, y calló un momento—. Dígame, ¿ha estado usted en la guerra?

—Sí. En Corea.

—¿En qué división?

—En la veinticuatro de infantería.

—Ya —dijo Morse—. La conozco.

—¿De qué la conoce?

—Eso no viene al caso ahora. Sigamos con nuestro plan.

—Muy bien —dijo Reed—. Yo secuestro a Jeff. Y usted, ¿qué hace?

—Eso ya lo sabe. Glennon se lo explicó.

—Me gustaría que me lo explicase usted.

Morse sonrió levemente.

—Cada vez me cae usted mejor, Reed.

—Gracias.

—Mi función es la de reorientar a su hijo para que vuelva a la realidad, quitarle de la cabeza todo lo que le ha metido en ella esa gente, desprogramarle. Esa es mi especialidad, mi profesión, y la ejerzo por dinero. En este país sólo hay unos cuantos hombres como yo, y tenemos más trabajo del que podemos hacer, tratando de rescatar a jóvenes a quienes han lavado el cerebro esas sectas seudorreligiosas. ¿Está claro?

—Sí. Sólo una pregunta más.

—Usted dirá.

—Si yo pudiese llevarme a Jeff a casa, allí estaría conmigo y con su madre, y quizá nosotros podríamos hacerle entrar en razón, hacerle entender que... que le queremos y que queremos que esté con nosotros...

—Eso no serviría de nada —replicó Morse, tajante.

—¿Está seguro?

—Completamente. Al cabo de quince días habría vuelto con la secta, y le habrían trasladado a otra comunidad, en otro lugar del país, y no volverían a verle nunca más. Hay una cosa que usted no entiende, Frank. Los verdaderos secuestradores, en este caso, son la gente de Astarot. Ellos le han secuestrado ya psíquicamente, han manipulado su cerebro y se han apoderado de él. Le han quitado hasta la capacidad de razonar. Ya no tiene ni siquiera voluntad propia. Esos cabrones le han programado hasta convertirle en un robot, en una especie de autómatas. Le tienen medio muerto de hambre, y le hacen trabajar diez horas al día. No le dejan descansar ni un momento. No le permitirán dormir todo lo que necesita hasta que estén completamente seguros de su fidelidad. Le martillean el cerebro con sus estúpidas ideas y sus grotescos rituales. Le imbuyen de odio hacia su país, hacia el sistema, hacia sus padres. Le aseguran que el demonio está en todas partes, que todo territorio exterior a los límites de Astarot es territorio de Satán. Le han apartado de sus estudios, de sus amigos, de su familia, de todo lo que constituía su mundo. Le han hecho perder completamente la noción de la realidad. El simple hecho de tenerle en casa no serviría para nada. Jeff está demasiado enfermo, y necesitará asistencia profesional para curarse.

Reed pensó en todo aquello durante unos momentos. Se acabó el café. Y después dijo:

—Hay un punto del que no hemos hablado. Sus honorarios. ¿Cuánto me costará esto?

—Quince mil dólares, gastos aparte.

Morse mantuvo su expresión serena mientras observaba la reacción de sorpresa de Reed. Sonrió un poco al ver la mirada casi hostil que le dirigía el californiano. Había vivido aquel momento con otros clientes. Reed era un hombre de negocios, y aquella reacción era un reflejo que no podía evitar. Morse lo comprendía, pero siempre le hacía gracia. También sabía de antemano lo que iba a decir Reed.

—¿No es un poco exagerado?

—Depende de cómo se mire.

—Glennon me dijo que cada caso le lleva a usted una semana, más o menos. Diez días, como máximo.

—¿Y qué?

—Me parece que quince mil dólares es mucho dinero para una semana de trabajo.

—Es verdad. Pero mis servicios son algo excepcional. ¿Conoce usted a alguien más que se dedique a lo que yo me dedico? Además, la semana o los diez días de que le habló Glennon son sólo el tiempo que empleo en desprogramar a mi paciente. Si me desplazo a California, tendré que pasar algún tiempo observando la situación, para aconsejarle a usted cómo debe actuar. Estamos tratando del futuro de su hijo, de su salud física y mental. ¿Usted cree que eso no vale quince mil dólares?

—Sí, desde luego que los vale.

—Y quiero decirle otra cosa, Reed. Yo no cobro siempre lo mismo. A los ricos les desplumo, como suele decirse, pero a veces he hecho el mismo trabajo gratis, sólo porque los padres del muchacho o muchacha en cuestión no podían pagarme. Pero usted puede. George Glennon se enteró de sus posibilidades económicas. Usted vive en Santa Bárbara, en el distrito residencial de Hope Ranch. Su casa vale medio millón de dólares, aproximadamente. Usted es socio de la empresa de ingeniería Waabee & Reed, y gana mucho dinero. Y quiero hacer constar, ya que hablamos del tema, que mi parte de la operación implica muchos gastos. Yo no trabajo solo, sino que tengo una pequeña organización; tengo que pagar a otras personas que me hacen algunos trabajos —hizo una breve pausa y se encogió de hombros—. Mi precio son quince mil dólares más los gastos. Puede aceptarlo o no, pero yo no tengo por costumbre regatear.

—Lo acepto —dijo Reed.

—Bien. De acuerdo, pues. Si usted puede liberar físicamente a su hijo, yo le liberaré psíquicamente.

—Parece estar muy seguro de que todo saldrá bien.

—No estoy seguro del todo. Soy un profesional, pero sería absurdo que le garantizase totalmente el éxito. De todos modos, mis resultados son muy buenos. He desprogramado a más de cien jóvenes. Sólo ha fallado con dos o tres, que han vuelto con la secta. Si usted saca a Jeff de allí y él vuelve por culpa mía, le devolveré el dinero. ¿Le parece bien?

—Sí. ¿Cuándo vendrá usted a California?

—No puedo decirle el día con exactitud, pero será dentro de ese mes. Antes, tengo algo que hacer aquí.

Reed le observó. Ahora que habían cerrado el trato, sentía el deseo de saber algo más acerca de aquel hombre. Había percibido en Morse algo que le parecía una cólera intensa, profunda, algo que estaba a flor de piel, a punto de manifestarse.

—Me gustaría saber una cosa —le dijo.

—¿Qué?

—George Glennon me dijo que no le interesaba a usted desprogramar a muchachos de Hare Krishna, de la Iglesia Moon ni de ninguna de las otras sectas. Me dijo que los únicos jóvenes de los que aceptaba ocuparse eran los miembros de las Almas de Jesús.

—¿Y qué?

—Me pareció que él sabía la razón pero no quería decírmela. Quizás usted...

—Es una historia muy larga —le atajó Morse secamente—. Y no tengo ningún deseo de entrar en ese tema. Le diré sólo que es una cuestión personal.

—Pero, ¿cómo es que se dedica usted a este tipo de trabajo?

—También preferiría no hablar de eso ahora —respondió Morse con dureza.

Reed quedó sorprendido por la rápida transformación de su actitud. Los ojos de Morse llameaban, y su rostro estaba contraído por un odio intenso, casi demencial. Reed había abierto una puerta y Morse le había dado con ella en las narices, por así decirlo; ello le hacía sentirse confuso.

—Perdone —dijo—. No quería ser indiscreto...

—No se preocupe —dijo Morse, mientras se ponía en pie. Hablaba aún con sequedad—. Vamos a mi habitación. Antes de marcharse, he de darle instrucciones. Tendrá usted mucho que hacer en California antes de que yo llegue.

Poco después de la marcha de Reed, sonó el teléfono. Era George Glennon, que le llamaba desde Santa Cruz.

—¿Y bien, John? ¿Qué te ha parecido Reed?

—Bien. Parece bien. Creo que es capaz de hacerlo.

—Así que os habéis puesto de acuerdo...

—Sí.

—¿Cuándo vendrás por aquí?

—No lo sé con seguridad. Espero que sea antes de fin de mes. ¿Cómo va el libro?

—Muy bien. Tú sigue enviándome material y yo seguiré enviándote clientes.

—Tal como convinimos...

—Exactamente —dijo Glennon, sonriendo—. Ya verás cuando leas lo que tengo escrito. No es sólo una denuncia como las que he hecho hasta ahora. En todos mis libros anteriores he puesto el alma, pero en éste he puesto, además, veneno. Espero que este libro sea como una bomba en el culo del reverendo Buford Hodges.

—Deliciosa perspectiva —dijo Morse, sonriendo a su vez.

—Cuando se publique, no sabrá dónde esconderse, ni aun con el yate ese que tiene. Entre nosotros, John, esto me huele a éxito seguro. Todo el país está obsesionado con esas sectas. Si tenemos suerte, el reverendo Buford Hodges será más famoso que Aimee Semple Mac, Sweet Daddy Grace, Billy Sunday y Billy James Hargis, todos juntos. Pero este tipo de publicidad no le gustará mucho. Para cuando tú termines ese trabajo en Los Ángeles y vengas por aquí, el libro estará casi terminado.

—Estoy impaciente.

—Ah, tengo una novedad para ti, John.

—¿Sí?

—El *Time Magazine* piensa publicar un reportaje acerca del reverendo Hodges. Y de las ADJ, naturalmente.

—¿Estás seguro?

—Sí. Lo harán si pueden conseguir la suficiente información acerca de Hodges. Ya han enviado a dos reporteros a verme.

—¿Y de qué habéis hablado?

—Como es lógico, habían oído hablar de ti. Saben que la secta te llama el Diablo, y que les gustaría hacerte picadillo si pudiesen encontrarte. Conocen tu verdadero nombre, y han hablado con alguno de los chicos a los que has curado. Les gustaría hablar contigo, si supiesen dónde estás. Yo no se lo dije, naturalmente. Ellos me propusieron algún tipo de entrevista secreta contigo, manteniendo confidenciales todos los nombres. Estaban entusiasmados con la idea: una entrevista secreta con el Diablo en persona. Se les caía la baba sólo de pensarlo. Les dije que te lo propondría a ti, suponiendo que pudiese localizarte.

—Ya sabes que siempre me he negado a ese tipo de cosas —respondió Morse con firmeza.

—Estoy de acuerdo contigo. Sería una tontería que lo hicieras. Seguramente te presentarían como un chiflado, un fanático. Eso podría perjudicarte. Y, con estas cosas, siempre sale a la luz algo de la vida privada de uno, a pesar de las promesas de los periodistas. A propósito. Supongo que ya te habrás enterado. El muchacho al que desprogramaste en Saint Louis va a hablar por televisión, y contará cómo le jodieron vivo las Almas de Jesús. Y el otro muchacho al que curaste en Denver va a publicar la historia en el *Denver Post*. Hablé con un amigo que tengo en la redacción, y él convenció al director para que la publique. No está mal, ¿verdad?

—Es estupendo —respondió Morse—. Eres un genio, George.

—Gracias, amigo mío. Como sabes, mis tentáculos son muy largos. Y te hago saber, además, que el Maestro está muy enfadado contigo. Por muy buenas razones, ocupas el primer lugar en la lista de enemigos de las ADJ. Cada muchacho al que arrancas de sus garras y que después se dedica a hablar mal de ellos es un golpe mortal para «su divinidad». Para usar el cliché, estamos cavando su tumba. Sigue trabajando, John. Ahora estás empezando a hacerle daño de verdad.

—No me conformo con hacerle daño —replicó serenamente Morse—. Ni mucho menos. Lo que quiero es matarle.

Al día siguiente, Frank Reed telefoneó a Ken a Stanford, le dijo que necesitaba su ayuda y le explicó el porqué. Su hijo mayor no le hizo pregunta alguna.

Frank le pidió a Ken que se pusiese en camino hacia Santa Bárbara aquella misma tarde, para empezar a hablar de los preparativos que habrían de hacer.

Habló después con Joe Peterson, compañero de surf y amigo íntimo de Jeff, quizá su mejor amigo. Le explicó para qué le necesitaba, y los riesgos que implicaría la operación. No le ocultó que alguien podría resultar herido, y que, según como se desarrollasen las cosas, podrían incluso tener problemas con la ley.

A pesar de todo ello, Joe no dudó en ofrecer su colaboración. Consideraba a Jeff un poco loco, pero eso no le importaba. No sólo le encantaba practicar el surf con él, sino que le apreciaba personalmente, y estaba dispuesto a hacer cuanto fuese necesario. Tanto Joe Peterson como Ken eran muchachos robustos, y Frank sabía que le sería necesaria toda la fuerza física de que pudiese disponer.

A la mañana siguiente, Frank Reed y sus dos jóvenes acompañantes se dirigieron a Los Ángeles. Desde allí, tomaron la autopista de San Bernardino y pasaron a la zona montañosa donde se encontraba el lago Big Bear. Necesitaban un lugar aislado que se encontrase sólo a un par de horas de Los Ángeles. Cuando Frank era niño, su familia tenía una casita a orillas del Big Bear, y por ello conocía bien la zona.

Una vez en el propio pueblo, Reed habló con un agente de fincas y le explicó que quería alquilar una casa para uno o dos meses, una casa aislada en el bosque, lejos de la frecuentada orilla del lago, en la que pudiese descansar.

En aquella época del año el negocio andaba algo flojo, pues Big Bear era en realidad una estación invernal para esquiadores, y el agente se mostró ansioso por complacerle. Mostró a Frank un espacioso chalet rustico de dos pisos, amueblado, situado a una cierta distancia de un camino sin asfaltar que atravesaba el bosque. El alquiler incluía la calefacción, si era necesaria, pues en aquella zona montañosa hacía frío algunas noches incluso en verano.

Reed pagó el alquiler que se le pedía, dos meses por adelantado. El agente, un hombre llamado Ernst, sentía una cierta curiosidad por saber quiénes eran sus clientes y para qué iban a usar realmente la casa. Pero estaba satisfecho por haber hecho el negocio, y no preguntó nada. Le entregó a Frank la llave y se marchó.

Cuando estuvieron solos, los tres hombres tomaron las medidas de todas las puertas y ventanas con una cinta métrica.

Después, fueron al lago Arrowhead, cenaron y pasaron la noche en un motel.

Al día siguiente, bajaron al pueblo y compraron un par de colchones y una buena cantidad de comida, enlatada en su mayor parte, y lo llevaron todo a la casa. Luego buscaron un almacén de maderas, encontraron uno cerca de Crestline y compraron un cierto número de fuertes tablas de madera, que hicieron cortar en diferentes medidas y que introdujeron después en el maletero del coche. Fueron a continuación a una

ferretería, compraron un par de martillos y una buena cantidad de clavos, todo lo cual se llevaron también a la casa.

Cuando volvieron a Santa Bárbara, era ya bien entrada la noche.

«Ahora todo está preparado —pensó Frank Reed—. Lo único que hemos de hacer es esperar a que llegue el Diablo».

SEGUNDA PARTE

11

El elegante yate estaba atracado en un muelle de la bahía de San Francisco. Era blanco, tenía veintisiete metros de eslora y lucía en visibles letras el nombre de *Enviado de Dios*. El sol hacía brillar la superestructura de caoba, y los metales centelleaban. Aparte de los correspondientes a la tripulación, el barco tenía camarotes suficientes para albergar al menos diez personas. Estaba provisto de un par de motores Diesel GM, y podía recorrer casi cinco mil kilómetros sin repostar.

Aquella era la casa flotante de «su divinidad» el Maestro, y en consecuencia, por definición, la «iglesia madre» de las Almas de Jesús. Naturalmente, todos los miembros de la tripulación pertenecían a la secta, y así, cuando la embarcación estaba atracada, llevaban sus hábitos, como para dejar bien claro ante la gente en general, y ante el Departamento de Hacienda en particular, que aquello era realmente una iglesia, y que, como tal, estaba exento de impuestos.

De vez en cuando, el *Enviado de Dios* aparecía en alguno de los grandes puertos de los Estados Unidos. En aquella ocasión se hallaba en San Francisco porque el Maestro debía grabar su programa de televisión y reunirse con algunos de sus colaboradores. Además, los motores necesitaban una revisión de rutina.

Sin embargo, lo más normal era que el *Enviado de Dios* estuviera en alta mar. Allí, olvidado de terrenales detalles, el reverendo Buford Hodges podía meditar en paz, dialogar con Cristo, preparar sus comunicados a los priores y a los feudos que éstos regían por todo el país, y, al mismo tiempo, cultivar una especie de leyenda personal, no sólo cara a los miembros de su secta sino ante el mundo en general. Por otra parte, eliminaba así la necesidad de tener que enfrentarse a los periodistas, los cuales, en su mayoría, le eran hostiles y le acosaban con preguntas comprometedoras.

Aquel día, sin embargo, el reverendo Hodges había decidido conceder una de sus escasas entrevistas. Cuando quería, sabía mostrarse absolutamente encantador, aun sin perder nada de su astucia. Y tenía buenas razones, razones económicas, para acceder a aquella entrevista. Así pues, en el bello y lujoso salón, acompañado por tres de sus discípulos se disponía en aquel momento a recibir a una delegación de destacados representantes de la comunidad judía.

El reverendo Hodges conocía bien el Nuevo Testamento, y no dudaba en

utilizarlo en beneficio propio cuando lo consideraba conveniente. Se había rodeado de doce discípulos, todos ellos respondiendo a los clásicos nombres bíblicos, tres de los cuales eran quienes le acompañaban en aquella ocasión. Aquellos discípulos eran los fieles confidentes y consejeros del reverendo Hodges; eran los protectores de su iglesia y le ayudaban a dirigirla.

El Maestro vestía el tosco hábito gris característico de la secta. Lo llevaba bien ceñido en el cuello, con la capucha echada hacia atrás, sobre la espalda. Esto resultaba un tanto extraño, pues el sistema de aire acondicionado del yate estaba casualmente estropeado y en la sala hacía calor. Utilizaba un cinturón dorado, como símbolo de su elevada misión, y calzaba sandalias igualmente doradas. Los discípulos llevaban también sus hábitos, al igual que el Maestro cerrados en el cuello, y ceñidos con los negros cinturones que indicaban su rango.

Subió a bordo la delegación. El portavoz se presentó a sí mismo y dio a conocer a sus acompañantes:

—Me llamo Louis Goodman, reverendo Hodges, y represento al Comité Judío Norteamericano. Le presento a David Shapiro, miembro de la Liga Antidifamación B'nai B'rith.

Y éste es el rabino Joseph Epstein, presidente del Consejo Rabínico de Norteamérica. Le agradecemos que nos haya concedido esta entrevista.

—No tienen que agradecerme nada, caballeros —replicó el reverendo, benévolo y sonriente, alzando la mano para bendecirles—. Jesús les ama.

Aquello sorprendió a los tres miembros de la delegación.

—¿Sí? —dijo Goodman, confuso.

—Desde luego. Y deben ustedes saberlo, amigos míos. Ustedes son el pueblo elegido de Dios; así lo dice la Biblia. El mismo Jesús era judío, antes de revelarse como el Hijo de Dios —y concluyó, dirigiéndose al rabino Epstein: —Usted conoce la Biblia, rabino. ¿No es cierto lo que digo?

—Era judío, sí —respondió el rabino—. En cuanto a lo otro... es una cuestión de opiniones. O de fe.

—Bien, bien —dijo el Maestro suavemente. —Ya sé que no están ustedes aquí para discutir de teología ni de las Escrituras— y acto seguido, indicándoles con un gesto de la mano, presentó a sus acompañantes: —Éstos son tres de mis discípulos: Matías, Lucas y Pedro.

—Jesús les ama —saludaron a coro los tres discípulos.

—Por favor, siéntense, caballeros —les invitó el Maestro señalando unos sillones—. ¿Puedo ofrecerles algún refrigerio? Lamento no poder ofrecerles bebidas alcohólicas. La Biblia nos lo prohíbe.

Los tres rehusaron. No podían dejar de mirar con sorpresa a aquellos extraños personajes vestidos con hábitos. Las caras de los discípulos no mostraban ninguna expresión. Estaban de pie, con los brazos cruzados, a la espera de cualquier orden del Maestro, escuchando respetuosamente. Sus figuras de aire medieval resultaban en

extremo incongruentes; parecían formar parte de algún extravagante decorado. Eran incluso siniestras. Se hubiera dicho que se trataba de miembros de alguna mafia monacal dirigida por un sonriente «padrino». Para la delegación, representaban un desagradable recuerdo de Torquemada y de la Inquisición, así como de otros tristes ejemplos del papel jugado por los hábitos y las capuchas en la historia del pueblo judío.

El Maestro percibió su sorpresa e incomodidad, y sonrió ampliamente.

—Me doy cuenta de que nuestro aspecto debe de parecerles extraño —declaró—. Pero estas ropas simbolizan la humildad, la templanza y la dedicación al Señor. Las Almas de Jesús se consideran mucho más iluminadas y próximas al Espíritu Santo que el Vaticano y toda la institución católica. Pero, en algunos pequeños detalles, imitamos un poco a la iglesia madre. Según nuestro ritual, estos hábitos deben ser llevados sólo en nuestros templos. Y este barco, claro está, es un templo —hizo una pausa y observó escrutadoramente a sus visitantes—. Y bien, caballeros, ¿en qué puedo servirles?

—Entre otras cosas —dijo Shapiro—, hemos venido a hacer constar una protesta formal.

—Ah, ¿sí? ¿De qué se trata?

—La iglesia de las Almas de Jesús que se encuentra cerca de Filadelfia, la llamada Simerón, está dirigida por un prior de nombre Osén. Pues bien, ese prior ha hecho una declaración de carácter fuertemente antisemita, declaración que, por desgracia, ha alcanzado ya amplia publicidad.

El Maestro les miró con expresión sorprendida.

—¿Qué clase de declaración?

—Ha dicho, y cito literalmente, que «los seis millones de judíos que perecieron en el Holocausto espiaban con ello su culpa por la crucifixión de Jesús».

El reverendo Buford Hodges seguía mirándoles con la sorpresa pintada en su rostro.

—¿Tienen ustedes alguna prueba de eso, caballeros?

Shapiro le puso en las manos un recorte de un periódico de Filadelfia.

—Esas palabras fueron pronunciadas en una entrevista emitida por una emisora local de televisión —explicó—. Después, el prior Osén ha intentado retractarse, pero ya era demasiado tarde.

La cara del Maestro se ensombreció mientras leía el recorte, que después devolvió a Shapiro. Y dijo, con una expresión de ira contenida.

—Caballeros, lamento mucho este incidente. El prior Osén se ha mostrado imprudente y necio. Les prometo que hoy mismo será destituido del cargo que ocupa en Simerón, y que me encargaré personalmente de que reciba el castigo adecuado. Puedo asegurarles, caballeros, que esa declaración no representa en absoluto ni nuestra opinión acerca del pueblo judío ni nuestra actitud hacia él.

—Precisamente yo quería preguntarle: ¿cuál es la actitud oficial de ustedes ante la

comunidad judía? —inquirió Goodman.

—Me sorprende que me pregunte usted eso.

—Creemos tener buenas razones para ello —intervino el rabino Epstein—. Han circulado algunos rumores acerca de las ADJ...

—Lo sé. Rumores difundidos por mi enemigo, por Satán. Satán destila su veneno en los oídos de los ingenuos, de los crédulos. Caballeros, ustedes me han preguntado cuál era nuestra actitud, y yo voy a explicársela con toda claridad.

—Muy bien, reverendo —dijo Shapiro—. Se lo agradeceremos mucho.

—Los miembros de las Almas de Jesús amamos a los judíos. Les consideramos un reloj de Dios, el pueblo de la profecía. Dios les prometió que sobrevivirían, y lo dispuso todo para que así fuera. Hace mucho tiempo, Dios hizo una promesa a Abraham: le prometió que su estirpe bendeciría a todas las naciones, que de esa estirpe nacería el mismo Mesías. Mi Iglesia cree en el advenimiento del Mesías. Y el pueblo judío ha cumplido ya la profecía de volver a su tierra prometida, a Israel, aproximándonos así a la más importante visión de nuestras vidas: la venida del Mesías. Quiero decir esto con absoluta claridad, caballeros: estamos totalmente a favor del pueblo de Israel y de su país; apoyamos sin reservas su derecho a existir, derecho prometido y ordenado por Dios.

Y quienquiera que se oponga a ello no se opone sólo a Israel, sino que se opone a la historia y al mismo Dios, con lo cual demuestra ser siervo de Satán.

Los tres delegados parecieron satisfechos. Expresaron su agradecimiento cuando el reverendo Hodges prometió repetir públicamente aquella declaración, y a continuación se marcharon. El Maestro y sus discípulos continuaron observándoles mientras caminaban por el muelle hacia su automóvil.

Después, se sonrieron entre ellos.

—Eres un genio, Buford —dijo el discípulo llamado Lucas—. ¡Cómo te has metido en el bolsillo a esos judíos! Ha sido extraordinario. Yo mismo he estado a punto de creerte.

—Gracias, Billy.

—Nuestro elocuente Buford —comentó el llamado Mateo—. Vaya si eres convincente, hermano Hodges. Se han ido tranquilos como corderitos.

—Sí, Dick, el caso lo merecía. Buenas relaciones públicas. Tú puedes decirlo, es tu especialidad, ¿no? Es importante contar con el apoyo de los judíos. Son muy puntillosos en lo tocante a la libertad religiosa.

—Igual que nosotros —dijo Mateo.

—Desde luego.

—Y algunos de ellos apoyan fuertemente a la Unión Norteamericana por las Libertades Civiles.

—Amemos a la Unión —dijo Lucas—, porque ella nos ama a nosotros.

El discípulo llamado Pedro se aflojó el apretado cuello y se quitó el cinturón y después el hábito. Los demás le imitaron. Todos iban vestidos con traje de calle.

—Estos disfraces son insoportables, Buford —dijo Pedro—. Uno los lleva diez minutos y se pone a sudar como una mula. Y además, pican...

—Siempre me gusta crear ambiente, Ray —dijo el Maestro.

Abrió la puerta del mueble bar y sacó una botella de bourbon Jack Daniels para él y otra de whisky para los demás. Él bebía sólo bourbon o coñac. Después, cuando hubieron bebido, dijo:

—Bueno, chicos, vamos al asunto. Informa tú primero, Billy.

Billy, también llamado Lucas, era William Digby, uno de los socios de la poderosa firma de consejeros de inversión Masón, Anders & Digby.

—¿Cómo no has ido con el último programa de televisión? —le preguntó el Maestro.

Digby, con sus conocimientos y experiencia, trabajaba como director comercial y asesor financiero de la secta. En realidad, todos los discípulos del Maestro eran miembros de las ADJ sólo de modo nominal. No vivían en las comunidades, y se dedicaban a sus trabajos de profesionales altamente especializados. Eran abogados importantes, ejecutivos de relaciones públicas, economistas y expertos en medios de comunicación. El Maestro pagaba a cada uno de ellos un sueldo fijo y les daba además una participación en los beneficios para tenerles satisfechos.

—Aquí tengo las cifras —dijo Digby sacando un papel de su cartera—. El dinero entra a espuestas. Casi medio millón en donativos, y todavía siguen llegando —hizo una mueca—. «Esos arrugados billetes de un dólar, enviados por manos humildes...». Me quito el sombrero, Buford. Realmente, eres un pico de oro.

—Jesús te ama —replicó el Maestro sonriendo.

Repasaron a continuación las cuentas de la editorial de las ADJ, que imprimía el *Libro del Maestro* y toda la propaganda de la secta; de la compañía discográfica, que grababa sus sermones en discos y en cintas magnetofónicas; de la productora de televisión, que distribuía los programas evangélicos del Maestro, y, finalmente, de la cadena de tiendas de artículos de segunda mano, utilizada como salida para algunos de los bienes terrenales entregados por los neófitos. Todas aquellas empresas se agrupaban bajo la protección financiera de la Asociación Evangélica del Reverendo Hodges, que había llegado a ser un coloso de varios millones de dólares, con un presupuesto anual de veinte millones, y que seguía en pleno desarrollo. El Maestro, siguiendo los acertados consejos de Digby, y con intenciones fiscales, había tenido buen cuidado en que aquella «asociación» no se ocupase de otra cosa que de tareas religiosas.

Todas las empresas mostraron haber producido saneados beneficios durante el último mes.

—Pasemos a las iglesias —dijo el Maestro.

Digby mostró una lista de las diversas comunidades, que eran más de cien en total, y las respectivas cifras de las recolectas de las Brigadas del Señor. La mayoría de ellas había trabajado bien. Los cálculos del ordenador electrónico indicaban un

promedio de ciento veinticinco dólares por día y por vendedor. Sin embargo, algunas de las comunidades, como Basán, cerca de Tacoma, y Samaría, cerca de Houston, no les había ido tan bien, y no habían alcanzado los mínimos:

—¿Cuál es el problema en esas dos iglesias, Billy?

—No lo sé. Quizás es el tiempo —respondió Digby encogiéndose de hombros—. Lluve mucho, y las recolectas bajan. La gente no sale tanto a la calle.

—Pues yo diría que tanto los de Basán como los de Samaría están haciendo el vago —declaró el Maestro—. Creo, sencillamente, que no han trabajado bastante.

—Y, ¿qué sugieres que se haga, Buford?

—Que se les recorten las raciones.

Digby le miró, sorprendido.

—Pero... ahora ya están con una dieta de mera subsistencia...

—Pues lo siento mucho. Tomemos el ejemplo de un gato callejero: cuanto más hambre tiene, más empeño pone en la caza. Claro que la culpa podría ser de los priores. Algunos se vuelven perezosos al cabo de un tiempo, y no dan incentivos a los muchachos. Envíale a cada uno una nota de mi parte, Billy. Diles que estoy disgustado. Diles que si no espabilan y producen buscaremos a gente nueva. ¿Crees que será suficiente para que reaccionen un poco?

—Me parece que sí —respondió Digby con una sonrisa—. Hablando de priores, ¿qué vas a hacer con ese Osén, el prior de Simerón?

El rostro de Hodges se ensombreció.

—¿Ese estúpido hijo de puta? Voy a degradarle; volverá a ser diácono otra vez. E inmediatamente le trasladaré a otra comunidad.

Los priores eran hombres de carácter. Eran verdaderos fanáticos religiosos, la mayor parte de ellos disidentes o expulsados de algunas iglesias pentecostales, demasiado radicales incluso para los grupos más radicales. Vivían siguiendo los mandatos de la Biblia al pie de la letra, y cualquier reprimenda que les llegase del «enviado de Dios», de «su divinidad», les impresionaría profundamente y les movería a actuar. Sacarían más rendimiento a sus neófitos y diáconos, aunque tuviese que ser a latigazos.

El siguiente punto del orden del día eran las relaciones públicas. Tomó la palabra el discípulo Mateo, cuyo nombre terrenal era Richard Caswell, del conocido despacho de abogados Caswell & Steen. Su intervención fue breve pero importante.

—El *Time Magazine* va a publicar un reportaje sobre ti, Buford.

—Sí, eso he oído.

—Me he enterado bien. Es seguro.

—¿Qué es lo que tienen hasta ahora?

—No gran cosa. En realidad, no han podido entrar en contacto con nadie todavía. Han hablado con George Glennon, desde luego. No sé exactamente cuánto le sacarán. Sí está escribiendo un libro, puede ser que quiera guardarse toda la información, en vez de empezar a soltar cosas por ahí.

El Maestro se volvió hacia Pedro, llamado en el mundo Raymond Garvey, socio mayoritario del bufete Garvey, Donan, Bell & Wall.

—¿Qué hay de ese maldito libro, Ray? ¿Podemos hacer algo para evitar que se publique?

—Estamos presionando al editor. Algunos editores dan su brazo a torcer si se les presiona lo suficiente. Y el hecho de atacar a una iglesia es muy peligroso; hay que andar con pies de plomo. Quizá le amenacemos con procesarle antes de que salga el libro a la calle, antes de saber siquiera lo que ha escrito Glennon. Seguramente no servirá de nada, pero es posible que así el editor se lo piense un poco y le diga a Glennon que tenga cuidado con lo que dice.

—Es una idea —dijo el Maestro—. Podemos procesarle. No será el primer proceso que entablamos.

La secta no se mostraba tímida ante sus detractores. Al contrario del mandato bíblico, no ofrecía la otra mejilla, sino que siempre devolvía el golpe, y con saña. Entablaba procesos por calumnia, libelo y, cuando se trataba de la persona del reverendo Hodges, por difamación. A cada ataque, respondía ferozmente.

—Volviendo a ese asunto del *Time Magazine* —dijo Caswell—; naturalmente, Buford, querrán hablar contigo.

—¿Y qué?

—Mi consejo es que te niegues a la entrevista.

—Yo estoy de acuerdo con Dick —dijo Garvey—. Haz como hasta ahora: mantente inaccesible, en la sombra.

—Amigos míos —dijo Hodges—, no estoy de acuerdo, con vosotros. Si el *Time* me pide una entrevista, se la concederé.

—Buford, te has vuelto loco...

—No. Esos malditos mocosos a los que John Morse ha atrapado y desprogramado nos están haciendo mucho daño. Nos atacan constantemente, por televisión, en los periódicos... No podemos quedarnos cruzados de brazos. Tenemos que devolver el golpe. Y éste puede ser el momento para hacerlo.

—Eso sería muy peligroso, Buford —dijo Caswell—. Sin embargo, si no pueden localizarte, si no pueden entrevistarte personalmente, es posible que abandonen todo el proyecto del reportaje, por falta de la pieza principal, que eres tú.

—Sí se me pregunta, pienso responder, Dick. Y no te preocupes. Estaré a la altura de la situación. Si alguien pretende desfigurar nuestra imagen, yo tengo que impedirlo, Y lo impediré.

—Muy bien —dijo Caswell con un suspiro, encogiéndose de hombros—. Tú mandas.

—Exactamente —dijo Hodges—. Yo mando. Y ahora, pasemos al punto siguiente. El Diablo en persona. John Morse —miró a Garvey—. ¿Ha habido suerte?

Garvey negó con la cabeza.

—Hemos intentado localizarle por todos los medios, pero está muy bien

escondido y se mueve con mucha rapidez.

—Ray, hemos de encontrar a ese hijo de puta. Quiero, necesito quitármelo de encima. Ya me ha fastidiado bastante.

—Seguiremos intentándolo.

—Hacedlo. Y ahora, muchachos, perdonadme. Tengo otro compromiso...

Les dirigió una sonrisa. Los tres hombres le sonrieron a su vez, recogieron sus carteras y se marcharon.

12

El Maestro entró en el amplio camarote que le servía de dormitorio. En la ancha cama de matrimonio le esperaba una dama. Era rubia y joven; debía de tener poco más de veinte años. Estaba sentada, con la espalda apoyada en la almohada y las piernas encogidas, leyendo una revista y fumando un cigarrillo. Su camisón descansaba en la silla que tenía al lado. Había apartado la sábana, y su cuerpo desnudo, de hermosos pechos llenos y redondos y de largos y blancos muslos, se reflejaba en sensuales imágenes en el gran espejo de la pared.

—Buford, ¿cómo has tardado tanto?

—Tenía una reunión de negocios.

—¿Sabes cuánto rato llevo esperándote? —preguntó la joven impaciente—. ¡Una hora y media, nada menos!

—Perdóname, Rebeca.

—Buford, ¿quieres dejar ya esas tonterías bíblicas? Estoy harta de ese nombre judío —la joven era del Sur, pero llevaba tanto tiempo lejos de allí que hablaba con acento norteamericano—. Me llamo Evelyn May Langley, ya lo sabes.

Él le sonrió burlescamente, mientras empezaba a desnudarse.

—Esto es una iglesia —explicó—. Se supone que hemos de usar nombres bíblicos.

—Vaya una mierda —replicó ella.

—Vaya un vocabulario para una diaconisa.

Ella dejó la revista y se puso a mirarle. Su actitud irritada cambió de repente. La expresión de sus ojos se hizo lánguida, cálida. Invitación al vals. Alzó los brazos y apoyó las manos en la nuca, de modo que sus pechos se irguieron; los rosados pezones estaban erectos.

—Estoy caliente desde hace tanto rato —dijo—, que voy a volverme loca. Vamos,

date prisa, Buford.

Oficialmente, Evelyn May Langley era diaconisa de las ADJ, además de secretaria del Maestro. Al menos, así constaba en la lista de pasajeros del barco. Acababan de regresar de un tranquilo crucero por las Bahamas y las islas del Caribe.

Y durante aquellos días inundados de sol y aquellas noches espléndidas de luna, la joven se había portado bien. Cuando se trataba de «trabajar» era insaciable.

El reverendo Hodges se sentía en aquel momento magníficamente. Experimentaba en todo el cuerpo el agradable calorcillo del Jack Daniels que acababa de tomarse. El hecho de que el *Time* fuera a publicar un reportaje acerca de él le estimulaba. La imagen de Evelyn May echada en aquella cama, completamente desnuda y anhelando ser penetrada, le causaba una gran excitación; le encantaba el intenso aroma que se desprendía de su cuerpo, mezcla de perfume y de carne cálida, aquel olor a *hembra* y sintió que su pene se dilataba y se endurecía como un puño apretado. Aunque tenía más de cincuenta años, seguía siendo un hombre lleno de vitalidad. Le gustaba pensar que era el profeta mejor dotado de todo el negocio religioso. Le agradaban las muchachas jóvenes, y tenía por costumbre tomar una «secretaria» diferente en cada crucero, porque le gustaba la variedad. Y nunca había escuchado una queja de ninguna de ellas; sólo había oído gemidos de placer y alabanzas.

No había duda de que había tenido suerte, de que había sido ungido, como decía la Biblia.

Había sido bautizado por unos fanáticos predicadores pentecostalistas en un sucio arroyo del sur de Georgia, y se había salvado milagrosamente de ser atropellado por un tren en Tennessee. Y había sacado el máximo jugo posible a aquel milagro. Su autenticidad había sido probada por testigos, se publicó en todos los periódicos y mucha gente hablaba aún de él. Como hombre inteligente que era, se había dado cuenta de que no podía llegar lejos, realmente lejos, en el negocio religioso a menos que se hubiera tenido una revelación, que se pudiese exhibir un milagro; y de que no se podía ir muy lejos como profeta si uno no hablaba personalmente con Dios, o Dios con él. Como Moisés, como Mahoma. Por ello, había transformado su milagro en una «visión». Y, a partir de entonces, se había dedicado plenamente a Dios.

Era el mismo Dios que da y que quita, y, en su caso, se había mostrado generoso. Había dotado al reverendo Buford Hodges de un pene impresionante, que podía utilizar en cualquier momento con cualquier mujer medianamente atractiva. Aquél había sido un elemento muy importante en su carrera, en su acceso a la gloria, a la fama y a la riqueza. Hacía muchos años, por una circunstancia afortunada, había constituido el inicio de su carrera.

Acabó de desnudarse y se quedó de pie ante Evelyn May, sonriéndole. Su miembro erecto se alzaba duro e hinchado, magnífico, y la joven lo miraba fijamente, como hipnotizada.

—¡Buford, qué grande es!

Él siguió inmóvil un momento, observando las diversas imágenes de su cuerpo que le daban los espejos de las paredes, complacido por lo que veía. Evelyn, entonces, le dijo con voz ronca:

—Buford, por el amor de Dios, no te quedes ahí. ¡Ven a la cama conmigo!

Cuando hubieron terminado, ella se echó de espaldas, con los ojos cerrados, y suspiró satisfecha.

—Hoy ha sido mejor que nunca, Buford. Mejor que nunca.

—Gracias, guapa.

—No me extraña que te llamen el Maestro. Y no precisamente por lo que predicas...

Calló un momento, y después añadió:

—Dime una cosa, cariño: ¿qué dice la Biblia del sexo? Del follar, quiero decir.

—La Biblia está de acuerdo, siempre y cuando sea con la propia esposa y con el deseo de procrear y extender la propia semilla. Pero está en contra de la fornicación y de la lujuria. Eso es pecado.

—Entonces tú eres un pecador... —replicó ella con una risita.

—Todos somos pecadores, Evelyn May. A los ojos de Dios, a los de Jesús. Todo el ser de Jesús era espiritual, santo. Él no podía ser víctima de la lujuria ni de la debilidad de la carne. Sabes, es posible que estés poseída por Satán. Por el hecho de haberme dicho eso, podrías ir derecha al infierno.

En lugar de asustarse, ella se puso a acariciarle el muslo, y después el sexo.

—Puede ser —dijo—. Pero me busco el cielo ahora, en la tierra —y de pronto, bruscamente, añadió: —Buford, marchémonos de aquí.

—¿Cómo?

—Volvamos a esas islas. Las Bahamas, las Islas Vírgenes y todos esos lugares tan hermosos y con tanto sol, con aquellas playas tan bonitas. Allí lo pasábamos muy bien. ¿Por qué hemos vuelto aquí?

—Porque yo tenía cosas que hacer.

—Pero si tienes a todos esos discípulos y a los priores trabajando para ti... Desde que estamos aquí has estado tan ocupado que apenas te he visto. ¿Cuánto tiempo hemos de quedarnos todavía?

—Tres o cuatro semanas.

—Y después, ¿volverás a llevarme contigo? —preguntó ella, inquieta—. Quiero decir, ¿no llevarás a ninguna otra?

—Claro que no, querida —respondió él—. ¿Por qué habría de hacerlo?

Volvió la cabeza y la besó. Ella pareció tranquilizarse, y empezó a hablar tontamente de esto y de aquello. Buford no la escuchaba. Estaba pensando en otra cosa. Lo cierto era que estaba cansado de Evelyn May. La joven llevaba ya con él un par de meses, más de lo que solían durarle las demás. Era muy buena en la cama, pero bastante tonta. El reverendo ya se había fijado en una joven diaconisa a la que había visto en Elam, una de sus iglesias situada cerca de Tahoe. ¿Cómo se llamaba?

Había tomado nota mental de su nombre, pero era uno de aquellos que se hacen difíciles de recordar. Ah, sí: Josaba. La hija de Joram y la hermana de Ocozías. Si había una cosa de la que podía enorgullecerse era de su conocimiento de la Biblia.

Estaba seguro de que Josaba, una muchacha de unos veinte años, de ojos oscuros, cabello negro como ala de cuervo y unos suaves y deliciosos labios, estaría encantada de hacer un crucero por el sur en compañía del Maestro. Se consideraría privilegiada, bendecida por el Espíritu Santo. Entregaría su alma a Jesús y su cuerpo al enviado de Jesús. Era justo. Todo el mundo salía beneficiado. Sonrió ante aquella perspectiva. No había visto su cuerpo, pues la joven llevaba el tosco hábito gris, pero el reverendo Hodges tenía la suficiente imaginación, y estaba seguro de que la joven le convendría.

En cierto sentido, echaría de menos a Evelyn May. Ésta procedía de una empobrecida pero aristocrática familia de Carolina del Norte, auténticos sureños del tipo de los de *Lo que el viento se llevó*, que antaño habían poseído una gran plantación, y que se jactaban de haber tenido un general en el ejército de la Confederación, Thaddeus Randolph, que había muerto en Antietam. El hecho de tener a Evelyn May Langley en la cama junto a él, cálida, desnuda y expectante, acariciándole el pene con veneración, halagaba enormemente su vanidad.

Muchos años atrás, cuando no era más que un pobre diablo ignorante, le hubiera sido tan imposible como a un negro el acostarse con una señorita de la categoría de la Langley. Un blanco pobre era un blanco pobre, y no había nada que hacer. O así lo creía la gente.

Pero allí estaba él, en la cama con una Langley de verdad, entre suaves sábanas, en un yate de su propiedad, con un par de millones bien guardados en una cuenta numerada de un banco suizo, y unos ingresos que no dejaban de crecer día a día.

«Sí señor —pensó satisfecho—. Has llegado muy lejos, Buford Joe. Teniendo en cuenta dónde empezaste,»

Había nacido en el condado de Clinch, cerca de Headlight, en el sur de Georgia.

De cuando en cuando, por alguna extraña razón, recordaba vívidamente su infancia en términos de algunos olores. En aquel momento recordó una vez más el olor de la roja tierra del campo, el olor a whisky en el aliento de su madre (el whisky que había acabado por matarla), el fuerte olor de la lejía en la negra y vieja tina, detrás de la barraca en la que vivían, y el olor a tripas cuando su padre mataba un cerdo y le sacaba la grasa. Y recordaba el hedor del retrete que había junto a la pocilga, y las náuseas que le asaltaban cada vez que su padre le hacía limpiarlo. Pero, más que ninguna otra cosa, recordaba el olor a sudor del cuerpo de su padre después de un sermón, después de haber gritado, aullado y saltado ante sus oyentes, exhortándoles a alabar a Jesús o irse al infierno.

También había olores agradables, desde luego, como el del maíz machacado, el de

la zarigüeya frita o el de los boniatos. Todas estas cosas se comían encima de un gran hule que cubría la mesa. De niño, Buford Hodges había tenido su primer encuentro con Jesús a través de aquel mantel. Toda su superficie estaba decorada con una representación de la Última Cena, pintada con abigarrados colores. Allí estaba Jesús con su aureola radiante, flanqueado por los discípulos, cada uno de los cuales llevaba debajo su nombre en letras doradas.

A los dieciséis años, después de la muerte de su madre, se había marchado de casa y se había puesto a trabajar de jornalero aquí y allá. Pero, al cabo de un tiempo, acabó considerando que el predicar era más grato para la espalda que el trabajar, y en consecuencia decidió dedicarse a difundir la palabra de Dios, como lo había hecho su padre. Sin embargo, como no era conocido y no poseía credencial alguna, casi no acudía gente a escucharle, y estaba siempre a punto de morir de hambre.

Un día leyó un anuncio en un periódico de Carolina del Norte, y escribió. La Iglesia de la Vida Universal, decía el anuncio, estaba dispuesta a ordenar sacerdote a quien lo deseara, de modo prácticamente gratuito, capacitándole así para realizar legalmente casamientos, entierros y bautizos. Y más aún: la Iglesia de la Vida Universal consideraba que cualquier persona tenía derecho a interpretar la palabra de Dios según su propio criterio, y ofrecía a quienquiera que estuviese interesado en fundar una iglesia un permiso legal para ello, a cambio, solamente, de que se comprometiese a hacer un donativo mensual de dos dólares.

A partir de entonces, pudo llamarse oficialmente «reverendo Buford Joe Hodges», con un certificado que lo demostraba. Y la idea de fundar una nueva iglesia quedó bien guardada en su mente, a la espera de mejor ocasión.

Tenía un modo de hablar persuasivo, el tono apocalíptico que agradaba a los baptistas sureños y, ya entonces, una especie de magnetismo o carisma que atraía a la gente. Empezó a ganar algún dinero predicando por las esquinas, en el campo, en los pueblos y en las pequeñas ciudades a lo largo y a lo ancho de todo el Sur. Se detenía dondequiera que encontrara a algunas personas dispuestas a escucharle, y, tras soltar su sermón, pasaba el sombrero y recogía algunas monedas de diez o de veinticinco centavos. No podía comprarse un coche, y se desplazaba de un sitio a otro haciendo autostop, y a veces a pie.

Pero fue entonces cuando se produjo el milagro y la «visión» que de él saldría, y el nombre del reverendo Buford Joe Hodges pasó a los periódicos. Se convirtió, de la noche a la mañana, en un hombre famoso.

El hecho había ocurrido en las montañas de Tennessee, al sur de un pueblo llamado Rogersville, a orillas del río Holston, en el condado de Hawkins.

Había pasado la noche en un prostíbulo de tercera categoría, borracho como una cuba, y estaba aún achispado cuando empezó a amanecer. Tenía la intención de seguir camino hacia el sur, hacia el condado de Greene, pero el puente para peatones estaba a tres o cuatro kilómetros río arriba; en aquel lugar sólo había un puente de ferrocarril. Y decidió ahorrarse camino pasando por él.

La dueña del burdel le advirtió del peligro, pero él no le hizo el menor caso y mantuvo su decisión.

El río corría por un desfiladero ancho y profundo. La mañana era fría, y había niebla. Cuando estaba a la mitad del puente, oyó a su espalda el ruido del tren que se acercaba. Le pareció que avanzaba a toda velocidad. El maquinista no debía de creer que ningún peatón fuese lo bastante estúpido como para andar por allí; además, estaba terminantemente prohibido, y había señales de peligro por todas partes.

Incluso en aquel momento, estando tranquilamente echado en la cama con Evelyn May Langley, sintió brotar por todo su cuerpo un sudor frío al recordar el hecho. Recordó el olor de la muerte, el olor preciso y nauseabundo de la muerte, tal como le percibió al darse cuenta de que el tren corría demasiado aprisa, de que el maquinista no le vería debido a la niebla y de que era imposible que parase a tiempo; el tren le aplastaría sin remedio o le arrojaría al vacío. Saltar equivalía al suicidio, pues el río era poco profundo y, en aquel lugar, el fondo estaba cubierto de puntiagudas rocas.

Gimió, lloró y suplicó ayuda a Dios. Echó a correr, pero ello era inútil y lastimoso a la vez; era sólo el reflejo de un animal atrapado, sentenciado.

El tren se acercó más y más; por fin, el maquinista le vio en medio de la niebla y echó el freno. Las ruedas chirriaron y despidieron chispas. Pero los dos sabían que era demasiado tarde.

Entonces ocurrió el milagro. Y el reverendo Hodges le sacó el mayor jugo posible. Fue el inicio de una rápida carrera.

Se hizo famoso a raíz de aquel suceso; todo el país tuvo noticia de su existencia. Se encontró de pronto predicando ante verdaderas multitudes. Y un día, entre las personas que te escuchaban, apareció una mujer de cincuenta años, la viuda Banning, dueña de una mansión cerca de Atlanta y de unos cuantos millones de dólares. Era una ferviente cristiana, de tendencia pentecostalista. Cuando le oyó hablar de su «visión», creyó y se convirtió a su iglesia.

Más adelante, la viuda Banning le tomó bajo su protección y le llevó a vivir a su casa. Contrató profesores para que le instruyesen, y le envió a una escuela baptista. Él, consciente de que allí empezaba su futuro, estudió con aplicación. Y, de paso, se casó con la viuda. Tenía veinticinco años por entonces, y ella cincuenta y cinco. En aquel momento, estando junto a Evelyn May, cuya piel desprendía un olor joven y agradable, recordó el olor de Eleanor Banning, rancio, acre. Olor a vejez. Era insaciable en la cama, y, muchas veces, pensó en abandonarla; pero había resistido, y por fin obtuvo su recompensa. A los sesenta años, la mujer murió.

Y le dejó más de un millón de dólares para que continuase trabajando para el Señor.

Compró unos espacios en una pequeña emisora de televisión del Sur. Su programa se hizo popular, y compró espacios en más emisoras; el número de conversos fue aumentando. Era lo bastante listo como para darse cuenta de que su futuro dependía de los jóvenes; además, sabía muy bien que éstos querían algo nuevo,

algo diferente de las religiones establecidas. En consecuencia, había creado una religión completamente nueva. Su iglesia había empezado llamándose los Jóvenes de Cristo, pero después decidió que todo el mundo tenía derecho a recibir la palabra de Dios. Y que ello, por supuesto, resultaría más provechoso para él.

A partir de entonces, empezó a fundar sus iglesias o comunidades; y, con el tiempo, las semillas que había ido plantando se multiplicaron, como decía la Biblia. En aquellos momentos, las ADJ constituían la mayor iglesia del país entre todas las de sus características.

Volvió del pasado, sintiendo que Evelyn May seguía acariciándole el pene y que éste se estremecía y se hinchaba. Entonces la joven, sentándose a horcajadas sobre él, abrió ampliamente sus piernas e hizo que la penetrara.

Aquella posición era exactamente la contraria de la llamada «posición del misionero», que era la única considerada lícita por los misioneros de antaño. Cualquier otra forma de coito les parecía pecaminosa. Buford Hodges era un hombre religioso, pero no hasta aquel extremo.

Sí, Buford Joe había llegado muy lejos.

Estaba profundamente dormido cuando sonó el teléfono de la mesilla de noche y le despertó. Soñoliento, descolgó el auricular.

La voz al otro extremo del hilo era agitada, temblorosa.

—¿Es Su Divinidad?

—Sí.

—Jesús te ama, Maestro.

—Jesús te ama —respondió él, mientras echaba una mirada al reloj. Eran las cinco de la madrugada. Se preguntó quién podría ser a semejantes horas—. ¿Quién eres?

—Soy Amón, Maestro.

—¿Quién?

—Amón. El prior de Caná.

El nombre no le sonaba en absoluto. Había muchos priores, y casi nunca se acordaba de sus malditos nombres. Medio dormido como estaba, no recordaba ni dónde se hallaba situada Caná.

—¿Caná? —preguntó.

—Tu *iglesia* cerca de Memphis, Maestro.

—Ah, sí, sí. Bien, ¿y qué es lo que pasa? Aquí en California aún es de noche. ¿Por qué me llamas a estas horas?

—En otras circunstancias —explicó el prior— no me hubiera atrevido a molestar a Su Divinidad de esta manera; lo he pensado mucho antes de decidirme a hacerlo. Pero he creído que era imprescindible, porque es un asunto que requiere tu inmediata atención...

«Desembucha de una vez —pensó el Maestro—. Dime lo que pasa y déjame dormir».

—Dime lo que ocurre, prior.

—Esta mañana hemos tenido un encuentro con el Diablo.

De un salto, el Maestro se incorporó.

—¿Con el Diablo? ¿Dónde? ¿Cómo ha sido?

—En la calle. No le hemos visto a él, desde luego, pero hemos visto a otros hacer su trabajo. Nos ha robado otra alma. Una neófita llamada Ester. La pobre muchacha debe de encontrarse ahora en las sucias manos de Belcebú, quien sin duda estará corrompiendo su alma con su veneno satánico...

—Sí, sí —dijo el Maestro, impaciente. Tenía que hacer callar a aquel idiota para poder pensar—. Has hecho muy bien en avisarme inmediatamente, prior. Muchas gracias. Jesús te ama.

Colgó, Ya no tenía sueño; su cabeza estaba despejada. Evelyn May se había despertado y se hallaba incorporada, mirándole.

—¿Qué ha pasado, cariño?

—Ese cabrón nos la ha jugado otra vez.

Sabía lo que ocurriría a continuación. Morse desprogramaría a la chica. Después, utilizando las relaciones con que contaba por medio de George Glennon y de otras personas, conseguiría que hiciese declaraciones en los periódicos, o que apareciese en la televisión. La joven echaría pestes contra las Almas de Jesús, contaría cómo se le había convencido para que entrase en la secta y cómo, una vez en ella, se le había lavado el cerebro. Con ello, empezaría a hablarse de nuevo de una investigación, y quizás hasta se entablase un proceso. Era algo que había ocurrido ya otras veces, y el Maestro empezaba a ponerse nervioso.

Sabía que John Morse no se proponía sólo destruir la secta, sino que quería también destruirle a él. Era una cuestión personal, una *vendetta*. Morse quería ensartar en las candentes púas de su horca el cuerpo del reverendo Buford Joe Hodges, arrojarlo al fuego eterno y verlo consumirse hasta quedar convertido en un residuo humeante. El Diablo estaba empezando a molestarle de verdad. Ya no era una simple molestia, sino una auténtica amenaza. Estaba sediento de sangre.

Pero, en algunos casos, la sangre podía ser sustituida por otra cosa.

El Maestro llevaba algunas semanas dándole vueltas a una idea. Y había llegado el momento de ponerla en práctica. El problema era establecer contacto con Morse.

Salió de la cama, se dirigió al escritorio y tomó una agenda. Pasó las páginas hasta encontrar el teléfono particular de Dick Caswell.

Al cabo de un momento, Caswell, a quien había despertado, balbuceó algo al teléfono.

—Dick, soy Buford.

—¡Buford, por Dios, son las cinco de la mañana! ¿Tan urgente es?

—Trabajas para mí, hermano Caswell. Puedo llamarte cuando me dé la gana.

—Está bien, está bien —dijo Caswell—. Bueno, ¿de qué se trata?

—Quiero encomendarte un trabajo para hoy mismo, Dick. Es un trabajo muy delicado. Vas a ser mi emisario en un asunto muy importante.

—Bien, ¿qué tengo que hacer? —preguntó Caswell, deseoso de volver a dormirse.

—Es una gestión directamente inspirada por la Biblia.

—¿Por la Biblia? Buford, ¿de qué coño me hablas a estas horas?

—Lo puedes ver en el Evangelio según San Mateo —dijo el Maestro con una risita—. «Reconciliare primero con tu hermano, y ven entonces a presentarme tu ofrenda. Reconcílate pronto con tu adversario mientras aún estás con él».

Después, sin perder más tiempo, le dio instrucciones a Caswell.

13

George Glennon estaba sentado al escritorio de su estudio. Eran las nueve de la mañana; él y Ellie estaban tomando café, cuando sonó el teléfono.

—Contesta tú —dijo ella—. Yo voy a hacer más café.

Era el editor de Glennon, Rollie Stern, que le llamaba desde Nueva York.

—¿Cómo va el libro, George?

—Está casi terminado.

—Muy bien —dijo Stern—. Muy bien. Me alegro mucho.

Stern había querido hablar con expresión sincera, pero Glennon percibió una nota falsa en sus palabras. La cordialidad de su tono había sido excesiva; algo le preocupaba.

—¿Qué es lo que pasa, Rollie?

—¿Cómo?

—Si me has llamado sólo para hablar del tiempo, aquí está nublado, y puede que haya algún chubasco. Pero no es por eso, ¿verdad? Vamos, a ti te preocupa algo.

—Sí.

—¿De qué se trata?

—George, nos están apretando las tuercas. Las ADJ, quiero decir. No han esperado ni a que terminases el libro. Nos exigen que abandonemos el proyecto inmediatamente.

—¿Y qué?

—Si no lo hacemos, si publicamos el libro, dicen que nos caerá el proceso del

año. Por difamación. Pedirán millones.

—¿Y qué?

—¿No te preocupa?

—No. ¿Por qué habría de preocuparme? ¿Qué te imaginabas que harían, darnos una medalla? ¿Comprarnos diez o doce ediciones para distribuir las entre sus fieles? ¿Convertir el libro en un *bestseller*?

—George —dijo Rollie quejosamente—, esa gente habla en serio. Tienen toda una batería de grandes abogados. Hemos recibido llamadas de altos personajes, de gente realmente importante, y todos nos aseguran que el publicar ese libro sería tanto una falta de gusto como una falta de tacto. Y los de arriba están muy nerviosos. Ralph Farrow está preocupado por todo este jaleo —Farrow era el presidente de la editorial—, sobre todo por el hecho de que se haya armado tan pronto.

—¿Y qué queréis que haga yo?

—George, parece que no lo entiendes. Estamos atacando a una iglesia, nada menos.

—A una secta.

—Tú puedes llamarla como quieras, pero oficialmente está considerada como iglesia.

—Háblame claro, Rollie. ¿Estás tratando de decirme que Farrow se echa atrás? ¿Que quiere que abandone el libro? ¿Se niega a publicarlo?

—No, no —se apresuró a decir Stern—. Yo no he dicho eso; ni mucho menos. Sólo te digo que tengas cuidado. Procura documentar por triplicado todo lo que digas de las ADJ. Si nos procesan, y puedes estar seguro de que lo harán, aunque sea sólo por reflejo, no nos interesa tener puntos débiles. Habla sólo de hechos, George. Cita otras fuentes. No des opiniones sin base firme. Ya sabes.

—Sí —dijo Glennon—, ya sé. Como sé también que vuestros abogados revisarán mi original con lupa; que intentarán castrarlo, vamos. Pero yo no permitiré que lo hagan, Rollie. Lo que estoy escribiendo es una denuncia, y una buena denuncia tiene que tener cojones. Sobre todo si se quiere vender un millón de ejemplares. Voy a hacerlo a mi manera. Si a Farrow no le gusta, lo llevaré a otra editorial.

—Bueno, bueno, George. Yo no estoy tratando de influirte hasta ese punto. Sólo quiero decirte que el reverendo Buford Hodges se prepara para atacar, y que los de arriba están preocupados —intentó mostrarse más cordial, más optimista—. Pero, naturalmente, todos recordamos tu último libro. Siempre llegan los nervios en este momento del proceso. Ya se sabe. Pero el libro se vendió. ¿Cuántos ejemplares se vendieron?

—Doscientos mil en tela y cuatro millones en rústica.

—Bueno, pues sigue trabajando, George. Dale recuerdos a Ellie.

Cuando Stern colgó, Glennon se reclinó en su sillón. Miró por la ventana el césped, que a aquella hora parecía terciopelo verde, los laberintos de setos por encima de los cuales había grandes jarrones de cemento, pulidos para que pareciesen de

alabastro, desbordantes de geranios y de ciclámenes, las glicinas y las rosas que trepaban por los enrejados. Aquella vista trasera de su antigua casa victoriana era algo que siempre le causaba una impresión agradable, relajante; pero en aquel momento apenas se daba cuenta de lo que veía. La llamada de Stern le había dejado francamente preocupado.

Los de la editorial, en Nueva York, habían estado inquietos mientras él escribía su último libro, una denuncia de los fraudes que se cometían en el país en nombre de la beneficencia; pero lo habían publicado, y había sido, como acababa de reconocer Stern, un gran éxito. Sin embargo Glennon intuía que el trabajo que estaba realizando les preocupaba mucho más. Rollie Stern tenía razón. Debía tener cuidado, mucho cuidado.

Cuanto más había profundizado en el tema, más incómodo se había sentido ante el fenómeno de las ADJ. Al principio había creído que se trataba de una simple moda, de un entretenimiento para jóvenes, otra versión de los Niños de Jesús. Pero, después, había visto que se trataba de una verdadera fuerza social, de una organización poderosa que usaba su poder a veces abiertamente y a veces de manera encubierta. Podía inundar de cartas a los congresistas; tenía el dinero necesario para sobornar a quien le conviniese, y lo hacía; sabía halagar, amenazar e intrigar cerca del gobierno. Y tenía influencia en sectores importantes de los medios de comunicación. Las ADJ constituían una verdadera estructura de poder.

Pero lo que realmente inquietaba a Glennon era el hecho de que la secta estaba atrayendo cada vez a más jóvenes a las comunidades. Sus propuestas eran atractivas: abandonad la lucha por el éxito; enviad a la mierda el asqueroso y corrompido sistema; venid con nosotros y purifícaos; os daremos una nueva familia, cuyos miembros os amarán sin exigiros nada; nosotros os cuidaremos y, juntos, cambiaremos el sistema. Todo aquello, pensó Glennon, era capaz de mover a un gran número de jóvenes. Los miles de robots programados podían convertirse en millones. Dirigidos por un líder carismático y ebrio de poder, pasarían a constituir una gran fuerza, social y política. Se estremeció al pensar lo que podría ocurrirle al país en tal caso.

¿Imposible? Tal vez. Pero había sucedido ya en otro país, no hacía tantos años, de modo que...

Sonó el teléfono, y lo descolgó.

—Glennon, soy Richard Caswell. Por si no sabe quién soy...

—Está usted de broma, Caswell. Todo el mundo sabe quién es usted —le interrumpió Glennon, sonriendo. Encendió un cigarrillo. Presentía que la conversación iba a ser divertida—. Mi número no está en el listín. ¿Cómo lo ha encontrado?

—Oh, no tiene importancia —respondió Caswell—. Digamos que tengo amigos, simplemente. ¿Cómo va el libro?

—Estupendamente —dijo Glennon—. Le gustará. Y a su cliente también.

—Estoy seguro de que nos encantará. Si llega a publicarse, claro —hizo una pausa—. Sabe, George... ¿le molesta que le llame George?

—No, Dick, claro que no.

—Pues bien, George, he pensado que podría usted estar cansado de trabajar en ese libro. Que podría romper su compromiso con la editorial y abandonarlo totalmente. Desde luego, de ser así, tendría que devolver el anticipo. ¿Cuánto era, ciento cincuenta mil?

—Más o menos.

—Bien, pues en tal caso mi cliente estaría encantado de restituir esa cantidad, más una indemnización razonable por las molestias que el asunto le hubiera supuesto.

—¿De cuánto sería esa «indemnización razonable»?

—De eso trataríamos más adelante. Pero le aseguro desde ahora que quedaría usted contento. Muy contento. ¿Qué me dice?

Glennon sonrió.

—Bueno, Dick, es que me ha cogido usted por sorpresa...

—Lo comprendo.

—Necesitaría algún tiempo para pensarlo.

—Sí, desde luego. Pero, ¿puedo estar seguro de que lo pensará usted seriamente?

—Sí, claro. Lo pensaré seriamente.

—Bien. Hay otra cosa. En realidad, es la razón más importante de mi llamada.

—¿Sí?

—El reverendo Hodges desea hablar con John Morse. Personalmente.

Glennon se enderezó en su asiento. Le llevó un momento asimilar lo que acababa de decirle Caswell.

—¿Habla usted en serio? —le preguntó.

—Completamente, George.

—¿Y para qué quiere hablar con Morse?

—Quiere hacer un trato con él.

Glennon dejó escapar una risita. Hubo de hacer un esfuerzo para reprimir una carcajada.

—Dick, ¿me está usted diciendo que el enviado de Dios, el dirigente máximo de las Almas de Jesús quiere hacer un pacto con el Diablo? No sé si se da usted cuenta de que eso es una blasfemia...

—Siento que lo encuentre usted gracioso —dijo Caswell fríamente—, pero le aseguro que el reverendo Hodges quiere firmar la paz con John Morse. Y está dispuesto a hacerle una oferta.

—Una oferta que no podrá rechazar, como dicen en las películas...

—Dígalo así, si le parece.

—Está bien. Pero, ¿por qué me llaman a mí?

—No sabemos cómo localizar a Morse. Usted lo sabe, y puede transmitirle el mensaje. Si le interesa, dígame por favor que telefonee a mi cliente, ya que mi cliente

no puede llamarle a él. ¿Estamos de acuerdo? ¿Transmitirá usted el mensaje?

—¿Por qué no? Lo encuentro interesantísimo. Me gustaría saber más cosas acerca de ese pacto. Los detalles, por ejemplo.

—Yo no conozco los detalles. Lo importante es si a Morse le interesará también.

—Oh, seguro —dijo Glennon—. Casi puedo garantizárselo.

—Muy bien. Entonces, volveré a llamarle, George.

—Paz, hermano.

Glennon colgó, sonriente. Entró Ellie con el café, y él le informó de la llamada.

—Oh, esto es el colmo —comentó ella.

—No, no lo creas —dijo él—. Esto todavía no es nada.

Consultó el reloj, tomó el teléfono y pidió una comunicación personal con el señor Charles West, en el motel Starlight, en Memphis.

14

Astarot, un domingo, poco antes del amanecer.

Cindy Hyland estaba con un grupo de neófitos en un montículo cubierto de hierba, esperando a que el sol asomase por detrás de la montaña.

Cuando apareció, iniciaron lentamente una danza, una plegaria coreográfica en honor de Dios. Se cogieron unos a otros de las manos, para expresar simbólicamente la unidad que había entre ellos y el amor que sentían entre sí.

Era una danza derivada del *Agnus Dei* de la misa católica. Uno de los principios de las Almas de Jesús era que no se debía entregar sólo el alma al Señor, sino también el cuerpo. Éste era el significado de aquella danza, así como el de otras actitudes, actitudes más íntimas, que se daban en Astarot. La danza era muy antigua; se remontaba a la época del Antiguo Testamento y de la primitiva iglesia cristiana.

El domingo no era sólo un día de culto, sino también de descanso y esparcimiento. Después de la misa y del desayuno, todos salían al aire libre y se entretenían con juegos diversos, juegos de nombres como «El último es Satán» o «El escondite del Mesías».

Cindy Hyland no participaba en aquellas diversiones. Estaba echada de espaldas, a la sombra de un árbol, pensando. Dos veces había ido a ver al prior Ezequías para pedirle que la dejase servir al Señor en una de las brigadas. Y en ambas ocasiones Ezequías le había dicho que no. Habían notado que la joven ofrecía aún cierta resistencia; no estaba todavía completamente sometida, y no era, por tanto, una

verdadera Alma de Jesús. No es que ello les preocupase, pues sabían que si seguían dedicándose a ella un poco más la dominarían al fin.

Desesperada, Cindy se daba cuenta de que tenían razón. Se sentía constantemente atraída, atrapada, casi dispuesta a convertirse en uno de ellos. Era un proceso hipnótico. Antes de entrar en Astarot vivía en Santa Mónica con su madre, y, en aquellos momentos, incluso los rasgos de ésta parecían haberse robado de su memoria.

Pero en aquel instante, estando allí echada bajo el árbol, se le ocurrió una idea. Recordó lo que le había pasado a Jeff. Cuando había empezado a hablar en aquella lengua extraña, después de rechazar a sus padres, le habían admitido en una Brigada del Señor. Y, reflexionando sobre el asunto, se dio cuenta de que varios neófitos que repentinamente habían recibido el «don de lenguas», habían sido admitidos después para salir a las calles a recoger donativos.

Para los priores de Astarot, aquello debía de representar un avance importante.

Cindy sabía que para liberarse, para huir de Astarot y de aquella vida insoportable, y sobre todo de Tobías, que no la dejaba en paz ni un momento, tenía que salir a la calle, fuese como fuese. Una vez que lo hubiese conseguido, estaría alerta, esperaría su oportunidad y la aprovecharía. Era inútil hablarle de ello a Jeff; su antiguo amigo se encontraba a gusto en Astarot, le tenían completamente dominado.

Así pues, decidió Cindy, el modo de impresionarles era romper a hablar en aquella algarabía.

Pero aquél era un fenómeno producido por la histeria. Era casi imposible de fingir. Cindy se sentía incapaz de improvisar una comedia semejante de manera convincente.

Sin gran interés, se puso a mirar a los neófitos que jugaban a «El último es Satán». Todos gritaban y corrían alocadamente. Uno de ellos hacía de Maestro y corría detrás de los demás intentando tocar a uno. Cuando lo conseguía, el que había sido alcanzado se convertía en su discípulo. Juntos, Maestro y discípulo se ponían a perseguir a otros neófitos, y les iban convirtiendo en discípulos. Cada vez que conseguían uno nuevo, todos los discípulos se cogían de las manos y hacían profesión de su mutuo amor. La última persona que quedaba fuera era Satán. Éste, al ser alcanzado, se convertía también en un alma llena de amor, que se entregaba a Jesús.

El último es Satán. El último... fuera...

Cindy se incorporó de un salto. El nombre del juego le había dado una idea. Hacía mucho tiempo, cuando era pequeño, había un juego al que jugaba con sus amigas. Se sentaban todas en círculo y recitaban una cantinela sin sentido; a cada palabra, se señalaba a una niña con el dedo:

*Impty, mimpty, dibity fig,
deeah, dyah, dominig,
eichey, beichey, domineichy
om pom tusk
oliga, boliga, boo...*

y fuera
¡tú!

La niña a quien correspondía la última palabra quedaba fuera. Después se repetía la cuenta para dejar fuera a otra, y así sucesivamente. Cindy se esforzó por recordar la segunda estrofa:

Cora, bora, coola, lam,
doro, oko, boola, bam,
oodoo, boodoo, alakahoodoo
om pom tusk
hoko doko, dado, doo,
y fuera
¡tú!

La excitación la hacía temblar. Valía la pena intentarlo. Quizá saliera bien. Nadie sabía lo que significaba aquella cantinela. Sólo tenía que repetirla dejando las últimas palabras.

El problema era que no sólo tenía que balbucear las palabras, sino que debía actuar como si estuviese en trance.

Y no sabía si sería capaz de tanto.

Pero decidió intentarlo. Lo pondría en práctica aquella misma tarde, durante la plegaria colectiva.

Habían acabado de cantar. El prior Enoc, responsable aquel día de dirigir la plegaria, habló de «La sabiduría de Jesús». Después, todos se pusieron a orar en silencio.

Durante aquel rato, Cindy Hyland rezó con tanto fervor como cualquiera de los demás. Le suplicó a Dios que le diese valor, que su comedia resultase convincente, que la creyesen.

Esperó a la «imposición de manos», hacia el final de la reunión.

Cuando Enoc, desde su asiento en la tarima al pie del altar, preguntó si alguien necesitaba aquel día la imposición de manos, Cindy se puso en pie rápidamente, para que no pudiese adelantársele nadie, y exclamó:

—¡Yo, yo!

—¿Quién eres?

—Soy Atalía. Ruego que se me impongan las manos y que se rece por mí.

Enoc abrió ampliamente los brazos, como para abarcar a todos los presentes.

—Todos los que estáis cerca de ella —dijo—, id a consolarla, a imponerle las manos, para que sienta el amor y la alegría del Señor.

Varios miembros del grupo se levantaron y se congregaron en torno a ella. Unos le tomaron las manos, y otros le pusieron las suyas sobre la cabeza y en los hombros, y se pusieron a rezar por ella en voz alta. Cindy sabía que, en algunas iglesias

tradicionales, se bautizaba a veces de aquel modo, con el «bautismo del Espíritu Santo». En las ADJ se celebraba aquella ceremonia cuando alguno de los miembros necesitaba ayuda para superar una tentación o un momento de desánimo. Y también sabía que, después de aquello, muchos neófitos habían recibido el supuesto don de lenguas por primera vez. Aquél era el momento en que la cosa parecería más natural, más verosímil.

Respiró hondo, irguió la cabeza y emitió un fuerte grito. Cerró fuertemente los ojos y alzó las manos. Los demás se apartaron y formaron un círculo en torno a ella, conscientes de lo que iba a producirse.

Cindy permaneció un momento inmóvil, temblando. Sudaba, y el corazón le martilleaba con fuerza en el pecho. Rogó a Dios que la ayudase a recordar las palabras, que no se quedase con la mente en blanco, como una actriz aterrorizada por la posibilidad de perder pie u olvidar un verso.

Y comenzó:

*Impty, mimpty, dibity fig,
deeah, dyah, domining...*

En la sala reinaba un silencio total, roto sólo aquí y allá por alguien que murmuraba «Alabado sea el Señor» o «Jesús mío, Jesús mío».

*eichey, beichey, domineichy,
om pom tusk...*

Cindy mantenía los ojos cerrados. Estaba rígida, y apretaba los puños. Alguien exclamó:

—¡Alabado sea Jesús! ¡Está hablando a través de ella!

Y otro de los presentes gritó:

—¡Es el Espíritu Santo!

Cindy continuó, olvidando todo lo que la rodeaba. Las palabras de la cantinela salían con facilidad de sus labios; su boca y su lengua parecían moverse por sí solas, sin que ella hubiese de hacer ningún esfuerzo. De un rincón de su memoria salió la tercera estrofa de la cancioncilla que había recitado de niña, hacía tanto tiempo. Y después la cuarta estrofa, que tenía tan olvidada como la tercera. Al entrar en la sala sólo recordaba las dos primeras.

De pronto, se sintió transportada. Ligera. Libre. Como si flotase en una nube. Seguía balbuceando, como en trance, como en sueños. De su boca salían palabras nuevas, palabras que nunca había oído antes:

*Daka mena moota arko da.
Maka mio ventra dro,
preco, laga, cristo, ooma,
raffa, amos, sonda...*

No era ella quien hablaba. *Alguien* hablaba dentro de ella, y usaba su lengua, su boca. Las palabras seguían fluyendo. Las oía claramente y se maravillaba ante ellas, pero no podía controlarlas. El ser que se había apoderado de ella le decía algo, pero ella no lo comprendía.

Por fin, las palabras cesaron. Cindy estaba temblorosa, empapada en sudor. Abrió los ojos. Le costó adaptarse a la realidad de lo que veía. A su alrededor, todos sonreían y exclamaban: «¡Jesús te ama!» y «¡Alabado sea Dios! ¡Atalía tiene el don de lenguas!».

No podía creerlo. Era cierto que había estado hablando en una lengua extraña. ¿Cómo había sido? ¿Qué rara fuerza se había apoderado de ella? ¿La histeria? ¿El miedo? No lo sabía, pero lo ocurrido la asustaba. No se había dado cuenta de lo cerca que habían estado de lavarle el cerebro. Se había dicho a sí misma que nunca se dejaría dominar; al menos, se lo había dicho conscientemente. Pero en aquel momento se daba cuenta de que ellos, de algún modo, habían llegado a su inconsciente. Había estado a punto de convertirse en una verdadera Alma de Jesús, en una fiel neófita de la secta.

Mientras escuchaba las felicitaciones, experimentó una sensación de pánico. Tenía que huir, y pronto, cuanto antes. Si no, sería demasiado tarde.

Su mirada se cruzó con la de Enoc, de pie en la tarima. Sonriéndole, el prior alzó una mano para bendecirla.

Muy cerca de ella, oyó una voz.

—Enhorabuena, Atalía...

Se volvió y a su lado vio a Tobías, sonriente y con los ojos brillantes. Aquellos ojos la devoraban, con más ansiedad que nunca. Cindy se estremeció levemente; sabía lo que estaba pensando Tobías: «Ahora está más cerca de la purificación».

Dos días después, la llamaron al despacho de Ezequías.

Tobías la había recomendado personalmente, con gran interés. Él y Enoc estaban allí para felicitarla. Cuando Cindy trabajase en la calle, si lo hacía bien, faltaría poco para que la considerasen digna de la purificación.

Ezequías le asignó la brigada número seis. Debía empezar a trabajar a la mañana siguiente.

La muchacha les dio las gracias efusivamente. Ellos, sonrientes, le respondieron asegurándole que Jesús la amaba, y le insinuaron que la amaría aún más si vendía muchos folletos. Rebotante de alegría, abandonó el despacho.

Por fin podría salir a la calle. Esperar su oportunidad.

Y escapar.

Se dirigió al guardarropa, en el edificio cuatro. Allí se quitó el tosco hábito y se puso la ropa de calle que llevaban las chicas de las brigadas: una blusa azul claro con las letras ADJ bordadas en un bolsillo, una pulcra falda azul marino y unos zapatos

negros. Después se lavó el pelo y se lo arregló. Se miró al espejo, y lo que vio en él la conmovió, hasta el punto de que hubo de contener las lágrimas. La chica que veía en el gran espejo de la pared era una persona a la que casi había olvidado.

Era Cindy Hyland. Cindy Hyland con el aspecto que tenía antes de que ocurriese todo aquello.

A la mañana siguiente, los miembros de las diferentes Brigadas del Señor subieron al gran autocar azul. Todos iban muy limpios y perfectamente arreglados. Y cada uno llevaba al hombro un macuto lleno de folletos.

Se abrió la puerta electrificada, y el autocar comenzó su descenso por el cañón en dirección a la autopista del Pacífico.

Después, se fue deteniendo aquí y allá, dejando a cada brigada en el lugar que tenía asignado. Dos se quedaron en las playas públicas de Santa Mónica. La playa era un excelente lugar, y no sólo para vender folletos, sino también para «evangelizar» o reclutar a nuevos miembros.

El autocar abandonó la autopista y dejó a otra brigada en las grandes galerías comerciales de la avenida de Santa Mónica. Y después se dirigió al este, a Los Ángeles.

La brigada seis estaba dirigida por los diáconos Hernán y Sem. Había sido destinada al Mercado del Campo, lugar que se consideraba muy ventajoso ya que era una gran atracción turística y estaba siempre muy frecuentado.

El autocar se dirigió al sur por la avenida Fairfax y luego giró a la izquierda por la Tercera Oeste, para entrar en el estacionamiento del mercado.

Los miembros de la brigada se pusieron en pie. El conductor esperó un momento, mientras Hernán se situaba en la parte delantera del vehículo, de cara a los muchachos. Una vez allí, preguntó, dirigiéndose a todos:

—¿Qué es lo que vamos a hacer hoy?

—¡Vender! —exclamaron los muchachos a coro.

—¿Y qué es lo que vamos a vender?

—¡El *Libro del Maestro*!

—¿Y quién es el Maestro?

—¡El enviado de Dios!

—¿Y qué es lo que nos transmite el Maestro?

—¡La palabra de Jesús!

—¡Jesús os ama, os ama a todos! —exclamó Hernán—. ¡Ahora id y vended!

Aquello era lo más demencial, pensó Cindy. Que realmente deseaban trabajar. Programados o no, eran sinceros. Creían de verdad en lo que hacían. Lo consideraban un privilegio.

El conductor abrió la puerta, y los muchachos fueron bajando.

Una vez en la calle, Cindy Hyland se quedó un momento embobada, mirando todo lo que había a su alrededor. Era la primera vez que salía de los muros de Astarot desde hacía un mes. Tenía la sensación de estar en otro mundo, en otro planeta. Todo

le parecía extraño, todo le llamaba la atención: el río de vehículos que circulaba por la avenida Fairfax, los nombres de las tiendas, inscritos en discretos letreros: Pants World, Buttons and Bows, Far East Trader, Indian Trading Post, Fun Shop, Today's Girl, Little México, Polynesian Casuals...

Pero lo que más la fascinaba era la gente, las personas que pasaban, vestidas con ropas normales, de colores vivos: pantalones cortos, tejanos, camisas floreadas... No se veía un hábito de monje por ninguna parte.

—Vamos, Atalía —le dijo Sern.

El diácono le hizo una seña a una joven que llevaba ya algún tiempo en la brigada. Era mayor que Cindy, y era una fiel Alma de Jesús, de la que se decía que no tardaría en ser nombrada diaconisa. Se la llamaba Séfora, como la mujer de Moisés.

—Atalía, no te separes de Séfora. Ella te enseñará cómo se hace. Pronto aprenderás.

Empezaron a vender, ofreciendo los folletos a la gente que bajaba de los coches y de los autocares turísticos, y acercándose poco a poco hacia las entradas del mercado. Se movían de aquí para allá entre los posibles compradores, gritando agresivamente los varios reclamos que se les había enseñado, vendiendo la palabra del Maestro, es decir, la palabra de Dios. Cuando alguien compraba un folleto, la vendedora, como recompensa, le decía amablemente: «Jesús le ama».

Muchos autocares turísticos japoneses se detenían en el Mercado del Campo, inundándolo a lo largo del día de centenares de turistas de Tokio, Osaka y Kioto. Todos iban armados de cámaras fotográficas, y parecían fascinados a la vista de los jóvenes vendedores. Compraban muchos folletos. Tal vez los consideraban un curioso *souvenir* religioso. O puede que se sintieran en cierto modo obligados a comprarlos a cambio de la posibilidad de hacer fotografías.

Cindy iba un poco lenta al principio; no era lo bastante agresiva. Pero aprendió muy deprisa, y pronto se encontró vendiendo con la misma energía que los demás.

Se daba cuenta de que los dos diáconos, Hernán y Sem, la vigilaban estrechamente. Intuía que no era su modo de vender lo que les preocupaba, sino que verificaban que no se apartase del grupo. Era el primer día que Atalía salía a la calle, y no estaban aún totalmente seguros de su convicción y fidelidad, aunque hubiese recibido el «don de lenguas».

Cindy miró a su alrededor, angustiada. Vio que, en aquel lugar, era inútil intentar nada. Los dos diáconos estaban muy cerca; si daba un solo paso, la seguirían inmediatamente. El estacionamiento era una extensa zona despejada, donde era imposible esconderse.

Al cabo de una hora, se acercó a Hernán y le dijo:

—Tengo que ir al lavabo.

Pensaba que, si conseguía entrar en el mismo mercado, tal vez pudiera esconderse entre los puestos de comida y de frutas y huir. Pero los miembros de las Brigadas del Señor nunca se quedaban solos, ni siquiera para ir al lavabo. Hernán le dijo a Séfora

que fuese con ella.

El lavabo de señoras estaba en el interior del amplio edificio. Cindy se había olvidado de lo que era la comida de verdad. En Astarot, la dieta era insípida y monótona: copos de avena, cereales, verdura hervida, macarrones, judías secas y cosas así. Las viandas que se exhibían en aquel lugar, los olores que desprendían, la mareaban. Pasaron por delante de puestos donde se alzaban altísimos montones de naranjas, de papayas de Hawai, de uvas, peras, manzanas de todas clases. Vio castañas, almendras, avellanas, nueces, cacahuetes y maíz tostado, chocolate, pastelillos y deliciosos quesos curados. Jeff la había llevado allí en una ocasión, un día en que hicieron una incursión por la ciudad, y los recuerdos la asaltaron.

Pero seguía caminando. Mejor dicho, seguía dejándose llevar por su compañera, que la agarraba por el codo.

—Séfora, quedémonos un rato a mirar...

—No tenemos tiempo. Hemos de volver a vender.

—Pero todo esto es tan fantástico...

—Sí, Atalía, pero hemos de resistir esas tentaciones. Ya sabes lo que dice la Biblia. Hemos de refrenar los deseos de la carne, que son nocivos para el alma. Nuestros cuerpos pertenecen a Cristo, y debemos alimentar su espíritu, y no nuestra carne.

Cindy observó un momento a su compañera. Séfora era una chica bonita; con su blusa y su falda larga, tenía un aspecto limpio, fresco e inocente; parecía real, *normal*. Pero allí estaba, en medio del mercado, pronunciando las mismas ampulosas frases bíblicas que se oían constantemente en Astarot. Se le ocurrió que, en cierto sentido, Séfora estaba loca, ya que hablaba como lo hubiera hecho una máquina; su cerebro había sido alterado y programado para responder de una manera determinada a una determinada situación, por un reflejo condicionado.

«Está loca —pensó Cindy—. Todos están locos. Quizá yo también lo estoy, a estas alturas. ¡Tengo que escapar, tengo que escapar, pronto, cuanto antes!». Si no, aquella gente tendría más tiempo para influir sobre ella y, antes de que se diera cuenta, se habría convertido en un autómata más, como Séfora. Sabía que eran capaces de hacerlo, por más que ella se resistiese.

Pasaron por el restaurante. La gente estaba sentada a las mesas, a la sombra de los toldos, comiendo con buen apetito toda una variedad de alimentos que había elegido en los mostradores. Cindy sintió que le daba vueltas la cabeza al percibir aquella mezcla de olores deliciosos, a hamburguesas y salchichas, a tortas de maíz y costillas de cerdo, a tortillas, a gambas y cangrejos, a pescado con patatas fritas, a cecina, a rosbif, a jamón asado...

Pensó en las fiambreras que llevaban los miembros de la brigada, que contenían cada una un bocadillo de huevo y lechuga, un tomate, una manzana y quizás un trozo de queso, y sintió una ganas locas de comprarse, en aquel mismo momento, una hamburguesa enorme, con mostaza y cebolla, comérsela allí mismo y pagarla con el

dinero que llevaba encima, procedente de la venta de los folletos, sin preocuparse de lo que dijese Séfora.

Apartó de su mente aquella fantasía y se puso a pensar en las posibilidades que tenía de huir. Trató de hacerlo fríamente, analizando la situación.

Era posible intentarlo en aquel mismo momento. Séfora la llevaba cogida del brazo, pero, con la ventaja de la sorpresa, podría separarse de ella, correr por entre los mostradores, perderse entre los compradores y turistas y salir por una de las puertas del lado sur del mercado.

Hizo acopio de valor. Procuró que su cuerpo no se pusiese tenso, para que ello no la delatase ante Séfora. Y estaba ya a punto de arrancarse de la mano de ésta y echar a correr, cuando vio algo que la hizo detenerse en seco.

Vio a Sera a unos pocos metros de distancia. El diácono avanzaba tranquilamente, parándose a contemplar algunos de los mostradores. Ni siquiera las miraba a ellas directamente.

Cindy se dio cuenta entonces de que él o Hernán no la perderían de vista en todo el rato. Y al día siguiente harían lo mismo. Y al otro también.

Hasta que estuviesen absolutamente seguros de ella.

15

Ocurrió por accidente. Mejor dicho, gracias a un accidente.

A la mañana siguiente, el gran autocar de las ADJ avanzaba hacia el sur por la avenida de Little Santa Mónica. Cuando se hallaban a la altura del cruce con la avenida de las Estrellas, en Century City, oyeron, a cierta distancia, el estruendo de un violento choque. Todos los vehículos aminoraron la velocidad, con gran ruido de frenos, y se detuvieron. Inmediatamente llegó al lugar un coche de la policía.

El autocar había quedado parado en el cruce. No podía seguir hacía Santa Mónica. Pero, entre la parte delantera del autocar y el coche de delante, había un estrecho espacio libre. Después de todo, con un poco de suerte, tal vez fuera posible pasar por aquel espacio y salir del atasco entrando en la avenida de las Estrellas.

Hernán se acercó al conductor, un diácono llamado Tecna, y ambos observaron la situación a través del parabrisas.

—¿Te parece que puedes salir, Tecna?

—No lo sé. Tendría que girar en muy poco espacio, y podría rayar la pintura. O podríamos quedarnos atrapados entre el coche de delante y el bordillo.

—Quizá vale más que no hagamos nada. Ha venido la policía, y no nos interesa ningún tipo de problemas con ellos —le hizo a Tecna una seña para que le abriese la puerta—. A lo mejor esto no dura mucho. Vamos a ver qué pasa ahí delante.

Tecna abrió la puerta, y los dos hombres salieron del vehículo.

Cindy iba sentada al otro lado, en el segundo asiento.

Por la puerta abierta, podía ver la avenida de las Estrellas, que atravesaba en línea recta Century City. Era como una invitación.

No lo pensó dos veces. Se puso en pie de un salto, se precipitó al exterior y echó a correr. Dentro del autocar, alguien gritó algo. Hernán, que estaba junto al conductor, se volvió sobresaltado, y alargó el brazo en un inútil intento de detener a la joven. Ésta bajaba ya a toda velocidad por la avenida de las Estrellas.

Cindy corría tan aprisa como podía, por la acera del lado sur, por delante del Bank of America y del First Los Angeles Bank. Volvió un poco la cabeza y vio que Hernán y Sem corrían tras ella. Percibía el ruido de sus pies en la acera, y les oía gritar, ordenándole que volviese.

Vagamente, veía que la gente se volvía a mirarla, con expresión de sorpresa. Miró la avenida, que se extendía recta ante ella, y vio que los diáconos ganaban terreno. Se dio cuenta de que, si seguía corriendo en línea recta, acabarían por alcanzarla. Tenía que esconderse en alguna parte, entrar en alguno de los edificios.

Cuando llegó a la avenida Constellation, al pie de un enorme edificio, vio un gran letrero azul a la entrada de un garaje subterráneo. Estaba enfrente mismo del restaurante Señor Pico, y decía «Parking de Century City».

Dobló la esquina, bajó la rampa y entró en el garaje.

Agachándose, pasó por debajo de las barreras amarillas y siguió corriendo por la extensa nave. Momentos después, oyó las fuertes pisadas de los diáconos que entraban tras ella. Vio, al pasar, un desconcertante número de letreros: «Pisos C y E», «Zonas azules», «Zonas rojas», y flechas en las que se leía «Salida» o «Escalera mecánica».

Trató de despistar a sus perseguidores escabullándose por entre los coches aparcados. Pero ellos no la dejaban alejarse mucho, y nunca la perdían de vista.

—¡Vuelve, Atalía! —le gritaban con expresión severa—. ¡Jesús te ama!

Sus gritos resonaban por la extensa nave, y se deformaban, se volvían metálicos.

Cindy seguía corriendo. En un momento dado vio, inmediatamente delante de ella, una rampa descendente, que parecía llevar a un piso inferior. Echó a correr por ella, y en seguida oyó que los dos hombres hacían lo mismo.

La muchacha jadeaba. Le parecía que le faltaba el aire, que una llama le quemaba el pecho. Y estaba aterrorizada; creía notar físicamente el olor del miedo, junto con el de su sudor. Sabía lo que le ocurriría si la atrapaban. La devolverían a Astarot y la harían pasar por un infierno llamado «mortificación y penitencia», que era un proceso especial de purificación destinado a quienes cometían alguna falta.

La encerrarían en una habitación, completamente desnuda, para simbolizar su

mortificación y su traición a Jesucristo. La tendrían a pan y agua, para limpiar y santificar su cuerpo, a fin de que éste pudiese recibir la nueva alma que ellos le darían.

Durante todo ese tiempo, no la dejarían dormir. La atormentarían incesantemente con citas del *Libro del Maestro*, de la Biblia, con exhortaciones al arrepentimiento. Le dirían que la querían, al igual que Jesús, que el pecado que había cometido al escuchar a Satán podía ser borrado si aceptaba de nuevo a Jesús y no le traicionaba nunca más.

Era un proceso similar al de la purificación por el que ella y los demás habían pasado ya, pero mil veces peor.

Cindy sabía que, si la atrapaban y la hacían pasar por todo aquello, se convertiría en una perfecta Alma de Jesús, leal hasta el fanatismo, que amaría a Dios y trabajaría para Él hasta el fin de sus días, sin pensar ni por un momento en volver al mundo. No tendría ya modo de resistir. Después de aquel tormento, el daño que habrían sufrido su mente y su espíritu sería irreparable.

Estaba huyendo, pues, para salvar la vida, literalmente.

Se encontró de pronto en otro extenso garaje, en una zona denominada «C Roja». Vio, a lo lejos, la entrada de una escalera mecánica, en cuya pared había una gran «C» blanca sobre un cuadro rojo. Volvió la cabeza y vio a Hernán y a Sem que bajaban por la rampa y entraban en el garaje.

Jadeando, corrió hacia la escalera mecánica. Notaba como sus perseguidores ganaban terreno. Tenían las piernas más largas, y podían correr más deprisa. Llegó por fin al pie de la escalera, y subió corriendo los escalones, empujando a varias personas que la miraron asombradas. Una vez en el piso superior, tomó otra escalera mecánica, y después una tercera, con lo que llegó al nivel de la calle.

Consiguió finalmente salir al exterior, a la gran plaza de Century City. A su alrededor se erguían enormes edificios, entre ellos el de la American Broadcasting Company. Ante ella había varias tiendas, bancos y restaurantes. Torció a la derecha y corrió hacia un letrero que decía «Century Plaza Towers», e indicaba la entrada del hotel Century Plaza. Fugazmente, vio una serie de nombres de tiendas y locales: Harry's Bar and American Grill, Jade West, Connoisseur, La Cuisine, Creative World Travel...

Entró en el vestíbulo del hotel, en el centro del cual había una representación a escala de un barco, iluminada, en una urna de vidrio, anunciando los Viajes Princess. El hotel propiamente dicho estaba al otro lado de la avenida de las Estrellas; la entrada por la que corría Cindy era en realidad un pasaje subterráneo; oía por encima de su cabeza el intenso ruido del tráfico, que ahogaba el de sus pisadas.

Volvió a mirar atrás, y vio que en aquel momento los dos diáconos estaban sólo a unos cien metros de ella, y que seguían ganando terreno. Ya no le gritaban nada. Sus caras de expresión malévolas estaban congestionadas por el esfuerzo; se limitaban a correr con la esperanza de alcanzarla.

Cindy se dirigió directamente hacia la entrada del hotel, pasando ante el Café Plaza, donde la gente desayunaba en las mesas de la acera, bajo unas sombrillas rosadas. Todos la miraron con extrañeza. Frente a ella, la joven veía la gran fachada del hotel, con sus numerosas ventanas.

Se le había ocurrido un lugar donde podía esconderse, y se detuvo un instante para mirar a su alrededor. Pero no vio lo que buscaba. En el Granada Room and Bar subió por una escalera mecánica que llevaba al vestíbulo principal. En el momento en que pisaba la escaleta, vio a Hernán y a Sem que aparecían por la puerta. La vieron, y corrieron tras ella.

Cindy llegó al vestíbulo principal. Ante ella había un bar, donde la gente tomaba café o un tentempié matinal. Por una ventana, vio una gran piscina, o mejor, una serie de ellas, conectadas unas a otras; todas tenían una fuentecilla en el centro. Vio también un montón de elegantes tiendas. Corrió ciegamente hacia la derecha, siempre perseguida por los diáconos. Éstos estaban ya tan cerca de ella que podía oír su jadeo. En su carrera, tropezaban con la gente. Un hombre de uniforme, que debía de ser un guardia del hotel o algo así, les gritó alguna cosa. Cindy estaba tan agotada que quería morirse. Sus pulmones gemían, a punto de estallar.

Vio una serie de letreros a su derecha: Western Airlines, Autos de Alquiler Hertz... Pero ella buscaba uno diferente.

Y por fin lo encontró.

«Lavabo de señoras».

Entró y cerró inmediatamente tras ella. Un momento después, oyó que los diáconos aporreaban la puerta, gritando:

—¡Atalía, sal de ahí! ¡Atalía!

De pronto, se oyeron otras voces fuera, voces que decían algo enérgicamente; se oyó un breve forcejeo, y luego se hizo el silencio. Cindy entró en uno de los servicios, cerró la puerta y se sentó en la tapa del water, tratando de recuperar el aliento. Momentos después, entró una señora. Parecía nerviosa. Cindy la oyó exclamar, dirigiéndose a otra mujer que estaba también ante el espejo:

—¡Nunca diría lo que ha pasado ahí fuera!

—He oído gritos. ¿Qué pasaba?

—Algo increíble. Había dos muchachos aporreando la puerta y llamando a alguien. ¡Casi me ha parecido que iban a entrar!...

—¿Que iban a entrar aquí? ¿En el lavabo de señoras?

—Sí, sí, eso me ha parecido. Estaban irritadísimos, como locos...

—Y, ¿qué ha pasado?

—Que han venido unos guardias del hotel y les han echado a la calle.

Cindy percibió el temor en la voz de la segunda mujer.

—Es horroroso. No sé a dónde iremos a parar. Hay que ver la clase de gente que se puede encontrar hoy en día... Pervertidos, atracadores, violadores, psicópatas...

—Esos dos muchachos parecían completamente normales. Tenían buen aspecto, iban bien vestidos...

—Precisamente éstos suelen ser los más peligrosos. Ya no se puede estar segura de nadie. Un hombre de aspecto completamente normal puede ser un Charles Manson...

En aquel momento Cindy salió de su escondite. Tenía el rostro empapado en sudor, y llevaba el cabello y las ropas en desorden. Las dos mujeres, ambas de aspecto venerable, ambas con el pelo blanco y coloreado de azul, se quedaron mirándola. Sabían que la muchacha era el objeto de la persecución. Nerviosas, esperaban de Cindy algún tipo de explicación. Por fin, una de ellas le preguntó:

—¿La perseguían a usted esos dos chicos, verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

Cindy movió la cabeza negativamente. No tenía el menor deseo de cansarse aún más contándoles toda la historia a unas desconocidas.

—Es una historia muy larga —respondió—. Y seguramente no me creerían ustedes...

Las dos señoras la miraron con suspicacia, y después se marcharon. Cindy se lavó la cara y las manos, se arregló el cabello, se miró en el espejo y después se puso a pensar en lo que podía hacer.

Quería volver a casa, al piso de su madre en Santa Mónica.

Pero, ¿cómo?

Podía esperar allí una hora y marcharse después, suponiendo que para entonces los diáconos hubiesen desistido de su empeño y se hubiesen ido. Pero no podía estar segura de esto último. No se atrevía a abandonar aquel refugio sola. Era posible que Hernán y Sem estuviesen fuera, vigilando las entradas del hotel, esperándola. Quizá con un coche alquilado y dispuestos a meterla en él en cuanto la viesan salir. Sabía que la secta actuaba con gran tenacidad. Nunca dejaban escapar a uno de sus miembros mientras existiese la menor posibilidad de recuperarlo, de lavarle el cerebro de nuevo, y esa vez definitivamente.

Cindy recordó que llevaba cinco billetes de un dólar en el bolsillo de la blusa, el dinero que se entregaba a cada miembro de las brigadas antes de subir al autocar para que se hiciese con cambio para los compradores.

Había un teléfono público en el lavabo, y decidió llamar a su madre para que acudiese a recogerla. Si conseguía hablar con ella, Elizabeth Hyland no tardaría mucho en llegar en coche, su apartamento estaba a una media hora de la plaza Century.

Entró una mujer y Cindy le pidió cambio de un dólar. Afortunadamente, la recién llegada lo tenía. Fue al teléfono y marcó el número de su madre.

No obtuvo respuesta.

Marcó varias veces seguidas, sin resultado alguno. Después, siguió llamando cada diez minutos. Su madre no estaba. Pero Cindy se decía que, tarde o temprano, tenía

que regresar. Habría ido de compras, o a visitar a algunos amigos, o a jugar al bridge. Pero, ¿y si estuviese fuera de la ciudad? Podía haber ido a visitar a su hermana Evelyn, que vivía en Palm Springs. O a su madre, que vivía en Houston...

Desesperada, siguió intentándolo una y otra vez.

Por fin, al cabo de lo que le pareció una eternidad, su madre se puso al aparato.

—¡Cindy!

—Mamá, te he estado llamando...

—Acabo de volver de la peluquería. Cindy, Cindy, hija mía, ¿estás bien? —estaba tan excitada que apenas podía hablar—. ¿Estás bien, querida?

—Sí, estoy bien.

—Dios mío, hacía un mes que no sabía nada de ti. ¿Dónde estás? ¿Desde dónde llamas? ¿Desde ese sitio horrible?

—No, mamá. Me acabo de escapar de Astarot. Soy libre.

—¡Oh, gracias a Dios! Gracias a Dios. No sé por qué te metiste en esa horrible secta. Nunca llegaré a entender por qué...

—Mamá, ahora no es el momento de hablar de eso. Quiero volver a casa. Pero no puedo salir de aquí a no ser que vengas a buscarme.

—Claro, querida. Iré en seguida. ¿Dónde estás?

—En el hotel Plaza Century.

—Muy bien. ¿Y dónde...? —de pronto, su madre se interrumpió. —Espera un momento, Cindy. Llaman a la puerta. Voy a despacharles y vuelvo en seguida — Cindy esperó un momento, y su madre volvió a ponerse al aparato—. Qué casualidad... —murmuró.

—¿El qué?

—Quiero decir que es toda una coincidencia. Me llamas después de un mes entero sin tener noticias tuyas, y hoy, ahora mismo, aparecen esos dos muchachos preguntando por ti. ¿No es curioso?

—Ah... —exclamó Cindy débilmente, sintiendo un escalofrío—. ¿Han dicho quiénes eran?

—No. Parecían chicos formales. Han dicho que te conocían de la playa, y han preguntado si estabas en casa.

—¿Qué les has dicho?

Elizabeth Hyland percibió la angustia en la voz de su hija.

—Cindy, ¿ocurre algo?

—Mamá, ¿qué les has dicho?

—No lo sé. ¿Qué importancia tiene eso? Les he dicho que estarías en casa después, por la tarde. No podía ponerme a hablar con ellos media hora, estando tú al teléfono. Bueno, me decías que estás en el hotel Plaza Century; pero, ¿dónde, exactamente? Ese sitio es enorme...

—Mamá, por favor, ve a mirar por la ventana.

—¿Cómo?

—Ve a mirar por la ventana. Dime si se han ido o si se han quedado abajo.

—Pero, hija mía, ¿qué significa esto?

—Por favor, mamá, haz lo que te digo.

El apartamento estaba en un segundo piso, y daba a la calle.

Cindy sabía que su madre podría ver con facilidad lo que ocurría abajo. Al cabo de unos momentos, Elizabeth Hyland volvió al teléfono.

—Todavía están abajo, Cindy.

—¿Sí?

—Les he visto subir al coche. Han bajado un poco por la calle y se han parado otra vez. Se han quedado en el coche, como esperando. No lo entiendo. Les he dicho que tardarías en volver...

—Mamá, ya te volveré a llamar.

—Cindy, ¿qué quieres decir?

—No puedo volver a casa ahora. Ya te llamaré luego.

—Oye, espera...

Cindy colgó. Volvía a sentir escalofríos. Sus carceleros no habían perdido el tiempo. Estaban decididos a hacerla volver, y habían actuado con rapidez. Astarot no se encontraba muy lejos de allí, y habían enviado a dos diáconos a su casa para atraparla si regresaba con su madre.

Hernán y Sem podían estar aún cerca del hotel, esperándola. Era posible que hasta hubieran pedido refuerzos, para vigilar todas las salidas. Y quizás había ya otros diáconos dentro del hotel...

Como haciéndose eco de sus pensamientos, dos muchachas entraron en el lavabo. Las reconoció inmediatamente: eran Sara y Jelcía, diaconisas de Astarot. Estaba claro que las habían llamado apresuradamente de alguna brigada para que acudiesen a buscarla.

Al verlas aproximarse, Cindy, aterrorizada, se metió en uno de los servicios y cerró la puerta. Las diaconisas se pusieron a golpear violentamente.

—¡Jesús te ama, Atalía! ¡Abre la puerta!

—Ven, Atalía. Ven con nosotras y se te perdonará tu pecado. Te lo prometemos.

Cindy permanecía inmóvil. Las dos jóvenes suplicaban y amenazaban, y seguían aporreando la puerta. Entonces entró un grupo de mujeres. Cindy les oyó hablar de un congreso al que asistían. Los golpes cesaron inmediatamente. Las recién llegadas habían visto a las diaconisas en aquella actitud violenta y querían saber lo que sucedía. Llamaron a Cindy y le preguntaron quién era y si se encontraba bien. Ella respondió que sí. Quisieron saber entonces qué ocurría, por qué se había encerrado allí. Ella respondió que no ocurría nada, absolutamente nada. Por fin, oyó que se abría la puerta y que todas se marchaban, y después se hizo el silencio.

Se subió a la tapa del water y miró por encima de la puerta. La habitación estaba vacía. Quitó el pestillo y salió cautelosamente, sabiendo que las diaconisas podían volver de un momento a otro. Si la cogían, no dudarían en llevársela a rastras.

Tarde o temprano habría de salir de allí. No podía quedarse indefinidamente en un lavabo. Se apoderó de ella el pánico. Se sentía perdida, atrapada. Le dio la impresión de que las paredes se cerraban en torno a ella; la estancia le pareció más pequeña, más falta de aire.

Las mujeres que iban entrando la miraban con curiosidad. Después de simular varias veces que se lavaba la cara, que estaba arreglándose el cabello o que iba al servicio, se cansó de fingir; ya no le importaba lo que pensasen.

Pensó en llamar a algún amigo. Pero la secta debía de saber quiénes eran sus amigos, a través de sus propios miembros, que conocían a todos los jóvenes de la playa, y tal vez hasta por medio de Jeff Reed, que estaba al tanto de la mayor parte de la gente que andaba con ella. Tarde o temprano averiguarían adonde había ido a refugiarse. Pensó también en llamar a la policía. Pero estaba segura de que no la tomarían en serio. Realmente, la historia que les habría contado parecía absurda. Cindy sólo tenía diecisiete años, y podían atribuir su relato a alguna histeria juvenil, a un deseo de llamar la atención. Y, aunque acudiesen a buscarla, lo más seguro era que la llevasen a casa de su madre.

Y allí estarían los dos diáconos, esperándola...

De pronto, se le ocurrió a quién podía llamar. Era la única persona que podía ayudarla. Y si la cosa no salía bien, llamaría a la policía. O volvería a llamar a su madre. Al fin y al cabo, no tenía elección.

Introdujo una moneda en el aparato, marcó el número de la central y pidió que la pusiesen con información de Santa Bárbara. Cuando le respondieron, preguntó el número de Frank Reed, el padre de Jeff. La telefonista le dio dos números, el particular y el del despacho, y Cindy pidió una conferencia con el despacho, a cobro revertido.

Cogió el teléfono la secretaria de Reed. Cuando Cindy dijo quién era, Frank se puso inmediatamente. La muchacha le contó lo ocurrido, y le dijo que no tenía adonde ir, que necesitaba ayuda y protección, que necesitaba esconderse en un lugar seguro hasta que la secta se olvidase de ella, y que había pensado en él porque era el padre de Jeff y podría comprender...

Él no la dejó ni terminar.

—Cindy, ¿dónde estás?

Ella se lo explicó, y Frank le dijo:

—No te muevas de ahí. Yo salgo ahora mismo; tardaré como un par de horas. Te llevaré a mi casa. Hasta que yo llegue, no asomes ni la nariz por la puerta.

En cuanto llegó al hotel, Reed envió a una empleada al lavabo a buscar a Cindy. Atravesó el vestíbulo con la muchacha, y los dos se detuvieron un momento en la entrada esperando que les trajesen el coche.

Inquieta, Cindy miraba a su alrededor. No veía a ninguno de los dos diáconos, pero tenía la desagradable impresión de que aún estaban por allí, vigilándola. A pesar de todo, estando junto al padre de Jeff se sentía segura.

—Estarás con nosotros una semana o dos, Cindy —le dijo Frank—. Hasta que se olviden de ti o, simplemente, pierdan las ganas de buscarte.

Ella le dijo que cuando llegasen a Hope Ranch telefonaría a su madre, y que le haría jurar que no diría a nadie dónde estaba. Añadió que tenía unos tíos en Palm Desert, cerca de Palm Springs, y que quizá podría pasar una temporada con ellos, al menos hasta que pudiese volver a su casa sin temor alguno. Dijo también que, si las ADJ no lograban atraparla en el plazo de uno o dos días, es decir, mientras la consideraran susceptible de ser programada otra vez, seguramente dejarían de interesarse por ella.

A Reed le pareció que lo de Palm Desert era una excelente idea, desde todos los puntos de vista. Aquel lugar de veraneo no estaba demasiado lejos de Big Bear. En Memphis, John Morse le había dicho que, cuando llegase el momento, toda la ayuda que pudiesen obtener sería de gran utilidad. No sólo de los familiares de Jeff, sino de cualquier otra persona allegada a él.

Cuando subían por la avenida de Santa Mónica, Cindy le confesó que estaba hambrienta. Pararon en un bar, y la muchacha pidió dos enormes hamburguesas. Era la primera carne que comía en un mes. Las devoró ansiosamente, y a continuación pidió un pedazo de tarta de manzana y un helado de chocolate.

Después, tomaron la autopista de San Diego y, pasando por Ventura, se encaminaron a Santa Bárbara.

—Sabes, Cindy —dijo Frank Reed—, hay una cosa que nunca he llegado a comprender.

—¿Qué, señor Reed?

—No he conseguido entender cómo Jeff y tú os unisteis a esa secta. ¿Qué es lo que os interesó de las ADJ? ¿Cómo fue?

Ella trató de explicárselo, consciente de lo absurdo que iba a parecer en aquel momento.

Todo había empezado en la playa de Malibu.

Jeff estaba practicando el surf con otros muchachos, y Cindy, sentada en la arena, había estado mirándole; luego, había entablado conversación con una chica llamada Stephanie, amiga de uno de los compañeros de Jeff, un joven llamado Bob. Los cuatro se habían hecho amigos, y, después de la playa, habían ido a comer algo al restaurante Alice, en el muelle.

Al principio charlaron de cosas sin importancia, pero, después, Stephanie y Bob empezaron a hablar de las ADJ, de las que ambos eran miembros. Los dos hablaban con entusiasmo de la experiencia, asegurando que era algo maravilloso, más excitante que ninguna droga, tan intenso que uno nunca volvía a ser el mismo.

Más tarde, invitaron a Cindy y a Jeff a pasar un fin de semana en la comunidad de Topanga Canyon, para que pudiesen verlo personalmente. Les dijeron que lo pasarían

bien, que harían nuevos amigos, gente estupenda que había descubierto a Cristo y que pensaba que aquello era mil veces mejor que la meditación trascendental o cualquier cosa de ese tipo. El fin de semana les parecería, en resumen, «una experiencia increíble».

Jeff y ella no eran en absoluto religiosos, pero Bob y Stephanie les cayeron bien. Cindy no tenía ganas de hacer aquella visita. Había conocido a algunos Niños de Jesús, y no le habían gustado. Pero Jeff quería ir, por simple curiosidad. A regañadientes, Cindy había accedido a acompañarle.

Cuando llegaron al lugar, se dio cuenta en seguida de que habían sido engañados. Bob y Stephanie les habían «evangelizado», es decir, les habían reclutado. Astarot, lejos de ser un lugar interesante, era una pesadilla.

Desde el primer momento, se vieron sometidos a las incesantes plegarias, a las voces amplificadas que ensalzaban al Maestro, a las conversaciones individuales con los priores, que parecían utilizar algún tipo de fuerza hipnótica. Al poco tiempo de estar ahí quisieron marcharse, pero la puerta metálica estaba cerrada y no se abrió para ellos. Es más, varios miembros de la secta les rodearon y comenzaron a reprocharles que quisiesen marcharse antes de haber «encontrado a Jesús».

Hora tras hora, se les bombardeó con conferencias acerca de la gloria de «su divinidad», de la sagrada misión que suponía el salvar almas para Jesús. Los altavoces no cesaban nunca de aleccionarles, ni siquiera mientras estaban en el baño. No se les dio nada de comer, ni se les permitió dormir. Se sentaban en el duro suelo, hambrientos y débiles, aturridos por la falta de sueño, mientras continuaban las conferencias, mientras les martilleaban los oídos incesantemente con la música litúrgica y la voz del Maestro. No se les permitía salir del edificio, ni para tomar un poco el aire.

El tema central de las conferencias era siempre el mismo. Debían entregarse a Jesús a fin de lograr la salvación. Pertenecían a una nueva familia espiritual. Tenían un nuevo padre, un hombre elegido por Dios, enviado por Él, a quien ellos llamaban el Maestro. Pero, para entrar en el Reino de los Cielos, debían abandonar y repudiar a sus familias. Sus padres y madres eran corruptores, engendros de Satán; eran enemigos de su paz espiritual.

Hora tras hora, el proceso continuó. Gradualmente, bajo el constante asalto, se iban sintiendo confusos, desorientados, hipnotizados por el incesante ataque a sus cerebros y a sus nervios, por el constante debilitamiento de sus cuerpos. Por fin, en un estado como de trance hipnótico, empezaron a balbucear algunas plegarias, a repetir algunas frases hechas. «Tened fe en nosotros —les decían los priores—. Cada duda que abrigáis es un triunfo para Satán». Hora tras hora soportaban, aturridos, la larga manipulación de sus mentes.

Al cabo de unas treinta horas, se les permitió que durmiesen un rato en el duro suelo de madera y que paseasen al aire libre durante quince minutos. Incluso fuera del edificio, los altavoces seguían atormentándoles desde los árboles y los muros.

Después, les hicieron entrar otra vez para seguir el tratamiento.

Aquello, según se enteraron más adelante, era la primera etapa del proceso que denominaban «purificación».

Finalmente, el prolongado ataque, el lavado de cerebro acababan por doblegar la resistencia de los recién llegados. Cindy había estado a punto de rendirse también. Pero, mediante una enorme concentración, cerrándose interiormente a aquel bombardeo religioso, había logrado a duras penas conservar su integridad mental.

Por último, los recién llegados se convertían en neófitos, en Almas de Jesús. Ya no deseaban salir de Astarot. Eran Almas de Jesús porque querían serlo, porque querían servir a Dios. Y no sólo eso. Querían también entregarle todo lo que poseían. Astarot tenía un almacén lleno de radios, aparatos de televisión, tocadiscos estereofónicos, cámaras fotográficas y otros muchos objetos de valor que esperaban ser vendidos.

Sí alguien protestaba ante la idea de entregar su automóvil, por ejemplo, le decían: «¿Tú quieres ir al cielo? Pues allí no puedes ir con el Mustang. Jesús murió en la cruz por ti, ¿recuerdas? Dio la vida por ti. ¿Y tú dices que no quieres darle tu coche?».

Uno tras otro iban entregando lo que tenían, objetos, dinero, todo. Y se les decía que escribiesen a sus familias pidiéndoles más dinero.

Por fin, en una ceremonia especial, se les bautizaba con nombres bíblicos y se les entregaba sus hábitos, al tiempo que se les asignaba una cama en los dormitorios de Astarot.

Una hora después de que llegasen a Hope Ranch, sonó el teléfono. Era una conferencia de Memphis.

—Reed, soy John Morse. ¿Lo tienen todo preparado?

—Sí, estamos listos.

—¿Tienen la casa y todo lo demás?

—Sí, todo.

—Muy bien. Yo he terminado mi trabajo aquí. Mañana tomaré el avión hacia Los Ángeles.

—Iré a buscarle al aeropuerto.

—No. Ya lo he arreglado de otra maneta. Quédese en Santa Bárbara hasta que me ponga en contacto con usted.

Reed le contó a Morse lo de Cindy, y Morse expresó su satisfacción. Después, angustiado, Frank le preguntó:

—¿De verdad cree que podremos liberar a Jeff?

—Más nos vale —respondió Morse secamente—. Si no lo conseguimos, será mejor que se olvide de que tiene un hijo. Porque no volverá a verle nunca más.

TERCERA PARTE

16

John Morse había reservado un asiento junto a la ventanilla en primera clase.

En aquel momento, mientras el gran reactor se alejaba de Memphis e iniciaba su larga travesía hacia el Oeste, Morse miraba al exterior y pensaba: «Allá vamos otra vez». Durante un rato, estuvo contemplando el estado de Arkansas, por el que pasaban velozmente.

Después, abrió el periódico que había comprado en el aeropuerto. Era un ejemplar del *Washington Post*. En una página interior, le llamó la atención una entrevista que había sido realizada en Denver.

La entrevistada era una joven a la que él había desprogramado en aquella ciudad inmediatamente antes de salir para Memphis. Se llamaba Angie Michaels, pero, en su calidad de neófita en la comunidad de Jamat, le habían impuesto el nombre de Jedida, como la madre de Josías. La muchacha relataba con todo detalle el horrible lavado de cerebro que había sufrido, y declaraba lo feliz que era por estar otra vez con su familia y sus amigos.

Pero el periodista que la había entrevistado había querido mostrarse «objetivo», y exponía también las opiniones de la otra parte. Citaba a un tal doctor Ralph Mantree, psicoanalista por la Universidad de Columbia y especialista autorizado en la conducta de los adolescentes:

«He hablado con varios jóvenes miembros de las ADJ. Mi impresión es que nunca han sido más felices. Consideran que han abandonado una sociedad corrompida para entrar en un mundo mejor, donde no existe la ambición, donde los valores espirituales cuentan. Viven en un ambiente de confianza, de compañerismo, un ambiente que nunca habían conocido fuera de los muros de su comunidad. No hay entre ellos una relación de rivalidad como la que mantenían en sus familias. En las comunidades de las ADJ todos son hermanos y hermanas. No hay allí padres ni amigos que presionen a los muchachos para que estudien o trabajen duramente, para que alcancen el éxito. Todos son iguales. Lo único que se les exige es que amen a Dios y que se amen entre ellos».

«¡Imbécil!», pensó Morse, furioso.

¿Es que no sabía el ingenuo doctor la competición que representaba el proceso de

purificación? ¿No sabía cuán duro era el esfuerzo necesario para llegar a ser diácono o diaconisa, o lo que costaba llegar a ser prior?

El periodista citaba después la declaración del protagonista de una famosa serie policiaca de la televisión, cuyo héroe era un detective llamado Hinge, las peripecias del cual eran seguidas cada semana por millones de personas.

«Mi hijo es miembro de las ADJ —declaraba el actor—. Y yo no tengo nada que objetar. Tiene derecho a seguir sus inclinaciones. Si él considera que lo que está haciendo tiene sentido, ¿quién soy yo para oponerme? Es su vida, y puede vivirla como quiera. Y quizá la gente que vive en esas comunidades religiosas sepa algo que nosotros no sabemos. Quizá viven la fe de una manera que nosotros no comprendemos. Hemos de reconocer lo que tienen de bueno. Esas personas, personas como mi hijo, viven su vida espiritual durante las veinticuatro horas del día, a diferencia de otras que sólo practican su religión durante tres cuartos de hora los domingos».

«Dios mío —pensó Morse—, ¿qué le pasa a esta gente?». Eran personas inteligentes las que decían aquellas cosas, desde luego. El problema era lo difícil que resultaba hacer entender a la gente que aquellas sectas eran peligrosas; en general, nadie sabía lo que realmente ocurría en ellas. No se preocupaban de saberlo.

Se puso en pie, abrió la bolsa que llevaba en el portaequipajes y sacó de ella la Biblia.

Se sentó, abrió el libro y se puso a estudiarlo. Aquí y allá, escribía alguna nota al margen, a lápiz. Estaba intensamente concentrado. Andaba un poco flojo en el Evangelio según San Lucas, y creía que tenía alguna que otra laguna en las Epístolas a los Corintios...

El avión aterrizó en el aeropuerto internacional de Los Ángeles con algo de anticipación sobre la hora prevista. Le quedaban aún unos diez minutos antes de que acudieran a buscarle. Siempre viajaba con poco equipaje; en aquella ocasión iba con las dos bolsas de mano que llevaba en el avión, de modo que no hubo de detenerse en el mostrador correspondiente.

Permaneció unos instantes indeciso, sin saber si hacer la llamada o no.

Después, sonriendo, pensó que por qué no. Era un momento tan bueno como cualquier otro. La perspectiva de aquella conversación le hacía gracia.

Se acercó a la cabina telefónica más próxima, sacó una agenda del bolsillo, buscó el número que le había dado George Glennon y marcó el de la central.

—Señorita —dijo—, quiero hacer una llamada personal, a cobro revertido, a este número.

—¿Con quién desea hablar?

—Con Su Divinidad el Enviado de Dios.

Al otro extremo del hilo hubo un silencio.

—Perdone, señor. ¿Con quién ha dicho?

—Con Su Divinidad el Enviado de Dios. No se preocupe, ya saben de quién se trata.

Al cabo de unos momentos oyó una voz masculina. No era el reverendo Hodges, sino, seguramente, alguno de sus diáconos.

—¿Diga?

—Esto es una conferencia a cobro revertido para Su Divinidad el Enviado de Dios —dijo la telefonista, insegura—. ¿Está ahí esa persona?

—Sí. ¿De parte de quién?

—Del Diablo —respondió Morse.

La telefonista esperó un instante, como tratando de decidir si cortar simplemente la comunicación con aquel chiflado o bien consultar a su jefe. Después, dirigiéndose al hombre del otro extremo del hilo, dijo con toda cautela:

—¿Acepta usted la llamada, señor?

—Sí, señorita, acepto la llamada. Un momento que paso la comunicación a la persona correspondiente.

Morse sonrió. Al recibir el recado de Glennon, había pensado si debía llamar a Hodges o no. En principio creyó que quizá fuera conveniente no hacerle ningún caso, dejarle colgado. Si el hijo de puta estaba nervioso, como parecía indicar su petición de diálogo, podía ponerse aún más nervioso si él no se daba por aludido.

Pero en el fondo no lo creía así. Buford Hodges era un hombre frío, astuto y muy duro. No era el tipo de hombre que se pone nervioso por cualquier cosa. Y, de todas formas, John Morse había sabido desde el comienzo que no podría resistir la tentación de hacer la llamada. Sería interesante hablar con aquel cabronazo hipócrita, aunque sólo fuera por saber lo que quería decirle. Sería más que interesante: sería divertido.

—Ah, Morse, estaba esperando su llamada.

—Jesús le ama, Buford.

—Gracias, hermano Morse. Pero a usted no creo que le ame. Está obstaculizando seriamente su trabajo.

—Pero es que ésa es precisamente mi tarea... —replicó Morse sonriendo.

—Bueno, dejémonos de bromas. Mire, Morse, me estoy cansando de esas actividades tuyas. Están empezando a irritarme, y se están convirtiendo en algo más que una molestia. Se están convirtiendo en un problema.

—Y quiere hacer un pacto...

—Sí.

—Y supongo que, como «padrino» de las ADJ, me va a hacer una oferta que no podré rehusar.

—Digámoslo así.

—¿Y bien?

—¿Cuánto quiere por retirarse?

—¿Cuánto me ofrece?

—Prácticamente, lo que usted me pida.

—Prefiero que diga usted la cifra.

—Digamos... un cuarto de millón de dólares. En metálico.

—Buford, está usted de broma.

—No. Lo digo muy en serio.

—¿Quiere que me retire por esa cantidad?

—Es mucho dinero.

—Pero no es suficiente —dijo Morse tranquilamente—. Ninguna cantidad sería suficiente. Ya lo sabe usted.

—Hasta el Diablo tiene su precio, Morse.

—¿Usted cree?

—Doblo la oferta.

—¿Medio millón?

—En metálico. Una transferencia privada, exenta de impuestos. Medio millón sólo por que me deje usted en paz.

—Es mucho dinero, reverendo.

—Ya lo creo. Es mi oferta definitiva —hizo una pausa, y luego preguntó: —¿Y bien?

—No me interesa.

—Muy bien. Usted se lo pierde —dijo Hodges fríamente. No había ni asomo de cólera en su voz. Había hecho una oferta, la habían rechazado y eso era todo—. Mire, Morse, usted está obsesionado. Cree que soy personalmente responsable de algo en lo que no tuve nada que ver. Yo le comprendo, pero su actitud es absurda. Piense lo que piense, aquello no fue culpa nuestra. Su actitud respecto a ese asunto es la de una persona desequilibrada. Usted dice que nosotros dañamos las mentes de los jóvenes, pero usted está destrozando su mente, su vida, por esa *vendetta* estúpida. Acabo de hacerle una oferta, una oferta generosa. ¿Cuándo abandonará el juego de David y Goliat y dejará la honda?

—Cuando deje usted de jugar también, reverendo.

—Yo no pienso hacerlo, Morse.

—Entonces tendré que seguir tocándole los cojones.

—Muy bien —dijo Hodges fríamente—. En ese caso, tenga cuidado, porque un día se encontrará con la mano cortada.

Morse colgó y echó a andar hacia la salida del aeropuerto. Se había tomado muy en serio la amenaza del Maestro. Hodges no era sólo inteligente, sino que podía ser terriblemente peligroso. El «enviado» de Dios tenía varios millones de dólares que proteger, y los protegería por encima de todo.

No se detendría ni siquiera ante el asesinato.

Con todo, pensó Morse, era agradable saber que el divino personaje estaba realmente preocupado. Las aguas debían de estar revueltas dentro de las ADJ, por lo

menos a nivel de discípulos. De lo contrario, el reverendo Buford Hodges, que desde luego amaba al dinero infinitamente más que a Dios, no habría pensado ni por lo más remoto en sobornar a su enemigo con medio millón de dólares. Aquello constituía la mejor prueba de que las actividades del Diablo se habían convertido en una verdadera amenaza.

Dejó la terminal por la salida de la American Airlines, cerca de la zona de recogida de equipajes. Se detuvo en la acera y esperó unos momentos. A poca distancia de donde estaba había una hilera de taxis a la espera de viajeros. El chófer del primero de ellos le miró, pero él no le hizo señas alguna.

De pronto un taxi que venía por la calle giró hacia el bordillo y se detuvo delante de todos los demás, enfrente mismo de Morse. Éste abrió la puertezuela, introdujo su equipaje y se sentó.

Los taxistas que esperaban en fila hicieron sonar sus cláxones, irritados por el desaprensivo intruso.

—Bienvenido a Los Ángeles, señor Morse.

—Gracias, Charlie.

Mientras el llamado Charlie ponía en marcha su vehículo, oyeron que los taxistas gritaban obscenidades tras ellos. El chófer del primer coche había bajado a la acera y agitaba el puño en un gesto de amenaza. Los demás seguían tocando los cláxones.

—Parecen bastante furiosos —dijo Morse.

—Y tienen razón —dijo Charlie sonriendo—. Lo que he hecho no ha estado nada bien. Yo en su lugar me sentiría igual de furioso. Pero en fin, yo no soy un taxista corriente —detuvo el vehículo un momento ante un paso cebra que unía la zona de aparcamiento con el edificio del aeropuerto—. Vamos a ver, señor Morse. Usted y yo hemos trabajado en San Francisco, en San Diego y en Fresno. Pero éste es su primer trabajo aquí en Los Ángeles, ¿no?

—Sí, así es.

—¿Me necesitará?

—Casi seguro. ¿Le ha costado mucho conseguir este taxi?

—No tanto como en Fresno o en San Diego. Yo soy de aquí, y he arreglado la cosa a través del amigo de un amigo. El propietario no estaba muy tranquilo; tenía miedo de un accidente o de cualquier otro percance; en fin, de perder el permiso. Pero se dejó convencer por el dinero.

A Morse le agradó saber que podían disponer del taxi. Quizá no tuviesen que usarlo, según como se presentasen las cosas, pero en el pasado había sido un elemento importante de su sistema, y de una utilidad extraordinaria.

—¿Dónde voy a alojarme?

—He hecho reservas para todos ustedes en el hotel Holiday. Una habitación desde esta noche para usted, y otra para los señores Reed a partir de mañana.

—Dentro de un par de días necesitaremos otra habitación para el hijo mayor de los Reed y para un amigo, que están dispuestos a echar una mano.

—Muy bien. Por lo poco que he visto, al señor Reed le vendrá bien esa ayuda.

—¿Dónde está el hotel Holiday?

—En la avenida Sunset, cerca de la autopista de San Diego. No queda lejos ni de Astarot ni del centro de Los Ángeles.

—¿Ha visto usted Astarot?

—Fui ayer a echar un vistazo.

—¿Y qué?

—Es mal asunto. Muy mal asunto.

Una vez instalado en su habitación, fue al teléfono. Llamó primero a George Glennon, y le dijo que iría a pasar unos días a Santa Cruz tan pronto como hubiese terminado su trabajo en Los Ángeles. Tenían mucho que hablar, sobre todo acerca de las declaraciones en televisión y en la prensa de los muchachos a los que había desprogramado. Glennon le dijo que aquella actividad encontraba cada vez más dificultades.

—La secta ha entablado otros varios procesos contra algunos periódicos, revistas y emisoras de televisión, por calumnia y difamación. Tienen muy poca base legal, pero su actitud es suficiente para atemorizar un poco a los medios de comunicación, sobre todo a las emisoras de televisión. Ya sabes cómo va la cosa: la gente de Hodges en Washington acude al FCC (Comité Federal de Comunicaciones) y se queja de que tal o cual emisora ataca a una religión por la forma de presentar las noticias. Los propietarios de la emisora se preocupan, temen que no se les renueve los permisos. Pero eso es sólo una parte del asunto, John. Hace poco, las ADJ han iniciado una nueva ofensiva, otra clase de ofensiva realmente vil y sucia...

—¿De qué se trata?

—Están amenazando a los muchachos que has liberado. Los padres han recibido llamadas anónimas, a veces en plena noche, advirtiéndoles que, si no hacen callar a sus hijos, éstos serán objeto de violencia física.

—No podrán hacer callar a todo el mundo.

—No, pero lo están intentando con todas sus fuerzas. A mí me siguen teniendo en la lista. Han llamado no sé cuántas veces a mi editor, amenazándole. Pero bueno, dejemos eso. Lo que me interesa saber ahora es si has llamado a «su divinidad».

Morse le resumió la conversación que había tenido con Hodges, y Glennon emitió un silbido.

—¿Medio millón? ¡Dios mío! Tiene que estar asustadísimo.

—Todavía no lo está bastante.

Tras despedirse de Glennon, Morse telefoneó a Reed a Santa Bárbara. Le dijo dónde se hospedaba, y que se había inscrito en el registro con el nombre de Richard Stevens. Le informó también de que había una habitación reservada para él.

—¿Cuándo empezamos, Morse?

—Hoy mismo, si a usted le va bien.

Reed calló un momento y después dijo:

—Sí, me va bien.

Morse consultó el reloj.

—Ahora son las tres. ¿Cuándo puede usted estar aquí?

—Dentro de dos horas. ¿Llevo a Kate conmigo?

—No. No vamos a pasar a la acción todavía; sólo haremos algunos preparativos. Haremos intervenir a su esposa cuando la necesitemos.

—¿Y los muchachos? Mi hijo Ken y el amigo de Jeff...

—Tampoco nos hacen falta aún. De momento sólo le necesito a usted. Pero dígales que estén preparados.

—De acuerdo.

—Por cierto, Reed, ¿qué coche tiene usted?

—Un Mercedes.

—¿De dos o de cuatro puertas?

—De cuatro.

—No nos sirve. Alquile uno de dos puertas, y grande. Que tenga mucho espacio en el asiento trasero. Escoja un modelo corriente, que no llame la atención. Y recuerde, con sólo dos puertas. Y traiga unos prismáticos; potentes, de gran alcance. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —Reed vaciló un momento y preguntó: —¿Qué es lo que vamos a hacer?

—Vamos a ir a Astarot.

17

Desde un lugar que dominaba todo Astarot, en una colina cercana, los dos hombres estudiaban su emplazamiento y las características físicas de la zona.

Habían encontrado un estrecho camino, bastante accidentado, que salía del que llevaba a Astarot y ascendía por la colina. El Pontiac que Reed había alquilado, y con el que habían llegado hasta allí, había quedado escondido entre unos arbustos. Ellos estaban boca abajo en el suelo, entre la maleza, observando el terreno con los prismáticos.

Veían claramente el edificio principal de Astarot, con su brillante torre y la gran cruz; los dormitorios, rematados por cruces más pequeñas; el garaje y las

instalaciones de servicios de la parte de atrás. Todo ello rodeado por la alta valla metálica. De vez en cuando, oían ladrar a los grandes mastines recluidos en la perrera, la cual estaba situada en algún lugar que los dos hombres no podían ver, seguramente detrás del garaje. Vieron también algunos miembros de la secta, con sus hábitos y sus capuchas, moviéndose de un edificio a otro. Reed y Morse no estaban muy lejos, y sus prismáticos de gran alcance les permitían distinguir las caras incluso. A sus espaldas, el sol descendía hacia el horizonte, hacia el Pacífico.

—Esto me recuerda otros tiempos —dijo Reed.

—¿Sí? ¿Qué le recuerda?

—Corea. Las misiones de reconocimiento. Examinar el territorio enemigo e informar. Me parece como si hubieran pasado mil años. La diferencia es que entonces estábamos muertos de frío, y que éramos un blanco fácil para las patrullas chinas y norcoreanas que se movían a nuestra espalda. Usted debe de haber pasado por eso, también.

—No —respondió Morse—. Yo hacía un trabajo diferente.

No dio ninguna explicación más, ni Reed se la pidió. Señaló hacia abajo con un gesto.

—Bueno, ¿qué le parece?

—No hay nada que hacer —dijo Morse—. Es imposible sacar a su hijo de ahí. Ese maldito lugar es una fortaleza.

—¿Tenemos alguna alternativa?

—Depende.

—¿De qué depende?

—De si Jeff está en una brigada o no. Si lo está, podemos atraparlo en la calle.

—¿Y si no lo está?

—Entonces no podemos hacer nada. ¿Cuánto tiempo lleva su hijo en la secta?

Reed reflexionó un momento.

—Unas cinco semanas, creo.

—Mal asunto —dijo Morse frunciendo el ceño.

—¿Por qué?

—Puede ser que haya hecho este viaje en balde.

—No le entiendo —dijo Reed, mirándole fijamente.

—Es culpa mía. Debería habérselo preguntado. Me imaginaba que Jeff llevaría más tiempo con esa gente. Esos muchachos deben sufrir un lavado de cerebro llamado «purificación». Suelen pasar dos o tres meses antes de que consideren a un neófito lo bastante idiotizado como para incluirlo en una Brigada del Señor. Hacen algunas excepciones, pero no podemos contar con eso.

—Sí le he entendido bien —dijo Reed, enojado—, me está diciendo usted que ya podemos volvernos a casa.

—Oiga, ya le he dicho que era culpa mía. Podemos esperar algún tiempo y volver. Un mes, por ejemplo, para estar seguros —estaba irritado consigo mismo—. Maldita

sea, como es posible que me olvidase de preguntarle... —se interrumpió bruscamente; acababa de ver algo en la comuna—. Oh... —se llevó los prismáticos a la cara—. Espere un momento. ¿Ve usted lo mismo que yo?

Reed cogió sus prismáticos.

—Veo un autocar azul —dijo—, con las letras ADJ pintadas en blanco a un lado. Sale del garaje y va hacia la entrada del edificio principal.

—Es el autocar de las brigadas —explicó Morse—. No es frecuente que salgan a vender por la noche. Debe de haber algo especial en la ciudad.

El autocar se detuvo. Vieron entonces a los neófitos; éstos, acompañados por los diáconos responsables, iban poniéndose en fila y subiendo al vehículo. De pronto, Reed exclamó:

—¡Allí está Jeff!

—¿Jeff? ¡Rápido dígame cuál es! ¡Antes de que suba al autocar!

—El cuarto contando desde delante.

—¿El rubio, alto y delgado?

—Sí. Ahora sube al autocar. ¿Le ve? Va a sentarse a la parte de atrás.

Morse dejó los prismáticos y suspiró, aliviado.

—Bueno, Reed —dijo—. Parece que Jesús nos ama. Podemos poner manos a la obra, después de todo.

—¿Qué hacemos ahora?

—Seguir el autocar.

El vehículo empezaba a avanzar hacía la puerta electrificada, y los dos hombres esperaron a ver qué dirección tomaba. Torció hacia el este, cañón arriba, hacia el Valle de San Fernando.

Corrieron hacía el coche y se pusieron a seguirlo.

El autocar tomó la autopista de Ventura y después la de Hollywood. Finalmente entró en la avenida Highland. Había oscurecido, y la avenida estaba llena de coches que se dirigían al estadio de Hollywood. Policías de uniforme encauzaban la riada de vehículos por las diferentes entradas. Después, los empleados del aparcamiento los hacían seguir adelante hasta colocarlos en líneas paralelas en los varios pisos. Los letreros anunciaban un concierto compuesto exclusivamente por obras de Brahms, bajo la dirección de Ormandy, con Isaac Stern como solista.

El Pontiac de Frank Reed iba detrás del autocar, con sólo tres coches entre ambos.

Vieron cómo el autocar aparcaba, y a ellos les correspondió hacerlo en la misma hilera, de modo que siguieron estando a la misma distancia. Los miembros de las brigadas bajaron y comenzaron a andar hacia la entrada del estadio, siguiendo a sus diáconos.

Los dos hombres salieron del coche. Morse echó una rápida ojeada a su alrededor, y vio los centenares de vehículos estacionados uno junto al otro, parachoques con parachoques, inmovilizados.

—Aquí no podemos hacer nada —dijo Morse secamente—. No hay forma de

salir. Usted mismo puede verlo.

—Así pues, si vienen aquí cada noche, no hay forma de...

—No. Esta salida es especial. Los priores no dudan en hacer trabajar a sus muchachos por la noche, además de por el día, si ven la ocasión de conseguir muchas ventas. Y estos miles de personas pueden ser un buen mercado para el *Libro del Maestro*. Es casi seguro que todos esos chicos hayan trabajado en otro lugar durante el día, y ahora están haciendo horas extras. Volveremos a Astarot mañana por la mañana y seguiremos otra vez al autocar.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Reed.

—Nada. Tenemos el coche bloqueado hasta que acabe el concierto.

Reed miró a los jóvenes de las brigadas, que se abrían paso lentamente por entre la multitud.

—Vamos a seguirles —dijo—. Quisiera verlos actuar.

Morse hizo un gesto de duda con la cabeza.

—No sé... Pueden vernos.

—Mire —dijo Reed—, yo conozco este lugar y me imagino dónde van a situarse esos muchachos. Habrá gente por todas partes, miles de personas. Podemos escondernos entre la multitud, y no nos verán. Además... me gustaría ver a mi hijo. Me gustaría verle de cerca, tal como está ahora. No le he visto desde que se enredó con esa gente...

—Puede que no le haga mucha gracia lo que vea...

—Ya lo sé; pero no importa.

—Bueno —dijo Morse—. Vamos allá. Pero, si no nos escondemos bien, lo echaremos todo a rodar. Recuerde que a mí también me conocen.

Empezaron a andar detrás de las brigadas, que para entonces ya se habían alejado un tanto. Subían por una rampa, entre una multitud de melómanos cargados con bolsas de comida, termos y mantas, por si refrescaba. A una cierta distancia había escaleras mecánicas que llevaban a los pisos más altos del estadio.

Inmediatamente después de las taquillas y de los torniquetes de entrada había un gran espacio despejado, rodeado por puestos de venta de refrescos, maíz tostado, cenas empaquetadas, bocadillos y café. A partir de allí, la gente se dirigía a las diferentes bocas de paso a las gradas, establecidas conforme al precio de las localidades.

Fue en aquel lugar donde se instalaron los muchachos de la secta. Antes que ellos llegaran, había allí tres músicos callejeros, tres jóvenes de cabello largo y tejanos descoloridos, que entretenían a la gente tocando un violín y dos guitarras. En honor a la ocasión, no tocaban rock sino música clásica. Pero, con la aparición de los vendedores de las ADJ, el trío no duró mucho; su música fue ahogada por los gritos de los recién llegados, y dejaron de tocar, disgustados.

Reed y Morse observaban a los vendedores desde una distancia prudencial.

Vieron como los muchachos y muchachas comenzaban a exhortar a la gente.

Caían sobre los potenciales compradores diciéndoles a voz en grito: «¡Salve un alma para Jesús!», «¡Lea un libro sobre Dios!», o «¡Haga una inversión en Cristo!», y, si les compraban el folleto, les recompensaban con una cordial sonrisa y un cálido «¡Jesús le ama!».

Su agresividad confundía a algunas personas, que se sentían obligadas a comprar para librarse de ellos. Otros compraban porque pensaban que aquellos jóvenes eran evidentemente unos buenos muchachos norteamericanos, que su aspecto fatigado se debía a que vivían entregados a sus creencias, y que, si pensaban en Cristo y no en las drogas, ello ya era algo positivo. Además, se decían, ¿qué son dos dólares hoy en día? Comprar aquel librito era algo que no podía hacer daño a nadie. Y el tal reverendo Hodges salía mucho en la televisión; quizás había algo de cierto... Y por otra parte, como los jóvenes vendedores no dejaban de repetir, las ganancias se destinaban a orfanatos y asilos para ancianos.

Frank Reed se volvió hacia Morse, desconcertado.

—No sabía que tuviesen orfanatos y asilos para ancianos —dijo.

—Y no los tienen. Es mentira. Eso es parte de su filosofía antinómica.

—¿De su *qué*?

—Antinomia. Viene del griego. *Anti* significa contra, y *nomos*, ley. Significa el rechazo de todos los valores morales corrientes, como la sinceridad, la fidelidad, etcétera. Es una actitud que se remonta a algunas primitivas sectas cristianas. Sus miembros consideraban lícito mentir y engañar, o robar, mientras fuese al servicio de Dios. Creían que Él les perdonaría si lo hacían para extender su palabra. Y creían también que podían usar cualquier clase de arma contra los no creyentes, pues éstos, al estar corrompidos, nunca se purificarían. Mientras fuese al servicio de Dios, podían matar, herir o violar, y salvarse a pesar de todo.

—¿Y las ADJ enseñan eso? —preguntó Reed, incrédulo.

—Sólo tiene que escucharles. Desde su punto de vista, es atacar al sistema.

—¡Qué cabrones! ¡Malditos hipócritas!

Frank Reed dirigió una furiosa mirada a su hijo. Vio a Jeff, o a Simeón, según se le llamaba entonces, actuar con tanto empeño y agresividad como todos los demás. Estaba delgado, pero no tenía mal aspecto. Según la descripción que le había hecho Kate, estaba mejor que el día en que ella le vio en Astarot. Morse le había explicado que, cuando los neófitos ingresaban en las brigadas, se les alimentaba un poco mejor, para que engordasen un poco y no diesen una imagen negativa en las calles, perjudicando así la propia de la secta.

La cólera de Reed no disminuyó; le costaba trabajo creer lo que veía.

Allí estaba su hijo, corriendo de un lado a otro con aquella ridícula americana roja, sacándole dinero a la gente a fuerza de persuasión y de súplicas, agotándose en aquella actividad y entregando después el producto de su trabajo a los individuos que le explotaban. La mayor parte de aquel dinero pasaría a los bolsillos de «su divinidad» el reverendo Buford Hodges, y sería usado para impulsar sus negocios,

para que navegase su magnífico yate y para comprarles regalos a las jóvenes neófitas y diaconisas con las que se acostaba. Y, entretanto, aquel monstruo de hipocresía se reía de aquellos jóvenes, de sus padres y, de paso, del Departamento de Hacienda...

Aquel pelmazo que no dejaba de fastidiar a la gente, de predicarles para que comprasen, era Jeff Reed. Y, además, parecía que lo hacía con gran placer. Era increíble, absolutamente increíble. Aquel chico había nacido en Hope Ranch, lo había tenido todo, *todo*... En aquellos momentos, Jeff hubiera tenido que iniciar sus estudios en Stanford, preparándose para el futuro, convirtiéndose en un hombre de provecho; hubiera tenido que andar en su propio coche, saliendo con chicas, respetando a su padre y a su madre, viviendo una vida normal...

Cuanto más miraba a su hijo, más furioso se ponía. Recordó las muchas veces que Kate y él habían hablado del asunto, atormentándose. «¿En qué nos hemos equivocado? ¿Qué hemos hecho mal?». Ya podía contestar a aquello. Nada. No habían hecho *nada* mal. La culpa era de Jeff. Él solo se había metido en aquel lío; no le había metido nadie. Él había sido débil, ingenuo, tonto. Y le habían tomado el pelo.

Y, sin embargo, quizá la culpa fuera de todos. Quizá lo ocurrido no era sino el resultado de muchos factores. No lo sabía muy bien. Lo cierto, de momento, era que su hijo estaba allí, a un par de metros de donde él se encontraba. Tuvo la sensación de que, si avanzaba hacia su hijo, le agarraba por el cuello y le decía que se iban a casa para hablar del asunto de hombre a hombre, todo se arreglaría. Y, si alguno de aquellos chiflados se interpusiera, le rompería la cabeza.

Empezó a ver a Jeff como a través de una neblina. Tensó los músculos y avanzó un paso por entre la gente, hacia donde estaba su hijo. Pero entonces notó que una mano le cogía fuertemente por el brazo y le hacía retroceder.

—No haga eso —le dijo Morse.

—Vale la pena intentarlo —explicó Reed, volviéndose hacia él—. Si puedo hablar con él un momento...

—No serviría de nada —dijo Morse con dureza—. Vamos, Reed, ¿es que no lo entiende? Nada de lo que usted dijera podría hacerle cambiar de idea. Nada. En el estado en que está, Jeff no puede pensar normalmente.

—Ya lo sé, ya lo sé... Pero el intentarlo no puede perjudicarnos en nada...

—Ya lo creo que puede perjudicarnos. Si lo hace, no volverá a ver a Jeff en su vida. Se lo he dicho un montón de veces y parece que aún no lo ha entendido. Si le ven a usted un segundo cerca de su hijo, trasladarán a éste a alguna otra comunidad —hizo chasquear los dedos—. Así, sin pensarlo más. Mañana por la mañana, Jeff estaría fuera de Astarot, camino de Éfeso o de Jaffa, o de algún otro lugar a tres o cuatro mil kilómetros de aquí. Entonces, usted no sabría ni dónde podría estar.

—Ya —dijo Reed, contrito—. Lo siento. Es que al verle ahí, tan cerca, he pensado...

—Lo comprendo —dijo Morse amablemente—. Le aseguro que lo comprendo perfectamente —le dio unas palmadas en la espalda—. Vamos, Frank —era la

primera vez que le llamaba por el nombre de pila—. No podemos quedarnos aquí hasta que termine el concierto. Compremos un par de entradas, pasemos sin que nos vean esos chicos y entremos a oír la música. Yo soy un gran admirador de Brahms. Vamos, no todos los días se puede escuchar a Isaac Stern en un concierto para violín de Brahms...

18

Poco después del amanecer, los dos hombres estaban de nuevo en Topanga Canyon. Morse conducía. Subieron por el pequeño camino, dejaron el coche entre los arbustos y se pusieron a observar Astarot desde el mismo lugar que el día anterior. Habían decidido ir a aquella hora porque, según había explicado Morse, algunas veces las brigadas salían a trabajar muy temprano, según cuál fuese su punto de destino.

Al cabo de unos diez minutos, vieron que salía de uno de los edificios una extraña procesión. Ninguno de sus componentes llevaba el hábito monacal. Todos vestían ropas de la época bíblica: algunos, túnicas blancas; otros, uniformes de soldados romanos. El sol, todavía bajo, arrancaba destellos rojos y dorados de los escudos y espadas.

Frank Reed les miró un momento, y después le preguntó a Morse:

—¿Qué es eso?

—Es uno de los rituales de las ADJ. Cada mes, más o menos, interpretan su propia versión de la Pasión.

Estaban demasiado lejos para oír las voces, pero Morse, que parecía conocer muy bien cada detalle de la historia, empezó a relatársela.

—¿Ve a ese muchacho que lleva la cruz a la espalda?

—Sí.

—Es Simón de Cirene. Según la Biblia, era sólo un hombre que pasaba por el lugar, un desconocido, al que obligaron a llevar la cruz.

De pronto, el grupo se puso a gritar. Hasta donde estaban los dos hombres, llegaba levemente el clamor. Los muchachos que representaban al pueblo agitaban los puños en dirección al edificio y hacían gestos con las manos como para decirle a alguien que saliese.

—Ahora reclaman a Jesús —explicó Morse.

Salió entonces del edificio un joven alto que llevaba una túnica color púrpura y

una corona de oro. Iba custodiado por otros soldados romanos. La gente le despojó de la túnica púrpura y le puso una blanca, sencilla. Le arrancaron la corona de oro y le pusieron una de espinas. Después le hicieron reverencias y se arrodillaron delante de él, fingiendo burlonamente que le adoraban.

—Ahora se ríen de él —dijo Morse.

La comitiva torció a un lado y empezó a ascender una pequeña elevación del terreno. El muchacho que hacía el papel de Jesucristo caminaba lentamente, con la cabeza alta, con dignidad. Tras él iba Simón, inclinado, vacilante bajo el peso de la cruz.

—Ahora suben al Gólgota.

—¿El Gólgota? —preguntó Reed—. ¿No era el Calvario?

—En el Evangelio según San Lucas es el Calvario. Pero en los Evangelios de San Marcos, San Juan y San Mateo es el Gólgota, que significa «lugar de la calavera».

Reed miró a Morse. Kate y él casi nunca iban a misa ni a la iglesia, a no ser que se tratase del entierro de un amigo. Él no había abierto una Biblia desde hacía años. Los conocimientos de Morse le sorprendían.

—Se sabe bien la Biblia —le dijo.

Morse asintió.

—Forma parte de mi trabajo —explicó.

Reed volvió a coger los prismáticos. Estaba fascinado por lo que veía. Era algo irreal, una fantasía grotesca.

Estaban en Topanga Canyon, en California. Era primera hora de la mañana. A poca distancia de aquel lugar, a unos cuantos kilómetros cañón abajo, la autopista del Pacífico empezaría a llenarse de vehículos; la gente se dirigía a sus ocupaciones; las gasolineras empezaban a abrir, y, en la playa, comenzaban a hacer ejercicio los más madrugadores. Pero, tras la valla que rodeaba Astarot, unos jóvenes representaban una tragedia que había ocurrido dos mil años antes. Mirándoles, Frank Reed se estremeció, y se preguntó si su hijo estaría entre ellos. Fue observando las caras de todos, uno por uno, pero no vio a Jeff.

Mientras la comitiva subía por la ladera, algunos de sus componentes giraban en torno al Hijo de Dios, burlándose de él y atormentándole. Pero Él lo soportaba todo sin inmutarse. Finalmente, llegaron a la cima. Los soldados se adelantaron, le quitaron la cruz a Simón y la clavaron en un orificio que había en el suelo, practicado, al parecer, en un bloque de cemento. Después, colocaron dos cruces más pequeñas a ambos lados, en otros tantos soportes de cemento. Estaban destinadas a los delincuentes que iban a ser crucificados con Cristo. Pero éstos eran papeles secundarios, y la presencia de los actores que los representaban pasaba casi desapercibida.

Al pie de la cruz, la plebe arrancó las ropas a Jesús, dejándole completamente desnudo. Después, alguien le ofreció una escudilla que contenía algo para beber, pero Él la rechazó.

—¿Qué era eso? —preguntó Reed.

—Vinagre mezclado con hiel, según Mateo. Según Marcos, vino mezclado con mirra. Escoja lo que más le guste.

Entonces subieron al muchacho a la cruz. Algo alarmado, Reed echó una mirada a Morse. Éste sonrió levemente e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. Sólo le atarán las manos y los pies con correas de cuero. Y después le sacarán un poco de sangre, para darle realismo a la cosa.

Cuando el joven estuvo bien atado a la cruz, los soldados repitieron la operación con los dos delincuentes. Después, les pincharon a los tres las muñecas y los pies, para hacer brotar sangre. Se apartaron a continuación, y la gente hizo lo mismo. Permanecieron todos mirando a Jesús, increpándole.

En aquel momento, Morse y Reed no oían nada; contemplaban todo aquello como si se tratase de una pantomima.

Mirando por los prismáticos, Reed vio algo que no comprendió. El muchacho que hacía el papel de Jesucristo sonreía. No era una sonrisa espiritual, sino una expresión de vanidad, casi de satisfacción.

—No entiendo —le dijo a Morse—. Si está clavado en una cruz, ¿porqué parece tan satisfecho?

—Porque el hecho de representar a Cristo por un día es el mayor honor que puede corresponderle a un neófito de las ADJ. Para eso trabajan, entre otras cosas.

—¿Que trabajan para esto?

—Exactamente. Es un incentivo laboral. El joven que hace más ventas ha servido a Jesús mejor que ningún otro; le ha dado más de sí mismo, de su alma, de su esfuerzo —sonrió, al ver la expresión de asombro en la cara de Reed—. Astarot es una sociedad tan competitiva como cualquier otra. Un vendedor que venda más aparatos eléctricos que su colega ganará un viaje a Nassau, o una semana en Acapulco. Aquí, el muchacho que vende más folletos tiene derecho a representar al Hijo de Dios en su pasión y muerte.

—¿Y los dos que están crucificados a su lado?

—Son los que han alcanzado el segundo y el tercer puesto.

Entonces, los actores que representaban a la multitud y a los soldados dieron media vuelta y se alejaron de las cruces, dejando solos a los tres jóvenes. Reed se dio cuenta de que aquella incómoda posición empezaba a fatigarles.

—¿Cuánto tiempo les tendrán ahí?

—Les dejarán ahí al sol, todo el día, y después les bajarán. Más tarde se representará la Resurrección. Con el permiso de Pilatos, José de Arimatea envolverá el cuerpo de Jesús en un sudario, y le llevarán a un sepulcro. Después, María Magdalena, María, la madre de Santiago, y Salomé acudirán al sepulcro para ungir su cuerpo con perfumes. Etcétera.

—¿Habla usted en serio? ¿De verdad van a dejar a esos muchachos colgados al sol todo el día?

—Sí, mientras puedan soportarlo.

—¡Cabrones! —exclamó Reed.

—Usted no lo entiende —dijo Morse—. Los muchachos están de acuerdo; les encanta estar ahí. El hecho de estar en una cruz sufriendo como Él sufrió les hace sentirse más próximos al Salvador.

Callaron unos momentos. Después, Reed dijo:

—Oiga, Morse, quizás estemos perdiendo el tiempo.

—¿Por qué?

—Esa representación podría significar que hoy es día festivo ahí abajo. Quizás hoy no envíen a las brigadas a vender.

Morse se rió.

—¡Ah, no se preocupe por eso! Ya lo creo que saldrán. En lo referente al negocio, hoy es día laborable.

Morse no se equivocaba.

Media hora después, vieron que el autocar salía del garaje y se dirigía a la puerta del edificio principal. A Morse le preocupaba un poco que Jeff no estuviese presente en aquella ocasión. A veces, cuando una brigada había trabajado un día, se le asignaban otras tareas en la comunidad al día siguiente.

Pero, cuando salieron las brigadas para subir al vehículo, vieron que Jeff estaba con los demás.

Siguieron al autocar por el cañón, por la autopista del Pacífico y por la de Santa Mónica. El punto de destino resultó ser el aeropuerto internacional de Los Ángeles.

El autocar se fue parando frente a las entradas de la United Airlines, de la American Airlines, de la TWA y de la Western Airlines. En cada una de las paradas bajaba una brigada, que se ponía inmediatamente a trabajar. La brigada de la que formaba parte Jeff había sido asignada a la entrada de la TWA. El grupo se reunió en la acera, a unos treinta metros de la misma entrada, pero lo bastante cerca de ésta como para abordar a la gente que entraba o salía.

—Baje la cabeza para que no le vean —advirtió Morse.

Pero Jeff y sus compañeros estaban demasiado ocupados con sus folletos para fijarse en los ocupantes de los coches que pasaban.

Morse pasó por delante del grupo y detuvo el vehículo un poco más allá.

—Quiero comprobar una cosa —dijo.

Bajó la ventanilla, sacó el brazo, con un billete de cinco dólares en la mano, y le hizo señas a un mozo que estaba metiendo equipajes por otra puerta. El hombre se acercó.

—Esos muchachos —dijo Morse—, ¿los ha visto antes por aquí?

—Sí, señor. Vienen todos los días.

—¿El mismo grupo?

—Sí, señor. Son siempre los mismos. Vienen hacia esta hora y se van hacia las seis.

—Gracias —dijo Morse. Le dio al hombre el dinero y puso en marcha el coche. Parecía contento.

—Estupendo —dijo—. Ésta es nuestra oportunidad, Frank.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Los aeropuertos son buenos lugares para dar un golpe —«golpe» era la palabra que Morse usaba siempre para indicar «secuestro»—. Ahora hemos de buscar un sitio donde aparcar desde el que les veamos sin que nos vean. Tengo que estudiar la situación.

Morse dio la vuelta al aeropuerto y entró en un gran estacionamiento que había frente a la entrada de la TWA. Encontraron una plaza libre, bajaron las ventanillas y, con la ayuda de los prismáticos, se pusieron a observar cómodamente el trabajo de la brigada.

Morse estaba concentrado en su estudio, con las facciones tensas. Movía los prismáticos a derecha y a izquierda, observando toda la zona. Finalmente, dijo:

—Está bien. Pueden dar el golpe mañana.

—¿Mañana?

—¿Por qué no? Cuanto antes mejor.

—¿Qué tengo que hacer exactamente?

—Ya se lo iré explicando. Antes quiero que vea algunas cosas personalmente.

Permanecieron allí otra media hora, sin hablar. Morse no dejaba de observar la zona con los prismáticos. Reed sentía una ligera desazón y un hormigueo en la piel, debido a la excitación. Lo mismo le ocurría años atrás, en Corea, antes de entrar en combate o de iniciar una misión peligrosa. Trató de olvidar su inquietud entablando una conversación.

—¿Acostumbran a trabajar en los aeropuertos? —preguntó.

—Casi siempre. Son lugares muy buenos. Hay mucha gente yendo y viniendo, y siempre con prisas. No tienen tiempo de pararse a discutir, ni ganas de hacerlo. Corren a coger un avión, o un taxi, o a recibir a alguien. Muchos pagan para librarse de la molestia.

—Me extraña que les dejen vender aquí.

—Sí, a mucha gente le extraña.

—¿No es un delito? ¿No necesitan un permiso?

—Hace algún tiempo hubo un proceso por ese motivo. Lo entablaron los del Hare Krishna contra la dirección de este mismo aeropuerto. Alegaron que la Primera Enmienda les daba derecho a vender su propaganda aquí. Ganaron. Un Tribunal Superior dictaminó en su favor, siempre y cuando permaneciesen fuera del edificio y apartados de las entradas —se interrumpió de pronto y le apretó el brazo a Reed—. Mire. Esos dos se han separado del grupo.

Dos neófitos le estaban diciendo algo a un diácono. Éste asintió, y los dos jóvenes

se dirigieron a la entrada de la TWA y pasaron al interior. Morse se volvió hacia Reed y le preguntó:

—¿Le dice algo la cosa?

—Seguramente van al lavabo.

—Sí. O quizás a comprarse un dulce, o algo así. Pero siempre van de dos en dos. Para vigilarse el uno al otro, naturalmente. Un Alma de Jesús no se queda *nunca* sola. Ahora, dentro de un poco, llegará el momento de la verdad.

—No le entiendo.

—Siga mirando —dijo Morse—. Es algo que quiero que vea usted mismo.

Momentos después, los dos neófitos salieron del edificio, subieron por la acera y se reunieron con el resto de la brigada.

—¿Ha observado algo interesante? —preguntó Morse.

—No —respondió Reed, mirándole desconcertado.

—Después de salir del edificio, los dos han andado solos unos treinta metros. ¿Lo ha visto?

—Sí.

—Es de esperar que mañana, en algún momento, su hijo tenga que entrar en la terminal. Ustedes tendrán que esperar a que lo haga, aunque tarde mucho. Cuando salga y se dirija hacia los demás, será el momento de hacerse con él. Usted y sus ayudantes se acercan con el coche, paran, le agarran y lo meten en el coche antes de que los demás le oigan gritar y vayan corriendo a ayudarlo. ¿Está claro?

—Sí, creo que sí.

—Ahora bien, antes de explicarle cómo tienen que hacerlo, quiero dejar bien clara una cosa. Una vez den el paso, una vez hayan atrapado a Jeff, tienen que moverse deprisa. Rápidos de verdad.

—¿De cuánto tiempo dispondremos?

—De unos veinte o treinta segundos. Al cabo de ese tiempo, Jeff ha de estar en el coche y éste corriendo a toda velocidad.

»Si tardan más, todo será inútil. Los de la brigada tendrán tiempo de llegar hasta usted, y será usted el prisionero en lugar de Jeff. Y esos diáconos son muy brutos. Le considerarán a usted como una encarnación de Satán. En Tulsa, el padre de un muchacho con el que trabajé se entretuvo demasiado. En el momento de la acción vaciló y trató de convencer a su hijo con palabras, lo cual nunca sirve de nada. El caso es que él y su ayudante no se llevaron al chico a tiempo. El ayudante pudo escapar, pero al padre le cogieron, le echaron al suelo y le rompieron el brazo. Le habrían matado si no hubiese llegado la policía. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Sí.

—Y otra cosa. No usarán el Pontiac. Irán en un taxi.

—¿Cómo? ¿En un taxi?

—Es un sistema que hemos usado en otros aeropuertos. El taxi sé lo proporcionaré yo —giró la llave del contacto y puso en marcha el motor—. Bueno,

ya hemos visto todo lo que había que ver aquí. Cuando volvamos al hotel, llame a su hijo y al amigo de Jeff. Dígales que vengan hoy. Cuando estén juntos, les explicaré con detalle la operación.

—¿Y mi mujer? ¿Y Cindy? ¿Quiere que vengan también?

—Sí. Pero a ellas no las necesitaremos hasta que tengamos a Jeff en Big Bear. Allí haremos falta todos.

—Querría preguntarle una cosa, Morse —dijo Reed.

—¿Qué?

—¿Dónde estará usted mientras demos el golpe?

—Ah, yo estaré cerca, viendo lo que ocurre.

19

Aquella tarde, Ken Reed y Joe Peterson fueron a Los Ángeles, llevando con ellos a Kate Reed y a Cindy Hyland.

Tomaron habitaciones para pasar la noche, y después Morse se reunió con Frank Reed y con los muchachos en su habitación. Les dio instrucciones detalladas para lo que habrían de hacer al día siguiente. Además de la Biblia y los prismáticos llevaba en la cartera un par de esposas. Le enseñó su empleo a Frank Reed; hizo que se las pusiera a Ken una y otra vez, hasta comprobar que lo hacía a la perfección. Les dijo que las esposas les serían muy útiles. Después, les advirtió de que cualquier desviación del plan, cualquier olvido, serían fatales.

Los dos jóvenes ayudantes de Reed le impresionaron favorablemente. Ken, que se parecía a su padre tanto en el aspecto físico como en la forma de ser, era alto y fornido; era un atleta, y se movía con la gracia característica. Parecía tranquilo y seguro de sí mismo. Cuando Morse hubo terminado su explicación, dijo serenamente:

—Creo que lo conseguiremos, señor Morse.

Joe Peterson, el amigo más íntimo de Jeff, era diferente. Era un joven rubio y pecoso, de carácter impresionable, y, por la forma en que se movía por la habitación, parecía lleno de energía. Pero era alto y fuerte, y estaba decidido a rescatar a Jeff. Morse decidió que Joe se quedase dentro del coche, mientras Ken ayudaba a su padre.

Después, los Reed, Joe Peterson y Cindy se fueron a cenar. Invitaron a Morse, pero él les dijo que estaba cansado.

Por alguna razón, la noche anterior a un golpe prefería siempre estar solo. Era

como si quisiera hacer acopio de fuerzas para la batalla. Se preguntó cómo reaccionaría Jeff Reed ante su tratamiento. Era algo que nunca se sabía hasta encontrarse cara a cara con la persona.

Tenía una botella de whisky en la habitación. Tomó un trago, y después otro. Se echó en la cama, sintiéndose algo más relajado, y apoyó la cabeza en las almohadas. Encendió un cigarrillo, y volvió a pensar en las Almas de Jesús.

En cierto sentido, aquélla y las demás sectas religiosas eran un fenómeno típicamente norteamericano. Era curioso: cuando los estadounidenses se ponían a buscar su individualidad, indefectiblemente se unían a un grupo. Aquél era un país de muchas religiones, y de derivados de religiones, organizaciones dirigidas casi siempre por algún jefe carismático que había oído personalmente la voz de Dios indicándole nuevos caminos para la salvación, nuevas carreteras e itinerarios hacia la Tierra Prometida. Como el reverendo Hodges. Y aquellos hombres encontraban seguidores, gentes que buscaban respuestas que las religiones establecidas no les daban. O bien tales sectas se convertían en un refugio para jóvenes marginados o inadaptados, para jóvenes en busca de aceptación, fraternidad, amor, seguridad, apoyo moral, en busca de la sensación de formar parte de algo realmente importante y excitante, de la ilusión de creer y sentir que por fin estaban en línea directa con Dios, que dialogaban con Él, que Él les escuchaba cuando le decían algo, que les daba palmaditas en la espalda y les consideraba sus elegidos.

Y así se dejaba de estar eternamente solo, se dejaba de estar excluido física o socialmente de la vida normal, se era *aceptado*. Y, en las Almas de Jesús, se descubría que, cuando se aceptaba a Cristo, cuando se aceptaba el ritual, las normas, la «purificación» y todo lo demás, cuando se dejaba de pensar en uno mismo y se pensaba sólo en Dios, el dolor se atenuaba y desaparecía. Si el precio era el abandono de la propia personalidad, uno no se daba cuenta, o le importaba bien poco.

Daba igual que se llevase hábitos monacales, collares de cuentas, saris o turbantes; daba igual que se quemase incienso, que se tomase té de ginsén o que se llenase la casa de mandalas. Los atavíos y símbolos eran diferentes, pero la idea era la misma.

Y en realidad, pensó Morse, la tierra no era más que una mota de polvo girando en torno a una estrella de cuarta magnitud, en un lugar del infinito. Y, en aquella mota de polvo, había unos microorganismos llamados hombres. Y aquellos microorganismos infinitamente pequeños se separaban en grupos, se dividían en pequeñas células y después se subdividían en razas, tribus y pueblos. Y cada uno de aquellos grupos inventaba un dios diferente; cada uno aseguraba que su dios era el único dios verdadero. En aquella insignificante mota de polvo, los miembros de cada grupo aseguraban que ellos y sólo ellos adoraban al verdadero dios, que sólo ellos se comunicaban con él allí donde moraba, en algún punto del espacio exterior. No estaban muy seguros de cómo era el lugar, pero, a falta de un nombre mejor, lo llamaban el cielo.

Desde luego, siguió pensando, era una arrogancia absurda que aquellos microorganismos llamados hombres tuviesen semejante pretensión. Era una muestra de increíble vanidad el creer que, aun cuando el tal dios existiese, prestaría alguna atención a aquellas partículas animadas que se movían por aquel grano de arena errante en el espacio. Seguramente, la divina mirada no hubiera reparado siquiera en su existencia. Pero era la antigua historia: el hombre necesitaba un dios, y en consecuencia lo inventaba. Al haberlo inventado, creía en él. Y, si creía en él con bastante fuerza, existía realmente.

Todo el mundo necesitaba algo para llenar aquel vacío. En general, era el amor. Pero el número de las demás panaceas era casi infinito.

Estaban, por ejemplo, todas las terapias. La terapia de la realidad, la reichiana, la de la escena primigenia, la Gestalt, la logoterapia. Elijan ustedes entre la psicosisíntesis, el encuentro abierto, el psicodrama, la hipnoterapia... ¿Busca usted novedades? Pruebe entonces cualquiera de los ciento y pico recientísimos métodos.

Todo el mundo necesitaba algo. Si no un dios, o amor, otra cosa.

¿Ansia usted poseer la perfección psicósomática y, a través de ella, alcanzar la armonía con el cosmos? Pruebe la bioenergética, la Integración funcional, el método Alexander, el Shiatsu... Y está también la terapia de la polaridad, la reflexología, la cronobiología... y vaya usted a saber. Además del yoga, claro, en sus cincuenta y siete variedades diferentes: katha, karma, bhakti, raja, japa, jnana, laya, krija, niyama, tantra, kundalini...

Y, si su problema vital es de origen sexual, ahí tiene usted al doctor Reuben, a Masters y Johnson, a Hartman y Fithian, a Lonnie Barback y Barbara Roberts, y a otros gurús dispuestos a aconsejarle. Puede usted leer *El placer del sexo y Nuevos placeres del sexo*. O, sólo para divertirse, puede probar Sandstone o Elysium, o Ipsa, la escuela de sustitutos sexuales.

Por su parte, él, John Morse, sabía lo que necesitaba. Sabía que estaba enfermo, y se había diagnosticado con exactitud.

Su enfermedad era el odio, y la única cura para aquella enfermedad era la venganza. Pero, cosa extraña, la cura agravaba aún más su sufrimiento.

Por ello no tenía un hogar permanente, no tenía raíces.

Y por ello, durante los últimos tres años, había vivido en una sucesión de hoteles y de apartamentos, hasta el punto de que ya no podía recordar ninguna de aquellas habitaciones, porque todas se le confundían en la memoria, todas le parecían iguales a la que ocupaba en aquel momento. Por la misma razón viajaba incensantemente, bajo cien nombres supuestos, de una ciudad a otra, de un trabajo a otro, en aviones, en coches de alquiler o en taxis, y cada viaje acababa en el mismo lugar, ante la misma presencia hostil de un joven o una joven.

Se daba cuenta de que, para hacer lo que estaba haciendo, tenía que estar loco, o al borde de la locura por lo menos. Sabía que también él, a su modo, se había convertido en una especie de autómatas fanático, programado para realizar una misión.

John Morse, enemigo implacable del control de la mente, tenía dificultades para controlar la suya propia.

Se levantó y tomó otro trago, esta vez directamente de la botella. Se miró en el espejo. Vio formarse en sus labios las palabras que se había dirigido a sí mismo tantas veces, con la misma expresión de incredulidad: «¿Qué hago aquí? ¿Por qué estoy aquí?».

Sentía una tensión en la cabeza, una tensión que crecía por momentos; temía que su cráneo fuera a estallar. Estaba cerca del límite, muy cerca, y necesitaba una válvula. Necesitaba relajarse, encontrar algún tipo de actividad normal, absorberse en algo que no fuese las ADJ, apartarse de aquella obsesión al menos por una noche, por una noche solamente, para no volverse loco él también.

Sabía exactamente lo que necesitaba. Miró el reloj. Aún era pronto.

Recordó que se llamaba Sarah Brand y que era de Los Ángeles. La había conocido en Nueva York. Habían pasado una noche juntos, y ella le había recordado a Nora, o, mejor dicho, a la mujer que era Nora antes de aquella tragedia de Sidón. Sarah le había dado su número de teléfono, y le había dicho que fuese a verla si alguna vez iba a Los Ángeles. Y a él le pareció que lo decía en serio.

Marcó el número. Sarah estaba en casa, y se mostró encantada de oírle. Le dijo que tenía una cita para aquella noche, pero que podía cancelarla, y que podían encontrarse a las ocho.

Más tarde, cuando la vio ante él, desnuda, le sorprendió de nuevo su parecido con Nora: las facciones, la inclinación de la cabeza, la gracia del cuello. Y, una vez en la cama, estuvo seguro de que usaba el mismo perfume que Nora, y comprobó que su piel era igualmente suave, dulce y cálida. Aquella noche, Morse olvidó que tenía en sus brazos a una mujer llamada Sarah Brand, e imaginó que era Nora Morse. Sarah se convirtió realmente en Nora, y, en la mente de Morse, todo fue como era antes, al menos por aquella noche, por aquella única noche.

Cuando regresó a su habitación del hotel, se sentía bien, relajado y en forma para enfrentarse a Jeff Reed. Esperaba que el proceso de «desprogramación» fuese corto, que durase dos o tres días, una semana como máximo. Pero nunca se podía saber con certeza.

Durmió unas horas. Por la mañana, se dirigió al aeropuerto y llevó el coche al mismo aparcamiento en el que Reed y él habían estado el día anterior. Encontró un sitio frente a la terminal de la TWA, bastante cerca de la entrada, desde el cual podría ver bien todo lo que ocurriese.

De momento, no podía hacer otra cosa que observar y esperar.

A la mañana siguiente, Frank Reed, su hijo Ken y Joe Peterson abandonaron el hotel en el Pontiac de dos puertas que había alquilado Frank, Éste llevaba una cartera bajo el brazo. Se dirigieron a un lugar que les había indicado Morse, una tranquila calle residencial a un kilómetro y medio del aeropuerto.

Aparcaron allí y esperaron.

A los pocos momentos, un taxi amarillo dobló la esquina y se detuvo detrás de ellos. El conductor, un hombre robusto de brillantes ojos azules, bajó y se acercó sonriente.

—Me llamo Charlie —se presentó—. Charlie O'Connor —les dio la mano a todos y después dijo: —Bueno, en marcha.

Dejaron el Pontiac donde estaba y fueron a sentarse en el asiento posterior del taxi. Mientras avanzaban hacia el aeropuerto, Charlie les dijo:

—Vamos a repasar todo el plan, para estar seguros de que no nos olvidamos nada.

Repasaron una vez más todos los detalles. Después, llegaron al aeropuerto y se dirigieron a la terminal de la TWA. Según el plan que iban a seguir, el uso de un automóvil particular hubiese sido imposible, porque no habría podido aparcar ni un momento frente a las terminales. En cambio, la presencia de un taxi estaba permitida en las congestionadas entradas del aeropuerto. Un taxi podía avanzar lentamente y podía estacionarse casi en cualquier lugar, durante un rato al menos, sin llamar la atención. Y, si se situaba en la hilera de taxis que esperaban junto al bordillo, su estancia allí podía prolongarse indefinidamente.

Pero Charlie no aparcó en seguida. Dio dos o tres vueltas al aeropuerto, lentamente, hasta que vio llegar el autocar azul de las ADJ. Bajaron de él los miembros de la brigada número tres, en el lugar de costumbre. Jeff estaba entre ellos.

La terminal tenía otra entrada que llevaba a una zona de recepción de equipajes. Esta entrada estaba a unos cien metros del lugar donde se había instalado las ADJ. Charlie O'Connor detuvo el taxi, y sus tres pasajeros bajaron. Entraron rápidamente en el aeropuerto y se situaron a cierta distancia de la brigada, la necesaria para no ser vistos. Morse y Reed habían observado que los muchachos de las ADJ, cuando querían pasar a la terminal, usaban la otra entrada, mucho más cercana al lugar donde ellos estaban.

Entonces Charlie aparcó el taxi junto al bordillo, en frente de la entrada donde esperaban los tres hombres. Desde donde se había situado, podía ver a los componentes de la brigada. Colocó el letrero que indicaba que estaba fuera de servicio y se puso cómodo detrás del volante, aunque sin perder de vista al grupo de jóvenes.

Los tres hombres se apostaron junto a la entrada, en la parte de dentro. Allí pasaron una hora, dos horas, siempre sin apartar la mirada de Charlie, que seguía en su puesto. Por fin, Ken dijo:

—Papá, aquí podemos pasarnos todo el día...

—Pues nos lo pasaremos, si hace falta.

—¿Y si Jeff no entra en el edificio?

—Tarde o temprano tendrá que entrar.

—No puedo imaginarme a Jeff metido en una cosa así —dijo Peterson—. Él nunca tuvo ningún interés por la religión. Antes sólo le interesaba el surf. Y Cindy... —hizo un gesto con la cabeza—. Sabe, señor Reed, me cuesta creer lo que nos dijo Cindy. Eso de que Jeff se pasa el día citando frases de la Biblia y se hace llamar ese otro nombre... ¿cómo era?

—Simeón.

—Ah, sí, Simeón, Y eso de que lleva un hábito de monje cuando está en ese sitio. Está «pirado», realmente. Tenemos que ponerle la cabeza en su sitio otra vez.

—Eso es lo que esperamos hacer, Joe.

—¡Papá! ¡Mira!

Hablando con Joe, Frank se había distraído un momento. Volvió la cabeza para mirar a Charlie. Éste les estaba dando la señal que esperaban. Les indicaba que saliesen y que subiesen al taxi.

Así lo hicieron.

—Señor Reed, su hijo acaba de entrar en el edificio con otro muchacho —dijo Charlie, mientras ponía en marcha el motor—. Saldrá dentro de un minuto o dos. En cuanto salga, no pierdan ni un segundo. Yo me acercaré rápidamente y frenaré en seco.

—Ken —dijo Reed—, yo abriré la puerta y me plantaré delante de él. Tú ven detrás de mí.

—De acuerdo.

—No digas ni preguntes nada. Haz sólo lo que tenemos que hacer.

—Bien.

—Y tú ya sabes lo que tienes que hacer, Joe.

—Sí. No se preocupe.

—Jeff es un muchacho fuerte. Puede darnos mucho trabajo.

—Podremos con él —dijo Ken.

Esperaron, tensos, con la vista fija en la entrada de la TWA. Los miembros de la brigada tres estaban muy ocupados abordando a todo el que pasaba. A voz en grito, repetían agresivamente sus frases de reclamo. Para los cuatro hombres que estaban en el auto, el tiempo parecía pasar muy despacio. Jeff no salía.

—Tarda mucho —dijo Joe, nervioso.

Frank consultó el reloj.

—Sólo lleva cinco minutos —dijo.

—Tranquilo todo el mundo —dijo Charlie.

Pero él mismo apretó los dedos en el volante al ver que se les acercaba un coche de la policía. Al pasar junto a ellos, uno de los agentes se volvió y miró a Charlie con

curiosidad. No era corriente que la gente permaneciese en el interior de un taxi parado sin hacer nada; lo normal era que entrasen o saliesen de él. Además, una estrecha isla de cemento separaba la calzada exterior de la interior. Y los taxis acostumbraban a detenerse al otro lado de la isla.

Charlie pensó que era posible que el coche patrulla diese media vuelta y se acercase de nuevo. Ello dependía de cuánta curiosidad sintiera realmente el policía. A veces, por pereza, dejaban correr el asunto y no se molestaban en dar la vuelta. En otras ocasiones lo hacían; nunca se sabía. Esta vez, si volvían, podían echarlo todo a perder. Le dirían a Charlie que no podía estar parado allí, y le ordenarían que circulase.

Charlie decidió no comunicar a los demás sus temores. Ello sólo serviría para inquietarles más, y ya estaban bastante nerviosos. Esperaba que Reed hiciese exactamente lo que le había indicado Morse: agarrar a Jeff sin entretenerse en hablar con él.

—Allí viene —dijo Reed.

Jeff salía del edificio en compañía de otro neófito.

—¡Vamos! —exclamó Charlie.

El taxi se puso en marcha rápidamente, y estuvo a punto de atropellar a un peatón que bajaba en aquel momento del bordillo. Después, en uno o dos segundos, Charlie frenó de repente.

—¡Deprisa! ¡Vayan a por él! —gritó.

Frank Reed había abierto un poco la portezuela mientras el taxi se movía aún, y se apoyaba en la manecilla. En un instante, abrió la puerta del todo y saltó a la acera, justamente delante de Jeff. Ken salió tras él.

Jeff se quedó inmóvil, con los ojos dilatados por la sorpresa.

—¡Papá! ¡Ken! ¿Qué...?

Reed agarró a su hijo por el brazo.

—Te vienes con nosotros, hijo.

—¡No! —gritó Jeff—. ¡No!

Ken le había agarrado ya por el otro brazo. Empezaron a arrastrarle hacia la puerta del taxi.

—¡Dejadme, maldita sea! —chilló Jeff—. ¡Dejadme! —mientras se debatía, volvió la cabeza hacia su compañero—. ¡Zabulón! ¡Zabulón, ayúdame!

El otro neófito, a quien la sorpresa había paralizado, se puso en movimiento. Era un muchacho alto y delgado. Se puso a chillar con todas sus fuerzas y asió a Ken por el cuello. Ken soltó a Jeff un momento, se libró de los brazos de Zabulón y le golpeó duramente en la cara. El neófito cayó al suelo, con la nariz sangrante. Entretanto, Jeff gritaba histéricamente e intentaba librarse de su padre.

—¡Efraím! ¡Siquem! ¡Socorro!

Los componentes de la brigada se habían dado cuenta de lo que ocurría. Los dos diáconos a los que Jeff llamaba echaron a correr hacia el taxi.

—¡Tráiganlo de una vez! —gritó Charlie.

Jeff luchaba desesperadamente con su padre y su hermano, pero éstos le habían arrastrado ya hasta la puerta del taxi. Joe Peterson, que no se había movido del interior del vehículo, extendió los brazos, agarró a Jeff por los hombros y tiró de él hacia adentro, mientras los demás le empujaban por detrás. Ken y su padre saltaron al coche, mientras Joe Peterson retenía a Jeff, y Reed cerró violentamente la portezuela en las mismas narices de los dos furiosos diáconos. Uno de ellos agarró la manecilla justo cuando Charlie apretaba el acelerador; siguió agarrado a ella unos instantes, y después se soltó y cayó al suelo. Vieron por el retrovisor que el otro diácono estaba de pie en la acera agitando el puño en dirección a ellos, gritándoles algo.

En el taxi, Jeff se debatía como un loco. Los tres hombres intentaban contenerle y mantenerle alejado de las ventanillas, sentándose encima de él para que no fuese visto desde el exterior y llamase la atención. Pero Jeff se retorció y se resistía con todas sus fuerzas.

—¡Cabrones! —gritaba—. ¡Hijos de Satán! ¡Soltadme!

Consiguió alargar una mano hacia la manecilla de la puerta, y entreabrir ésta, antes de que los otros le dominasen. Jeff era alto y delgado, pero también fuerte y resistente, y la cólera le multiplicaba sus fuerzas. Siguió luchando durante un rato, y después abandonó de pronto, dándose cuenta de que era inútil.

—Vamos, Jeff, tranquilízate —le dijo Joe Peterson—. No vamos a hacerte ningún daño. Yo soy tu amigo, Joe Peterson. ¿No te acuerdas de mí?

—¡Me llamo Simeón! —gritó Jeff—. ¡Simeón, Simeón!

Frank Reed observaba la reacción de Ken y de Joe ante su hijo menor. Estaban asombrados, no lo podían creer. Habían esperado ver al Jeff Reed que ellos conocían. Pero aquel muchacho era un desconocido, un chiflado. Reed hizo un esfuerzo para decirle tranquilamente:

—No te llamas Simeón, sino Jeff. Y es inútil que te resistas más. Vendrás con nosotros y te curaremos.

—¡Satán! —chillo Jeff, mirando a su padre con expresión extraviada—. ¡Satán os ha enviado para robarle mi alma a Jesús! Pero yo pertenezco a Jesús, ¿me oís? ¡A Jesús!

—Bueno, Jeff. Pero también te perteneces a ti mismo, a tu familia, a tus amigos...

Jeff le escupió a su padre en plena cara. Ken y Joe se quedaron atónitos. Sin inmutarse, Frank sacó el pañuelo y se limpió el escupitajo. No le dirigió a Jeff ni siquiera una palabra de reproche.

—Todos se comportan así al principio —explicó Charlie sin volverse—. No hay nada que hacer. No se pongan nerviosos.

Llegaron al lugar donde habían dejado el Pontiac, y Charlie detuvo el taxi junto a él.

En aquel momento, el problema era trasladar a Jeff desde el taxi al coche sin llamar la atención. Calle arriba había un hombre regando el césped, y, más allá, una

mujer arrastraba un carrito de la compra. Jeff se dio cuenta de la situación, y volvió a debatirse y a chillar como un loco. Ya antes de que le sacasen del taxi, se puso a gritar:

—¡Socorro! ¡Socorro!

—Sintiéndolo mucho, tendré que hacerle callar —declaró Charlie.

Bajó del vehículo y abrió la puerta trasera. Extendió el brazo, esquivando las patadas de Jeff, y oprimió el pulgar contra un punto determinado de la nuca del joven. Inmediatamente, éste se desmayó.

—Se despertará dentro de un momento —explicó.

Le llevaron al Pontiac entre todos, sin ningún problema. Se puso al volante Ken, mientras Frank y Joe se sentaban detrás, uno a cada lado de Jeff.

—Buena suerte, señor Reed —dijo Charlie.

—Gracias, Charlie. Gracias por todo.

—De nada. Estoy seguro de que el chico se pondrá bien. Bueno, voy a sacar el cacharro de aquí. Puede que alguien se haya fijado en nosotros.

Hizo un gesto de despedida con la mano, subió al taxi y se alejó. Jeff volvió en sí, y se puso a chillar otra vez:

—¡Satán, Satán, Satán!

Extendió las manos y arañó a su padre en la cara. Joe Peterson le agarró los brazos y se los inmovilizó en la espalda. Frank Reed tomó entonces su cartera, sacó de ella las esposas y se las puso a Jeff.

Desde su puesto de observación del aparcamiento, John Morse había visto el desarrollo de la operación perfectamente.

Después, se quedó un rato donde estaba, hasta que vio llegar un coche patrulla. Al parecer, algunos transeúntes que habían visto lo ocurrido habían avisado a la policía.

Vio a los agentes hablando con los diáconos. Éstos se encogían de hombros y hacían gestos negativos con la cabeza. Morse sonrió sarcásticamente. No podía oír lo que decían, naturalmente, pero se lo imaginaba: «Ese chico ha tomado un taxi y se ha ido, sencillamente. ¿Por la fuerza? Nosotros no hemos visto nada de eso. No sabemos nada. No acusamos a nadie de nada. Si esos señores dicen que han visto alguna violencia, puede ser, pero nosotros no hemos visto nada. ¿Que cómo se llama ese muchacho? ¿Dice usted que le metieron a la fuerza en el taxi? Me extraña mucho, agente. No lo entiendo. ¿Que a este chico le sangra la nariz? Le pasa muy a menudo, sin motivo. Y estos días ha estado resfriado. ¿Que cómo se llama el que ha cogido el taxi? Bueno, si se empeña usted, se llama Simeón. ¿Simeón qué? Simeón y nada más, agente. Antes debía de tener un nombre terrenal, pero nosotros no lo sabemos. Es un Alma de Jesús, y se llama Simeón. No sabemos nada más».

Por fin, los policías se marcharon. «Hasta ahora —pensó Morse—, todo ha ido como era de esperar». La secta no iba a hacer ninguna denuncia. Ello implicaría

publicidad no deseada, preguntas, declaraciones... No querían descorrer un velo que ocultaba muchas cosas. Preferían perder un alma de vez en cuando que salir a la luz.

John Morse dejó el aparcamiento y se puso camino hacia el hotel Holiday. Allí debía recoger a Kate Reed y a Cindy. Después se dirigirían todos a Big Bear.

Había llegado el momento de que entrara en acción él.

21

Aquella misma mañana, en San Francisco, el Maestro se disponía a iniciar un día muy atareado.

En primer lugar tenía que desayunar con algunos de sus discípulos en el *Enviado de Dios*, sería una reunión de negocios. Después, protagonizaría un importante programa propagandístico de las ADJ en Winterland, titulado «La tertulia de Jesús», que sería emitido posteriormente para todo el país. Y, finalmente, tenía que almorzar con unos periodistas del *Time Magazine*.

Los discípulos que habían de acudir a la reunión eran Digby, Caswell, Garvey y el productor de todos los programas televisivos de las ADJ: Arthur Ames, de la agencia publicitaria Gordon, Jessamyn, Ames & Alexander. Pero, cuando llevaba el hábito monacal y el cinturón negro distintivo de los discípulos, Ames era simplemente Timoteo.

Examinaron primero las cifras de ventas, controladas por ordenadores electrónicos, de las Brigadas del Señor de las ciento ocho comunidades de todo el país. El resultado total complació al Maestro. Pero la escasez de reclutamientos le enojó.

—¿Qué pasa con el proselitismo? —preguntó, mirando a su director comercial—. ¿Qué es lo que ocurre, Billy?

—Es la competencia, Buford.

—¿La competencia de quién?

—De todas esas iglesias que proliferan por el país como hongos. La mayoría son pequeñas e insignificantes, pero, cada vez que una de ellas hace un converso, nosotros lo perdemos. Y la clientela no es ilimitada. Además, algunas de esas iglesias tienen dirigentes que atraen a los jóvenes porque tienen un cierto carisma. La Madre Prophet, por ejemplo.

—¿Quién?

—La Madre Prophet. Elizabeth Clare Prophet, Es la dirigente y depositaria de la

revelación de la Iglesia Universal y Triunfante. Enseña el uso científico de la energía a través de la palabra, de la oración y de los mantras, y difunde las enseñanzas de los que ella denomina «los nuevos maestros».

—«La Madre Prophet»... —dijo Caswell sonriendo—. Vaya un nombre afortunado para la dirigente de una iglesia, desde el punto de vista de las relaciones públicas. No haría yo pocas cosas con ese nombre...

—A mí me trae sin cuidado la Madre Prophet —declaró Hodges.

—Y no olvides a los muchachos a los que John Morse ha «desprogramado» —dijo Garvey—. Cuando salen en la televisión o en los periódicos, no nos hacen ningún favor. Nos quitan una buena cantidad de posibles conversos.

—No necesitas recordarme a Morse —replicó Hodges—. Sé perfectamente lo que está haciendo.

—Yo insisto en lo que he dicho antes —dijo Digby—. En las iglesias cristianas se ha desarrollado una competencia muy grande últimamente. Utilizan anuncios en la televisión y en los periódicos, pegatinas... En algunas ciudades tienen ese teléfono especial: sólo hay que marcar el nombre de Jesús, J,E,S,U,S, y se ponen al aparato. Y van detrás de gente importante. Una de ellas, por ejemplo, bautizó a Eldridge Cleaver y a su mujer en la piscina que tienen en su local de San Bernardino. A la gente le gustan esas cosas. Y tienen ordenadores, como nosotros. Pero no es sólo eso... —añadió, vacilando.

—¿No? —preguntó Hodges—. ¿Qué más hay?

—Algunos de esos grupos son organizaciones cristianas legítimas, y la gente las considera así. Son movimientos religiosos, no sectas. Tienen por costumbre llevar a sus conversos a las iglesias cristianas de cada localidad. Cada vez que ellos hacen un converso, nosotros lo perdemos, al menos potencialmente.

—Lo cual nos lleva a un punto de relaciones públicas, Buford —dijo Caswell—. Tenemos que cambiar nuestra imagen, buscar maneras de parecer más legítimos.

—Estoy de acuerdo —dijo Hodges—. Tendremos que pensarlo.

—Quizá deberíamos eliminar los hábitos monacales —propuso Caswell—. Los hábitos y todo ese tipo de cosas.

—Es posible —respondió Hodges—. Lo pensaré. Tal vez podríamos hacerlo gradualmente, si lo consideramos necesario. Pero eso es lo que atrae a los muchachos, Dick. El ritual, la cosa exótica.

—No a todos.

—Lo pensaré —repitió Hodges; y, volviéndose a Ames, le preguntó: —¿El programa de esta mañana está preparado, Art?

—Sí. Tenemos el estudio completamente lleno. Sólo queda espacio, para gente de pie. Los asientos estarán ocupados por chicos de las comunidades de California y por miembros de fuera.

—Muy bien —dijo el Maestro—. Muy bien.

—¿Estás seguro de que quieres repetir la historia de tu milagro, Buford?

—Es necesario —respondió el Maestro con decisión—. Tengo que recordarles de vez en cuando que Dios y yo andamos de acuerdo, de perfecto acuerdo.

En el taxi que le llevaba a los estudios de Winterland, el Maestro pensó en lo que se había dicho en la reunión. Su director comercial tenía razón. Buford Joe Hodges había llegado muy lejos, pero no lo bastante aún. En aquellos momentos aspiraba, por encima de todo, a la respetabilidad. Quería que las ADJ fuesen consideradas como un movimiento legítimo, no como una secta cualquiera. Y él, personalmente, quería ser *aceptado*, como eran aceptados otros evangelistas conocidos en todo el país. Quizás era cuestión de buscar la publicidad adecuada. Quizá debían hacer un esfuerzo para hacerse con los nombres realmente importantes, los Pat Boone, los Johnny Cash y gente así. Quizás algún día prescindiría de las comunidades, del pintoresco ritual y de todo lo demás, e integraría a sus fieles en Universidades de Cristo, que formarían la Universidad Nacional de las ADJ.

Pero, antes de emprender todas aquellas reformas, tenía que quitarse de encima al Diablo. De momento, aquello era lo primero y lo más importante.

Los programas especiales de televisión del reverendo Buford Hodges eran de varios tipos.

Éste, «La tertulia de Jesús», empezaba con una serie de películas cortas en las que se mostraba la grandeza de Dios a través de las maravillas de la naturaleza. La música de fondo la constituían varios himnos interpretados por Los Cantores de la Resurrección.

Tras desaparecer el último fotograma, surgió en la pantalla una visión general del estrado, el coro y el público. Como de costumbre, en el ángulo inferior izquierdo, en un círculo, se hizo visible una sonriente joven cuya misión era ir traduciendo al lenguaje de los signos todo lo que se decía en el programa, en atención a los sordos y a los duros de oído. Apareció entonces en la pantalla una solista del coro. Era una bonita joven de frescas mejillas, de largo cabello rubio, que llevaba un largo y ancho vestido de gasa. Su voz era pura y dulce. Entonó un himno, coreada por el resto de los cantores.

Después se vio al Maestro en el estrado, de pie, mirando al público que llenaba el gran estudio.

«Ahora —dijo—, quiero que cada uno de vosotros se vuelva hacia la persona que tiene a su lado y le estreche la mano».

Todos lo hicieron, creando un leve rumor.

«Ahora, decidle a vuestro vecino: “Jesús te ama, y yo también”».

El murmullo que se produjo le demostró que todos le obedecían.

El reverendo Buford Hodges sonrió con benevolencia.

«Bien —dijo—. Hoy voy a hablaros de un milagro. Me ocurrió a mí, y os prometo que se trata de una experiencia increíble que no olvidaréis nunca. Pero,

primero, quiero presentaros a un joven amigo mío. Antes este muchacho tenía un nombre terrenal, pero eso no importa ahora, pues hace poco entregó su alma a Jesús. Ahora se llamaba Amasías, como el valiente capitán de Judá que se consagró a sí mismo y consagró a sus hombres al Señor, según podemos leer en las Crónicas. Amasías quiere dirigiros unas palabras, salidas directamente de su corazón».

Amasías tenía unos dieciocho años; era apuesto y de aspecto pulcro.

«Siempre estuve seguro —comenzó el joven— de que encontraría a Jesús algún día, pero nunca imaginé que le encontraría como a un amigo. Por desgracia, no le encontré hasta hace poco. Mis padres y mis amigos no le conocían, y no podían hablarme de Él.

»Descubrí —continuó Amasías— que Jesús no tiene un sistema de tarjetas de crédito. Su única moneda es el amor. El amor a Dios, el amor al prójimo. Ahora soy feliz, estoy satisfecho, estoy en paz. Ahora estoy en el buen camino hacia el Cielo y la Salvación. Espero que haya jóvenes entre los que me escucháis que estén dispuesto a dar a Jesús una oportunidad, como yo se la di; porque Él os la dará a vosotros, si se lo permitís —abrió los brazos y declaró finalmente: —Os amo a todos. Y Jesús os ama».

Los Cantores de la Resurrección entonaron un animado gospel, con acompañamiento de guitarras, piano y contrabajo. Después, el Maestro se adelantó y dijo: «Os he prometido la narración de un milagro, y ahora vais a oírla. Es el milagro que me ocurrió a mí».

Las luces se hicieron menos intensas, dejando finalmente al Maestro bajo un solo proyector. La intérprete para los sordos seguía en su pequeño círculo iluminado de la esquina de la pantalla.

El Maestro empezó a relatar su milagro. Había ocurrido en las montañas de Tennessee, en el río Holston, en el condado de Hawkins. Por entonces, él era un joven predicador ambulante que iba de pueblo en pueblo, soportando el calor, el frío y las lluvias, predicando la Palabra del Señor allí donde querían escucharle.

Había pasado toda la noche sin dormir en un pueblo llamado Rogersville, dando consuelo espiritual a una mujer enferma, y, por la mañana, decidió seguir camino hasta el condado de Greene, al otro lado del río, para predicar a las gentes de allí. El puente para peatones estaba río arriba y bastante lejos, y él, encontrándose muy cansado, decidió acortar camino atravesando el río por un puente destinado al tren. Se le había advertido de que aquello era peligroso, pero estaba muy cansado y decidió arriesgarse. Además, tenía la íntima convicción de que, dado que estaba trabajando para el Señor, nada malo podía ocurrirle. Durante la noche se había levantado una niebla que no se había disipado al amanecer, de modo que, cuando echó a andar por el puente, sólo veía a un par de metros delante de él.

Entonces, cuando estaba aproximadamente a la mitad, andando de traviesa en traviesa, oyó un ruido terrorífico.

El ruido de un tren que se acercaba.

En aquel momento, mientras el Maestro seguía hablando, comenzó a oírse, por obra y gracia de los efectos especiales, el ruido de un tren en la distancia. La sirena sonaba de modo intermitente, El ruido se iba acercando.

«Oía acercarse el tren —explicaba el Maestro—, y me daba cuenta de que estaba perdido. Sabía que me alcanzaría, porque yo no podía llegar a tiempo al final del puente. Sabía que, a causa de la niebla, el maquinista no me vería basta que fuese demasiado tarde para frenar. No podía tirarme al río, porque el puente estaba muy alto y el lecho del río estaba seco y lleno de rocas... Hermanos y hermanas, os aseguro que creí llegada mí última hora».

El ruido del tren y el de la sirena se iban haciendo más intensos.

«Sabía que aquel tren era un instrumento del que se valía Satán para acabar conmigo. Aquel tren era como el mismo Diablo que se acercase a mí vomitando fuego y humo, deseoso de aplastarme, porque me había atrevido a desafiarle predicando la Palabra del Señor. Sabía que el maquinista que lo conducía había sido, sin saberlo, poseído por el Anticristo, porque seguía avanzando a toda velocidad.

»Y entonces, de pronto, hermanos y hermanas, oí aquella voz. Una voz que me hablaba al oído, pero que no parecía venir de ninguna parte. Me hablaba con expresión dulce y llena de amor. No podía creerlo. “¿Es posible?”, me pregunté. “Dios mío, Dios mío, ¿es posible?”».

El Maestro hizo una pausa. En aquel momento se oyó una voz, que procedía de un lugar indeterminado y que resonó por el estudio. Era grave y fantasmagórica, pero bondadosa. Era la voz de algún actor oculto, algo completamente inesperado. Todos los presentes se irguieron en sus asientos, sorprendidos. Después se dieron cuenta de que el Maestro, con su intuición para el espectáculo, presentaba el milagro en forma de diálogo:

ÁNGEL: El Señor ha escuchado tu plegaria, hijo mío.

MAESTRO (*incrédulo*): ¿El Señor?

ÁNGEL: Es cierto, estás atravesando el valle de la sombra de la muerte. Pero nada temas, pues yo estoy contigo.

MAESTRO: ¿Quién eres? ¿Quién me habla?

ÁNGEL: Soy un ángel del Señor.

MAESTRO: ¡Un ángel!

ÁNGEL: Levántate, hijo mío. Tienes una misión que cumplir.

MAESTRO: Pero si voy a morir...

ÁNGEL: Levántate. El Señor ha ordenado que vivas. Te devuelve no sólo tu alma sino también tu cuerpo. Pues has sido elegido para ejecutar Su voluntad.

MAESTRO (*incrédulo*): ¿Yo?

ÁNGEL: Él te ha elegido a ti de entre las multitudes para que difundas Su palabra.

Te ha devuelto a la vida para que te conviertas en Su enviado. Como tal, poseerás el don divino de la profecía. Tú, antes que nadie, conocerás y anunciarás la venida del Mesías.

MAESTRO: ¿Todo eso?

ÁNGEL: Y más aún. Fundarás tu propia Iglesia, en Su nombre. Y salvarás almas en Su nombre. Así está ordenado, y así será. Y serás ungido, hijo mío; tú y todos los que te sigan en el nombre de Jesús.

El ruido del tren se oía ya muy cerca; se había convertido en un rugido. Se oían el chirrido de las ruedas sobre los raíles y el retumbar de las traviesas.

MAESTRO: Pero la muerte me persigue. ¿Cómo viviré para cumplir el mandato del Señor?

ÁNGEL: Mira ante ti, hijo mío, a tus pies. Ahí hallarás la vida y la Salvación. Recordarás esto siempre, y lo relatarás como un Milagro del Señor.

La voz del ángel calló, y el Maestro siguió hablando, con el estrépito del tren como ruido de fondo.

«Entonces vi lo que el ángel me había indicado. Delante de mí, a un par de metros, vi que en la vía faltaba una traviesa. Alguien la había roto o arrancado. Ello dejaba el espacio justo para que pasase mi cuerpo. Corrí hacia el agujero, me introduje por él y quedé colgado debajo de la vía. Un segundo más y hubiera sido demasiado tarde. El maquinista me había visto, a través de la niebla, e intentaba detener el tren...».

Se oyó entonces un chirlear de frenos, el ruido seco de las ruedas sobre los raíles... y por fin el silencio, que indicaba que el tren se había detenido.

«El tren —siguió explicando el Maestro—, aquel instrumento de Satán, había pasado por encima de mí, y el Señor lo había detenido. Debajo de la traviesa que faltaba había una viga, y, en lugar de caer al lecho del río, pude aferrarme a ella. También en aquello me había ayudado el Señor. Bajaron unos hombres del tren, esperando encontrarme aplastado bajo aquellas crueles ruedas de acero. Pero me vieron agarrado a la viga, y utilizando una cuerda me sacaron de allí. No alcanzaban a entender la tranquilidad que yo mostraba. Porque yo estaba tranquilo, hermanos y hermanas. Estaba tranquilo porque sabía que el Señor me había salvado con sus propias manos, por así decirlo.

»Después, caí de rodillas y recé. Todos me decían que era un milagro que estuviese vivo. El día anterior, un guardavía había examinado aquel puente y no había visto que faltase traviesa alguna. No podían creer que la hubiese quitado el Señor con

Sus propias manos. Decían que era un milagro y yo les dije que sí, que lo que acababan de presenciar era en efecto un milagro. Les conté lo que había ocurrido, y lo que me había dicho el ángel. Y muchos de los presentes se quitaron el sombrero y escucharon en respetuoso silencio lo que yo decía, y creyeron.

»Así ocurrió el milagro, hermanos y hermanas. Y, como sabéis, desde aquel momento, he intentado cumplir en todo el mandato del Señor».

El Maestro calló un momento. Esperó a que Los Cantores de la Resurrección empezasen a entonar, muy bajo, un gospel, como música de fondo, y entonces levantó los brazos en un gesto teatral.

«Hermanos y hermanas, poneos en pie en el nombre del Señor. Inclina la cabeza y orad como yo lo hice, si queréis salvar vuestras almas».

A continuación vino la habitual petición de limosnas, que la iglesia necesitaba angustiosamente, entre otras cosas, para construir la proyectada iglesia principal y centro administrativo de las ADJ, un elevado edificio que tendría forma de cruz y que se construiría en un lugar elevado de las montañas de San Bernardino, o quizás en Florida, cerca de Disneyland. De noche, estaría brillantemente iluminado, para que fuese visto desde varios kilómetros a la redonda.

Más tarde, en el camerino, el Maestro se quedó a solas con el productor. Mientras se quitaba el maquillaje ante el espejo, le preguntó a Ames:

—¿Qué te ha parecido, Arthur?

—Estupendo, Buford. Lo has hecho mejor que nunca.

—He estado pensando en la secuencia del milagro.

—¿Sí?

—¿No es un poco exagerada?

—No —respondió Ames—. Hasta ahora, ha resultado muy bien. A la gente le encanta. A ellos les proporciona una experiencia mística, y a ti te proporciona una línea directa con Dios.

—Sí, pero creo que de ahora en adelante habremos de elevar el nivel de los programas.

—¿En qué aspecto?

—No sé, deberíamos hacerlos más profundos, más serios. Suprimir los números espectaculares. Hacerlo todo más sencillo, más espontáneo.

—Te olvidas de una cosa, Buford —le advirtió Ames—. Es verdad que la gente quiere ser informada, que quiere seriedad. Pero también quiere evasión. La televisión es ante todo un espectáculo.

—Ya lo sé —replicó el Maestro, impaciente—. Pero pensemos en ello de todos modos. Pensemos en renovar algunas cosas. Las ADJ están en el primer puesto, y si queremos que siga en él tenemos que ofrecer cosas nuevas de vez en cuando.

El almuerzo con los periodistas del *Time* tenía lugar en la Redwood Room del hotel Clift.

El lugar había sido elegido por Buford Hodges. En un principio, los periodistas querían entrevistarle a bordo del *Enviado de Dios*, pero el reverendo se había opuesto a ello. Consideraba que las primeras impresiones eran importantes, y no quería que la primera imagen que tuviesen de él fuese la de un hombre con hábito y capucha. Por más objetivos que pretendiesen ser, ello les haría catalogarle inconscientemente como un personaje extravagante. Y verían a las ADJ de la misma manera.

Los periodistas que iban a realizar el reportaje eran cuatro. Un jefe de redacción, Henry Bedell, responsable de todo el trabajo; un articulista, Michael Alien; una secretaria de redacción, Amanda Tompkins, que llevaba unas enormes gafas y recogía la conversación en taquigrafía, en lugar de usar un magnetofón; y un director artístico llamado Giorgio Favio, cuya misión era la de observar al reverendo Hodges y dar ideas que otro grafista pudiese usar en la portada.

Los cuatro habían asistido al programa, y declararon cautelosamente que les había parecido muy interesante. No le preguntaron nada acerca de la autenticidad del milagro. Los milagros eran algo en lo que se creía o no se creía. Estaba claro que ellos no creían en milagros, pero ello no preocupaba en absoluto a Buford Hodges. Se daba cuenta de que le observaban estrechamente, y con curiosidad. Pero ya les había tomado la medida, y se veía capaz de enfrentarse a todos ellos. Era consciente de que Alien le era hostil, de que ya le había juzgado de antemano. Pero esperaba responder airoso a cualquier pregunta que le formularan, él o los demás.

Dirigía la entrevista el jefe de redacción, Bedell, y Alien, el articulista, intervenía de vez en cuando. El director artístico no decía nada; parecía estar garabateando, pero lo que hacía en realidad era tomar un apunte tras otro de Buford Hodges. Los dedos de Amanda Tompkins volaban sobre el papel, recogiendo la entrevista:

BEDELL: Reverendo Hodges, quiero ser claro y sincero con usted. Deseamos ser tan objetivos como podamos. Pero la verdad es que vamos a hacerle algunas preguntas incisivas.

REV. HODGES: Pregunten todo lo que ustedes quieran.

BEDELL: Son preguntas que se hace mucha gente. Algunas tal vez puedan parecerle ofensivas.

REV. HODGES: No me cogerán por sorpresa. No soy el primer dirigente religioso de este mundo a quien se calumnia. Recuerde un importante ejemplo, que usted conocerá sin duda...

BEDELL: Actualmente, la secta que usted dirige es muy numerosa, quizá la más

numerosa del país...

REV. HODGES: Mire, ya ha hecho usted una afirmación que me parece ofensiva, señor Bedell.

BEDELL: ¿Ah, sí?

REV. HODGES: Las Almas de Jesús no son una secta. Son una iglesia.

ALLEN: Perdona, reverendo, pero la idea generalizada...

REV. HODGES: La palabra «secta» es inadecuada, señor Allen. ¿Qué entiende usted exactamente por «secta»?

ALLEN: Pues... déjeme pensarlo un momento.

REV. HODGES: Piénselo.

ALLEN: Yo diría que una secta, una secta religiosa, es un pequeño grupo de personas que rompe con una religión establecida y crea la suya propia. Esta nueva religión tiene algo de exótico, de místico; incluye rituales extraños... Y no es del todo legítima a los ojos de la opinión pública.

REV. HODGES: Así pues, sobre la base de lo que usted ha dicho, Jesús fundó una secta cuando rompió con la religión establecida. A Él sólo le seguía un grupo de discípulos. ¿Diría usted que el cristianismo es una secta?

ALLEN: No, claro que no.

REV. HODGES: ¿Y Joseph Smith, el fundador del mormonismo? Se le consideraba un fanático, y fue tiroteado por la gente en Illinois. ¿Y Mary Baker Eddy, la fundadora de la Ciencia Cristiana? Fue tachada de farsante y de loca. Y los cuáqueros eran considerados como una secta de chiflados, y en Europa se les persiguió duramente.

BEDELL: Creo que en este punto tiene usted su parte de razón, reverendo Hodges.

REV. HODGES: Ya lo creo que la tengo.

BEDELL: Lo que usted dice es que, aunque todas ellas empezaron como sectas, hoy son reconocidas como religiones respetables. Simplemente porque existen desde hace tiempo, y la gente se ha acostumbrado a ellas.

REV. HODGES: Exactamente. Y ése es el caso de las Almas de Jesús. Nos llamen como nos llamen, somos, sencillamente, una nueva iglesia cristiana que se ha apartado de la iglesia establecida. Somos heterodoxos, desde luego, pero repito que constituimos una iglesia.

BEDELL: Reverendo Hodges, existe la impresión generalizada de que ustedes hacen prosélitos, les obligan a ingresar en sus comunidades y después se apoderan de sus mentes. Se dice, en definitiva, que les lavan el cerebro. ¿Es eso cierto?

REV. HODGES: Esperaba esa pregunta.

BEDELL: Y, ¿puede usted contestarla?

REV. HODGES: Desde luego. Puedo contestar, y contestar afirmativamente. Sí, nosotros lavamos el cerebro a nuestros muchachos. Limpiamos sus cerebros de la mentira, de la codicia, de los falsos valores que se les ha inculcado en una sociedad

corrompida. Limpiamos sus cerebros del odio y del materialismo, y les enseñamos a amarse unos a otros y a amar a Dios.

ALLEN: Así es como usted lo ve, reverendo.

REV. HODGES: Así es como lo ven todas las iglesias. Todas las religiones lavan el cerebro a sus jóvenes a fin de inculcarles un dogma. Su religión lo hace también, señor Allen. La Iglesia Católica lo hace, casi desde el nacimiento del niño. Lo hacen *todas* las iglesias. ¿Por qué nosotros habríamos de ser diferentes? ¿Por qué se nos ha de acusar sólo a nosotros?

BEDELL: Reverendo, se dice que las ADJ son en realidad una empresa de veinte o treinta millones de dólares. ¿Es eso cierto?

REV. HODGES: No lo sé. Yo no me ocupo de esos asuntos terrenales; los dejo en manos de otros. Pero puedo asegurarles que esa cifra es completamente absurda; es una exageración delirante.

BEDELL: ¿No tiene usted nada más que decir al respecto?

REV. HODGES: Sólo puedo añadir que cada dólar que nos llega se destina a los gastos de la iglesia.

ALLEN: Sus Brigadas del Señor recogen dinero para orfanatos y asilos que al parecer no existen. ¿Cómo explica usted eso?

REV. HODGES: Existirán pronto. Los planos están terminados. Si quieren ustedes verlos, puedo enseñárselos. Vamos a empezar las obras tan pronto como podamos financiarlas.

ALLEN: Una pregunta personal, reverendo.

REV. HODGES: ¿Sí?

ALLEN: No quisiera ofenderle...

REV. HODGES: Si me siento ofendido, se lo diré.

ALLEN: Da la impresión de que, para ser un dirigente espiritual, vive usted muy bien. ¿Cómo armoniza usted eso con el hecho de ser... el «Enviado» de Cristo, que debería ser un hombre ascético, de costumbres sencillas?

REV. HODGES: Nadie ha dicho nunca que el dirigente de una iglesia tenga que vivir como un mendigo. Salomón y los demás reyes de Israel vivieron rodeados de esplendor. Recuerde al papa, la forma en que vive. Nadie diría que el Vaticano es una barraca, ¿no cree? Y los cardenales y los obispos tampoco viven con demasiada sencillez. Piense en los otros evangelistas, los que ve usted en la televisión. Adondequiera que vayan, van en primera clase. ¿Por qué no habría de hacerlo yo? Al propio Dios le parece bien que así sea. Lo dice la Biblia.

BEDELL: ¿Ah, sí? ¿Dónde?

REV. HODGES: ¿Conoce usted la Biblia, señor Bedell?

BEDELL: Muy poco, si he de serle sincero.

REV. HODGES: En el Libro de Job, en el pasaje en que Dios da instrucciones a Job, a quien ha tomado a su servicio, se dice: «Adórnate, pues, de gloria y majestad,

revístete de magnificencia y esplendor». Puede usted comprobarlo en Job 40,10.

ALLEN: Y, por lo visto, usted interpreta ese pasaje como significando la posesión de un yate, de un reactor particular y de otras cosas de ese tipo.

REV. HODGES: Lo interpreto tal como lo leo en la Biblia.

ALLEN: Volviendo a la diferencia entre una secta y una iglesia...

REV. HODGES: Diga usted.

ALLEN: ¿Cómo calificaría usted a la Iglesia de la Unificación del doctor Moon? ¿O a la de Hare Krishna? Esos dos movimientos se llaman a sí mismos religiones, iglesias. ¿Son esencialmente diferentes de sus Almas de Jesús?

REV. HODGES: ¿Lo dice usted en serio?

ALLEN: Sí, desde luego.

REV. HODGES: La simple comparación de nuestra iglesia con esos grupos es un insulto. Las Almas de Jesús son una religión cristiana. Una religión totalmente norteamericana, además. Esas organizaciones que usted me ha citado están dirigidas por extranjeros, por orientales; éstos sí que son grupos de chiflados. Son como dos bromas ideadas por Satán a fin de ridiculizar todas las religiones y confundir a las gentes. E infunden a sus secuaces unas ideas increíbles. ¿Saben ustedes cómo recibieron los Krishnas a su *sioami* una vez que éste llegó a Frankfurt?

BEDELL: No. ¿Cómo?

REV. HODGES: Sus fieles se tendieron en el suelo, boca abajo, ante él. Después le lavaron los pies con agua de rosas, le abanicaron con un abanico de plumas de pavo real y le ofrecieron mazapán. Después tocaron cuernos y tambores, y bailaron a su alrededor gritando: «¡Hare Krishna!». Ahora bien, eso es lo que yo considero extravagante, señores, extravagante y demencial.

BEDELL: En estos últimos meses, reverendo Hodges, se viene hablando bastante de aquellos casos en que los padres han arrancado a sus hijos de las ADJ y después les han «desprogramado».

REV. HODGES: ¿Sí? ¿Y qué?

BEDELL: ¿Eso no le preocupa?

REV. HODGES: Pues no, francamente no. Si bien se mira, su actitud es muy hipócrita. Esos padres nos acusan de «programar» a sus hijos. Y, ¿qué es lo que hacen ellos? Pagan a un «desprogramador» para que haga exactamente lo mismo.

ALLEN: Tal vez tengan buenas razones...

REV. HODGES: Ah, yo no niego que lo hagan con buena intención, señor Allen. Pero se equivocan. Por otra parte, el hecho de que unos padres quieran apartar a su hijo de alguna religión no es nada nuevo. Viene ocurriendo desde hace siglos. Ustedes mismos, en el *Time*, lo han criticado.

BEDELL: ¿Nosotros?

REV. HODGES: Sí. Aquí mismo tengo el artículo.

Amanda Tompkins dejó la pluma un momento, mientras el reverendo Hodges se llevaba la mano al bolsillo interior de la americana y sacaba de la cartera un amarillento recorte. Amanda se alegró de la breve interrupción, porque ya le dolían los dedos. Observó un momento a Hodges: éste, sonriente, seguro de sí mismo, les iba mirando a todos.

—No sé de quién es el artículo —dijo—. Pero, en mi opinión, puso el dedo en la llaga. ¿Quieren que se lo lea? Es muy corto.

—Sí, por favor —respondió Bedell.

El reverendo Hodges se puso unas gafas y empezó a leer el artículo, saboreando cada palabra como si fuese un bocado delicioso:

—«El secuestro por parte de los propios padres no es ciertamente ninguna novedad en los anales de la religión. La familia de Santa Clara trató de hacerla volver por la fuerza cuando ella huyó de su casa para unirse al grupo de piadosos mendicantes del que formaba parte San Francisco de Asís. Cuenta la leyenda que la familia de Santo Tomás de Aquino le encerró en una habitación en compañía de una prostituta para disuadirle de su intención de ingresar en la orden dominicana. Pero el sistema de “desprogramación” que practican los actuales raptos de almas —Hodges leía ahora con especial placer— tiene toda la sospechosa apariencia de ser la versión religiosa de la técnica Ludovico, el destructivo tratamiento aplicado a Alex, el antihéroe de *La naranja mecánica*, de Anthony Burgess. Dicho tratamiento tenía por objeto hacer a Alex aceptable en la sociedad librándole de su violencia sadosexual, pero en el proceso Alex perdió su libertad».

Volvió a doblar el papel y sonrió.

—Bien, señores —dijo—, ¿qué les ha parecido?

—Muy interesante —respondió Bedell—. ¿De cuándo es?

—De principios de mil novecientos setenta y tres...

En aquel momento, fueron interrumpidos por un camarero que entró y anunció que llamaban por teléfono al reverendo Hodges. Éste se excusó y siguió al empleado que le acompañó a una cabina. La llamada era de Caswell.

—¿Sí, Dick? ¿Qué pasa?

—Buford, ese tipo nos la ha jugado otra vez.

—¿Morse?

—¿Quién, si no?

—¿Dónde ha sido, y cuándo?

—Hace un rato. En el aeropuerto internacional de Los Ángeles. Se han llevado a un neófito de Astarot. Hay que reconocer que han hecho un trabajo perfecto. El prior Nehemías te ha telefoneado al barco. Le han dicho que no estabas y me ha llamado a mí. He creído que era lo bastante grave como para interrumpirte. ¿Cómo te va con la gente del *Time*?

—Muy bien.

—Tendrías que haberme dejado ir contigo. A la menor ocasión que les des, se echarán sobre ti como buitres.

—Mira, Dick, yo sé cuidarme solo —replicó Hodges nervioso—. ¿Cómo se llama ese chico al que se ha llevado Morse?

—Simeón.

—¡Su nombre verdadero, coño!

—Jeff Reed. Es de Santa Bárbara.

Buford Hodges calló unos momentos. Reflexionaba profundamente. Y entonces llegó a una decisión importante. Una decisión que llevaba unos meses madurando.

—Dick, quiero que se encuentre a ese muchacho.

—Eso será difícil, Buford. Morse le tiene escondido, y no le dejará salir del escondite hasta que haya trabajado sobre él. Y entonces...

—Oye, Dick, ya sé lo que va a hacer Morse. Sé que lo más probable es que no demos con ese muchacho hasta después de que Morse le haya lavado el cerebro. Pero eso no me importa. Quiero que encontréis al chico aunque tengáis que recurrir a una agencia de detectives.

—¿Qué piensas hacer, Buford?

—Enfrentarme con Morse. Ya ha llegado a fastidiarme demasiado, y estoy harto. Pienso acabar con él definitivamente.

—¿Cómo?

—Eso ya te lo diré más adelante.

—Y, ¿qué tiene que ver con eso ese muchacho, Jeff Reed?

—Ese muchacho es mi arma secreta, Dick —explicó Hodges riendo—. Por eso quiero que le encontréis. Y de prisa.

Mientras el reverendo Hodges hablaba por teléfono, los reporteros del *Time* se tomaron el café y se miraron unos a otros. Después, Bedell preguntó:

—Bueno, ¿qué os parece el personaje?

—Es un farsante —respondió Allen—. Un charlatán de primera categoría.

—Pero está bien informado —dijo Bedell—. Y has de reconocer que además de carisma tiene inteligencia.

—Ah, eso sí —dijo Allen—. No ha querido citarnos en su yate ni dejarnos ver una de sus comunidades. Y se dedica a crearse una imagen respetable. Nos recibe todo endomingado, en un buen restaurante, abandona los numeritos de predicador y habla de la historia de la religión en tono amable y doctoral.

—Es verdad —dijo Bedell—. En la televisión es un hombre completamente distinto.

—Yo creo que, por encima de todo, es un político —dijo Allen—. Sabe cambiar de aspecto en cada ocasión. Y lo hace con habilidad. ¿Tú qué dices, Amanda? Todavía no has abierto la boca. ¿Qué te parece «su divinidad»?

Ella les miró a todos a través de sus grandes gafas.

—Lo que voy a decir no os lo creeréis —declaró.

—Bueno, tú dilo.

—No tiene solamente carisma. Tiene sexy.

Todos se la quedaron mirando.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Allen.

—Sí. El atractivo sexual es algo que se puede percibir. El reverendo Buford Hodges es un hombre muy sexy. Me recuerda a Merle, un personaje de aquel programa de televisión, «Mary Hartman, Mary Hartman». El evangelista, no sé si os acordáis, el que deseaba a todas las chicas. A veces, lo que atrae a las mujeres es el poder; otras, el dinero. Hodges tiene algo diferente, algo que intriga a las mujeres. A mí me intriga, por lo menos. Puede ser una simple tontería femenina.

—¿Qué es ese algo diferente?

—Ese hombre es el dirigente de una religión. Le llaman «su divinidad». Ya sé que parece una bobada, pero las mujeres fantasean acerca de cómo sería acostarse con algunos hombres. Pues bien, quizá las mujeres se preguntan cuán divino sería «su divinidad» en la cama. Simple curiosidad. ¿Lo entendéis?

—Pues no —dijo Allen.

Bedell se volvió hacia el dibujante.

—Giorgio, tú tampoco has dicho nada. No has hecho más que garabatear. ¿Qué opinas tú?

En lugar de hablar, Favio tomó uno de los dibujos que había hecho y lo levantó para que pudiesen verlo. Era el reverendo Hodges vestido de hábito y capucha. Llevaba una Biblia colgada al cuello. Miraba al cielo, elevando los brazos en una actitud de súplica. En la mano izquierda sostenía una cruz, y, en la derecha, una faja de billetes.

—¿Qué os parece? —dijo, sonriendo.

Todos lo miraron unos momentos. Después, Allen dijo:

—Sería una portada magnífica.

—Sí —dijo Bedell tristemente—, es verdad. Si los de la dirección se atreviesen a publicarla.

23

Durante un rato, mientras circulaban por la autopista 10 en dirección a San Bernardino, Jeff Reed continuó debatiéndose y gritando. Trataba de golpear las ventanillas para atraer la atención de los demás automovilistas sobre sus manos

esposadas, Seguía poniendo toda su fuerza en el empeño, de modo que su padre y su hermano tenían que luchar con él constantemente. Cuando alguien se fijaba en ellos, Frank y Ken sonreían y agitaban las manos, dando a entender que sólo estaban jugando; las personas en cuestión les sonreían también y seguían su camino.

Joe Peterson iba al volante, y Reed le advirtió:

—Conduce con cuidado, muchacho. Vigila la velocidad. Procura no cambiar de carril sin motivo. No podemos darle a la policía la más mínima razón para pararnos.

Jeff no dejaba de acusarles e insultarles.

—¡Sois unos cabrones! ¡Os costará caro lo que estáis haciendo! Ya lo veréis. ¡Estáis trabajando para Satán, y Jesús os castigará como merecéis!

Por fin, Reed le dijo:

—Vamos, Jeff, cálmate.

—¡Yo no me llamo Jeff, hijo de puta! ¡Me llamo Simeón! ¡Déjame marchar! ¿No me oyes? ¡Déjame marchar!

—No, hijo. Tú vienes con nosotros.

—¿Tú me llamas hijo? —le espetó Jeff—. Yo no soy tu hijo. Tú sólo eres un mierda que te tiraste a mi madre para tenerme. Ella se abrió de piernas y te dejó metérsela, y por eso me llamáis hijo. Pero yo nunca he sido vuestro de verdad. Y ahora tengo otro padre.

Ken y Joe oyeron atónitos aquella parrafada. Frank Reed se puso muy pálido, y apretó el puño. Sintió deseos de aplastarle la cara a Jeff, de retorcerle el cuello hasta hacerle gritar, y después abrirle la boca y llenársela de jabón. Tenía náuseas, y ganas de vomitar. Tardó un poco en tranquilizarse, pero lo consiguió. Morse le había dicho que no debía hacer caso de ningún insulto; le había explicado que su hijo estaba enfermo, mentalmente enfermo, y que no era responsable de sus actos ni de sus palabras.

Entonces, Jeff comenzó a insultar a Ken y Joe.

—¡Y vosotros, vaya un par de cerdos! Yo pensaba que erais amigos míos...

—Y lo somos —replicó Joe—. Estás equivocado, Jeff. Esa gente te ha comido el coco...

—¡Qué burro eres, Joe! Eres un imbécil de mierda. No tienes idea de lo que dices —hizo una pausa, y añadió: —«La boca de un estúpido es su ruina, y sus labios son la perdición de su alma».

Sorprendido, Ken se quedó mirando a su hermano. Jeff había hablado como un autómatas, como recitando las palabras de memoria.

—¿Qué has dicho? —le preguntó.

—He citado unas palabras de la Biblia, el único libro verdadero. Del Libro de los Proverbios, estúpido. Y también tengo una cita para ti, Ken: «Un hijo estúpido es la desgracia de su padre, y es aflicción para aquella que lo concibió». También de los Proverbios. Pero tú no lees la Biblia, ¿verdad, Ken? Tú estás muy ocupado en Stanford estudiando todas esas porquerías, paseándote en tu coche, tirándote a todas

las tías, viviendo en la lujuria. Entregando tu alma a Satán.

Ken no dijo nada. Sabía que era inútil hablar con su hermano. Jeff, agotado, se recostó en el asiento, y permaneció en silencio durante un rato. Frank le observó disimuladamente. Le parecía imposible que aquel muchacho que iba sentado entre Ken y él, con las manos esposadas como un vulgar delincuente, pudiese ser su hijo. Tenía la cara y el cuerpo de su hijo, pero nada más. De hecho, Frank había llegado a convencerse ya de que Jeff estaba demasiado enfermo para recuperarse. Dudaba que John Morse pudiese recomponer aquella mente, por hábil que fuese. Y pensó de nuevo: «Este muchacho no es mi hijo. Es un monstruo. Humano, sí, pero monstruoso. Un robot».

Al cabo de un rato, Jeff se volvió y miró a su padre. En aquel momento, inesperadamente, parecía tranquilo, lúcido. En aquel momento les recordó a todos al Jeff Reed que habían conocido.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó tranquilamente.

—Ya lo verás cuando lleguemos.

—No hace falta, ya lo sé. Me lleváis a hablar con él.

—¿Con quién?

—Con el Diablo —nadie le respondió, y él siguió hablando, sin alterarse—. Ya nos han avisado de que podemos ser secuestrados y llevados a la presencia de Satán. Se nos ha advertido de que Satán intentará hablar con nosotros y apartar nuestras almas de Dios. Pero yo no tengo miedo —aseguró, sonriendo tranquilamente—. Porque ahora mi alma pertenece a Jesús. «Quien deposita su confianza en el Señor estará a salvo. El Señor es un escudo para quienes tienen fe en ÉL».

—Hijo —dijo Reed—, todo lo que hacemos es por tu bien.

Jeff le miró con ojos llameantes.

—Te he dicho que no vuelvas a llamarme hijo...

Y volvió a quedarse callado. Poco después de San Bernardino, cerca de Fontana, vieron un letrero que anunciaba la proximidad de una zona de descanso.

—Tendréis que parar un momento —le dijo Jeff a su padre.

—¿Por qué?

—Tengo que ir al lavabo.

Frank lo pensó un instante. No tenía ningún deseo de parar. Ello podría traer complicaciones.

—Espera a que hayamos llegado.

—Es que no puedo esperar. Tengo unos retortijones terribles —explicó con una leve sonrisa—. Si no voy al lavabo, vamos a morir asfixiados aquí dentro, porque la peste será considerable...

Otra vez parecía tranquilo y completamente lúcido. Y hablaba sin alterarse. Joe volvió la cabeza e interrogó a Frank con la mirada. Reed asintió, y Joe llevó el coche al carril de la derecha y después al estacionamiento de la zona de descanso.

El edificio era de ladrillo y estaba en el centro de una explanada cubierta de

césped. Había también una especie de patio con tejado, para proporcionar un poco de sombra, una fuente de agua potable y, en un soporte acristalado, un mapa de la región y algunas notas sobre su historia. El lugar estaba relativamente solitario. En un camión, el conductor dormitaba apoyado en el volante. Los ocupantes de un automóvil, una mujer y dos niños, estaban sentados en la hierba, descansando, mirando el paso de los coches por la cercana autopista.

—Tú, Joe, nos esperas en el coche —dijo Reed—. No te muevas del volante. Ken y yo acompañaremos a Jeff.

Jeff alzó las manos, mostrándole las esposas.

—Y esto, ¿qué?

—¿Qué quieres decir?

—Ya te he dicho que tenía que ir al water. ¿Cómo voy a bajarme los pantalones y sentarme en la taza llevando esto? ¿Y cómo voy a limpiarme el culo? ¿O quieres limpiármelo tú, papá —dijo sonriendo burlescamente—, como lo hacíais mamá y tú cuando era pequeñito? Además, si esa gente me ve con esposas, pueden extrañarse. ¿No has pensado en eso, imbécil?

Una vez más, Frank Reed logró dominar su cólera. Viendo que Jeff tenía su parte de razón, sacó la llave y le abrió las esposas.

—Pero no te olvides de que Ken y yo vamos contigo —le advirtió—. No hagas tonterías.

—Oye, que tengo prisa —replicó Jeff—. Vamos de una vez.

Bajaron del coche. Ken y su padre le agarraban de los brazos, con tanto disimulo como podían. Reed se detuvo un momento para observar el edificio. Éste no tenía ninguna ventana por la que Jeff pudiese huir. Le soltaron para que entrase y se quedaron junto a la puerta.

Ocurrió tan rápidamente que fueron incapaces de reaccionar a tiempo. Esperaban que Jeff se quedaría un rato dentro, y, automáticamente, se habían relajado un poco en cuanto se apostaron junto a la entrada. Pero el muchacho les cogió por sorpresa: un instante después de entrar, dio media vuelta y salió a toda velocidad. Pasó entre los dos hombres, empujándoles, y siguió corriendo.

Fueron tras él. Jeff había perdido peso; estaba desnutrido y en baja forma. Ken adelantó en seguida a su padre; sus largas piernas de atleta fueron reduciendo la distancia que le separaba de su hermano, hasta que le alcanzó. Al final del aparcamiento se le echó encima, y empezaron a forcejear. Jeff gritaba con todas sus fuerzas.

Frank llegó a donde estaban. Había visto que la mujer y los dos niños les miraban con curiosidad. Como Jeff no dejaba de gritar, Frank se decidió a darle un puñetazo en la mandíbula, lo que le hizo perder el conocimiento. Entretanto, Joe Peterson, que se había dado cuenta en seguida de la situación, puso en marcha el Pontiac y lo llevó hasta donde estaban los tres hombres. Ken y Frank metieron al muchacho en el asiento trasero, y Joe condujo el coche rápidamente hacia la autopista.

No tenían idea de lo que había visto la mujer, ni mucho menos de lo que haría. Era posible que telefonease a la policía del estado diciendo que había visto a unos hombres peleando. Pero también era posible, y más probable, que no lo hiciese, pensó Reed. La gente siempre reaccionaba igual: no quería verse mezclada en nada si podía evitarlo. En ocasiones así, todo el mundo era ciego, sordo y mudo. Frank deseó fervientemente que fuese de aquel modo en el caso de aquella mujer. Lo peor que podía ocurrirles en aquellos momentos era que apareciese un testigo del secuestro. O que se les acercase un policía del estado y les hiciese detenerse.

Miró a Jeff. Su hijo seguía sin sentido, inerte. Iba sentado entre ellos y su cabeza se balanceaba de un lado a otro. Reed se frotó los nudillos de la mano derecha. Estaba dolido. Había tenido que pegar a su hijo, y en aquel momento se sentía mal; se sentía culpable. Hacía muchos años que no pegaba a Jeff. Pensó que, más adelante, su hijo lo comprendería y le perdonaría. Sí alguna vez volvía a ser el que era.

Cuando llegaron a la casa de Big Bear, encerraron a Jeff en uno de los dormitorios del primer piso. Mantenerle apartado de la planta baja era una precaución elemental, pues con ello le imposibilitaban una de las formas de huida. Después taparon con tablas todas las ventanas de la casa, incluyendo las de los dos cuartos de baño. Morse les había dicho que, en tres o cuatro ocasiones, jóvenes desesperados habían tratado de huir saltando por la ventana.

Por la tarde llegó Morse acompañado de Cindy y de Kate Reed. Habían pasado por un supermercado, y el portaequipajes del coche alquilado por Morse estaba repleto de bolsas de papel marrón llenas a rebosar de pan, bollos, queso, filetes, fiambres, pollos, cereales, azúcar, café, pilas de platos de cartón y servilletas de papel. Todo ello venía a añadirse a las latas que ya habían comprado.

Metieron las bolsas en la casa, y las dos mujeres empezaron a guardar la comida. Desconcertado, Reed le dijo a Morse:

—Aquí hay comida para un mes...

—Sí, así es.

—¿Es posible que pasemos aquí tanto tiempo?

—No. Lo más probable es que podamos enderezar a Jeff en un par de días. En una semana, todo lo más.

—Entonces, ¿para qué tanta comida?

—Es un truco para asustar a su hijo.

—No entiendo.

—Cuando Jeff vea toda esa comida, pensará que estamos dispuestos a pasarnos aquí un mes, si hace falta. Eso es exactamente lo que quiero que piense.

Kate y Cindy improvisaron rápidamente una cena fría, y luego Kate se puso a preparar unos bocadillos para Jeff, que seguía encerrado en el dormitorio. Pero Morse la detuvo.

—Lo siento, señora Reed, pero su hijo no puede cenar.

—Pero si no creo que haya comido nada desde esta mañana... —protestó ella—. Debe de estar muerto de hambre.

—Eso es bueno —dijo Morse—. Cuanta más hambre tenga, mejor.

—Oiga —dijo ella—, yo no sé qué va a hacer usted con él, pero no veo de qué puede servir el tenerle hambriento. Ya está bastante flaco —añadió, preocupada—. Ha perdido unos cinco kilos desde que se metió en ese lugar...

—Señora Reed, quiero hacer las cosas a mi manera.

—Está bien —dijo ella.

—Además —dijo Morse con una amarga sonrisa—, Jeff tampoco se comería esos bocadillos.

—¿Por qué no?

—Porque tienen carne. Y los buenos miembros de las ADJ son estrictamente vegetarianos.

Cuando se hubieron lavado los platos, John Morse les dio sus instrucciones a todos.

—En primer lugar, recuerden que el Jeff Reed a quien tenemos arriba es una persona a la que no conocen. Es alguien totalmente diferente, por ahora al menos. Todos ustedes han tenido ocasión de darse cuenta de ello. En Astarot se ha programado a Jeff, se le ha lavado el cerebro. Como puede explicarles Cindy, esa gente hace pasar hambre a sus prosélitos, les impide dormir, les hace sentarse en el suelo, no les da ni un momento de reposo. ¿No es así, Cindy?

—Ya lo creo —respondió Cindy—. Nos repetían continuamente citas de la Biblia, y ponían por los altavoces cintas con frases del Maestro, día y noche. Y había grupos de estudio de la Biblia, y discusiones sobre la Biblia, broncas y sermones. No se oye más que Jesús, Jesús, Jesús te ama, y al final uno está tan agotado y tan muerto de hambre que no puede aguantarlo más. Pero ellos siguen y siguen insistiendo, hasta que no es posible sino ceder...

—Muy bien —dijo Morse—. Ya tienen una idea de cómo esa gente programa a un neófito. Ahora, para desprogramar a Jeff, yo tengo que hacer lo mismo pero en sentido inverso. Tengo que lavarle el cerebro para que vuelva a la realidad. Empleando las mismas técnicas, los mismos métodos que ellos. Tengo que usar fuego para luchar contra el fuego.

Kate Reed había palidecido un poco.

—¿No podrá comer nada? —preguntó—. ¿Ni dormir?

—Yo no he dicho tanto. Pero debe comer y dormir lo mínimo indispensable para subsistir. Es necesario que lo pase mal.

—Pero eso es una crueldad...

—Sí. Desgraciadamente, es el único método que hay.

—Jeff es muy testarudo —dijo Reed—. ¿Está seguro de que podrá doblegarle?

—Creo que sí —dijo Morse tranquilamente—. Creo que no está totalmente loco,

que no le han convertido en un psicópata. Haré lo que pueda para llegar a él. Eso puede tardar, según lo resistente que sea el chico y según el grado en que se hayan apoderado de su mente. Les pido a todos que tengan paciencia.

Explicó después que él no se entrevistaría con Jeff aquella primera noche, pues convenía que se hiciese a la idea de que era su familia la que le tenía prisionero, y no él.

—Si entrase a verle ahora —explicó—, se asustaría terriblemente, quizás hasta el punto de hacer alguna locura, de suicidarse incluso. En todas las comunidades de las ADJ se me hace una gran propaganda, y se me presenta como el mismísimo Satanás encarnado, el padre de todos los demonios. Les dicen a los chicos que les torturaré, que les quemaré en el vientre con cigarrillos encendidos, que les dejaré ciegos, y que finalmente les mataré. Y a las chicas les dicen que las violaré, que las obligaré a cometer todo tipo de actos indecentes, y que después les cortaré los pechos y las estrangularé. No les basta pintarme con cuernos, cola y horquilla; además tengo que ser el peor de los monstruos. Por eso, si Jeff ve que está con él su familia, sus amigos, se tranquilizará. Y entenderá que ustedes no me permitirán que le haga daño, que sólo quiero hablar con él.

—¿Podemos verle? —preguntó Cindy.

—A eso iba —dijo Morse—. Quiero que todos ustedes suban a verle esta noche. No todos a la vez, sino de uno en uno. Quiero que se turnen para estar con él toda la noche, de modo que no pueda dormir. Háblenle, y díganle lo que quieran. Díganle que le quieren, que le echan de menos, que quieren volver a vivir con él. Desde luego, no podrán comunicarse realmente con él. Pero puede que le causen una pequeña impresión. Por lo menos, estará algo más tranquilo cuando me vea a mí.

—¿Y si intenta escapar mientras uno de nosotros abre la puerta? —preguntó Reed.

—Sí, podría intentarlo —contestó Morse—. Pero nosotros se lo vamos a impedir.

—¿Cómo?

—Pues, supongamos que entra Cindy la primera. Por cierto, eso sería una buena idea. Tú estás más reciente en su memoria, Cindy. Tú estuviste allí dentro con él. Contigo se sentirá un poco más a gusto. Tú entras primero, pues, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo.

Morse se volvió hacia Reed y siguió explicando.

—Cuando Cindy haya entrado en la habitación, usted cierra la puerta y les deja a los dos encerrados. Se guarda la llave en el bolsillo y se queda de guardia al pie de la escalera. Cuando Cindy no pueda más y quiera salir, que llame a la puerta. Usted sube y abre. Después entran usted y su esposa, y otra persona les encierra por fuera a los tres. Y así sucesivamente. ¿Entendido?

—Sí.

—Dios mío, como en una cárcel... —dijo Kate Reed.

—Sí, Jeff *está* en una cárcel —replicó Morse tranquilamente, dándose unos

golpecitos en la sien—. En una cárcel especial, mucho peor que la de San Quintín. La diferencia consiste en que de ésta puede salir. Una cosa más —continuó, dirigiéndose a todos—. Diga lo que diga Jeff, no pierdan la serenidad, no se enfaden, no le griten. Lo único que han de hacer es mostrarle que le quieren, de la forma que sea, aunque él no se dé cuenta aún. Bueno, vamos a empezar —dijo, mirando a Cindy—. No hay por qué esperar más. Como he dicho, tendremos a Jeff despierto toda la noche, por turnos. ¿Estás dispuesta, Cindy?

—Sí, estoy dispuesta.

—Bien. Ken, tú montarás guardia mientras ella esté dentro. Así los demás pueden dormir un poco, hasta que les llegue el turno. Duerman, porque necesitarán mucha energía. Yo estoy agotado, y me voy a dormir también antes de enfrentarme a Jeff mañana. Si se pone violento o intenta atacar a alguien, me despiertan y me haré cargo yo de él. ¿De acuerdo?

Todos asintieron. Morse se volvió hacia Cindy y le sonrió amablemente.

—Buena suerte. No le dejes que te haga perder la calma.

—No.

—Pronto volverás a tenerle como antes.

—No sabe usted cuánto deseo que se recupere —dijo ella.

Cindy entró en el dormitorio y oyó a su espalda el chasquido de la cerradura, cuando Ken le dio vuelta a la llave.

El aire de la habitación estaba caliente y cargado. Por las ventanas cubiertas con tablas no entraba luz alguna. John Morse había dado instrucciones muy concretas en cuanto al arreglo de la habitación. Ésta estaba iluminada por una sola bombilla que pendía del techo, sin pantalla alguna, de modo que su brillo resultaba molesto. Sólo había una silla; y un duro colchón en el suelo hacía las funciones de cama. No había ahuchada ni sábanas. Junto a la habitación había un cuarto de baño.

Jeff estaba sentado en el colchón, con la espalda apoyada en la pared. Parecía cansado, ojeroso, desconsolado. Estaba flaco y desnutrido, más aún de lo que Cindy recordaba.

Al verla entrar no dijo nada; se limitó a mirarla fijamente.

—Hola, Jeff.

—Me llamo Simeón, Atalía.

—Jeff, yo no me llamo Atalía; ni tú Simeón. Esos son nombres falsos que nos pusieron en aquel horrible lugar.

—Te llamas Atalía —insistió él—. La hija de Jezabel y de Acab, la única reina que gobernó Judá. Y yo me llamo Simeón, como el segundo hijo de Jacob con Lía.

Ella se dio cuenta de que mentalmente Jeff no estaba allí; estaba otra vez en Astarot. No tenía idea de la realidad en que se hallaba.

—Jeff, escúchame, ya no estás en Astarot.

—¿Por qué te escapaste? Todos te echamos mucho de menos. Todas tus amigas te echaron de menos: Rahab, Jocabed, Tamar, Sela... Todas preguntaban por ti. ¿Por qué te escapaste? —repitió, esta vez en tono quejoso, acusador—. Entregaste tu alma a Jesús y después se la quitaste. Jesús te ama, Atalía.

—Y a ti también. Pero tu padre y tu madre también te quieren. Y tu hermano Ken. Y Joe Peterson, tu mejor amigo...

—¡Pues yo les odio! —exclamó Jeff—. ¡Les odio! Ellos me han secuestrado, y me han traído aquí. Son instrumentos de Satán. Al hacer lo que han hecho se han convertido en siervos de Satán. No tenían derecho, Atalía, no tenían derecho...

—Lo han hecho por tu bien, Jeff.

—¡Basta de llamarme Jeff! —gritó él—. ¡Basta de Jeff, maldita sea! ¡Me llamo Simeón! —irritado, daba puñetazos en el colchón—. ¿Cuánto tiempo piensan tenerme aquí?

—No lo sé.

—Oye —dijo Jeff, poniéndose en pie y acercándose a ella—, tienes que ayudarme a escapar —con la mirada extraviada, la agarraba por el cuello de la blusa—. Iré a la policía y les denunciaré. No pueden hacerme esto, Atalía. Si quiero entregar mí alma a Jesús, tengo derecho a ello. ¿Me oyes? ¡Tengo derecho!

—No puedes volver allí.

—¡Quiero volver! ¡Quiero volver a Astarot, mala puta!

—¿Es que no te acuerdas de mí? Soy Cindy. Cindy Hyland. ¿No te acuerdas de lo bien que lo pasábamos juntos antes de meternos allí? El surf, la playa... Cuando íbamos en tu coche, y a comer hamburguesas a Oscar's y al Burg; cuando íbamos a Palo Alto a ver a Ken, y después a San Francisco, a Sausalito, a Mili Valley y a Tiburón a ver a los amigos... ¿Y no te acuerdas de cuando estábamos en la cama, de lo fantástico que era, de lo que nos decíamos y lo que hacíamos...?

—¡Cállate!

—Escúchame. Esa gente te ha puesto enfermo. A mí casi me hicieron lo mismo. Escucha...

—Vete a la mierda. Eres una puta embustera.

—Sólo quiero que me escuches...

—¡Fuera de aquí! ¿No me oyes? ¡Lárgate de aquí y déjame tranquilo!

—Jeff, acuérdate de...

Él cerró los ojos y alzó los brazos.

—«Te llamo prostituta, mujer. Vienes de tu padre el Demonio, y cumples sus lujuriosos deseos».

—Olvídate de la Biblia un momento, por favor. Acuérdate de lo que...

—«Bendito aquel que resiste la tentación, pues, cuando se le juzgue, será coronado» —abrió los ojos y le sonrió, triunfante—. ¿Sabes de dónde son esas citas, Atalía?

—Ni lo sé ni me importa. Ya está bien, Jeff, ¿cuándo vas a dejar de decir

tonterías? —dijo Cindy, impaciente—. Y te llamas Jeff, no Simeón. ¿Cuándo volverás a pensar de una vez?

Él regresó al colchón y se echó de espaldas. Se quedó mirando al techo, ignorando totalmente la presencia de Cindy. Ésta trató de hacerle hablar varias veces, pero él no le hizo ningún caso. Cuando intentó dormir, ella no le dejó; siguió hablando de todo lo que habían hecho juntos y le mantuvo despierto. Al cabo de un rato, él se incorporó en el colchón y empezó a insultarla, gritando, y le ordenó que se marchase porque quería dormir.

Cindy aguantó todavía un poco, hasta que no pudo más.

Llamó a la puerta para que le abriesen, y al salir ella entraron Frank y Kate Reed.

24

A la mañana siguiente, poco después del amanecer, desayunaron en la cocina. Todos tenían mala cara. Como las ventanas estaban tapadas, el aire cargado de las habitaciones les había impedido dormir bien. Además, la temperatura había sido muy alta para aquella época del año, y ello constituyó una molestia más. Por otra parte, todos habían pasado una o dos horas con Jeff, lo cual a todos sin excepción les había dejado muy alterados. Parecían una familia que hubiese perdido a un ser querido y que acabase de volver del entierro.

Para John Morse, aquélla era una escena habitual. La había presenciado cien veces. El primer día, los familiares y amigos eran siempre víctimas de aquella especie de depresión. Todos experimentaban un gran choque emocional al comparar la imagen que tenían del muchacho o la muchacha en cuestión con el estado en que le veían.

—Está loco —dijo Frank Reed—. Está completamente ido.

—No os podéis imaginar las cosas que me llamó —dijo Kate—. Obscenidades peores que las que me dijo cuando le vi en Astarot.

—Pues yo no le reconocía, a mi propio hermano... —declaró Ken.

—A mí me habló de Jesús, de Jesús y de Jesús, gritando. No me habló de nada más. Me dio una paliza tal que creí que me volvía loco yo también.

—Una cosa está clara, Morse —dijo Reed—. Ninguno de nosotros ha podido hablar con él; hablar con él de verdad, quiero decir.

—Yo tampoco esperaba tanto, de momento.

—Ya lo he dicho antes y me pone enfermo tener que repetirlo, pero creo que mí

hijo se ha vuelto loco.

—Yo no estoy tan seguro —dijo Morse—. Se lo diré cuando le haya visto.

—¿Y si falla usted? ¿Y si no puede devolverle a la realidad? ¿Qué haríamos entonces? ¿Enviarle a un psiquiatra? ¿Mandarle otra vez a Astarot?

—Cálmese, Reed —dijo Morse—. No pierda la serenidad. Lo más probable es que se ponga bien, como ha ocurrido con todos los demás muchachos.

—Dios le oiga —dijo Kate.

Morse se acabó el café y se levantó. Consultó el reloj. Joe Peterson había pasado el último turno con Jeff. De ello hacía una hora. Siguiendo instrucciones de Morse, le habían dejado dormir aquella hora, lo suficiente para que descansase un poco. Si al sujeto se le mantenía despierto durante demasiado rato, existía el peligro de que llegase a no comprender lo que se le decía; lo oiría igualmente, sí, pero su cerebro estaría tan agotado que no podría asimilarlo. El cansancio del muchacho a tratar tenía que ser enorme, abrumador, pero también debía ser cuidadosamente controlado a fin de obtener de él los máximos resultados.

—Bueno —dijo Morse—, ahora me toca a mí.

Tomó una pequeña cartera negra que había traído con él. Todos la miraron con curiosidad. No sabían lo que habría dentro. Ken se lo había preguntado a Morse el día anterior, pero él se había limitado a sonreír y a responder que contenía las herramientas de su oficio.

Cuando ya había empezado a subir la escalera, se volvió y les dijo:

—De cuando en cuando, necesitaré que alguno de ustedes me releve durante un rato. Pero, a partir de ahora, estaré solo con él la mayor parte del tiempo. Esto puede durar unas horas o puede durar una semana. Así que lo mejor que pueden hacer ustedes es instalarse cómodamente y relajarse. Pero no salgan de la casa sin necesidad. Cuando Jeff se derrumbe, les necesitaré a todos.

El ambiente del dormitorio resultaba ya asfixiante, con un aire rancio y pesado por la falta de ventilación. Bien, pensó Morse. Cuanto peor lo pasase el sujeto, mejor. Lo malo era que él, como encargado de trabajar sobre el muchacho, iba a sufrirlo también. Morse había pasado largas horas sudando en compañía de otros cien muchachos y muchachas en habitaciones parecidas a aquélla. Sólo le cabía esperar que el proceso fuese rápido. En algunas ocasiones le habían bastado unas horas para hacer el trabajo, pero aquéllas habían sido las menos.

Cuando entró, la luz estaba apagada y la habitación permanecía a oscuras, a excepción de las franjas de sol que se filtraban por entre las tablas de la ventana. Morse encendió la desnuda bombilla del techo. Jeff Reed estaba echado en el colchón, con las piernas encogidas hacia el pecho y los brazos cruzados, en posición fetal. Se había desnudado hasta quedar en calzoncillos, y tenía el cuerpo húmedo de sudor.

Morse observó que los pantalones de Jeff y la americana de uniforme de las ADJ estaban cuidadosamente colgados en el armario, al igual que la camisa y la corbata. El primer día, todos trataban con mucho cuidado sus uniformes de la brigada. Si todo iba bien, pensó, aquello cambiaría pronto. Se dio cuenta también de que el pestillo de la puerta del cuarto de baño había sido quitado, según sus instrucciones. Y en la habitación no había teléfono.

Dejó la cartera en la mesa y contempló un momento al muchacho. Estaba demacrado, y en su espalda se marcaban las costillas. John Morse se sintió invadido por la compasión. Aquél era el único momento en que podría permitirse tal lujo. Después, tendría que pensar en el trabajo y en nada más.

Sacudió a Jeff por el hombro. El muchacho se removió y se volvió del otro lado, murmurando algo. Morse le zarandeó de nuevo.

—Jeff, despierta. Despierta.

Por fin, Jeff abrió los ojos y miró extrañado el rostro desconocido que tenía ante él. Desconcertado, medio dormido aún, echó una mirada a su alrededor, sin saber dónde estaba. Y después preguntó:

—¿Quién es usted?

—Me llamo John Morse.

Al oír aquello, Jeff se puso en tensión. Se incorporó de un salto, sin dejar de mirar a Morse. Recordaba aquel nombre. El miedo le hizo palidecer y sus ojos se dilataron. Y exclamó:

—¡Mentira! ¡Yo sé quién es usted!

—Ya —dijo Morse—. ¿Quién soy?

—¡Usted es el Diablo!

—Vamos, muchacho, no digas tonterías. ¿Dónde tengo los cuernos y la cola?

—Le conozco. En Astarot hay fotos tuyas.

Morse tomó la única silla que había en la habitación y la colocó junto al colchón, delante de Jeff, y se sentó en ella para poder mirarle de cerca. Jeff, al ver aquel rostro tan cerca del suyo, al sentir el efecto hipnótico de aquellos ojos, se encogió un poco más hacia la pared.

—Cálmate, Jeff. No voy a hacerte ningún daño.

—Me llamo Simeón.

—A partir de ahora, te llamas Jeff.

—¡Simeón, Simeón, Simeón! —gritó Jeff.

—¡Jeff, Jeff, Jeff! —le imitó Morse.

Jeff estaba rígido. Sus labios se movían nerviosamente. Todo su cuerpo estaba tenso. Sus ojos revelaban temor, pero estaban también vigilantes, atentos a la primera maniobra del tentador. Tenía toda la piel de carne de gallina, y sudaba abundantemente.

—Es mejor que te tranquilices —dijo Morse—. Porque tú y yo tenemos que charlar un buen rato. Vamos a hablar sin parar hasta que te salga del cerebro toda la

mierda que te han echado en él, hasta que te des cuenta de lo que te han hecho.

—¿Quién?

—El Diablo. El verdadero Diablo.

—¡No sé de qué me habla!

—Hablo del impostor a quien llamas el Maestro. «Su divinidad» el reverendo Buford Joe Hodges. Ese tipo asegura ser el Enviado de Dios. Pero eso es una gran mentira, Jeff, pura farsa. Ese hombre es un farsante y un hipócrita, un bocazas y un ladrón.

—¡Mentira! —gritó Jeff—. ¡Mentira!

—¿Tú crees? ¿Qué ha hecho por ti el tal Maestro?

—Me ha hecho conocer a Jesús. Me ha enseñado lo que es el amor. Me ha dado la paz. Me ha enseñado cómo servir al Señor.

—Todo eso es mentira, Jeff. Lo que te ha enseñado es cómo servir a Buford Hodges. Lo que ha hecho por ti es quitarte todo lo que tenías, tu coche y tu dinero. Te ha matado de hambre y se ha apoderado de tu mente. Y después te ha hecho salir a la calle con las Brigadas del Señor y te ha hecho trabajar como un burro. Te ha estado explotando al máximo, Jeff. ¿Dónde crees que iba a parar el dinero que recogías?

—Se ha destinado al servicio del Señor.

—¿De veras? —Morse echó mano de su cartera y extrajo de ella un montón de fotografías—. Mira este yate, Jeff. En él vive esa sanguijuela de Hodges. Se llama *Enviado de Dios*. Es bonito, ¿eh? ¿Sabes cuánto vale? Un millón de dólares. ¿Y sabes quién lo ha pagado? Tú lo has pagado, pobre inocente. Tú has sido lo bastante burro como para plantarte en la calle, delante de un aeropuerto, y matarte a trabajar para recoger ese dinero, durante diez horas al día, y mintiéndole a la gente que te lo daba. Y después ese hijo de puta cogía tu dinero y lo usaba para mantener ese precioso yate, con sus lujosos camarotes y su despensa llena de manjares y de vinos. Muchacho, me das pena. Eres tan tonto que te toman el pelo y tú no te enteras.

En los ojos de Jeff brilló un destello de alegría.

—¡Vete a la mierda, Satán! ¡Has mentido!

—¿Ah, sí?

—Los miembros de las Almas de Jesús no comen la carne de ningún ser vivo ni beben alcohol.

—¿No hay alguna Alma de Jesús que lo haga?

—No.

—¿Ni siquiera el Maestro?

—El Maestro menos que nadie. Es una norma impuesta por él mismo.

—Eso es interesante —dijo Morse—. Muy interesante.

Sonriendo, buscó otra fotografía. En ella se veía el *Enviado de Dios* anclado en un puerto. Debía de ser algún puerto del Sur, pues al fondo aparecían algunas palmeras. En el muelle había una camioneta, frente a la misma pasarela. En el lado de la camioneta se leía «Carnes y Provisiones de Jamaica». Las puertas posteriores del

vehículo estaban abiertas, y dos hombres subían por la pasarela llevando lo que claramente era un costillar de ternera.

—Esta foto fue tomada en Jamaica, Jeff. Y lo que esos hombres están llevando a bordo no es un saco de azúcar, ¿verdad?

Jeff miró la foto y se quedó un instante dudoso. Pero después dijo:

—Bueno, sí, es carne. Pero es para la tripulación.

—Te olvidas de una cosa, Jeff. El *Enviado de Dios* es la iglesia principal del Maestro. Es una comunidad flotante. Eso significa que todas las personas que van en él, incluyendo la tripulación, son Almas de Jesús. Para tu información —explicó, sonriendo—, al Maestro le gustan los filetes poco hechos. Y le gustan el bourbon y el coñac. Antes de cenar y después. Y, ¿sabes por qué no os deja a vosotros comer carne? ¿Sabes por qué dice ese cabrón que todos los miembros de las Almas de Jesús deben ser vegetarianos? Aparte de él, naturalmente. Porque es más barato daros zanahorias, apios y pepinos que carne. ¿No te das cuenta? ¿Es que eres idiota del todo, Jeff? Te repito que ese hijo de puta os está explotando hasta un extremo increíble. El reverendo Buford Hodges es el mayor estafador de todos los tiempos.

Jeff se le quedó mirando un momento, y después sonrió.

—Ah, ya sé a qué viene todo esto. Es una sarta de mentiras para romper mi fe.

—Lo que habría que romperte es el culo, Jeff, por ser tan estúpido. El Maestro, nuestro común amigo, es una buena pieza. No sólo os hace pasar hambre en lo referente a comida, sino también en el aspecto sexual. ¿Qué me dices a eso, Jeff?

Jeff no decía nada.

—Contesta, muchacho. ¿Cuánto tiempo hace que no te acuestas con una chica?

—No quiero hablar de eso.

—Pues yo sí. Hace varias semanas, ¿verdad? Hace varias semanas que no te comes un roscó. ¿No es cierto?

—Eso es porque estoy en la etapa de purificación...

—Ah, claro. La «purificación». Te dedicas a masturbarte o a tomar duchas frías porque hace semanas que no andas con una mujer. Pero, ¿qué hace «su divinidad», el respetable Buford Hodges, mano derecha de Dios y enviado suyo? Mientras tú te masturbas y tomas duchas frías, ¿qué hace él? Te lo voy a enseñar.

Y le mostró una foto en la que aparecía el reverendo Hodges en bañador, echado en la arena de una playa tropical. A su lado yacía una hermosa rubia. El Maestro sostenía un puro con una mano, y con la otra acariciaba la pierna de la joven. Era una instantánea, y el Maestro no se daba cuenta de que le estaban fotografiando.

—Aquí tienes al papa de tu «santa» iglesia —dijo Morse—. Mientras tú estás metido en Astarot durmiendo en un jergón, rezando sin parar y trabajando diez horas al día, ¿qué hace tu jefe? Pasearse por el Caribe, o por las Bahamas, en su yate. Con una chica diferente en cada crucero. Jodiendo y bebiendo tanto como le apetece.

Le enseñó otra fotografía. Esta vez, el Maestro estaba sentado a una mesa de lo que parecía ser un club nocturno. Le acompañaba una morena de aspecto sensual,

hermosa, de gruesos párpados, con rasgos de india mexicana. Llevaba un escote tan bajo que casi dejaba ver sus pechos. En la mesa había una botella de bourbon, y un camarero mexicano acababa de sacar una botella de champán del cubo de hielo y se disponía a servirles. El Maestro se había dado cuenta en el último instante de la presencia del fotógrafo, pero era ya demasiado tarde; alzaba la mano para taparse la cara, sin llegar a conseguirlo.

—Al amigo Buford le gustan jóvenes, Jeff, como puedes ver. Pero, a veces, las diaconisas que escoge en alguna comunidad no le bastan; le aburren un poco. Le gusta hacerlo de maneras un poco especiales, ¿comprendes? Un poco fuera de lo normal. Y entonces se va con una puta de categoría, como la que ves en esta foto. A doscientos dólares la noche, Jeff. Imagínate la cantidad de folletos que tienes que vender delante del aeropuerto, para servir al Señor. ¡Una mierda, para servir al Señor!

—¡Mentiras, mentiras!

—¿Cuántos años tienes, Jeff? ¿Dieciocho? Y has entregado tu alma a Jesús. No has tocado a una chica desde hace semanas. ¿Cuánto tiempo podrás luchar contra la naturaleza? ¿Cuánto tiempo puedes continuar así? Hay un millón de chicas que querrían acostarse contigo. Les gustaría cogerte por la polla y darse un revolcón en el heno contigo. Y está Cindy, que te espera abajo. Cindy es tuya, Jeff. Está loca por ti. Te quiere. Acuérdate de cuando te acostabas con ella, en la cama o en la playa. ¿Por qué tienes que privarte de todo eso, como un imbécil? ¿Porque te lo dice «su divinidad», un juerguista empedernido?

—¡Cállese! —exclamó Jeff, tapándose los oídos—. ¡No pienso escucharle más!

—Pues, si no quieres escuchar, mira —dijo Morse, mostrándole otra foto—. Aquí está nuestro amigo dispuesto a gozar de una agradable sesión. De las que te niega a ti y se permite a sí mismo.

Era un montaje fotográfico del tipo de los que aparecen a veces en las revistas pornográficas. La cabeza sonriente del reverendo Hodges aparecía unida al cuerpo desnudo de otro hombre. El pene era enorme, y estaba en plena erección. Era una imagen obscena, deliberadamente obscena. Morse la utilizaba para ofender a Jeff ridiculizando a su Maestro, mostrándole simbólicamente la lujuria de éste. Jeff se sobresaltó al verla. Después, extendió la mano para quitársela a Morse.

—¡Deme eso!

Morse no opuso resistencia. Sonriendo, dejó que Jeff cogiese la fotografía y la rompiese en pedazos, irritado.

—¡Esta foto es falsa! —exclamaba—. ¡Es falsa!

—Y tu Maestro también es falso, Jeff. ¿No te das cuenta?

—Bueno, ya ha hablado usted bastante. Ahora déjeme tranquilo.

Morse se recostó en la silla y encendió un cigarrillo.

—No, Jeff, no puedo hacer eso. Tenemos mucho que hablar aún.

—No pienso escucharle.

—Tendrás que escucharme, Jeff. Porque no te vas a ir a ninguna parte, y yo

tampoco. Nos quedaremos en este cuarto apestoso y hablaremos. Y te voy a enderezar la cabeza, cueste el tiempo que cueste.

—Ya le he dicho que no pienso escucharle.

—Bueno. Si es así, nos llevará un poco más de tiempo. No horas, sino días, semanas. Meses, si es necesario.

Vio que la mirada de Jeff vacilaba. El joven trataba de imaginar lo que sería pasar varias semanas en aquella habitación. Y no le gustaba la idea. Después, recordando algo, se animó y sonrió.

—No creo sus mentiras, Satán. No logrará hacerme cambiar.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo dice la Biblia.

—¿Ah, sí?

—«Resistid al diablo, y huirá de vosotros».

Morse echó mano de la cartera y sacó de ella una Biblia. Se la entregó a Jeff.

—Enséñame dónde dice eso.

—No lo sé exactamente, pero lo dice.

—Entonces te lo diré yo —dijo Morse—. Es de la Epístola de Santiago, capítulo 4, versículo 7. Y, ya que te gusta hacer el pedante citando la Biblia, y crees que yo soy Belcebú en persona, vamos a ver quién sabe más del Libro Sagrado. Por ejemplo, ¿conoces algún otro pasaje en el que se hable de mí?

Jeff se le quedó mirando, y después negó con la cabeza.

—¿No lo sabes? —preguntó Morse, burlón.

—No lo recuerdo —replicó Jeff.

—La verdad es que no lo sabes. Bueno, te daré otra lección. De la Primera Epístola de San Pedro: «Estad alerta, pues vuestro enemigo el diablo, cual león rugiente, no deja de acecharos, buscando a quien devorar». Y bien, Jeff, ¿tengo yo cara de león rugiente? A ti te están devorando ya, pero no precisamente el diablo. Yo estoy intentando sacarte de la boca del león y no meterte en ella. Has de reconocer que no sabes gran cosa de la Biblia. Sólo recuerdas de ella lo que ellos te han enseñado. Esos chiflados de Astarot son malos profesores: todo lo que saben enseñar es odio.

—En Astarot nos enseñan amor.

—Odio, Jeff, odio. Odio al resto del mundo. Odio a vuestros amigos, a las personas que os quieren. Odio a vuestros padres y a vuestras madres...

—Yo no tengo padre ni madre.

—Eso es una estupidez, Jeff. Piensa en ello. Tú no naciste de una nube ni de un rayo de luna. No te trajo ninguna cigüeña. Te engendraron tu padre y tu madre, y tu madre te parió con dolor, te cuidó cuando eras pequeño, te quiso, y te quiere aún. Y esos hijos de puta de Astarot, esos hipócritas santurrones a los que respetas tanto, los priores, te han enseñado a odiarles. Te han enseñado a llamar prostituta a tu madre, a llamar a tu padre cerdo codicioso y a escupirle en la cara. Te han enseñado a volver la

espalda a tus amigos, a todo el mundo; a todo el mundo excepto a ellos. A odiar os han enseñado, Jeff; no a amar. ¿Dices que amas a Jesús? Pues bien, Él predicó el amor, sólo el amor. El amor a *todos*, ricos o pobres, sanos o enfermos, blancos o negros, a *todos*, familiares, amigos, extraños, a toda la humanidad. El amor a toda la humanidad es lo que enseñan los católicos, los protestantes y los judíos, y todas las religiones dignas de tal nombre, sean cristianas o no. Parece que no conoces mucho la Biblia, Jeff, pero te aseguro que, en lo referente a los padres, enseña el amor y no el odio. ¿Has oído hablar de los diez mandamientos?

Jeff adoptó una expresión hostil y no respondió.

—Está bien. Ya sabes lo que dice uno de ellos: «Honra a tu padre y a tu madre». ¿Qué significa eso, amor u odio? ¿Te das cuenta de lo que has hecho, Jeff? Has escupido a tu padre en la cara y has llamado prostituta a tu madre. ¿Sabes lo que dice la Biblia de eso? En el capítulo 21 del Éxodo se dice: «El que hiera a su padre o a su madre será muerto con toda certeza». Los priores no te han enseñado el capítulo 21 del Éxodo, ¿verdad? ¡Contéstame!

John Morse estuvo con Jeff durante diez horas seguidas, hablándole sin cesar. Vio que el joven empezaba a decaer, lentamente, a pesar de que se resistía con tenacidad, se tapaba los oídos, se negaba a creerle o a escucharle. Por algunas reveladoras reacciones de Jeff, Morse se dio cuenta de que empezaba a debilitarse. Pero faltaba aún algún tiempo para la victoria definitiva.

Cuando Morse salió de la habitación, le relevó Frank Reed. El muchacho estaba sentado en el colchón, abatido, empapado en sudor. Su delgado rostro mostraba a las claras el estado de agotamiento en que se hallaba.

—Vete —le dijo a su padre—. Quiero dormir.

—No, hijo. Antes tenemos que hablar un rato.

—¡Hijo de puta! —exclamó Jeff—. ¡Lo único que quieres es no dejarme dormir! ¡Quieres agotarme completamente! ¿Crees que no me doy cuenta? ¡Lárgate y déjame dormir!

—Me quedaré contigo un rato —repitió Frank tranquilamente.

—¡Fuera de aquí, cabrón! ¡Fuera de aquí, cretino, engendro de Satán!

Los ojos de Jeff llameaban. Se puso en pie y se lanzó contra su padre; le agarró y trató de arrojarle contra la pared. Pero Frank Reed era fuerte y estaba descansado. Forcejearon un momento, y Reed logró desasirse y lanzó a su hijo sobre el colchón. Jeff se quedó allí, y se echó a llorar.

—Muy bien —dijo—. Habla todo lo que quieras. Mi alma pertenece a Jesús, y el alma no podrás quitármela por más que hables, por más horas que te quedes aquí.

—Nadie pretende quitarte el alma —dijo Reed tranquilamente—. Lo único que queremos es devolverte la razón. ¿Es que no lo comprendes, Jeff? Tanto tu madre como yo te queremos.

—Vaya, papáito —dijo Jeff, burlón—. Otra vez con el cuento de siempre. El cuento de toda la vida. Y la verdad es que tú sólo te quieres a ti mismo, que sólo te

importa tu dinero, tu preciosa casa, tu club náutico, tus estúpidos amigos con los que juegas al golf. Tú no sabes lo que es el amor, papaíto. Y mamita tampoco lo sabe. ¿Por qué no te vas de una puñetera vez y me dejas dormir un rato?

25

Cuando el padre de Jeff hubo acabado, le relevó Kate. Después entró Ken. Y luego Joe Peterson. Cada uno de ellos permaneció con el muchacho un par de horas. Después, volvió a entrar John Morse, que había dormido un rato.

Siguió martilleando a Jeff con el mismo tema. Le explicó una y mil veces que el Maestro era un impostor, que era uno de los mayores estafadores de todos los tiempos, que los jóvenes neófitos salían a las calles a trabajar diez horas al día para proporcionarle a Hodges su yate, sus mujeres, sus trajes de cuatrocientos dólares y todo lo demás.

—¿Sabes lo que le gusta al amigo Buford, Jeff? Le gusta viajar. Casi nunca está en los Estados Unidos. Suele hacer cruceros por las Bahamas, dándose la gran vida con una o varias de sus amiguitas. Y, unas cuatro veces al año, coge un avión para Suiza. Y no porque le guste visitar las montañas, ni esquiar, ni comprar relojes de cuco. Va a Suiza porque allí tiene varias cuentas bancarias. En esas cuentas hay millones de dólares. Y, entretanto, ¿qué hacéis tú y las otras pobres Almas de Jesús? Dormís en jergones, como éste que tienes aquí. Coméis gachas de avena y otras porquerías tres veces al día. Salís a la calle, aunque llueva o aunque el sol abraza, para vender el *Libro del Maestro*.

Tomó uno de aquellos folletos.

—¿Sabes cuánto cuesta imprimir cada uno? Veinticinco centavos. Y vosotros los vendéis a dos dólares. No está mal el beneficio, ¿eh? Y todo va a parar al bolsillo de Buford. Y, para eso, mentís a la gente diciéndole que el dinero es para orfanatos, para asilos de ancianos. ¿Quieres saber una cosa, Jeff? Esos asilos de las ADJ no existen. Ni los orfanatos tampoco. Es sólo un cuento para haceros trabajar más, para sacarle a la gente el dinero que tanto le cuesta ganar. Ese santurrón hipócrita al que llamáis el Maestro os miente.

Y vosotros le mentís a la gente.

Jeff estaba acurrucado en el colchón. Fingía no escuchar lo que decía Morse. Y, de pronto, le interrumpió alzando los ojos al cielo y exclamó:

—«¡Oh, lengua engañosa! ¡Libra mi alma, oh Señor, de unos labios mentirosos y

de una lengua engañosa!».

—Una bonita cita de los Salmos, Jeff. Bueno, si quieres que juguemos otra vez a la Biblia, de acuerdo, lo haremos. Tenemos muchas horas por delante, o días, o semanas. A ver qué te parece esta cita del Evangelio de San Mateo, capítulo 7, versículo 15, muy adecuada para el amigo Buford y los veinte o treinta millones que ha ganado con los primos como tú: «Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestiduras de ovejas, mas por dentro son lobos hambrientos». ¿No te recuerda eso a tu gran profeta?

—Maldita sea, usted no dice más que mentiras.

—¿Tú crees?

—El Maestro es un verdadero profeta.

—El Maestro es un millonario y un estafador.

—Lo único que predica es el amor.

—¿El amor? El amor hacia tus padres y tu hermano, por ejemplo. Eres un hipócrita, Jeff. En la Primera Epístola de San Juan se dice: «Si alguno dijere: amo a Dios, pero aborrece a su hermano, miente».

«No debo darle ni un momento de respiro —pensaba Morse—. Debo repetir las mismas cosas una y otra vez, una y otra vez, hasta que empiece a asimilarlas...».

—Usted habla de mi familia terrenal —replicó Jeff—. Pero esa familia ya no existe para mí. Lo dice en los Proverbios: «El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí».

—Jeff, tus conocimientos bíblicos son de lo más pobre. Como los de esos chiflados de Astarot.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Esas palabras no son de los Proverbios, sino del Evangelio de San Mateo: Si quieres citas de los Proverbios, aquí tienes algunas. Son muy diferentes de la que has sacado tú. «El que maldice a su padre o a su madre verá extinguirse su lámpara en la oscuridad tenebrosa». Proverbios, capítulo 20, versículo 20. «Escucha a tu padre, al que te engendró, y cuando envejeciere tu madre no la desprecies». Proverbios, capítulo 23, versículo 22. Y ésta, que te viene muy bien a ti: «El que abandona a su padre y rechaza a su madre es un hijo que causa vergüenza y oprobio». También de los Proverbios. Acuérdate de esas palabras cuando pienses en aquel día en que hiciste que echasen a tu madre de Astarot.

Todo aquello, según sabía Morse por experiencia, era parte imprescindible del proceso de desprogramación. Al muchacho o muchacha en cuestión se le había enseñado a protegerse contra las argucias de Satán mediante el pensamiento constante en la Biblia y mediante citas de la misma. Creían que rechazando a Satán le harían apartarse de ellos. Y pensaban en la Biblia para defenderse de la presencia del Maligno, para aislarse de sus lisonjas, de su voz que les martilleaba hora tras hora tratando de inquietarles, de confundirles, de persuadirles, de tentarles. Pero siempre les preocupaba el hecho de que aquel hombre de quien los priores decían que era

Satán conociese la Biblia mejor que ellos, mejor que los mismos priores que se la habían enseñado. Eso les angustiaba siempre; se daban cuenta de que su armadura tenía una grieta y de que Satán, conociendo su talón de Aquiles, dirigiría a ella sus ataques.

—¿Tienes bastante, Jeff? ¿O seguimos jugando a ver quién sabe más de la Biblia?

Jeff se sumió en un silencio hostil. Decidió no prestar ninguna atención a Morse, cerrar su mente a sus palabras. Intentó hacer que las palabras diabólicas le entrasen por un oído y le saliesen por el otro. Se puso a pensar en muchas otras cosas. Pensó en lo agradable que sería estar otra vez en Astarot con sus hermanos, sus amigos; en lo agradable que sería volver a salir a las calles para servir al Señor; en lo agradable que era no tener que pensar, que tomar decisiones, no hacer otra cosa que amar a Jesús y a los hermanos.

Pero las palabras le iban llegando, hora tras hora. El Diablo estaba sentado en la silla, mirándole, y hablaba sin cesar. Jeff estaba cada vez más agotado. Aquella verborrea era como una cascada; las palabras caían una tras otra, incesantemente. Jeff tenía calor y estaba incómodo. Sentía el mal olor de su propio cuerpo. Necesitaba un baño, pero sabía que no le permitirían ni siquiera aquello. Estaba agotado, agotado. Necesitaba a Jesús. Necesitaba hablar con Jesús.

De pronto, sintió que tomaba posesión de él el Espíritu Santo. Jesús había venido a él para darle fuerzas. Y Dios le hablaba; empezaron a salirle por la boca Sus palabras. Se sintió tan conmovido que olvidó la presencia de Satán. Dios le hablaba, y ello le daba fuerzas para resistir al Diablo. Se levantó del colchón y ejecutó una pequeña danza. Cerró los ojos. Sentía un gran bienestar, una maravillosa exaltación. Alzó los brazos. Se sintió ligero, libre, casi como si levitase. Oía las palabras que le dirigía el Señor, las palabras sagradas que salían de sus propios labios:

*Corda, semo, bora, bosa,
dona, taka, opla du
fana, fano, dia, dena,
o, nantao, muta, drona, du...*

Aquellas palabras le eran desconocidas, pero, en su trance, las entendía perfectamente. Comprendía lo que le estaba diciendo Jesús: «Vigila, mantente firme en la fe, sé fuerte, resiste a Satán y así le harás huir. Yo soy Jesús, y Jesús te ama, Simeón...».

Era maravilloso. Estaba seguro de que Satán había huido, de que había desaparecido súbitamente. Ya no estaba allí tentándole, burlándose de él, atormentándole. Después, las palabras se extinguieron. Dios había acabado de hablarle. Tembloroso, salió del trance. Se sentía exaltado, bendecido, aliviado. Abrió los ojos.

Y vio que el Diablo seguía allí.

Y, además, el Diablo sonreía, como si la situación fuese muy graciosa.

—Esto de las lenguas es fantástico —comentó—. Relaja mucho. Yo también lo hago, de vez en cuando.

Entonces, el Diablo se puso en pie y cerró los ojos. Levantó los brazos al cielo y ejecutó una pequeña danza. Jeff, horrorizado, vio que se trataba de la misma danza sagrada que llevaban a cabo los priores de Astarot cuando hablaban en aquella lengua. Y sin embargo, en aquel momento, era el Diablo quien lo hacía:

*Baca, munto, zoonta, lat,
gosta, mida mista, mas,
staro, setto, domin, du,
pator, maso, seka, voo.
Pak, pako, tromo, toom,
romo, toom, cabar, droon,
o, vio, vio, labo, tu
masa, meda, boma, dru.*

Terminó por fin. Abrió los ojos y extendió los brazos. Después miró a Jeff, sonriendo.

—Es muy relajante —dijo—. Todo el mundo debería probarlo. Es una buena terapia.

Jeff le miraba, asombrado.

—Miente usted —dijo—. Usted no ha hablado el lenguaje de Dios. Todo lo que ha dicho lo ha inventado. Ha hecho una comedia.

—Ahí está el asunto, Jeff —dijo Morse—. Casi todo el mundo puede hablar de ese modo si es *capaz* de colocarse en una especie de trance. Hasta yo, el propio Diablo. Ahora bien, eso no significa nada. Muchos fieles de algunas iglesias protestantes lo hacen, y se sienten espiritualmente inspirados por ello. No tengo nada que decir a eso. Pero, como tú mismo has dicho, también puede ser una gran comedia. Y es una gran comedia cuando lo hacen esos tipos que dirigen las comunidades de las ADJ, los priores, que lo utilizan para impresionar a los neófitos.

—Eso no es cierto —replicó Jeff—. Es una experiencia religiosa.

Morse se encogió de hombros.

—Para alguna gente, sí —admitió—. Para los jerarcas de las ADJ es un truco más. Y ya sería hora de que te dieras cuenta. ¿Quieres oír una cosa interesante?

Jeff no respondió; se limitó a mirar torvamente a Morse. Éste, sonriendo, sacó un cassette de su cartera negra. Introdujo una cinta y lo puso en marcha. Se oyó una voz aguda, histérica, demencial. Hablaba en aquella extraña lengua.

—¿Le conoces? —preguntó Morse a Jeff, que no decía nada—. Tendrías que conocerle. Es tu Maestro el que habla.

Las extrañas palabras iban sucediéndose unas a otras en boca del reverendo Hodges. El tono subía y bajaba, subía y bajaba, con un ritmo estremecedor. Morse aumentó el volumen. La incomprensible algarabía siguió sonando; la voz del Maestro resultaba entonces dura, desagradable, obscena. Parecía el delirio de un loco.

Jeff oía aquello escandalizado.

—Quite eso —dijo.

—¿No lo dirás en serio?

—Quítelo.

—Estás blasfemando —dijo Morse—. Estás oyendo cómo Dios habla con tu Maestro. ¿Cómo es posible que no te interese esa conversación?

Hizo ascender el sonido al máximo. La voz era una agresión para el oído. No era la primera vez que Morse usaba aquella cinta. Había sido compuesta con dos o tres fragmentos grabados en una comunidad y sacados de ella clandestinamente. Él estaba acostumbrado a oírla, pero el joven o la joven en cuestión, al escuchar aquella voz desnuda, exagerada y disonante, reaccionaba con indignación.

—Ya he oído al Maestro muchas veces —dijo Jeff—. Puede quitar eso.

—No, escuchémoslo un rato —dijo Morse, acomodándose bien en la silla—. La cinta dura una hora y media, y podemos pasarla varias veces, si queremos. Es muy interesante. Quiero decir que, mientras oigo al Maestro, no dejo de preguntarme lo que le dice a Dios y lo que le dice Dios a él.

Y soy incapaz de adivinarlo. Pero quizá tú puedas, ya que eres un Alma de Jesús y estás mucho más próximo a Él que yo...

—¡Hijo de puta! —exclamó Jeff—. Éste es otro truco asqueroso...

—Pero, Jeff, yo creía que te interesaría, que te gustaría oírlo. Es la voz de tu Maestro, ¿recuerdas? Está conversando con Dios Nuestro Señor. Y me pides que lo quite. Yo diría que eso es un sacrilegio, muchacho.

Jeff se incorporó, con la mirada extraviada. Se disponía a saltar para apoderarse del cassette. Pero vio que Morse estaba alerta y que cubría con su cuerpo la mesa en la que descansaba el aparato. Era inútil. Volvió a echarse en el colchón, de espaldas, y se puso a mirar al techo. La voz del Maestro resonaba por la habitación; las extrañas palabras le herían los tímpanos. Le parecía que iba a estallarle la cabeza. Empezaba a aborrecer la voz del Maestro. Se volvió boca abajo, agarró la almohada y se cubrió con ella la cara y los oídos.

Pero ni la almohada era bastante para protegerle de aquel martilleo inacabable. Se retorció angustiado y golpeaba la pared con un puño, mientras sostenía la almohada con la otra mano.

Finalmente, volvió a sentarse, cogió la almohada y se la tiró a Morse.

—¡Apague eso, maldita sea! —gritó—. ¡Ya basta! —y después gimió: —Por favor, por favor...

—Muy bien —dijo Morse, y detuvo la cinta. No quería abusar de aquel método. Había que saber cuándo presionar y cuándo aflojar. Había unos límites dentro de los cuales se podía esperar que el trabajo diese resultado. Si se traspasaban aquellos límites, el sujeto se derrumbaría, confesaría cualquier cosa para lograr que se le dejase en paz. Pero entonces no sería un verdadero lavado de cerebro.

Morse había sido engañado una o dos veces de aquel modo, y no quería que ello

se repitiese en aquella ocasión. Cada muchacho era diferente. Había que actuar con cada uno como un pez: tensar el sedal, dejarle cansarse un poco, volver a tensar... Pero siempre se podía recurrir a la amenaza. La amenaza era una de las armas más poderosas del arsenal de Morse. Jeff Reed no olvidaría fácilmente el efecto de aquellos decibelios. Morse sabía que ya había creado en la mente del joven una asociación desagradable con respecto a su Maestro, y no dudaría en utilizarla más adelante.

—Después podemos oír un poco más la voz de tu Maestro. No todos los días puedes oír directamente a Dios y a su enviado hablando. Me extraña que no te interese, Jeff.

—Me llamo Simeón —dijo Jeff, abatido.

—Ahora no importa un comino cómo te llamas —dijo Morse—, porque no vas a ir a ninguna parte. Te quedarás en esta habitación y hablaremos tú y yo. Y pensarás en lo que hablemos. Te quedarás aquí conmigo hasta que entres en razón, aunque nos lleve varias semanas o varios meses. Yo no tengo ninguna prisa. Vamos a hablar, Jeff, y no será en ninguna lengua extraña, porque quiero que entiendas bien todo lo que te diga. Nos quedaremos aquí los dos hasta que tu mente funcione bien otra vez, hasta que entiendas lo que te hizo esa gente...

—Sí, sí, ya lo sé —le interrumpió Jeff—. Pero estoy cansado. Quiero dormir. Y estoy muerto de hambre. Necesito dormir. No quiero hablar más. No hemos hecho otra cosa que hablar, hablar y hablar.

—Sí —dijo Morse tranquilamente—. Y ahora hablaremos un poco más.

—¡Una mierda! —exclamó Jeff—. Hable usted si quiere. Yo no pienso escucharle, aunque me tenga aquí toda la vida.

Miró desafiante a Morse, pero éste no pareció impresionado. Encendió un cigarrillo, se recostó en la silla y bebió un largo trago de una lata de cerveza, a la que Jeff echó una mirada ansiosa. Era la segunda lata de cerveza fría que se tomaba en la calurosa habitación, y no le había ofrecido a Jeff. Morse miró al joven un momento, y después le dijo:

—Mira, en una cosa puede que tengas razón.

—¿En qué?

—Puede que te pases aquí toda la vida.

Hora tras hora, Morse atormentó a Jeff sin piedad, tomándose sólo breves períodos de descanso, durante los cuales era relevado por los demás.

A Jeff se le había permitido dormir un poco; sólo una hora o dos en largos intervalos. Y le daban muy poco de comer: un tazón de avena con leche descremada o un plato pequeño de verdura hervida. Era el mismo tipo de alimentación que se le daba en Astarot: suficiente para mantenerle en vida pero no para saciar su apetito. No le dejaban lavarse ni cambiarse la ropa.

Una vez, Jeff trató de responder a Morse con el silencio. Se quedó mirando al vacío, con las manos en las rodillas, la espalda rígida, los labios apretados, la cara inexpresiva. Entró en un estado de semiconciencia o estupor. Morse sabía, por larga experiencia, que, en aquella situación, cualquier palabra que pronunciase caería en el vacío, que Jeff no le oiría, literalmente, y mucho menos le comprendería. Pero también sabía exactamente lo que tenía que hacer.

Sacó el magnetofón, volvió a hacer sonar la voz del Maestro y subió el volumen al máximo. Al cabo de cinco minutos, Jeff volvió en sí repentinamente y le pidió a gritos que apagase el aparato.

En una ocasión, mientras estaba con Jeff, había entrado Cindy a traerle una bandeja de comida. En cuanto la joven hubo abierto la puerta, Jeff se puso en pie de un salto, la empujó, salió del cuarto y bajó corriendo la escalera. No podía salir por ninguna ventana pues éstas estaban tapadas. Fue hacia la puerta principal. Pero, antes de que pudiese alcanzarla, su padre y su hermano le agarraron y le obligaron a retroceder. Jeff se defendió como un gato montés, volcando sillas y rompiendo lámparas. Joe Peterson, que estaba durmiendo, se unió a ellos, y los tres le hicieron volver arriba, medio a rastras y medio a empujones; le metieron en el cuarto y cerraron la puerta con llave.

Morse no había salido siquiera de la habitación. Estaba sentado tranquilamente esperando el regreso de Jeff. Cuando éste se echó de nuevo en el colchón, Morse se volvió hacia el almuerzo que le había traído Cindy. Era un filete poco hecho, con patatas fritas y una taza de café. Tenía un aspecto estupendo, y olía deliciosamente. Y, por la expresión de Morse, *estaba* también delicioso.

Jeff, muerto de hambre, miraba a Morse. Empezó a llegarle el olor del filete. Se le hacía la boca agua. Miraba la comida, fascinado. Morse sabía lo que pensaba el joven, y le compadecía.

—Lástima que seas vegetariano, Jeff —le dijo—. Si no, podríamos pedirle a tu madre que te preparase un filete como éste. Pero una cosa así, para un fervoroso miembro de las Almas de Jesús, sería un pecado mortal, Y no podemos permitir que eso ocurra, ¿verdad?

John Morse se quitó la ropa y se metió en la cama, en el dormitorio de la planta baja que había elegido para sí. Frank y Kate Reed ocupaban otro, y Cindy tenía también el suyo. Joe y Ken dormían en la sala, en sacos.

En aquel momento, Cindy se encontraba con Jeff, de guardia. El muchacho estaba dormido. El sujeto no debía quedarse nunca solo en la habitación. Existía siempre la posibilidad de un intento de suicidio, y Morse no quería riesgos.

Al meterse en la cama, había mirado el reloj. Se cumplían treinta y ocho horas justas desde que había empezado a trabajar con Jeff.

Reconoció que el joven era testarudo. Había resistido ya más que la mayoría.

Empezó a inquietarle la posibilidad de no doblegarle nunca. Alguna vez le había ocurrido, con algún muchacho o muchacha que permanecía inexpugnable a sus ataques, que había perdido totalmente el contacto con la realidad. En aquellos casos, había tenido que confesar su impotencia a los desesperados padres. Y, después, el joven o la joven era devuelto a la secta, permanentemente incapacitado para la vida normal. Y allí acababa la historia.

El control de la mente. Una cosa extraña y temible. Podía ser usado para el bien y para el mal. Hitler lo utilizó en forma masiva, con su propaganda y sus discursos; sabía hipnotizar a las multitudes. Pero también podía ser aplicado a fines positivos.

Una vez más John Morse pensó, como lo había hecho tantas otras veces, en lo que habría podido ocurrir si un buen «desprogramador» hubiese podido tratar a Squeaky Fromme y a Susan Atkins, y a los demás seguidores de Charles Manson. O a Patty Hearst, a quien el Ejército Simbiótico de Liberación había aterrorizado, intimidado y después lavado el cerebro. Los resultados podrían haber sido muy diferentes...

Estaba a punto de dormirse cuando sonó el teléfono. Era George Glennon, que le llamaba desde Santa Cruz.

—¿Cómo te va con ese muchacho?

—No lo sé. No lo sabré hasta el final. Y a ti, ¿cómo te va con el libro?

—Ya está acabado. Sólo falta añadir y quitar pequeñas cosas aquí y allá.

—¿Estás satisfecho con él?

—Yo sí. Pero el problema no es ése. El problema es si estarán satisfechos los editores. Es decir, si se atreverán a publicarlo. Por cierto, vas a venir a Santa Cruz, ¿verdad?

—Sí, en cuanto termine este trabajo. Estoy muy cansado, George. Necesito descansar un poco.

—No me extraña, con el ritmo que has estado llevando. Nosotros tenemos a tu disposición un magnífico dormitorio y cantidades industriales de alcohol. Como ya sabes, Ellie es una gran cocinera. Y, sí andas caliente, por aquí hay muchas damas sin compromiso, todas excelentes feministas, que se mueren de ganas de afirmar sus derechos y su independencia sexuales...

—Estoy impaciente.

—Ah, otra cosa —dijo Glennon de pronto, en tono de preocupación.

—¿Qué?

—En las altas esferas de las ADJ se está preparando algo. Corre el rumor de que nuestro amigo Buford Hodges va a hacer algo espectacular. Algo referente a ti. Se dice que por fin ha encontrado el modo de sacarte de tu agujero, desollarte vivo y colgarte a secar.

—Pero George, eso no es ninguna novedad...

—Esta vez, según mis informes, piensa tirar a matar. Nadie sabe exactamente lo que va a hacer, pero va a hacer algo. Así que ándate con cuidado, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Muy bien. Hasta dentro de unos días, pues. Recuerdos de Ellie.

Jeff Reed estaba echado en su colchón. Tenía los ojos cerrados, pero no lograba dormirse. Era consciente de que Cindy estaba sentada en la silla, al otro extremo de la habitación, leyendo un libro.

Pensaba en el Diablo, que se llamaba a sí mismo John Morse, y que le había hablado incesantemente, incansablemente.

Aquél era el monstruo del que le habían hablado tantas veces en Astarot. Enoc, el prior responsable de la purificación, la oración y la penitencia, les había advertido repetidamente de los tortuosos caminos de Satán, de su astucia, de su capacidad de adoptar cualquier disfraz, el de hombre, el de mujer o incluso el de una voz interior. Pero, cuando intentaba robar un alma a Jesús, había añadido Enoc, siempre tomaba el aspecto de aquel hombre, del hombre que estaba intentando volverle loco.

Enoc había descrito correctamente la forma en que actuaba el Diablo, cómo mentía y trataba de seducir a un alma con palabras amables, para después destruirla. Tentaba a sus víctimas con la lujuria; les decía cuánto les amaban y les echaban de menos los padres terrenales, y traía a éstos ante el joven para que ellos pudiesen mentirle personalmente acerca de aquel amor. Enoc les había dicho también que casi no les dejarían dormir ni comer, para conseguir que se derrumbasen y claudicasen, y así lo habían hecho con Jeff. Y les había explicado bien claramente que, una vez el joven entregaba su alma al Diablo, éste no dudaba en torturarlo y matarlo, para a continuación llevarle con él al infierno y arrojarle al fuego eterno.

No obstante, Jeff estaba confuso. Le daba vueltas la cabeza. Aquel hombre a quien llamaban el Diablo sabía más que él de la Biblia. Incluso más que Enoc. Pero la Biblia era el Libro de Dios. Lo que haría el Diablo con el Libro de Dios era quemarlo, y no leerlo. Y estaban también todas aquellas preguntas que le había hecho Morse. Él, Jeff, había quedado como un tonto, porque no había sabido responder a ellas. Sobre todo las que se referían al Maestro. Aquellas fotografías que le había enseñado, el yate, las chicas y todo lo demás... Podían ser fotos trucadas, pero Jeff, en el fondo, sabía que no lo eran. ¿Qué hacía el Maestro con el dinero que ellos recogían? ¿Adónde iba a parar realmente aquel dinero? No quería dudar del Maestro. Éste era el jefe de la iglesia, el Enviado de Dios, el Alma de Jesús más pura de todas. «Dios mío —pensó—, debo tener cuidado. Cuidado, Simeón, cuidado. El Diablo me ha hecho dudar del Maestro».

Interiormente, ya había pecado. Había deseado aquel filete que el Diablo se había comido delante de él. Lo había deseado ardientemente. Y en Astarot le habían dicho: «No comerás la carne de los animales, pues también ellos son seres vivos creados por Dios».

Pero la imagen del filete le trajo una serie de recuerdos que había arrinconado en su mente. Recuerdos de carne a la parrilla, de hamburguesas, de rosbif, de pollo

asado, y de bocadillos de carne hechos en hogueras, en la playa. Y ello, a su vez, le trajo a la memoria otras cosas.

Cindy.

Antes, cuando ella estaba sentada en aquella silla, hablándole, y él veía sus piernas, sus pechos y la curva de sus caderas, Jeff recordó las veces que había acariciado aquel cuerpo. Luchó para alejar aquellas ideas pecaminosas, pero, a pesar de lo que dijese su cabeza, su pene decía otra cosa; en lugar de atender a razones, se puso en erección, como le estaba ocurriendo otra vez en aquel momento. Su madre terrenal había llorado cuando entró en la habitación a verle, y su padre tenía también lágrimas en los ojos. Y él se había reído de ellos porque les odiaba, por lo despreciables que eran. Pero, muy remotamente, en el fondo de su corazón, había sentido algo, algo se había estremecido, y Jeff se había odiado a sí mismo por ello, y se había repetido que él era Simeón, una ferviente Alma de Jesús, y que debía librarse de aquella dependencia de sus padres terrenales.

Seguía dándole vueltas a la cabeza. En su mente aparecían y desaparecían toda una serie de palabras como rótulos de neón: el Maestro, las Almas de Jesús, Astarot, Enoc y Ezequías, el Antiguo y el Nuevo Testamentos, Mateo y Moisés, Lucas y Juan, los Libros de Job y de Joel, los Proverbios la Revelación, los Jueces, los Reyes, la purificación y la penitencia, el «Jesús te ama, Simeón»...

Estaba confuso; confuso y abatido. Además, tenía hambre y sueño, y se sentía sucio. Y no podía dejar de pensar en Atalía.

Abrió un ojo y la vio leyendo su libro. Sus bonitas y suaves piernas estaban un poco extendidas, de modo que, desde donde estaba, Jeff podía verle casi hasta la ingle, y ello le hizo imaginársela, imaginar el sedoso vello, el lugar cálido, oscuro y maravilloso, lo que había sentido al penetrar en él y al moverse en su interior, lentamente al principio, y después más y más aprisa, con más y más fuerza.

Sintió el deseo de saltar hacia ella, echarla en el colchón, arrancarle toda la ropa y hacerle el amor hasta hacerla gritar de placer. Pero sabía que, si lo hacía, ella gritaría, sí, pero de un modo diferente, y acudirían corriendo los otros. Además, era aún un neófito, y le estaba prohibido tomar a una mujer, sobre todo durante la purificación.

Pensó en ir al cuarto de baño y masturbarse sentado en el water, pero en la puerta del baño no había cerrojo y, cada vez que iba al lavabo, ellos mantenían la puerta abierta y le vigilaban para asegurarse de que no se hiciese ningún daño, lo cual era muy molesto y humillante. Por ello, estando Cindy allí, no podía hacer nada. O, por lo menos, no le daría aquella satisfacción.

Por fin, se quedó dormido.

Unos momentos después, o así se lo pareció, alguien le zarandeaba tratando de despertarle.

Abrió los ojos, y vio otra vez el rostro del Diablo.

Jeff Reed dormía en calzoncillos. Mientras le sacudía para despertarle, Morse echó una mirada al armario del joven.

Los pantalones ya no estaban pulcramente doblados en la barra del colgador, sino que pendían, arrugados, de uno de los pequeños ganchos. Y la americana estaba tirada en el suelo, de cualquier manera. A Morse le pareció aquello una buena señal.

Su paciente se incorporó y le miró vagamente.

—Déjeme dormir —dijo.

—No, Jeff.

—Tengo sueño —balbució el joven, y quiso echarse otra vez; pero Morse le enderezó bruscamente.

—Tenemos que hablar un poco más.

—No quiero. No puedo más.

—Muy bien. Entonces, escucharemos un rato lo que dicen otros.

Volvió a tomar el cassette e introdujo en él una cinta. La voz de una joven empezó a contar:

«Me llamo Betty Lorimer. Cuando era Alma de Jesús me llamaban Agit, como la quinta esposa de David. Fui neófita en una comunidad llamada Sunam, cerca de Louisville, en Kentucky. Cuando se hubieron apoderado de mi mente, y de esto hablaré más tarde, me convertí en una especie de monstruo. Quiero decir en un cuerpo sin alma. Lavaba ropa, barría y fregaba suelos, y trabajé en una Brigada del Señor una temporada. Pero después se fijó en mí el padre prior, Asjur. Quiero decir que quería acostarse conmigo. Yo tenía unos diecinueve años y él tenía unos sesenta, pero eso no le importaba.

»Me mandó buscar y dormí con él, y después, cuando hubo conseguido lo que quería, me pasó a Zebul, que era el prior encargado de la evangelización y el reclutamiento, y me acosté con él algún tiempo. Todos decían que aquello estaba bien, que no era inmoral porque estaba en la Biblia. Los personajes bíblicos tenían muchas esposas y concubinas, y eso justificaba lo otro. Según lo considerábamos nosotras, era un honor ser elegidas por un prior, pues de aquel modo una se acercaba a Jesús, porque los priores estaban muy cerca de Él. Pero el honor mayor de todos era ser elegida por el Maestro en persona. Ninguna chica de nuestra comunidad había sido elegida por él, pero lo habíamos oído decir.

»Me quedé embarazada. Yo quería tener el niño, pero ellos me dijeron que no podía ser. Hicieron venir a un médico de fuera y él me hizo abortar, y así perdí a mi hijo. Tienen a mucha gente fuera de las comunidades, médicos, abogados, hombres de negocios y personas así, que son miembros de la secta, y cuando necesitan a uno de ellos le llaman.

»Pero ahora ya ha pasado todo. Gracias a Dios, entre mi padre y unos amigos suyos me sacaron de allí, y después el señor Morse me habló durante no sé cuánto

tiempo hasta que volví a entrar en razón. Ahora, todo lo que pasé allí es como una pesadilla, como un mal viaje...».

Morse colocó otra cinta en el aparato. Y luego otra. Y otra. Tres testimonios más de jóvenes tratados por él. Mientras sonaban aquellos relatos, observaba el rostro de Jeff. Sabía que el joven intentaba no escuchar. Murmuraba plegarias, fragmentos de la Biblia, como para distraer la mente. Pero Morse sabía que las palabras de aquellos muchachos y muchachas le llegaban a pesar de todo. Lo notaba por los leves movimientos de sus ojos, por el ocasional temblor de sus labios, por la forma en que cruzaba y descruzaba los dedos.

Le hizo escuchar otras cintas del mismo tipo durante tres horas. Cada voz era la de un joven distinto; cada historia era diferente, pero todas, en el fondo, eran la misma.

«Me llamo Bernstein, Michael Bernstein. Mis padres son judíos. Son muy buenos; se podría decir que son del tipo permisivo. Me quieren más que a nada en el mundo, pero entonces yo era demasiado idiota para darme cuenta. Pensaba que el mundo era una mierda, que todos los valores estaban confundidos, que cada cual iba a lo suyo, que la gente se movía sólo por la ambición y todas esas cosas. Así que fui una presa fácil para las Almas de Jesús. ¡Aquello fue increíble! Creo que estaba chiflado y no me daba cuenta. Estuve en una comunidad a la que llamaban Betsaida, muy cerca de Pittsburgh. Pero, ahora que vuelvo a tener la cabeza en su sitio, siempre la recuerdo como Loquilandia, U.S.A....».

Después Morse volvió a sermonear a Jeff. Le dijo que había perdido la cabeza, pero que si quería todavía podía recuperar la sensatez, tal como habían hecho todos aquellos chicos. Le dijo que, puesto que había oído sus testimonios, sabía lo que pensaban de las Almas de Jesús. Le repitió que él tenía la misma oportunidad de sobreponerse que ellos. Aquellos muchachos habían vuelto a pensar por sí mismos. Le aseguró que, si le escuchaba, si dejaba de obstinarse...

Le dijo más tarde que algunos muchachos no habían sido capaces de soportarlo. Sus mentes no habían resistido la tensión, y se habían vuelto locos. Volvió a echar mano de la cartera negra y sacó de ella una carpeta. Contó a Jeff una serie de historias terroríficas. Un neófito que trabajaba en una Brigada del Señor había perdido la razón, y había echado a correr sin saber adonde iba, golpeando todo lo que encontraba a su paso, golpeando las caras de sus diáconos. Después se había arrojado bajo un camión y había muerto atropellado. Una joven, que se había vuelto loca también, había saltado el muro de su comunidad en plena noche, había irrumpido en una casa y había asesinado a hachazos a una mujer y a los tres hijos de ésta. Estaba en un centro psiquiátrico para casos sin esperanza.

Después sacó de la cartera dos espeluznantes fotografías. En una aparecía un cadáver envuelto en una lona y atado con unas correas, que varios policías estaban sacando de una comunidad. En el letrero que indicaba el nombre de ésta se leía: «Mageddo».

—Este muchacho se cortó las venas y se desangró hasta morir —explicó Morse—. Pensaba que Jesús ya no le amaba, que le había abandonado.

A continuación, sostuvo la segunda foto ante los ojos del muchacho. Era un paisaje invernal. Todo estaba cubierto de nieve, y, en el centro de la imagen, había un árbol. De una de sus ramas desnudas colgaba el cadáver de una joven. El tosco hábito gris había sido abierto por el viento invernal, y aparecía a la vista su cuerpo desnudo, flaco y lastimoso. La capucha monacal estaba encasquetada hasta la nariz, y la cabeza colgaba grotescamente hacia un lado. En torno a su cuello quebrado se veía el cordón verde, el cinturón de los neófitos, que la muchacha había usado para ahorcarse.

—Esta chica tampoco pudo soportarlo —dijo Morse serenamente—. La llamaban Raumo, como la concubina del hermano de Abraham, Najor. No es que importe mucho, pero Raumo es la primera concubina citada en la Biblia con este nombre.

Guardó las fotos, y volvió a hablarle a Jeff de sus padres.

—Tu padre y tu madre están abajo, Jeff. Están esperando poder abrazarte. Ellos te quieren. Antes, tenían ilusiones para ti, esperanzas. Ahora están abajo, angustiados, y tu madre no para de llorar. Y tu hermano Ken también te quiere. Haría cualquier cosa por ti. Y lo mismo Joe Peterson. ¿Has tenido alguna vez un amigo como él? ¿Alguien con quien pudieras hablar, en quien pudieras confiar?

»Y Cindy. Cindy te quiere, Jeff. Ella se fue de Astarot por propia iniciativa, y sabe lo que ocurría allí: No necesitas oír su relato en una cinta, porque ella estaba contigo. Tienes suerte de conocerla; tienes una gran suerte de que ella te quiera, de que te quiera lo bastante como para haber venido aquí con nosotros a soportar todo esto, mientras tú estás ahí como un autómatas, sintiendo lo que ellos te han dicho que sintieses. Odio, Jeff. Eso es lo que ellos te han enseñado. Odio, odio, odio. Pero, si quieres amor, lo tienes aquí. Si necesitas amor, lo tienes muy cerca, al alcance de la mano. Te espera abajo. Y yo pienso seguir hablándote, pienso quedarme aquí durante semanas o meses, toda la vida, hasta que te haga entender...

De pronto, Jeff se echó a llorar. Intensos sollozos agitaban su cuerpo. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Su cuerpo temblaba y se estremecía. Se cubría la cara con las manos.

—¡Dios mío, Dios mío, Dios mío! —exclamaba—. ¿Qué he hecho, qué he hecho?

Morse le observaba atentamente. Había visto falsos derrumbamientos, y sabía identificarlos cuando se producían. Pero sabía que aquél era auténtico.

Jeff Reed estaba salvado. Volvía a ser el de antes.

Casi automáticamente, Morse consultó el reloj y calculó el tiempo. Aquel trabajo le había llevado cuarenta y cuatro horas y diez minutos. Casi dos días.

«No está mal —pensó—. No está nada mal».

Dio unos golpes en la puerta. Joe Peterson la abrió, y Morse les llamó a todos a la habitación.

Vio como Jeff iba hacia su madre, la abrazaba y le pedía perdón llorando.

Después abrazó a su padre, a Ken, a Joe y a Cindy. Todos lloraban sin disimulo, sin avergonzarse.

—Os quiero... —decía Jeff una y otra vez—. Os quiero a todos, papá, mamá, Ken, Joe, Cindy... Dios mío, ¿qué os he hecho? ¡Cuánto os quiero!

John Morse observó un momento la emocionante escena. Su rostro no revelaba ningún sentimiento especial. Todo aquello era habitual para él. Lo había presenciado muchas veces. No obstante, a su modo, estaba contento.

«Otro menos para tus huestes, Buford».

Después, mientras la feliz reunión continuaba, bajó a la sala para hacer una llamada telefónica.

El trabajo no estaba terminado aún. Todavía quedaba un obstáculo que vencer.

Después, Jeff Reed se duchó y se puso la ropa limpia que le había traído su madre: un jersey blanco de cuello de cisne que siempre le había gustado y unos tejanos descoloridos.

Entretanto, los demás hombres quitaban las tablas de las ventanas, abrían éstas para que entrasen en la casa el aire fresco y el sol y volvían a colocar el pestillo en la puerta del baño.

Finalmente, Jeff bajó llevando en la mano su uniforme de las ADJ. Sonriéndoles a todos, fue a echarlo en el gran cubo de basura que había en el porche, junto a la puerta de la cocina. Era un gesto simbólico, que le producía una visible satisfacción. Resultaba notable el cambio que había experimentado el joven al vestir su ropa normal. Todo su cuerpo parecía haberse llenado un poco, como por arte de magia; parecía haber recuperado un par de kilos. Tenía las mejillas sonrosadas y le brillaban los ojos. Irradiaba nuevos deseos de vivir.

Comieron todos filetes con patatas fritas, una gran ensalada y tarta de manzana con helado. Jeff devoraba como un lobo, como intentando recuperar de golpe los diez kilos que había perdido.

Era el Jeff Reed de siempre, el muchacho que habían conocido antes de que ingresase en Astarot. Parecía no rememorar tal episodio, y, si se acordaba de él, no lo mencionó en absoluto. Reía y recordaba cosas, e hizo muchas preguntas acerca de lo que había ocurrido en su ausencia. En Astarot no había radio, ni periódicos, ni televisión, al menos para los neófitos. Era como si Jeff hubiese estado de vacaciones en algún lugar lejano y acabase de volver. O como si hubiese pasado algún tiempo en algún apartado planeta.

Fue una cena alegre, una jubilosa reunión familiar, y todo era motivo de risa y de bromas. Jeff habló sobre todo de lo que haría cuando volviese a casa, a Hope Ranch, de las mil y una cosas que haría, el surf, las visitas a los amigos, la solicitud de ingreso en la universidad. Pero llevaba tanto tiempo sin descansar de verdad que se quedó dormido inmediatamente después del postre.

En vez de abandonar la casa en seguida, decidieron pasar la noche en ella, a fin de que Jeff, que estaba agotado física y espiritualmente, pudiese recuperar el sueño atrasado. Y ello a pesar de que odiaban aquella casa, en la que habían pasado tan malos ratos, y no deseaban verla más.

Cuando Jeff se hubo acostado, los demás expresaron su profunda gratitud a John Morse. Pero éste les dijo que aún no había terminado todo. Jeff tenía que cubrir todavía la última etapa del tratamiento.

—En primer lugar —explicó Morse—, mañana no puede regresar a casa con ustedes. No conviene que vuelva allí inmediatamente. Eso sería un gran error.

—No comprendo —dijo Kate Reed—. Hope Ranch es su hogar. Allí Jeff sería feliz. Estaríamos todos juntos...

—La comprendo, señora Reed, pero existen razones para que esperen un poco antes de llevarle a casa. En primer lugar, es posible que haya gente de la secta vigilando Hope Ranch. Durante unos quince días por lo menos. Pueden intentar secuestrar a Jeff, llevarle a otra comunidad y volver a programarle como la primera vez. Jeff es aún vulnerable, y lo seguirá siendo durante dos o tres semanas. Si pueden atraparlo, serán capaces de lavarle el cerebro de nuevo. Lo han hecho con éxito con algunos otros jóvenes, y es posible que vuelvan a intentarlo.

Frank Reed miraba fijamente a Morse.

—Pero yo pensaba que el chico estaba bien del todo... —dijo.

—No del todo aún —dijo Morse—. No olviden que acaba de despertar de una larga pesadilla. Acaba de entrar en un mundo que para él es totalmente desconcertante. Todavía existe la posibilidad de una regresión. Durante las primeras semanas estará en peligro de recaer, de volver a su personalidad de Simeón. Hace tanto tiempo que no se le permite pensar por sí mismo que no le resultará fácil aceptar su verdadera identidad.

—Dios mío... —exclamó Kate—. Me asusta usted.

—No pretendía tal cosa. Creo que Jeff se pondrá bien del todo. Pero necesitará algún tiempo para la transición, para dejar de ser un robot teledirigido y convertirse en una persona pensante. Por eso, las dos o tres semanas próximas son decisivas. Una vez las haya superado, y no existe ninguna razón para que no sea así, esa gente no podrá influir en él nunca más, hagan lo que hagan. Jeff estará completamente fuera de su alcance. Lo importante ahora es que pase una especie de vacaciones, lejos del todo de lo que le es familiar, incluso de su propia casa. Que pueda relajarse, expansionarse, pasarlo bien. Que vuelva a conocerse a sí mismo, en compañía de alguien a quien quiera...

—¿De alguien como yo, por ejemplo? —preguntó Cindy.

—Sí, de alguien como tú —respondió Morse sonriendo.

—Entonces, tengo el lugar perfecto.

—¿Sí?

—Palm Desert, cerca de Springs. Mis tíos James y Sarah Hyland viven allí. Están

retirados. Tienen una casa muy grande, con una piscina, y, al otro lado de ésta, una casita para invitados, que queda bastante apartada del edificio principal. Estoy segura de que les encantaría que fuésemos allí...

—Parece una idea magnífica —dijo Morse—. Sí te parece que puedes arreglarlo...

—No hay problema —aseguró Cindy—. Mis tíos me quieren muchísimo, y me dirán que sí. Es decir —añadió, mirando a los Reed—, si ustedes están de acuerdo.

—A mí me parece bien —dijo Frank.

Kate miró ansiosamente a Morse.

—¿Podríamos... podríamos ir a verle? —le preguntó.

—Yo esperaré una semana al menos. Después, creo que sí. Le hará bien a Jeff. Yo diría que el muchacho necesitará unas tres semanas allí, un mes a ser posible. Y ahora, Cindy, voy a darte algunas instrucciones. Son importantes, así que escúchame con atención.

—Sí, le escucho.

—Lo que tienes que hacer es mantener a Jeff ocupado. Mantenerle físicamente activo, haciendo algo en todo momento, para que no tenga tiempo de pensar. Necesitará comer bien para recuperar las fuerzas, y dormir mucho. Y otra cosa. Tiene que ver a gente de su edad, cuanta más mejor.

—Ya me encargaré yo de eso —dijo Cindy—. Conozco a mucha gente por allí. Verdaderas «ratas del desierto».

—Otra cosa. Tenle apartado de la Biblia. Si hay alguna en la casa, en la biblioteca o donde sea, escóndela. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Van tus tíos a la iglesia los domingos?

—Sí, creo que sí. Van de vez en cuando, por lo menos.

—Entonces, ¿puedes pedirles que no lo hagan? Sólo mientras esté Jeff allí. No quiero que nada le recuerde las iglesias ni la religión. Ya sé que eso puede resultar una imposición para tus tíos, pero, si les explicas el problema...

—Son una gente estupenda —dijo Cindy—. Ya le he dicho que me quieren mucho, y lo comprenderán.

—Otra cosa. Tenle apartado de cualquier teléfono, de modo que no sienta la tentación de llamar a la secta en un momento de debilidad. Si hay teléfono en la casa de los invitados, pídele a tu tío que lo desconecte.

—¿Cree usted realmente que podría ocurrir algo así? —preguntó Reed, incrédulo.

—Ya ha ocurrido —dijo Morse amargamente—. Así perdí a una chica que parecía estar totalmente recuperada; telefoneó a la secta y volvió con ellos. No es probable que le ocurra a Jeff, sobre todo teniendo a Cindy con él, pero es mejor no correr ningún riesgo.

Kate Reed parecía angustiada.

—Habla usted como si Jeff fuese... un alcohólico reformado.

—En cierto sentido lo es. Sólo que su dependencia es la memoria, no el alcohol. Pero, una vez vuelva a casa, estará bien para siempre. Una cosa más, Cindy.

—¿Sí?

—Es lo más importante de todo. No le dejes solo ni un momento. Y no le permitas hablar de las Almas de Jesús ni de sus experiencias en Astarot. Si lo intenta, cambia de tema. Hazle pensar en otra cosa. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Trataré de que así sea.

—Es algo muy importante, Cindy. Tienes que conseguirlo. No le dejes hablar de ello ni siquiera con los amigos. Llegado el momento, cambia de tema inmediatamente. Y ahora, buena suerte y que Dios te bendiga.

Cindy miró a Morse un momento. Después, impulsivamente, fue hacia él y le dio un beso en la mejilla.

—¿Sabe una cosa, señor Morse?

—¿Qué?

—Es usted un sol. Gracias. Gracias por devolverme a Jeff.

—Jeff es un buen muchacho —dijo Morse—. Cuídale bien.

Les anunció entonces a todos que no se quedaba a dormir sino que se marchaba inmediatamente. Su trabajo estaba hecho, y el resto era cosa de ellos. Pasaría la noche en Los Ángeles y, al día siguiente, saldría hacia Santa Cruz para visitar a George Glennon. Explicó que estaba muy cansado y necesitaba unas breves vacaciones. Después, le quedaría aún mucho que hacer.

—Una cosa, señor Morse —le dijo Cindy—. Hemos estado todos juntos en esta casa durante dos días, y seguimos sin saber nada de usted. Usted nunca habla de sí mismo.

—No hay nada que decir.

—¿Quién es usted, señor Morse? Quiero decir, ¿quién es usted en realidad?

—Eso no tiene importancia.

—Sí que la tiene. Llega usted a nuestras vidas y realiza ese milagro, un verdadero milagro, y después desaparece como un fantasma, sin que sepamos siquiera quién es usted, por qué tace lo que hace, ni nada de nada.

Él la miraba en silencio, y ella insistió:

—¿Dónde vive usted? ¿Está casado? ¿Tiene hijos?

—Es una historia muy larga, Cindy. Y te aseguro que no tengo ganas de contarla. Cogió su cartera, les estrechó la mano a todos y salió de casa.

Mientras conducía hacia Los Ángeles, se sentía absolutamente agotado.

Siempre le ocurría lo mismo después de un trabajo. El proceso de desprogramación era casi tan duro para el interrogador como para la víctima. Físicamente, era una verdadera tortura, y emocionalmente siempre le dejaba agotado.

Porque, cada vez que se enfrentaba a uno de aquellos muchachos, pensaba en

Sidón. No podía evitarlo. El encuentro renovaba la pesadilla. Y no podía evitar pensar cómo habrían ido las cosas si él hubiese tenido un poco más de tiempo...

En aquellos momentos necesitaba olvidarse de Sidón, de Jeff Reed, de las ADJ y de Buford Hodges. Necesitaba un descanso, físico y espiritual. Necesitaba beber un poco, reír, pensar en otras cosas, relacionarse con la gente, entrar en el mundo real, al menos por unos días, hasta que George Glennon le dijese que había telefoneado preguntando por él el padre o la madre de un chico o una chica que estaba en Berseba, en Muela, en Betfagé...

27

En Palm Desert, Jeff y Cindy lo pasaron maravillosamente.

La casa de los Hyland estaba situada junto a una carretera llamada Silver Spur Trail, enfrente mismo del campo de golf Irongate, y tenía una incomparable vista del desierto y de las rojizas montañas que lo rodeaban, la más alta de las cuales era el monte San Jacinto.

La casita era perfecta. Tenía una pequeña cocina, y Cindy guisaba la mayoría de las comidas. De vez en cuando iban a la casa grande a cenar. Pero, aparte de eso, veían poco a los tíos de Cindy. Él iba a jugar al golf casi todos los días, y ella estaba muy ocupada con su tenis, su club de bridge y sus reuniones sociales. Según un acuerdo tácito, discreta y amablemente, dejaban tranquilos a Cindy y a Jeff.

Los días se sucedían radiantes, secos y cálidos; el sol brillaba en un cielo sin nubes.

Cindy y Jeff montaban a caballo, jugaban al tenis, nadaban, iban al cine, veían a sus amigos por la noche... Pasaban largas y tranquilas tardes tomando el sol al borde de la piscina. La zona donde ésta se hallaba quedaba totalmente aislada del exterior, y, cuando los Hyland se iban para todo el día, los dos muchachos se desnudaban y se lanzaban a la piscina, nadaban y jugaban, y al final hacían el amor. A veces, en medio de una noche templada, después de haber hecho el amor, iban a la piscina y se bañaban desnudos a la luz de la luna.

Hacían el amor todas las noches.

John Morse le había dicho privadamente a Cindy que, a veces, el lavado de cerebro que practicaba la secta daba lugar a extraños efectos fisiológicos. Le había dicho que todo el sistema glandular podía verse alterado. Un cierto número de jóvenes tratadas por él habían experimentado una suspensión temporal de la regla.

Algunos muchachos habían sufrido de impotencia durante una temporada. O bien habían descubierto que ya no necesitaban afeitarse y mostraban problemas propios de la adolescencia, como el acné. Todo ello tenía que ver con una regresión a la infancia, por haber sido detenido el desarrollo de la personalidad. Morse había advertido a Cindy que, si algo de aquello le ocurría a Jeff, ella sólo necesitaba tener un poco de paciencia.

Pero no se presentó ningún problema. Jeff estaba sano y fuerte como un toro.

Después de las horrendas experiencias que habían pasado los dos en Astarot, Cindy se sentía más unida a Jeff que nunca. No le perdía de vista ni un momento. El joven empezó a ganar peso. Cada día aprendía a reír un poco más. Su rostro perdió la expresión retraída y triste, y adquirió un aspecto sano y bronceado.

Al final de la primera semana, los Reed fueron a visitar a su hijo, y lo mismo hizo la madre de Cindy. Y hubo una llamada telefónica. Era para Cindy, y la muchacha fue a hablar a la casa grande, pues en la pequeña no había teléfono.

Quien llamaba era Morse, que seguía en casa de George Glennon, en Santa Cruz. Quería saber cómo iba Jeff, y se mostró encantado al oír el informe de Cindy. Le dijo que una de las grandes cadenas de televisión estaba interesada en realizar un documental acerca de Jeff, así como de algunos de los demás ex miembros de las ADJ, tan pronto como el muchacho estuviese lo bastante recuperado. Pero aseguró que aquello no corría prisa. De momento lo importante era que Cindy siguiese con lo que estaba haciendo, hasta que Jeff estuviese del todo bien.

Siguieron gozando de los días dorados. Tomaron el funicular de Palm Springs para ir a la cumbre del San Jacinto, admiraron el panorama y almorzaron en el restaurante. Después visitaron Taquiz y Palm Canyons, y la reserva india de Agua Caliente, y fueron al lago Saltón, donde alquilaron una motora e hicieron esquí acuático.

Al décimo día, sucedió.

Pasaban por el parque nacional Joshua Tree, por una desolada zona del mismo, admirando los extraños árboles, algunos de los cuales medían quince o veinte metros de alto y tenían trescientos años. Detuvieron el coche para admirar unas rocas erosionadas por el viento y por el sol del desierto. La erosión les había dado extrañas formas: parecían cráneos humanos, panes cortados en rebanadas, veleros y mastodontes.

Las rocas estaban próximas a la carretera. Jeff y Cindy se habían acercado a ellas a pie. Descansaron un rato a su sombra. Cuando ya se disponían a regresar, vieron que había otro coche junto al suyo.

Era un Cadillac gris, y Jeff y Cindy lo habían visto antes avanzando lentamente detrás de ellos. No les pareció extraño que se hubiese detenido inmediatamente junto al suyo; supusieron que se trataría de otros turistas que admiraban el paisaje. Pero, cuando estaban a sólo unos metros de su coche, vieron que salían del Cadillac tres muchachos. Vestían camisas y pantalones de verano; iban pulcramente arreglados y

llevaban el pelo corto.

Los tres jóvenes esperaron pacientemente, sin moverse, con sus cuerpos proyectando largas y grotescas sombras en el suelo.

De pronto, a unos pasos ya del coche, Cindy y Jeff se detuvieron en seco, y se quedaron mirando fijamente a los tres jóvenes. Éstos les sonreían con expresión amistosa. Cindy sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Empezó a tener miedo.

—Jeff, ya sabes quiénes son y para qué han venido.

—Sí.

—Vámonos de aquí... ¡Corramos!

—¿Que corramos? —replicó él—. ¿Adónde podemos ir, en este desierto? Aquí no hay ningún refugio.

Sin saber qué otra cosa hacer, echaron a andar otra vez hacía su coche. Los tres diáconos les miraban tranquilamente. Después, uno de ellos, el que llevaba la dirección, dijo:

—Jesús te ama, Simeón. Me llamo Ajaz, y éstos son Jotam y Jazael.

—Ven con nosotros, Simeón —dijo Jotam—. Jesús quiere que vuelvas.

—No —respondió Jeff—. No quiero volver.

—Sabemos que Satán ha querido seducirte, Simeón.

—Me llamo Jeff —replicó el joven—. Ya no soy Simeón. Eso pasó.

—Sabemos cómo luchaste contra las tentaciones que te presentó —decía ahora Ajaz—. Te has entregado a él durante unos días. Pero nosotros lo comprendemos, Simeón. El Diablo te atormentó y te torturó. Tu carne fue débil. Pero no has cometido ningún pecado mortal. Mediante la plegaria y la meditación, puedes quedar limpio otra vez.

Ajaz siguió hablándole, suave y persuasivo. Jeff le escuchaba como paralizado. Cindy vio que la mirada de su compañero se había vuelto vidriosa, y que se había echado a temblar. Ajaz parecía tener dominado a Jeff. Su sonrisa era cálida, benévola.

—Te hemos echado de menos, Jeff. Tus amigos, tus familiares, te hemos echado de menos. Pero, cuando te hayas limpiado de tu pecado y hayas vuelto a consagrar tu alma a Cristo, podrás unirte a nosotros para siempre, tanto aquí abajo como en el cielo.

—Jeff —dijo Cindy—, no les hagas caso. Por favor, ¡no vayas con ellos!

Él no pareció oírla, y Cindy se dio cuenta de que ya no podía comunicarse con él. Ya era demasiado tarde. Jeff seguía mirando fijamente a Ajaz. La muchacha se puso a gritar y trató de apartar a Jeff de allí tirándole del brazo, pero ellos le agarraron también y se lo impidieron. Ella les mordió, les arañó.

—¡Dejadle! —gritaba—. ¡Dejadle!

Las cercanas rocas hicieron eco a sus gritos en medio de aquella zona desolada. Se aferró a uno de los diáconos, pero éste, de un golpe, la arrojó al suelo. Se quedó allí, aturdida, viendo lo que pasaba. Ellos se llevaban a Jeff al Cadillac. El muchacho caminaba como si estuviese en trance. Los tres diáconos le hablaban a la vez,

suavemente.

Ella no oía lo que le decían, pero veía lo que le estaba ocurriendo a Jeff. El joven les escuchaba atentamente, como hipnotizado. Los diáconos no dejaban de hablarle, tranquilos, persuasivos.

Vio que la expresión de Jeff se volvía ausente; vio como les sonreía y como ellos le sonreían a su vez. Le pasaron los brazos por los hombros y le estrecharon fuertemente. Él les abrazó también.

Uno de los diáconos retrocedió hacia el coche de Cindy. Extendió la mano y arrancó del tablero la llave de contacto. Después la tiró tan lejos como pudo, en medio de la arena. Le sonrió a la muchacha y se volvió al Cadillac.

Cindy les vio marchar. Luego, apoyó la frente en la arena y se echó a llorar.

El Cadillac tomó la dirección de Los Ángeles, pero no llevaron a Jeff a Astarot. Fueron directamente al aeropuerto, y los cuatro muchachos tomaron un avión con destino a Kansas City.

Nada más aterrizar en Kansas City les recogió otro coche, que les llevó a una comunidad llamada Edom.

Una vez allí, desnudaron a Jeff y le condujeron a una pequeña celda. Ésta estaba totalmente vacía de muebles, y tenía, como única decoración, una pintura en la pared que representaba la crucifixión.

Le dieron un pedazo de pan y un tazón de agua. Después, se le permitió dormir unas horas en el frío suelo, antes de ser llevado a la ceremonia de la penitencia.

La ceremonia de la penitencia tenía lugar en la iglesia, y era presenciada por todos los habitantes de la comunidad, priores, diáconos, diaconisas y neófitos.

Como Astarot, Edom tenía cinco dirigentes espirituales. El primer prior se llamaba Oseas, y los otros eran Adad.

Esrom, Obed y Nafis.

Los cinco priores, con sus hábitos y capuchas, estaban sentados en un alto banco al pie del altar. Cada uno de ellos llevaba una vela roja en la mano izquierda y otra blanca en la derecha. Las llamas de aquellas velas proporcionaban la única luz que había en la gran sala; el resto estaba en tinieblas.

Entró Jeff, escoltado por varios diáconos, y se le condujo al altar. Su rostro, iluminado por la temblorosa luz de las velas, mostraba una expresión infinitamente triste. Cayó de rodillas ante Oseas e inclinó la cabeza.

—Jesús te ama, Simeón —le dijo el prior—. Te has encontrado con Satán, y le has escuchado. Te ha tentado, y ha conseguido volverte impuro. Le has entregado tu alma. Pero el Señor te ama todavía; Él está siempre dispuesto al perdón, y tu alma volverá a Él, a su debido tiempo. ¿Comprendes, Simeón?

—Sí, Oseas.

—Todos los hombres están divididos entre dos grandes fuerzas, Simeón. En mi

mano izquierda está la vela roja, símbolo del Diablo, Satán, Belcebú, el Espíritu del Mal, el archienemigo de Cristo. En mi mano derecha está la vela blanca, que representa la bondad de Jesús y su pureza. ¿Qué mano eliges, Simeón? ¿Qué llama alumbrará tu camino en la vida?

—La mano derecha.

—Piénsalo bien, Simeón. Medita y reflexiona. El rojo es el color del Diablo, y el blanco es el de Cristo. ¿Qué mano eliges?

—La derecha. La mano de Dios, bendito sea su nombre.

—Te exhorto a que reflexiones una vez más. En la mano izquierda están el pecado, los placeres de la carne, la lujuria y la codicia, las cosas mundanas. En la derecha no hay más que abstinencia, sacrificio, renuncia a todas las vanidades. Ante esta alternativa, los hombres mundanos elegirían los placeres de Satán, los deleites del pecado. Y así, venderían su alma al Príncipe de las Tinieblas. Eso es lo que tú has hecho, y has hallado placer en ello. Pero, en este momento, eliges mi mano derecha. Dime por qué, Simeón. Explícanoslo a todos los aquí reunidos. ¿Por qué?

—Porque es la mano de Jesucristo. Quiero tomar su mano y caminar con Él para toda la eternidad. Quiero que su luz brille en mi alma y me muestre el camino.

Hubo un largo silencio. Después, Oseas dijo:

—Has hablado bien, Simeón. Pero el Diablo ha mancillado tu alma, y ahora debes limpiarla. ¿Cómo empezarás a limpiarla?

De acuerdo con el ritual, Jeff se puso en pie. Tomó la vela roja de Oseas, apagó su llama soplando sobre ella, la arrojó al suelo y la aplastó bajo su sandalia. Después, hizo lo mismo con las velas rojas de Adad, Esrom, Obed y Nafis. Los priores ya sólo sostenían las velas blancas.

—Es un buen comienzo, Simeón —dijo el primer prior—. Pero es sólo un símbolo de lo que habrá de ocurrir en tu corazón. Antes, tenías a Jesús en él, y sabías bien lo que está escrito en la Biblia: «Rechaza a Satanás, y él huirá de ti». Pero no lo hiciste. Por lo tanto, debes arrepentirte. No serás purificado hasta que no hayas cumplido la penitencia. Arrepiéntete, pues, para que tus pecados te sean perdonados. Así está escrito en la Biblia.

Después, según el ritual, cada uno de los demás priores citó un pasaje de la Biblia en el que se hablaba de los beneficios del arrepentimiento y del perdón de los pecados.

Tras otro momento de silencio, Oseas dijo:

—Todos han hablado con verdad. Ése es el camino que te espera, Simeón: la penitencia y la purificación. No llevarás cinturón sobre el hábito, a fin de que quede expuesta tu desnudez. Ayunarás todos los lunes y viernes, como hacían algunos profetas y santos. Comerás sólo pan y beberás sólo agua. Trabajarás sólo con las mujeres, y realizarás las tareas más bajas. Ruega por tu salvación y serás salvado, Simeón. Líbrate del veneno de Satán y purifícate. Así volverás a convertirte en un Alma de Jesús.

—¡Amén! —exclamaron todos los presentes—. ¡Alabado sea el Señor!
Los priores se levantaron, sosteniendo en alto sus velas blancas.
Finalmente, la congregación cantó uno de los himnos del repertorio del Maestro:

*Perdónale, Señor,
guíale con Tu luz...*

En el camarote principal del *Enviado de Dios*, «su divinidad» el reverendo Buford Hodges llamaba por teléfono. Estaban con él su abogado y su agente de relaciones públicas.

El Maestro estaba irritado, impaciente.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Cualquiera diría que no hay nadie allí para responder al teléfono. No sé dónde demonios...

—¿Diga? —respondió una voz grave y solemne al otro extremo del hilo.

—¿Hablo con Edom?

—Sí, aquí es Edom.

—Póngame con el primer prior.

—Lo siento, pero el padre prior está durmiendo y no puedo molestarle.

—¿Con quién hablo? —preguntó «su divinidad», esta vez con voz amable.

—Soy Sibeón, un diácono de la comunidad. Soy el secretario de Oseas, el primer prior. ¿Quién es usted?

—Soy el Maestro.

Hubo un silencio al otro extremo del hilo. Después, Sibeón exclamó:

—¡Su Divinidad! ¡Alabado sea Dios!

—Dile a Oseas que debo hablar con él inmediatamente.

Mientras esperaba, Hodges dirigió una sonrisa a Garvey y a Caswell. Pero éstos no sonrieron. Al contrario, estaban serios y preocupados.

—Oseas al aparato, Su Divinidad.

—Jesús te ama, Oseas.

—Alabado sea su santo nombre. ¿En qué puedo servirte, Maestro?

—Tenéis ahí a un joven llamado Simeón. Ordené que se le enviase a Edom.

—Sí, ya ha llegado. Mañana empezará la penitencia.

—Quiero que se le dispense de la penitencia.

Se produjo un momento de silencio.

—Pero Maestro, ese joven ha pactado con Satán...

—Es verdad —respondió Hodges—. Lo sé. Pero le necesito para un fin especial. Para un fin divino. No puedo revelar ahora de qué se trata.

—Comprendo. Siendo así, le eximiré de la penitencia.

—Y quiero pedirte algo más, Oseas.

—¿Sí, Maestro?

—Quiero que se alimente bien a ese muchacho, tanto como sea posible en Edom. Quiero que coma en la mesa de los priores, contigo.

Sorprendido, Oseas contuvo el aliento.

—¿Un penitente en la mesa de los priores?

—Sí, ya sé que eso es muy... muy poco ortodoxo. Pero debemos tratarle bien. Ese muchacho ha sido elegido.

—¿Elegido?

—Elegido por Jesús, para llevar a cabo una misión especial. Por medio de su alma, salvaremos a miles de almas. No es sólo una misión, sino una revelación. A su debido tiempo, el hecho será conocido por todas las Almas de Jesús. ¿Me comprendes, Oseas?

—Sí, Maestro, te comprendo. Alabado sea Dios. Haré lo que me has dicho, naturalmente.

El reverendo Hodges colgó y dijo, dirigiéndose a sus acompañantes:

—Si, señor. Quiero que ese muchacho esté guapo y lustroso cuando se siente a declarar. Quiero que tenga un aspecto sano, limpio y perfectamente norteamericano. Quiero que todo el país se enamore de él.

—Creo que cometes un error, Buford —dijo Caswell.

—Un grave error —convino Garvey.

—No estoy de acuerdo. En la vida, tarde o temprano, llega un momento en que hay que coger el toro por los cuernos. Este asunto es como un grano infectado, amigos míos; la única forma de librarme de él es abrirlo con un bisturí y hacer salir el pus.

—También podrías hacerte daño con ese bisturí, Buford —dijo Caswell.

—Exactamente —dijo Garvey—. Hasta podrías matarte...

Buford Hodges miró un momento a sus dos consejeros.

—Sí una queja tengo de vosotros dos, muchachos —les dijo, sonriendo tranquilamente—, es que siempre me subestimáis. Mañana iré personalmente a Edom y pasaré algún tiempo con ese muchacho descarriado. Le mostraré bondadosamente el error que ha cometido y le guiaré hacia la luz. Mi causa es justa y tengo al Señor de mi parte, amigos. Bueno, no discutamos más y tomemos una copa.

CUARTA PARTE

28

Todo empezó cuando Jeffrey Reed, miembro de las Almas de Jesús, presentó una querrela formal en la Oficina del Fiscal de Distrito del condado de Los Ángeles. Era el tres de noviembre. El denunciante afirmaba haber sido secuestrado y retenido indebidamente, contra su voluntad, por personas conocidas de él.

El Gran Jurado tomó declaración al denunciante y a los testigos, formuló autos de acusación y emitió mandamientos estableciendo las fianzas.

Se fijó el juicio para el dieciséis de enero en el Tribunal Superior 102, situado en el noveno piso del edificio que albergaba las salas de lo criminal de Los Ángeles. Los acusados eran seis. Oficialmente, el proceso fue denominado «El pueblo del estado de California contra Frank Reed, Kate Reed, Kenneth Reed, Joseph Peterson, Cindy Hyland y John Morse». Cindy había cumplido los dieciocho años poco antes del secuestro de Jeff, con lo cual, al ser ya mayor de edad, podía ser juzgada con los demás.

Las acusaciones oficiales eran las de secuestro y conspiración para cometer secuestro; retención Indebida y conspiración para cometer retención indebida.

La perspectiva del juicio despertó inmediatamente la atención de la opinión pública a escala nacional. Los temas en cuestión eran insólitos y poseían una gran carga emocional. Tanto la televisión como la prensa lo anunciaron con gran sensacionalismo. De todo el país acudieron periodistas para informar de él. Algunos juristas declararon que constituiría un hito en la historia de la jurisprudencia norteamericana. El *Time* publicó un reportaje acerca del reverendo Buford Hodges y de las ADJ, al que se añadía un comentario general acerca de la reciente aparición de nuevas sectas en el país. El artículo se publicó una semana antes del juicio, y despertó aún mayor interés hacia éste.

El fiscal de distrito, Thomas Hatch, decidió no encargarse del caso a ninguno de sus ayudantes y ocuparse de él personalmente. El abogado defensor era Matthew J. Blake. Se trataba de uno de los criminalistas más afamados de California; era un hombre astuto y brillante, con un imponente historial de casos ganados, conocido en todo el país como una personalidad carismática, como una figura pública por derecho propio. Los acusados tenían derecho a nombrar un defensor cada uno, pero habían

decidido, de mutuo acuerdo, ser representados únicamente por Blake.

El juicio, presidido por el juez Harían F. Brenner, debía comenzar un lunes a las nueve de la mañana.

A las ocho y media de aquel lunes, Matt Blake y Saúl Goodstone, uno de sus jóvenes y valiosos ayudantes, bajaban de un Cadillac conducido por un chófer ante el edificio de las salas de lo criminal. Blake era un hombre corpulento y rubicundo, de unos cincuenta y tantos años. Tenía el cabello espeso y blanco como la nieve, y llevaba, como siempre, una pajarita azul con pequeños lunares, que se había convertido en una especie de distintivo personal.

En la otra acera de la calle Temple, enfrente del edificio, había un gran movimiento. Cuatro enormes autocares de las ADJ estaban aparcados en la calzada, y un gran número de jóvenes neófitos de la secta, pulcramente vestidos con sus uniformes de las Brigadas del Señor y dirigidos por sus diáconos, ocupaba toda la acera, desfilando lentamente arriba y abajo, muy correcta y ordenadamente. Era una especie de manifestación silenciosa. Cada minuto, a una señal del diácono que encabezaba la manifestación, exclamaban todos al unísono: «¡Jesús os ama!». Aparte de aquello, no hacían ni decían nada, salvo pasear en silencio.

Al otro lado de la calle, había otro tipo de aglomeración. La formaban un cierto número de padres de miembros de la secta, que gritaban, irritados, las mismas frases que figuraban en sus pancartas: «¡Libertad para nuestros hijos!», «¡Queremos a nuestros hijos en casa!», «¡Prohibición de las ADJ!», «¡Que calle la voz del Maestro!» y «Buford no ama a Dios, ama al dinero». También había allí representantes de organizaciones que proporcionaban información acerca de las sectas y asesoraban a padres e hijos.

Blake miró arriba y abajo de la calle, y lo que vio le llenó de satisfacción. Era el tipo de ambiente que a él le iba. Observó la presencia de los equipos móviles de la televisión. Al ver que se le acercaban los fotógrafos y periodistas, sonrió.

—Hace un día precioso, Saúl —dijo—; de verdad.

—Sí, señor.

Blake miró a los manifestantes de las ADJ y comentó:

—El reverendo Hodges está perdiendo mucho dinero, al retirar a esos chicos de la venta de folletos para que vengan a manifestarse aquí. No debe de hacerle mucha gracia esa pérdida. Aunque debe de considerar que vale la pena.

Entonces se le echaron encima los fotógrafos y los reporteros, y él respondió a sus preguntas con las amables respuestas de costumbre: «No tengo nada que decir, señores», «El juicio no ha empezado todavía», «Después les diremos algo», etcétera.

Estaban presentes varios policías de servicio, por si se producía algún altercado; ellos abrieron paso a Blake y a Goodstone hasta la puerta.

El pasillo del piso noveno, frente a la sala donde iba a celebrarse el juicio, estaba

completamente abarrotado. Algunos eran espectadores que simplemente querían entrar en la sala; otros eran periodistas y profesionales de los medios de comunicación. Aparecieron cámaras de televisión, y los sudorosos técnicos se esforzaban por proteger los cables. Las lámparas instaladas en rincones estratégicos del pasillo y sobre los bancos tapizados de negro iluminaban vivamente la escena con su luz despiadada, convirtiendo el lugar en algo parecido a un plató cinematográfico, y en actores a las personas allí reunidas. La fantasía se imponía a la realidad.

Poco después, Matt Blake se hallaba sentado junto a sus clientes en la mesa de la defensa, a la derecha del estrado. Los miembros del jurado estaban también en sus puestos. De un momento a otro comparecería el juez.

Blake echó una rápida ojeada a su alrededor. Se sentía a sus anchas, optimista, dispuesto a la lucha. Todo en aquella sala le era familiar y agradable. Los muebles y la decoración eran de su gusto: los oscuros paneles de caoba de las paredes, la iluminación indirecta en el techo de vidrio, el gran escudo oficial del estado de California, de bronce, en la pared correspondiente al estrado...

Después, volvió su atención al campo de batalla, de su batalla. Miró a su izquierda, a la mesa del fiscal. Observó a Tom Hatch, su oponente. Hatch era un hombre de rostro delgado, pulcra y costosamente vestido, como correspondía a un hombre que poseía una casa en Truesdale y que pertenecía al Country Club de Los Ángeles y al Club Jonathan. Blake no le reprochaba a Hatch el haber decidido encargarse del trabajo él mismo en lugar de confiarlo a uno de sus dinámicos ayudantes. El fiscal de distrito habría cometido una imperdonable estupidez si hubiese renunciado a la gran publicidad que le reportaría aquel juicio. Blake sabía que Hatch aspiraba a ser algún día fiscal general de California. Y estaba también su gran vanidad. Aquel proceso, por su originalidad y por los titulares que provocaba en todo el país, podía convertirle en unos días en un hombre célebre, como le había ocurrido a Vincent Bugliosi a raíz del caso Manson.

Luego, Blake se fijó en el demandante, Jeff Reed. El joven llevaba la pulcra americana de las ADJ; iba limpio y bien peinado. Estaba hablando con uno de los ayudantes de Hatch y sonreía; parecía animado, y tenía un aspecto muy agradable. El típico muchacho norteamericano, sano y limpio, pensó Blake; el joven educado que decía «sí, señor» y «no, señor» a sus mayores, el joven rico y culto que jugaba de defensa en la Universidad de California, o en Michigan, o en Harvard, el muchacho excelente al que cualquier padre consideraría un buen partido para su hija.

Y, sin embargo, Blake se dio cuenta de que en aquel chico había algo extraño, algo un tanto inquietante. Era *demasiado* pulcro, demasiado agradable, demasiado simpático, demasiado... ¿qué? Blake no consiguió definirlo exactamente. Pero aquel muchacho iba a ser el testigo principal de la acusación. Matt Blake era un hombre que se enorgullecía de adivinar el carácter de las personas, pero aquel joven le desconcertaba un poco. Observó que no miraba nunca a su derecha, a la mesa de la defensa, donde estaban su familia y sus amigos. No les dirigió ni una breve mirada;

no reconoció su presencia ni siquiera como si hubiesen sido unos desconocidos. No se limitaba a ignorarles, sino que actuaba como si no existiesen. Cualquier ser humano, pensó Blake, hubiera tenido que sentir algún tipo de emoción en una situación como aquélla. Al fin y al cabo, las personas a las que Jeff Reed trataba de enviar a la cárcel eran su padre y su madre. Por no hablar de su hermano, de su mejor amigo o de su novia. Pero Jeff Reed se mostraba totalmente inexpresivo en aquel aspecto.

Blake echó una mirada al jurado. Estaba satisfecho de la selección. Después contempló la silla vacía del juez, de respaldo tapizado de verde, y el letrero que había sobre la mesa: «Juez Harían F. Brenner». Conocía a Brenner, y sabía que era un hombre imprevisible. A veces se mostraba tolerante y a veces intransigente, en lo relativo a la letra de la ley. Dependía de su estado de ánimo.

Pensó en su defensa, y se sintió optimista. El caso parecía estar hecho a medida para él. Era el tipo de caso que le gustaba defender, y que casi siempre le reportaba un éxito. Sabía que la acusación habría de basarse en la ley, en la interpretación estricta de la ley. Pero él tenía de su parte el amor de unos padres hacia su hijo, el amor de un hermano, el de un amigo y el de una muchacha. Una combinación capaz de conmover a cualquier jurado. Sin embargo, el sexto defendido, John Morse, era un caso aparte. Habría de tener mucho cuidado en lo referente a él. Morse no guardaba ninguna relación personal con Jeff Reed, y el jurado no dejaría de tenerlo en cuenta.

Pero aquello tampoco le preocupaba demasiado. Los miembros del jurado no lo sabían aún, pero Morse tenía mucho que decir en defensa propia. Era una historia realmente interesante, y Blake creía que con ello compensaría la diferencia.

Sonrió para sí, se metió en la boca un caramelo de menta, tropezó con la mirada de Tom Hatch y le dedicó una sonrisa. Hatch le saludó con una inclinación de cabeza, con expresión tranquila, y le sonrió a su vez. Pero Blake vio aquella sonrisa como una simple hendidura en una máscara.

Se inclinó hacia adelante y le dijo al oído a Caul Goodstone:

—¿Sabes una cosa, Saúl?

—¿Qué?

—Les voy a dar una paliza. Estoy seguro.

Es decir, pensó, si antes no se volvían locos todos los miembros del jurado. ¡Cuánto le gustaban los casos sensacionales como aquél, los casos realmente importantes que provocaban titulares en todo el país, los casos insólitos, llenos de interés, aquellos que elegían siempre como tema principal de sus boletines de noticias los Cronkite, los Reasoner, los Chancellor, los Brinkley! Como el caso Manson, como el caso Hearst. Blake estaba seguro de que, de no haber sido por aquella maldita e inoportuna enfermedad, se le habría elegido a él para representar a Patty Hearst y no a F. Lee Bailey, y le gustaba imaginar la defensa que hubiera realizado. El caso que en aquel momento se traía entre manos se parecía al caso Hearst en un aspecto importante; el del lavado de cerebro.

En aquel instante se abrió la puerta del despacho del juez y apareció Harían F. Brenner con su toga negra. Su rostro, delgado y ascético, estaba inexpresivo mientras se ajustaba las gafas en el puente de la nariz. A la exhortación del alguacil, todo el mundo se puso en pie.

Una vez que los miembros del jurado hubieron prestado juramento, el juez Brenner tomó un papel y leyó: «Éste es el proceso del pueblo del estado de California contra Frank Reed, Kate Reed, Kenneth Reed, Joseph Peterson, Cindy Hyland y John Morse». A continuación, leyó los cargos y preguntó:

—¿Están dispuestas las dos partes?

Hatch y Blake respondieron afirmativamente, y el juez le dijo a Hatch:

—¿Desea la acusación hacer una exposición inicial?

—Sí, señoría.

El fiscal de distrito se levantó, se inclinó levemente ante el juez y fue a colocarse ante el jurado.

Estuvo unos momentos sin decir nada, sonriendo amablemente a las doce personas, a fin de hacer que se sintieran cómodas. Y después habló así:

«No necesito recordarles, señoras y señores, lo que dice la Primera Enmienda a la Constitución. Dicha enmienda nos garantiza el derecho a la libertad religiosa; nos da derecho a practicar el culto de nuestra preferencia, de unirnos a cualquier iglesia queelijamos. Es éste un derecho inviolable de todo ciudadano norteamericano mayor de edad, blanco o negro, rico o pobre. Ustedes mismos, señores del jurado, pueden ser católicos, protestantes, judíos, mormones, adventistas o cualquier otra cosa. No importa. Tienen derecho a adorar a Dios del modo que mejor les parezca. Y ninguna autoridad puede impedirselo.

»El mes de junio pasado, el demandante, Jeffrey Reed, de dieciocho años, y por tanto mayor de edad en el estado de California, hizo uso de ese derecho. Decidió abandonar su casa y unirse a una iglesia denominada las Almas de Jesús, una iglesia de dogma cristiano y de ritual carismático y pentecostal, fundada en nuestro país.

»Según la Primera Enmienda, Jeffrey Reed ejercitaba con ello un derecho inviolable.

»Pero sus padres conspiraron para negarle ese derecho.

Y lo hicieron cometiendo un delito muy grave, uno de los peores que se pueden cometer.

»Tengo intención de demostrar que Frank y Kate Reed conspiraron largamente con el acusado John Morse para secuestrar a su hijo, Jeffrey Reed. Que, en la mañana del seis de octubre, hicieron efectivo el secuestro. Que, con la ayuda de los acusados Kenneth Reed y Joseph Peterson, se apoderaron de él violentamente, contra su voluntad, le obligaron a subir a un coche y le colocaron unas esposas.

»Tengo intención de demostrar que, después de eso, le llevaron a un lugar

apartado, a una casa de Big Bear, donde se le retuvo como a un prisionero y se le trató con crueldad; donde se le mantuvo constantemente bajo vigilancia y se le privó de alimento y de descanso. Tengo intención de demostrar que el principal conspirador y verdadero artífice de aquel acto cruel e indigno, el acusado John Morse, atormentó a la víctima durante interminables horas con el fin de obligarle a ceder a los deseos de sus padres...».

Blake escuchó sólo a medias el resto de la exposición inicial de Hatch. Podía haberla escrito él mismo. En lugar de ello, se dedicó a observar a los miembros del jurado.

«Ah —pensó—, éstos son los que lo deciden todo, dígame lo que se diga. En este juicio y en cualquier otro».

El jurado.

Había siete hombres y cinco mujeres. En conjunto, le parecían bien. Había negociado cuidadosamente la elección con Hatch. Dos de los hombres eran negros. Eso le parecía a Blake una ventaja para él. Los dos pertenecían a la clase media; eran firmes puntales del sistema. No simpatizarían con la secta, como hubiera podido ocurrir en caso de ser jóvenes y pobres. La asociarían con los Musulmanes Negros o con algún otro grupo similar, grupos que eran anatema para ellos debido a sus personales aspiraciones de ascenso social. Además, secreta y profundamente, eran aún hostiles a la aplicación estricta de la ley, por ser ésta la ley del blanco. Había sido elaborada e impuesta por los «amos» y usada contra los negros durante doscientos años. Y la acusación de Tom Hatch se basaba en la letra de la ley.

Pero la presencia de los dos negros podía representar también un inconveniente para al defensa. Era posible que ambos, consciente o inconscientemente, sintiesen resentimiento contra los Reed por el hecho de ser éstos tan ricos y por el hecho de vivir en Hope Ranch, lugar que a ellos debía de parecerles «sólo para blancos». Blake sabía que Hatch consideraba eso un punto a su favor.

De las doce personas, diez tenían hijos. Blake esperaba que, por razones sentimentales, aquellas diez personas simpatizarían con los Reed. Claro que nunca se podía prever las reacciones de un jurado. Nunca. Pero había que jugar basándose en unas probabilidades. Los Reed eran católicos estrictos, aunque no practicantes. Dos miembros del jurado eran católicos estrictos y padres de familia, conservadores e intolerantes en lo referente a sus hijos. En conjunto, Blake estaba satisfecho del acuerdo al que había llegado con Hatch. Pero, en la elección de un jurado, había que hacer una concesión por cada concesión del adversario.

Un jurado era un ente colectivo, y no se podía prever su actuación aunque se conociese a cada uno de sus componentes. Independientemente del peso de las pruebas, había que tener en cuenta que algunos miembros serían más persuasivos que otros, que unos tomarían iniciativas y otros las seguirían, que algunos serían capaces

de hacer caso omiso de sus sentimientos y de votar fríamente, y que otros harían exactamente lo contrario. Un jurado podía ser muchas cosas. Podía ser un monstruo o un ángel de clemencia. Una colección de idiotas o una asamblea de personas sensatas. Pero siempre un misterio. Hacía un rato, en plan confidencial, él había hecho una afirmación a Saúl Goodstone. Seguía sintiéndose optimista, pero, demonio, nunca se podía estar seguro hasta el final.

Blake observó que Hatch se inclinaba ante el juez, volvía a la mesa de los abogados y se sentaba.

—¿Desea la defensa hacer una exposición inicial ahora o se reserva el derecho? —preguntó el juez Brenner.

—Desearía reservarme el derecho, señoría —respondió Blake.

—Muy bien —dijo el juez—. Que prosiga la acusación.

29

La acusación empezó por establecer rápidamente el hecho de que el demandante había sido física y violentamente secuestrado.

Fue llamado a testificar un mozo de la TWA llamado Leroy Harris. Después de prestar juramento, declaró que se encontraba en la acera, cerca del lugar del suceso, y que había visto como el demandante era apresado por dos hombres, a los que reconoció en Frank y Kenneth Reed. Afirmó haber visto al demandante forcejear tratando de liberarse antes de que se le obligase a subir a un taxi.

Un hombre llamado Salvatore Ratazzi, chófer de un autocar de la compañía aérea que estaba aparcado al otro lado de la calle, había presenciado los mismos hechos y dio testimonio de ellos.

Una señora que declaró llamarse Amelia Grane dijo haberse encontrado, el día en cuestión, en una zona de descanso de la autopista de San Bernardino, con sus dos hijos. Aseguró haber visto al demandante tratando de escapar de dos hombres, e identificó a éstos ante el juez.

Fue llamado un cuarto testigo. Declaró que se llamaba Herman Ernst y que, en su calidad de agente de la propiedad inmobiliaria, había alquilado por dos meses una casa en Big Bear a un hombre al que reconoció en Frank Reed. Explicó que el inquilino sólo había usado la casa un par de días, y que los vecinos habían

sospechado que ocurrían en ella cosas extrañas, pues las ventanas habían sido cubiertas con tablas. Ernst había encontrado las tablas en el jardín de atrás, y había visto los orificios de los clavos en los marcos de las ventanas. Había pruebas de que, durante aquellos dos o tres días, habían vivido en la casa varias personas, entre ellas varias mujeres.

Después de cada testimonio, el juez Brenner preguntaba a la defensa si deseaba interrogar al testigo. Y la respuesta de Blake era siempre la misma:

—No tengo nada que preguntar.

El juez echó una mirada al reloj y preguntó a continuación al fiscal de distrito:

—¿Cuál es su próximo testigo, señor Hatch?

—El demandante, señoría. Jeffrey Reed.

—Siendo así, me imagino que el interrogatorio será largo.

—Sí, señoría. Jeffrey Reed es nuestro último y principal testigo.

—Ahora son las doce menos diez. No vale la pena hacer subir al estrado al demandante para diez minutos y después interrumpir su declaración para la pausa del almuerzo. Se levanta la sesión hasta las dos menos cuarto —y añadió, dirigiéndose al jurado: —Se recuerda a los señores del jurado que no deben formarse opinión alguna acerca de los méritos del caso, ni hablar entre ellos de este tema, ni permitir que se hable de él en su presencia.

Dio un golpe en la mesa con el martillo. Todos se levantaron, y la sala empezó a vaciarse.

John Morse y Matt Blake habían decidido almorzar juntos, y se unió a ellos George Glennon, que había venido de Santa Cruz para asistir al juicio.

En la calle estaban aún los ruidosos manifestantes, los irritados padres que gritaban y agitaban los puños. En la otra acera, los neófitos y diáconos de las ADJ continuaban su lenta y digna marcha en silencio, roto sólo por la frase que pronunciaban en voz alta de minuto en minuto. Caminaban con la cabeza inclinada, como soportando humildemente aquel dolor, aquel ridículo, aquella humillación y blasfemia, como lo había hecho Jesús hacía casi dos mil años, cuando también él había sufrido las burlas de la multitud.

No tenían tiempo de almorzar cumplidamente, de modo que tomaron un bocadillo y una taza de café en el autoservicio. Morse le preguntó a Glennon cómo iba el libro, y el escritor respondió:

—Pensaba que lo tenía terminado hasta que se ha presentado este juicio. Ahora resulta que me falta aún un capítulo.

—He leído algunas obras tuyas —dijo Blake—, y le admiro a usted por lo que escribe, por el valor que demuestra.

—Gracias, señor Blake.

—Nada de gracias. Ya no queda mucha gente que llame a las cosas por su nombre. Por cierto, vamos a dejarnos de cumplidos: yo me llamo Matt, y ustedes se llaman John y George, ¿verdad?

Morse se fijó en la forma de sonreír de Blake. Era una sonrisa profesional, pero, a pesar de ello, atrayente, irresistible. Era indudable que el hombre tenía carisma. Había una simpatía natural que emanaba de él constantemente, sin que hubiese de molestarse en adoptar una actitud. Morse esperó que aquella simpatía le ganase el favor del jurado, cuando llegase el momento.

Glennon tomó un sorbo de café y dijo:

—A que no saben dónde está ahora nuestro amigo Buford Hodges.

—¿Dónde?

—Bueno, ya habrán visto que no estaba en la sala. Está paseando en su yate por la Bahía. Parece ser que ha descubierto a una nueva diaconisa, una joven «capacitada» para servirle de «secretaria». Mientras todo el país está siguiendo este juicio, que va a ser uno de los más importantes en su género desde el de Patty Hearst, «su divinidad» actúa como si no le importase lo más mínimo. Pero estoy convencido de que le preocupa —añadió, sonriendo—. Estoy seguro de que no se pierde detalle, aun desde su yate.

—Hay una cosa que no entiendo, Matt —dijo Morse.

—¿Qué?

—¿Cómo es que no ha citado a declarar a Hodges?

—Porque no me hubiera servido de nada. En primer lugar, habría sido un testigo hostil, y eso es una cosa a evitar siempre que se pueda. En segundo lugar, aunque hubiese comparecido, habría podido negarse a declarar.

—¿Por qué?

—Porque, siendo sacerdote, todo lo que pudiese decir acerca del penitente o de cualquier relación que tuviese con él se ve afectado por el derecho de reserva. Y, en este caso, el penitente es Jeffrey Reed. Hodges podría negarse a declarar a favor o en contra del muchacho. Lo mismo se aplica a la relación abogado-cliente, médico-paciente o marido-esposa.

—Lástima. Me hubiera gustado ver a ese hijo de puta ahí, en el estrado, recibiendo leña.

Blake miró a su cliente.

—Le odia usted mucho, ¿verdad? —le preguntó.

—¿Le extraña?

—No. Creo que yo en su lugar sentiría lo mismo. Desearía verle muerto.

—Me hubiese gustado de veras que viniese a testificar —dijo Morse, abatido—. Me hubiese encantado verle despellejado públicamente por un hombre como usted.

—No crea. Siempre hay que andar con mucho cuidado al interrogar a un sacerdote —dijo Blake—. A cualquier sacerdote, de cualquier creencia, de cualquier religión. Aunque Hodges sea un intrigante y un hijo de puta, no deja de ser un sacerdote, y los jurados suelen tomarse muy en serio a sacerdotes y pastores. Además, nuestro amigo Hodges es muy listo. Lo bastante como para volver un interrogatorio en su favor. Así que, con su permiso, John, yo prefiero tenerle

navegando por el Pacífico hasta que haya terminado todo esto —y, sonriendo, añadió dirigiéndose a Glennon:

—Le diré, George, que este sistema nunca me ha fallado. Una vez iniciado el juicio, a todo el mundo le conviene que lleve las cosas a mi manera.

—Sobre todo a sus clientes.

—Sobre todo a mis clientes.

A las dos menos cinco subía al estrado de los testigos Jeffrey Andrew Reed.

El muchacho juró sobre la Biblia decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, con la ayuda de Dios.

Le tembló un poco la voz mientras pronunciaba el juramento. Parecía muy joven y muy vulnerable. Se sentó muy tieso en la silla de los testigos, con la espalda rígida. Parecía incómodo, como si hubiese subido a un escenario, intimidado por el lugar importante donde se encontraba y por las importantes personas que fijaban su atención en él. Su aspecto físico era de gran pulcritud; su uniforme estaba recién planchado, y sus zapatos negros brillaban.

Paseó la vista por la sala, pero sin fijarla ni un instante en su padre o en su madre. Su mirada se encontró con la de los miembros del jurado. Les sonrió tímidamente. Era una sonrisa muy atractiva. La expresión de su rostro les pedía simpatía y comprensión, les decía cuán inocente y vulnerable era en realidad. Algunas de aquellas personas no pudieron evitar devolverle la sonrisa.

El fiscal de distrito se adelantó unos pasos y empezó a interrogarle, en tono amable. Después de unas cuantas preguntas preliminares, le dijo:

—¿Por qué se fue usted de su casa, Jeff? ¿Por qué abandonó la idea de ir a la universidad y decidió ingresar en las Almas de Jesús?

—Porque quería dar y recibir amor. Eso era imposible en mi casa.

—¿Quiere explicar eso un poco más?

—En teoría, formábamos una familia. Pero cada uno íbamos por nuestra cuenta. Mi padre y mi madre se peleaban constantemente. Se odiaban. A mi madre sólo le interesaban el bridge y sus clubs, cosas así. A mí padre, sólo los negocios, ganar mucho dinero. Él y yo... discutíamos siempre.

—¿Sobre qué discutían?

—Él quería formarme a su imagen y semejanza. Quería que fuese a la misma universidad a la que había ido él, que hiciese lo que él había hecho y que llegase a ser lo que él era. A mí no me gustaba nada de todo eso. Deseaba ser yo mismo, simplemente, y vivir a mi manera.

:—¿Qué significaba esto último?

—Quería amar y ser amado. Consideraba que en el mundo había demasiada corrupción y materialismo. Estaba convencido de que deseaba ayudar a la gente. Y la única manera en que podía hacerlo era sirviendo al Señor.

—Y entonces vio la oportunidad de cumplir sus deseos convirtiéndose en un Alma de Jesús, ¿no es así?

—Exactamente.

—¿Encontró entonces lo que buscaba?

—Sí. En mis compañeros de las ADJ encontré un amor y una comprensión increíbles, más de lo que esperaba. Todos éramos hermanos y hermanas. Era como si hubiese encontrado una nueva familia. Tenía la sensación de pertenecer realmente a un grupo. Decidí que quería vivir siempre de aquel modo. Quería vivir en paz y servir a Dios. El hecho de ingresar en las ADJ me dio la respuesta que estaba buscando.

—¿Cuál era esa respuesta?

—Que Dios es la entrega a los demás, que el Mal es el egoísmo.

—¿Siente usted ahora algún deseo de volver con su familia, de volver al ambiente social que conocía?

—No, ninguno.

—¿Lo ha deseado alguna vez?

—No.

Aquél no era el Jeff Reed de Astarot. No tenía ningún aspecto de fanático, ni citaba la Biblia, No mencionó ni una sola vez al Diablo, ni llamó a nadie Satán. Su actitud y sus respuestas eran completamente normales, sin ningún tipo de extravagancia.

—Así, pues, cuando se le secuestró en el aeropuerto, ¿ello tuvo lugar contra su voluntad?

—Sí, señor —respondió Jeff enfáticamente.

—Usted *sabía* que estaba siendo secuestrado, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿No estaba usted en ningún estado hipnótico? ¿No estaba mentalmente confuso? ¿Sabía exactamente lo que le ocurría?

—Sí, señor.

—¿Se resistió usted?

—Sí, señor.

—¿Luchó usted cuando se le obligó a subir al coche?

—Sí, señor, tanto como pude.

—¿Cómo le redujeron?

—Me esposaron.

El fiscal pasó entonces a los detalles del viaje, y preguntó:

—¿Qué ocurrió en la zona de descanso de la autopista?

—Intenté escapar.

—Díganos con sus propias palabras cómo lo hizo.

—Estaba en el lavabo. Salí de él corriendo con la intención de escapar. Mi hermano Ken me persiguió y me atrapó. Me resistí. Entonces llegó mi padre y me golpeó.

—¿Cómo le golpeó?

—Me dio un puñetazo en la cara.

—¿Qué ocurrió después?

—Perdí el conocimiento a causa del golpe, y me llevaron al coche.

Siguió relatando, interrogado por Hatch, cómo había sido encarcelado en la casa de Big Bear, cómo el señor Morse, sentado a aquella mesa, le había atormentado, insultado y golpeado, cómo le había ridiculizado y humillado y cómo le había enseñado fotografías pornográficas, manteniéndole despierto hora tras hora, tratando de hacerle renunciar a la nueva religión que había elegido.

—¿Durante cuánto tiempo resistió usted?

—Cuarenta y cuatro horas. Casi dos días.

—Durante ese tiempo, ¿se le dio algo de comer?

—No.

—¿Se le permitió dormir?

—No.

—Usted estaba, pues, debilitado por la falta de descanso y de alimento, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Y, debido a ello, acabó cediendo, ¿no es así?

—No, señor. No cedí realmente. Sólo lo fingí. Sólo quería que ellos lo creyesen.

—Así pues, ¿usted tenía la Intención de seguir siendo miembro de las Almas de Jesús?

—Sí, señor.

—¿Decidió usted eso libremente?

—Sí, señor.

—Así pues, ¿el señor Morse fracasó en su intento de doblegar sus convicciones?

A través de las preguntas de Hatch, el juez y los jurados fueron informados de que Jeffrey Reed, el demandante, había decidido escapar de sus secuestradores en cuanto se le presentase la ocasión. Les había obedecido durante unos días a fin de ganarse su confianza y de hacerles abandonar sus precauciones.

En Palm Desert, Cindy Hyland había sido encargada de permanecer junto a él constantemente, sin perderle de vista. La joven tenía instrucciones de avisar al padre de Jeff y al señor Morse si observaba la menor señal de reincidencia. Por ello, Jeff se había armado de paciencia y había seguido el juego.

Un día, había logrado esquivar a Cindy unos momentos y había telefoneado a Astarot diciéndoles dónde estaba. Les informó de que, al día siguiente, Cindy y él visitarían el parque nacional Joshua Tree. Allí se presentaron unos diáconos y le rescataron. Se le envió a Edom, una comunidad de Kansas, para que estuviese seguro. Y la iglesia había decidido que había llegado el momento de emprender una acción legal contra aquellos secuestradores.

—Jeff, ¿se alegra usted de haber vuelto a su iglesia?

—Sí, señor. Me alegro mucho.

—¿Odia usted a sus padres por lo que le hicieron?

Al muchacho se le llenaron los ojos de lágrimas. Se las enjugó con el pañuelo y después respondió a la pregunta, con voz temblorosa:

—No, Creo que cometieron una maldad, pero todavía les quiero.

—¿Y a su hermano Ken? ¿Y a Joe Peterson? ¿Siente usted lo mismo hacia ellos?

—Sí, señor. Creo que ellos no tuvieron culpa de nada. Obraron inducidos por mis padres y por el señor Morse. No sabían lo que hacían. Todavía les quiero. Como Alma de Jesús, he aprendido a amar a todos los seres humanos de este mundo, incluyendo a mis enemigos, porque todos somos hijos de Dios y llevamos en nosotros su divino espíritu.

El fiscal de distrito dejó transcurrir un breve silencio, y después dijo:

—He terminado.

Durante todo el interrogatorio, el tono de Jeff había sido de absoluta sinceridad. Los miembros del jurado le escucharon atentamente y con simpatía. Era evidente que algunos estaban conmovidos por los sufrimientos del muchacho y por su perseverancia.

John Morse estaba fascinado. Qué magnífico trabajo de programación, pensaba. Qué interpretación había hecho Jeff Reed. «Buford, amigo, aunque te odio con toda mi alma, hoy tengo que quitarme el sombrero ante ti».

Cuando Jeff hubo terminado, el juez Brenner miró el reloj. Las cuatro menos cinco. El fiscal lo había hecho muy bien. Era de buen estrategia interrogar al demandante hasta la hora de levantar la sesión, para que la defensa no pudiese efectuar su interrogatorio. Los jurados se volverían a su hotel conociendo sólo una parte de la declaración del demandante; tendrían toda una noche para pensar en ella y asimilarla bien.

—Se levanta la sesión hasta mañana por la mañana a las nueve.

Una vez más, advirtió a los jurados que no debían hablar del proceso ni expresar opinión alguna acerca de los méritos del mismo.

Después, Matt Blake pasó un par de horas con sus clientes, en un despacho del edificio, dándoles instrucciones para el día siguiente. Les anunció que pensaba interrogar a Jeff. Y, a continuación, a no ser que el fiscal presentase algún testigo inesperado, empezaría su defensa.

Cuando la reunión hubo terminado, los Reed, Cindy Hyland y Joe Peterson volvieron a su hotel. Morse se encontró solo con Blake. En cierto sentido, Morse era el verdadero problema de Blake ante el jurado, pues era el único acusado que no tenía una relación personal con Jeff. Por ello, los dos hombres tenían aún mucho que hablar. El abogado, que conocía el barrio, le propuso a Morse que, si le gustaba la comida mexicana, podían cenar en la calle Olvera, un lugar de ambiente típico que se encontraba a pocos minutos de allí.

Pasaron junto a una gran cruz conmemorativa de la fundación de Los Ángeles, y

entraron en la calle Olvera. Era ésta una abigarrada imitación de una calle comercial mexicana, con tiendas a los dos lados y puestos de venta en las aceras. Procedente de alguna parte, se oía música típica. En las tiendas se vendían antigüedades, recuerdos para los turistas, velas, objetos de cuero, vidrio y cerámica, libros y artículos de artesanía mexicana.

El restaurante que había elegido Blake se llamaba Casa la Golondrina.

Los dos pidieron primero un cóctel y después taco con enchilada, arroz y judías.

Mientras bebían, dijo Blake:

—Hay una cosa que no entiendo.

—¿El qué?

—Los miembros de las Almas de Jesús sienten un gran respeto por la Biblia. Para ellos, cada palabra del Libro Sagrado es la palabra de Dios, Pero ese muchacho ha jurado sobre la Biblia que diría toda la verdad, y después ha mentido descaradamente.

—¿Y qué?

—Es una incoherencia, como mínimo. O bien esos chicos de las ADJ son unos redomados hipócritas.

—No, no son hipócritas. Ellos creen realmente aquello que se les ha hecho creer. Creen que la Biblia es el único libro verdadero, y que sus enseñanzas son las únicas correctas.

—Entonces, ¿cómo demonios pudo ese muchacho jurar sobre la Biblia y después soltar una sarta de mentiras?

Morse le explicó los principios antinómicos de la filosofía de la secta, como lo había hecho con Frank Reed.

—Pueden mentir —concluyó—, engañar, robar e incluso matar, y Dios les perdonará, siempre y cuando lo hayan hecho en servicio suyo.

—Pues vaya... —dijo Blake, sorprendido—. Cada día se aprenden cosas nuevas —calló un momento y luego exclamó: —Cómo ha mentido ese muchacho... Estoy impaciente por interrogarle. Le voy a despellejar.

—Yo no estaría tan seguro, Matt.

—¿No? ¿Por qué?

—Jeff le resultará un hueso duro de roer. Ya le he dicho que se le ha programado para este juicio. Le ha programado nada menos que Buford Hodges en persona, que se pasó un montón de tiempo con él en Edom preparándole. Tal vez hasta fuera mejor que no le interrogase...

Blake le miró asombrado.

—¿No lo dirá usted en serio?

—Lo digo en serio. Sé lo que les ocurre a esos muchachos. Todas las mentiras que dicen les parecen a ellos verdad. Jeff Reed se mantendrá firme en su primera declaración por más que usted intente desenmascararle. Si le interroga, puede ser usted el que quede en mal lugar.

Blake sonrió.

—Mire, John, yo he interrogado a personajes absolutamente increíbles. Grandes mentirosos, mentirosos testarudos, tipos capaces de estropear cualquier detector de mentiras.

Y a todos les he vencido, o al menos les he hecho vacilar. Le repito que mañana despellejaré a nuestro demandante.

—Muy bien —dijo Morse, encogiéndose de hombros—. Usted es el experto.

En aquel momento llegó el camarero con dos platos rebosantes. Blake contempló el caliente y aromático guiso y emitió un suspiro.

—¡Dios mío! ¡Adiós mi línea!

A las nueve menos cuarto de la mañana siguiente, el pasillo que llevaba a la sala del juicio estaba otra vez abarrotado de gente, de operadores de televisión que trataban de colocar sus cámaras, de periodistas que trataban de obtener unas palabras de Hatch y de Blake antes de que éstos entrasen.

A las nueve y treinta segundos, con la sala completamente llena de un público ávido y ruidoso, cuando los miembros del jurado hubieron desfilado con expresión grave y ocupado sus asientos, cuando el defensor y el fiscal, junto con sus clientes, se hubieron sentado a sus mesas, y cuando los artistas presentes en la sala hubieron preparado sus plumas y sus carboncillos y abierto sus blocs de dibujo, entró en la sala el juez Harían F. Brenner.

El alguacil dio unos golpes con su martillo y exclamó:

—¡Todo el mundo en pie, por favor!

Todos los presentes se levantaron, y el juez ocupó su silla de alto respaldo. Echó una mirada al jurado y al público, y después dijo:

—Siéntense, por favor. Los acusados, el fiscal y el abogado defensor están presentes, y también los miembros del jurado —mirando a Blake, le preguntó: —
¿Desea usted interrogar al demandante?

—Sí, señoría, desde luego.

—Que suba Jeffrey Reed al estrado.

Cuando Jeff se hubo sentado, Blake, deliberadamente, se entretuvo junto a su mesa unos instantes, revolviendo unos papeles. Un testigo que espera un interrogatorio hostil está siempre nervioso al principio, y el hecho de esperar en el estrado, viendo como su interrogador se retrasa, le pone aún más nervioso, haciéndole más vulnerable. Matt Blake era de los que creían que, tanto en una sala de tribunal como en cualquier otra parte, eran las pequeñas cosas las que contaban.

Por fin, echó a andar hacia el estrado de los testigos. Miró a Jeff directamente a la cara. Por el rabillo del ojo, vio que los dibujantes estaban en aquel instante muy ocupados recogiendo su imagen. El día anterior había sido el día de Tom Hatch; aquél era su día. Se preguntó cómo sería la caricatura suya que aparecería en las noticias de la televisión aquella noche.

—¿Se llama usted Jeffrey Andrew Reed?

—Ése es el nombre que me pusieron al nacer.

—¿Tiene usted algún inconveniente en que le llame Jeff? —le preguntó Blake con amabilidad.

—Ahora me llamo Simeón, pero, dadas las circunstancias, no tengo inconveniente.

—Muy bien. Jeff, ayer declaró usted que quería a su padre.

—Sí, señor.

Mientras le interrogaba, Blake no dejaba de mirar a Jeff a los ojos. Pero lo que veía en aquellos ojos, de cerca, era extraño. Lo que veía era: nada. La mirada era vidriosa; no expresaba nada. Bajo los párpados parecía haber unas pequeñas cortinas azules, opacas. Aquellos ojos no revelaban ninguna inquietud, ningún temor, ninguna vida. Podían ser unos ojos de vidrio, o los ojos de un robot.

Matt Blake se encontró, en aquella mirada, con un factor imprevisto. Sus interrogatorios, aunque preparados, podían variar según lo que percibiese en la expresión del testigo. Pero, en aquel caso, no percibía nada en absoluto.

Prudentemente, siguió interrogando a Jeff. «¿Ha declarado usted esto, ha declarado usted aquello? ¿Es esto cierto, es aquello cierto?». Le tendió pequeñas trampas, pero Jeff no cayó en ninguna. El fiscal intervenía a menudo para protestar. Tal o cual pregunta era improcedente, pretendía arrancar una conclusión al testigo, era tendenciosa o contenía una conclusión del defensor. La mayoría de las protestas fueron rechazadas por el juez, pero Hatch logró imponer unas cuantas.

Una y otra vez, Blake intentaba acorralar al demandante. Trataba de confundirle, de ponerle nervioso, de obligarle a contradecirse. Pero cada vez veía frustrado su intento. Jeff se atenía a su declaración inicial. Es decir, se atenía a la montaña de mentiras que estaba haciendo pasar por la verdad. Matt Blake tenía la inquietante sensación de que el muchacho *creía* las mentiras que decía, y de que por ello las repetía una y otra vez como si se tratase del Evangelio. Morse tenía razón. Jeff Reed había sido programado hasta un extremo que resultaba preocupante.

«Es como una máquina —pensó el abogado—. Se le da cuerda, y camina. Se le da cuerda, y habla. Se le da cuerda, y sonrío. Se le da cuerda, y emite la voz del Maestro».

Blake no era hombre que se aturdiese fácilmente, pero no dejó de estremecerse una y otra vez hasta el final del interrogatorio. Tenía la clara impresión de estar hablando con una especie de robot, un robot de carne y hueso, con un cerebro y unos centros nerviosos, pero un robot al fin.

Se daba cuenta de que los miembros del jurado escuchaban atentamente, de que seguían aquella lucha con vivo interés. Ninguno de ellos tosía, nadie se removía en el asiento. Blake sabía que les impresionaba la serenidad de Jeff, la ineficacia de sus propios ataques, e intuía que alguno de ellos empezaba a pensar que el joven estaba siendo innecesariamente hostigado.

Blake empezó a sudar un poco. Por primera vez en su larga carrera, se sentía nervioso e inseguro en el curso de un interrogatorio. Temeroso de perder, decidió interrumpirlo para no agravar su derrota. Y efectivamente había sido derrotado, al menos en aquel asalto. Casi le parecía oír girar las ruedecillas en la cabeza de los jurados: «¿Por qué insiste? Está claro que el chico dice la verdad. Está claro que es sincero. Ese abogado no le ha hecho contradecirse ni una vez, ni una sola».

—Nada más —dijo Blake—. He terminado.

Jeff Reed bajó del estrado, y Matthew Blake volvió lentamente a la mesa de la defensa. Echó una mirada a Morse, esperando ver en la expresión de su cara el «ya se lo había dicho», pero Morse daba una prueba de su delicadeza mirando hacia otro lado.

El juez Brenner miró entonces a Hatch, que dijo:

—Yo también he terminado, señoría —y, dirigiendo una mirada triunfante a Blake: —No hay más testigos.

El juez miró al defensor y le preguntó:

—¿Está la defensa preparada?

—Sí, señoría.

—Muy bien —dijo el juez, y dio unos golpes en la mesa con su martillo—. Se suspende la sesión durante un cuarto de hora. Cuando se reanude, la defensa comenzará su exposición.

Matt Blake, que sudaba aún, se enjugó la frente. Después, fue directamente al lavabo, donde se humedeció la cara con agua fría.

Se alegraba de que el juez hubiese decidido aquella pausa. Le hacía falta aquel descanso, tenía que admitirlo. El interrogatorio le había puesto nervioso. Hubiera debido hacer caso a Morse. ¿Qué diablos le habrían hecho a aquel muchacho? ¿Cómo lo habrían conseguido? Era inquietante. ¿Qué ocurriría si aquel montaje de las ADJ se hacía más extenso? Podían programar a cinco millones de muchachos como al joven Reed, o a diez millones. A tantos como quisieran.

En teoría, si eran capaces de hacer aquello, eran capaces de apoderarse de todo el país. No en teoría, sino en la práctica. Y aquellas sectas proliferaban. Se hacían más y más poderosas...

De pronto se dio cuenta de la importancia de aquel juicio. Se quedó atónito al pensar en las implicaciones que encerraba. Aquel juicio no era solamente otra medalla en su historial, otro tanto en el marcador personal y público de Matthew J. Blake. Se sentía personalmente preocupado por el asunto, que había adquirido a sus ojos una dimensión nueva.

Pero, cuando volvió a entrar en la sala, se había tranquilizado completamente.

Matt Blake inició su defensa llamando a declarar a Frank Reed.

Respondiendo a las amables y hábiles preguntas de Blake, Reed expuso las grandes esperanzas que él y su esposa habían abrigado para su hijo menor, y cómo éste había sido, en todos los aspectos, un muchacho sano y normal. Había sido un buen estudiante, y el otoño anterior iba a ingresar en Stanford, donde estudiaba ya su hermano Ken. Como cualquier padre que amase a su hijo, se había preocupado por Jeff y le habían inquietado algunas de sus ideas y actitudes juveniles, y habían discutido por algunas cosas, como era lógico, pero aquello era completamente normal. Todos los muchachos de la edad de Jeff deseaban independizarse de sus padres y tomar decisiones por sí mismos, y esa actitud era comprensible.

Pero entonces había ocurrido aquella cosa horrible. Inesperadamente, Jeff había ingresado en aquella secta, le había entregado su coche y todo su dinero, había rechazado a su familia, había dicho a sus padres que les despreciaba y les había insultado groseramente. Y había declarado que su verdadero padre era el reverendo Buford Hodges.

—¿Qué conclusión sacó usted de todo eso, señor Reed?

—Mi esposa y yo llegamos a la conclusión de que esa secta había engañado a Jeff, de que, de algún modo, le había hecho perder la razón. Aquel muchacho no parecía ser nuestro hijo, sino un extraño.

—Protesto, señoría —dijo el fiscal—. El acusado no ha establecido ningún hecho, sino que nos ha dado una simple opinión suya.

—Se rechaza la protesta —dijo el juez—. La opinión expresada se basa en observaciones del padre del joven.

—En vista de aquello —continuó Blake—, ¿decidió usted hacer algo?

—Sí, señor. Decidí salvar a mi hijo, obligar a la secta a devolvérselo, para que pudiese continuar una vida normal.

—¿Qué pasos dio usted con ese fin?

—Acudí a la Oficina del Fiscal del Distrito del condado de Los Ángeles, pregunté si ello era legalmente posible.

—¿Qué le respondieron?

—Que ellos no podían hacer nada para ayudarme. Me dijeron que mi hijo, al tener dieciocho años, era mayor de edad, y que las Almas de Jesús eran oficialmente una iglesia.

—¿Fue entonces cuando recurrió usted al señor Morse?

—Sí, señor.

—Usted recurrió al señor Morse cuando no vio ninguna otra forma de rescatar a su hijo, ¿no es así?

—Sí. Si hubiese existido otro medio, lo habría probado. Pero quería salvar a mi hijo, y utilicé el único medio que se me presentó. Tenía que elegir entre hacerlo así o

quedarme cruzado de brazos mientras mi hijo arruinaba su vida y su futuro.

—Gracias, señor Reed. He terminado.

Los miembros del jurado habían escuchado atentamente. Los hombres, sobre todo, parecían impresionados; como padres de familia, debían de comprender a Frank Reed. Y, cuando el fiscal le interrogó, lo hizo con mucho cuidado. Hizo admitir a Reed que él y su hijo Ken se habían llevado a Jeffrey por la fuerza, que el joven había intentado liberarse y que ellos le habían obligado a subir a un coche y le habían esposado, y que posteriormente y contra su voluntad le tuvieron preso durante muchas horas en una casa de Big Bear.

A continuación, Blake llamó a declarar a Kate Reed.

Su testimonio fue, en líneas generales, igual al de su marido, excepto en el tono lacrimoso y conmovedor. Una o dos veces, mientras hablaba, se echó a llorar. No dejaba de mirar a Jeff, pero éste esquivaba su mirada. Los miembros del jurado parecieron emocionados por sus palabras, y se interesaron especialmente por lo que le había ocurrido cuando penetró en el recinto de Astarot para ver a su hijo.

En su interrogatorio, el fiscal se mostró especialmente amable con Kate Reed. No tenía ninguna intención de provocar la animosidad del jurado. Se conformó con demostrar que ella conocía los planes de su marido para recuperar a Jeff, que sabía quién era John Morse y cuál había de ser su participación en el rapto de Jeff, y que había estado presente en la casa de Big Bear mientras su hijo era retenido allí. En resumen, se limitó a establecer su complicidad, por haber tenido pleno conocimiento de lo que ocurría en cada momento.

Después, Blake hizo comparecer a Cindy Hyland.

La muchacha contó su historia, y a continuación fue interrogada por Hatch. Éste mencionó el episodio del parque Joshua Tree.

—¿Trató de escapar el demandante? —le preguntó.

—No. Pero no podía escapar a ninguna parte...

—Le ruego que se limite a responder a la pregunta, señorita Hyland. ¿Trató o no de escapar?

—No.

—¿Opuso alguna resistencia cuando los diáconos le pidieron que subiese al coche?

—No.

—Es decir, que no opuso resistencia ni intentó huir, ¿no es así?

—Sí.

—Así pues, Jeffrey Reed subió al coche voluntariamente, ¿no es cierto?

—Protesto —dijo Blake—. El fiscal intenta influir a la testigo.

—Se acepta la protesta —dijo el juez.

—Ha declarado usted —prosiguió Hatch— que uno de los diáconos la golpeó haciéndola caer al suelo.

—Sí.

—¿Le había atacado usted a él?

—Pues... sí. Pero...

—Usted le había atacado antes. ¿Es así?

—Sí.

—¿La atacó alguno de los diáconos sin que usted le atacase a él?

—No.

—¿Es cierto, pues, que usted les atacó antes a ellos?

—No. Yo...

—¿Es cierto o no, señorita Hyland? ¿Les atacó usted antes?

—Sí.

—Usted les golpeó y les arañó intentando arrancarles a Jeffrey Reed, ¿no es así?

—Sí.

—Y, a consecuencia de ello, uno de los diáconos reaccionó violentamente, ¿no es cierto?

—Pues... sí...

—He terminado —declaró el fiscal.

Blake había decidido que no le interesaba llamar a declarar a Ken Reed ni a Joe Peterson, pues los motivos de su participación eran evidentes.

Llamó al estrado a John Morse.

Hubo un murmullo entre los espectadores. Aquél era el acusado que realmente les interesaba. Y lo mismo podía decirse de los medios de comunicación. A los ojos del público, John Morse se había convertido en una especie de personaje misterioso, en un fantasma que aparecía, actuaba rápidamente y desaparecía, en un francotirador, un vengador solitario que había hostigado a las ADJ durante meses, durante años.

Aquella romántica figura se había hecho célebre de la noche a la mañana. En su reportaje, el *Time* había mencionado el hecho de que las ADJ le consideraba realmente la encarnación del mismo Diablo, de que le llamaban Satán y de que su fotografía era exhibida en todas las comunidades del país, y todo eso había inflamado aún más la imaginación popular. La revista había intentado ponerse en contacto con él para entrevistarle, pero sin resultado. Y, aunque circulaban muchos rumores con respecto al *porqué* de su actividad, nadie lo sabía con certeza. Al parecer, era algo que él se negaba siempre a revelar. Se decía que el reverendo Buford Hodges y algunos jerarcas de las ADJ conocían la verdadera identidad de Satán y los motivos que le impulsaban, pero también ellos se habían negado a hablar.

Morse prestó juramento y se sentó. Los dibujantes se pusieron en acción; plumas y lápices empezaron a moverse afanosamente. Sabían que aquéllos eran los dibujos que les interesaban a las cadenas de televisión, los que querían mostrar en los noticiarios de la noche.

Blake empezó por hacerle algunas preguntas de carácter rutinario. Respondiendo a ellas, Morse declaró haber nacido en Flint, Michigan, tener cuarenta y ocho años y haber residido, como última residencia permanente, en New Haven, Connecticut.

El defensor comenzó por establecer la capacidad profesional de Morse.

—¿Cuál es su profesión, señor Morse?

—Soy psicólogo.

—¿Cuáles son sus antecedentes académicos?

—Soy licenciado por la Universidad de Michigan, y doctor por la de Cornell.

—¿Trabaja usted actualmente en su profesión?

—No, señor. No en el sentido estricto.

—¿Cuándo trabajó usted por última vez como psicólogo?

—Hace tres años.

—¿Dónde trabajaba usted?

—Era profesor de psicología clínica en la Universidad de Yale.

—¿Profesor titular?

—Sí, señor.

—¿Durante cuántos años ocupó usted ese puesto?

—Quince.

—¿En qué temas se especializaba usted dentro de ese campo?

—Psicopatología, cognición, aprendizaje y percepción en el desarrollo humano. Y también psicofisiología de la motivación y análisis y programación de la conducta.

—Entonces, ¿sería correcto decir que, como profesional, tenía usted ya una cierta experiencia en materia de programación?

—Sí, señor.

A continuación, Blake le preguntó si había publicado algo sobre el tema. Morse citó varios artículos en revistas especializadas y dos libros.

—¿Cuándo comenzó a interesarse por la programación y la desprogramación?

—En 1953.

—¿Cómo fue?

—Mi tesis doctoral en Cornell se titulaba «Estudio sobre la desorientación mental debida a la tensión impuesta en situación de cautiverio y de privaciones». Buena parte del estudio se refería al trabajo con prisioneros liberados después de largas estancias en prisión, cuyas mentes habían sido programadas para aceptar la rutina de la vida carcelaria.

—¿Y su estudio trataba de la rehabilitación de sus mentes para adaptarse a la vida civil?

—Sí, señor.

—¿Se publicó esa tesis?

—Sí, señor.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Que mi tesis llegó a conocimiento del ejército de los Estados Unidos. Hacía poco tiempo que había terminado la guerra de Corea, con el armisticio de Panmunjom. El ejército había tenido problemas con algunos prisioneros liberados que habían sido víctimas de un lavado de cerebro por parte de los comunistas chinos. O,

para usar otro término, que habían sido programados. El ejército me pidió entonces que me trasladase a Corea para ayudar a encontrar una solución a aquel problema.

—¿Fue usted a Corea?

—Sí, señor.

—¿Cuáles fueron sus actividades allí?

—Trabajé con el Servicio Secreto Militar y con el Comité Asesor para Asuntos de Prisioneros de Guerra de la Secretaría de Defensa. Concretamente, trabajé con algunos ex prisioneros de la segunda y la vigesimocuarta divisiones de infantería, que habían intervenido en duros combates. Después, formé parte de lo que se denominó HumRRO, es decir, Departamento de Investigación de Recursos Humanos, un organismo relacionado con el ejército. Luego, regresé a los Estados Unidos y seguí haciendo los mismos trabajos de desprogramación en el Instituto de Investigaciones Militares Walter Reed y en el hospital Valley Forge.

—¿Cuáles fueron sus descubrimientos profesionales en ese campo, señor Morse?

—Los chinos habían aplicado todos sus conocimientos en materia de control de la mente, y ello había resultado en extremo efectivo. Eran capaces de coaccionar, dirigir, engañar, amenazar y manipular la mente humana mediante la constante repetición de las mismas ideas, mientras debilitaban la resistencia de sus víctimas negándoles el alimento y el descanso. Nos encontramos con que aquellos hombres no respondían a ninguno de los métodos psiquiátricos conocidos ni a ninguna otra forma de terapia. Solo teníamos un medio de desprogramarles y de devolverles el uso de sus mentes.

—¿Cuál era ese medio?

—Combatir el fuego con el fuego. Es decir, usar las mismas despiadadas técnicas de control mental que habían empleado los chinos.

—¿Era ése el único medio?

—Sí, señor. No había otro.

—Señor Morse, usted ha declarado que abandonó su puesto de profesor en Yale hace tres años.

—Sí.

—¿Por qué lo hizo?

—Se produjo un hecho en mí vida que me incitó a moverme en una dirección nueva, aunque relacionada con lo que había hecho anteriormente.

—¿Qué actividad profesional adoptó usted en aquel momento?

—Pasé a dedicarme exclusivamente a la desprogramación.

—¿Cuál fue el hecho que determinó ese cambio?

Recordó que había sido un frío día de invierno, en New Haven, cuando sonó el teléfono. Recordó claramente que había empezado a nevar; mientras escuchaba, aturdido, lo que le decían, veía caer la nieve por la ventana de su estudio. Inmediatamente después se lo dijo a Nora, y ambos salieron sin llevarse siquiera una

bolsa de viaje.

Habían subido al coche y se habían dirigido al norte. Mientras avanzaban, la ligera nevada se fue convirtiendo en una furiosa tormenta. La nieve le había cubierto el parabrisas, cegándole, pero él seguía adelante. En la frontera de Massachusetts les había detenido un policía y les había aconsejado que no siguiesen adelante, que pasasen la noche en cualquier sitio y esperasen a que fuesen despejadas de nieve las carreteras; pero él no se detuvo.

Por algún milagro, habían llegado por fin al lugar desde el cual les habían telefoneado, Essex Junction, y allí les esperaba un grupo de personas: el sheriff del condado, el médico forense, algunos miembros de la policía local y otros hombres a los que no conocían. Les hicieron entrar a Nora y a él en un edificio, les mostraron el cadáver de Suzie y les contaron lo que había ocurrido.

En aquel momento, Nora había perdido el conocimiento, víctima de la impresión, y la habían llevado al hospital de Burlington. La policía había tomado algunas fotos en el lugar del suceso; al principio no querían enseñárselas, pero él lo exigió. Ellos le dijeron que era mucho mejor que no las viese, pero él se empeñó, diciéndoles que tenía derecho a ello, más derecho que nadie. Por fin, le enseñaron las fotografías y volvieron a contarle todo lo que había ocurrido en Sidón...

Y había visto como Suzie se había ahorcado en aquel árbol con el cinturón verde de su hábito. Había visto su rostro deformado por la agonía, y el hábito abierto, que mostraba obscenamente el cuerpo flaco y lastimoso. Después se había apartado, sintiendo unas violentas náuseas, había corrido al lavabo y había vomitado. Al salir sentía frío, mucho frío, y un policía muy alto le había preguntado si podía ayudarle en algo; recordó que le había pedido que le llevasen al hospital donde estaba Nora.

Más adelante, había presentado una demanda a la que había respondido el reverendo Buford Hodges, quien, en representación de las ADJ, alegó que Suzie padecía una perturbación mental desde antes de ingresar en Sidón, y que las Almas de Jesús había intentado ayudarla a hallar algo de paz y de serenidad, pero ya era tarde, pues su estado era demasiado grave. Pero él, John Morse, conocía la verdadera razón de lo ocurrido. Eran *ellos* los que habían perturbado su mente, los que la habían atemorizado y confundido con su maldita purificación, hasta que finalmente la muchacha no había podido soportarlo más...

—Repetiré la pregunta, señor Morse. ¿Cuál fue el hecho que determinó ese cambio?

Morse miró fijamente a Blake. La voz del abogado parecía llegarle de muy lejos. Pero se sobrepuso, y se dio cuenta de que toda la sala estaba en silencio, esperando su respuesta.

Y dijo:

—El suicidio de mi hija.

Lo dijo con voz inexpresiva. Los miembros del jurado se quedaron mirándole atentamente. Los dibujantes interrumpieron de pronto su labor. En toda la sala, el silencio se hizo absoluto. Como si nadie le hubiese oído, como temiendo que nadie le hubiese oído, volvió a decirlo:

—El suicidio de mi hija.

—¿Cuáles fueron las circunstancias de ese hecho?

Rápidamente, el fiscal se puso en pie.

—Protesto, señoría. Eso es irrelevante.

—Rechazada la protesta —replicó el juez Brenner—. El acusado acaba de declarar que ese hecho cambió el curso de su vida profesional. El hecho está, pues, relacionado con su testimonio acerca de la misma. Continúe —dijo, dirigiéndose a Blake.

—Repetiré la pregunta. ¿Cuáles fueron las circunstancias del suicidio de su hija?

—Mi hija Suzie acababa de terminar su primer curso en Wellesley. Aquel verano fue a un campamento femenino cerca de Windsor, en Vermont, en calidad de monitora. Tenía dieciocho años. Al cabo de unas semanas, mi esposa y yo recibimos una carta suya. En ella nos anunciaba que había abandonado el campamento, que había decidido no volver a la universidad y que había ingresado en una secta denominada Almas de Jesús.

Morse calló. Las lágrimas que acudían a sus ojos le impedían hablar. Cerró los ojos un momento, soportando aquella tortura en silencio. Por fin, Matt Blake dijo:

—Continúe, señor Morse. ¿Qué más ocurrió?

—Mi hija había sido engañada, para decirlo sin rodeos, para ingresar en aquella secta por otra monitora de su mismo campamento, con la ayuda de un monitor de un campamento masculino que había al otro lado del lago. Estas sectas suelen hacer su proselitismo a través de dos o más personas. En su carta, mi hija nos decía que en aquel momento residía en una comunidad de las Almas de Jesús que llevaba el nombre bíblico de Sidón.

—¿Y dónde estaba esa comunidad?

—En las proximidades de un pueblo llamado Essex Junction, cerca de Burlington, al norte de Vermont.

—¿Intentó usted ver a su hija?

—Sí. Mi esposa y yo tomamos un avión hasta Burlington, alquilamos un coche y fuimos a Sidón.

—¿Qué ocurrió allí?

—Se nos negó la entrada.

—¿Fue aquella carta la última comunicación que recibieron ustedes de su hija?

—No. Hubo una más. Una llamada telefónica.

—¿Qué les dijo en esa llamada?

—Nos dijo que quería entregar su coche a la secta, y que necesitaba unos papeles que teníamos en casa. También quería que le enviásemos unos cientos de dólares que

tenía en su cuenta bancaria. Nos dijo que deseaba entregar todo lo que poseía a las Almas de Jesús, para que fuese empleado en el servicio de Dios. Hablaba de un modo extraño, como si pronunciase automáticamente unas palabras que hubiese aprendido de memoria. Entonces me di cuenta de que había sido programada, y supe exactamente cómo lo habían hecho.

—¿Accedió usted a la petición de su hija?

—No.

—¿Cuál fue la reacción de su hija?

—Muy hostil. Me dirigió todo tipo de insultos. Me dijo que ni yo ni mi mujer volveríamos a verla nunca. Y después colgó.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Sabía que, si podía hablar tranquilamente con Suzie, si podía sacarla de allí, podría ayudarla. Estaba seguro de que yo, o alguno de los desprogramadores con los que había trabajado, podría salvarla, devolverle la capacidad de pensar por sí misma. La cuestión era: ¿cómo podía ponerme en contacto con ella? Tenía una sola opción.

—¿Cuál era esa opción?

—Arrancarla físicamente de aquella gente, llevarla a un lugar seguro y aislado, y usar con ella las técnicas que había aprendido.

—¿Y puso usted en práctica ese plan?

—Empecé a hacerlo. Me aseguré la ayuda de dos de mis jóvenes ayudantes de Yale. Hice otro viaje al norte, para examinar el terreno en torno a Sidón. Estaba planeando un nuevo viaje, esta vez con mis dos ayudantes, cuando recibí otra llamada telefónica de Vermont.

—¿De quién procedía esa llamada?

—Del sheriff del condado de Chittenden.

—¿Qué fue lo que le dijo?

—Me dijo que, a alguna hora de la noche, mi hija había caminado un trecho por la nieve, bajo la tormenta, y después se había ahorcado en un árbol, usando el cordón que servía de cinturón a su hábito.

Se interrumpió bruscamente. Cerró los ojos y se balanceó un poco hacia atrás y hacia delante, presa del dolor, de los recuerdos. Después, cuando se hubo tranquilizado, Blake le preguntó:

—¿Qué hizo usted entonces?

—Mi mujer y yo salimos inmediatamente para Sidón. Identificamos el cadáver, que había sido colocado sobre una tabla. La habían bajado del árbol, pero antes habían tomado una fotografía oficial. Era algo horroroso, indescriptible...

—¿Qué ocurrió después?

—Mi mujer sufrió un shock terrible. Una semana después, se derrumbó completamente.

—¿Dónde está ahora su esposa?

—En una institución llamada Hillbriar, en el estado de Nueva York.

—¿Qué tipo de institución es Hillbriar?

—Un centro privado para enfermos mentales incurables.

—¿Cuál es su estado actual?

—Ha perdido la razón completamente. Ha pasado a ser lo que se suele decir... una planta. Y seguirá siéndolo... durante toda su vida.

—Inmediatamente después de la tragedia de Sidón decidió usted dar una nueva orientación a su vida, ¿no es así?

—Sí.

—Anunció usted a las autoridades de Yale que no deseaba seguir enseñando allí pues había adoptado una nueva profesión. ¿Es así?

—Sí, señor.

—Decidió entonces dedicarse a la desprogramación. ¿Es así?

—Sí, señor.

—¿Qué le llevó a hacer eso, señor Morse?

—Había perdido a mi esposa y a mi hija a causa de las Almas de Jesús. Estaba solo. Decidí dedicar mi vida a salvar a jóvenes que, mediante engaño o coacción, hubiesen sido obligados a Ingresar en esa secta. Quería contribuir, en la medida de mis fuerzas, a evitar a otros padres el dolor y la pérdida que mí esposa y yo habíamos sufrido. Y quería hacer todo lo que estuviese en mi mano para desacreditar a esa aborrecible secta. Eso es lo que he estado haciendo durante los últimos tres años. Supongo que podría llamárselo una cruzada personal.

Blake le preguntó después a Morse cómo había sido contratado por Frank Reed, y por qué. Le preguntó detalles de su relación con el demandante, Jeffrey Reed.

—Señor Morse, ¿tuvo usted algo que ver con la separación física de Jeffrey Reed de la secta?

—No, señor.

—¿Estuvo usted presente en el lugar del hecho, en la acera de la terminal de la TWA?

—No, señor.

—Entonces, puede decirse que usted nunca le puso la mano encima a Jeffrey, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Estuvo usted en el coche que le llevó a la casa de Big Bear?

—No, señor.

—He terminado, señoría —dijo Blake.

El juez Brenner miró el reloj.

—Señores —dijo—, es casi la hora de acabar la sesión. Como no deseo interrumpir el interrogatorio de este acusado por el fiscal, levanto la sesión hasta mañana por la mañana a las nueve.

Aquella tarde, el *Enviado de Dios* entró en la Bahía de San Francisco, llegó a su embarcadero y fue bien amarrado:

Por la noche, el reverendo Buford Hodges estaba en su amplia cama, desnudo, en compañía de su nueva «secretaria», una diaconisa muy rubia a la que había separado temporalmente de la comunidad de Madián, cerca de Fort Worth. Allí se la llamaba Michol, como la hija del rey Saúl y la primera esposa de David, pero su nombre terrenal, el que usaba a bordo del *Enviado de Dios*, era Elizabeth.

En aquel momento, la joven estaba echada junto a Hodges, acariciándole suavemente, deleitándose en el pene cálido y erecto que sentía palpar junto a las yemas de sus dedos. Él se incorporó y tomó el aparato de control remoto del televisor que había al pie de la cama.

—Tengo que oír las noticias de las once, guapa.

—Oh, Buford, ahora no...

—Tengo que enterarme de cómo va el juicio.

Ella quiso protestar otra vez, pero él la atajó.

—Después tendremos tiempo para eso —le dijo—. No me voy a olvidar de ti.

Conectó el televisor, y la pantalla empezó a iluminarse. Tomó la mano de la muchacha y la retiró de sí.

—Tengo que concentrarme —le dijo.

Ella se apartó, irritada, y le volvió la espalda.

Buford Hodges estaba un poco cansado. Aquella misma tarde había tenido una larga reunión con algunos de sus discípulos. Habían discutido toda una serie de posibilidades nuevas. Con el gospel, por ejemplo, se podía sacar mucho dinero. El tema del renacimiento espiritual interesaba de veras al país. La gente había dejado de preguntarse entre sí, y en aquellos momentos buscaba las respuestas en el cielo. Grupos de canción religiosa como Sweet Honey and the Rocks, The Gospel Warriors, The Ecclesiastics, the Edwin Hawkins Singers y the Monument of Faith Choir se habían hecho famosos; otros habían seguido sus pasos, el gospel había llegado a ponerse de moda. De la noche a la mañana, se había convertido en un estilo muy comercial; las ventas se contaban por cientos de miles. El reverendo había visto allí una mina de oro, y había comenzado a discutir con sus colaboradores la posibilidad de formar un conjunto de las ADJ que recorriese el país cantando para los creyentes evangelistas, cuyo número se estimaba en unos cincuenta millones. También podía dar dinero la grabación de unos cuantos discos, e indudablemente la organización poseía el capital, la fuerza y las relaciones suficientes para promover un grupo así.

Habían discutido también la posibilidad de formar un equipo de baloncesto de las ADJ, dirigido y entrenado por profesionales, cuya misión sería recorrer el país con sus componentes predicando en los intermedios de los encuentros. Esto no representaba mucho dinero, pero era necesario realizar un cierto número de actividades de relaciones públicas, y una actividad como aquélla sería muy beneficiosa para la imagen de las ADJ.

Naturalmente, todo aquello no se decidiría en firme hasta que no hubiese terminado el juicio, hasta que no se hubiese ganado el caso.

Pero de momento era agradable, relajante, estar echado en su magnífica cama, con aquella chica nueva, contemplando las noticias. El juicio era el tema principal del programa. Comenzó éste con unas imágenes de la actividad en la calle: la manifestación de los enojados padres y la de los miembros de las ADJ, que desfilaban, dignos y silenciosos, arriba y abajo de la otra acera. Después se vio el pasillo que conducía a la sala, la entrada de los acusados, Matthew Blake acosado por los periodistas, John Morse, el Diablo, perseguido por las cámaras. Hodges contempló luego los retratos dibujados de los principales protagonistas, retratos que le parecieron muy buenos; casi le supo mal no haber estado presente en el juicio, aunque era mejor que se hubiese mantenido al margen.

La información le dejó satisfecho, muy satisfecho. No albergaba inquietud alguna acerca del resultado final. Y el próximo día le ofrecía una agradable perspectiva; el Diablo sería interrogado por el fiscal; por fin, John Morse subiría a la picota. Morse era la víctima que realmente le interesaba Hodges, y sabía que lo mismo pensaba el fiscal, que le consideraba el más vulnerable de los acusados.

Cuando el locutor pasó a dar otras noticias, apagó el televisor. Al cabo de unos momentos, se había olvidado completamente del juicio.

31

A las nueve de la mañana, puntualmente, el juez Brenner pidió silencio en la sala y subió al estrado John Morse.

Hatch, el fiscal de distrito, observó un momento al acusado, mirándole fijamente a los ojos. Morse le devolvió una mirada firme, dura, negándose a vacilar.

—Señor Morse, ¿recibió usted dinero de Frank Reed por sus servicios?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Veinte mil dólares.

—¿Cuánto tiempo dedicó usted a la desprogramación de Jeffrey Reed?

—Una semana, aproximadamente.

El fiscal calló. Quería que aquello penetrase bien en la mente de cada uno de los miembros del jurado. Volvió a su mesa y se puso a consultar unos papeles, sólo para hacer tiempo. Veinte mil dólares por una semana de trabajo. Echó una mirada al estrado de los jurados. Éstos parecían sorprendidos. Entre ellos había algunos pobres trabajadores que se hubieran considerado afortunados ganando aquella cantidad.

Se acercó de nuevo a Morse y le preguntó:

—Señor Morse, usted ha declarado haberse dedicado a la desprogramación durante tres años, ¿no es así?

—Sí.

—¿A cuántos muchachos y muchachas ha desprogramado usted en ese tiempo?

—A muchos.

—Desearía una respuesta más concreta, señor Morse. Una respuesta exacta, sí es posible.

—A ciento seis.

De nuevo el fiscal hizo una pequeña pausa, para que aquella declaración de Morse fuese bien asimilada por todos. Oyó como se elevaba un murmullo del público, pero él observaba otra vez la expresión de los miembros del jurado. Podía ver cómo multiplicaban mentalmente. Ciento seis por veinte mil... ¡Oh!... ¡En tres años!

—¿No sería justo decir que la verdadera razón por la que usted ejerce esa «profesión», entre comillas, es el dinero que le reporta?

—No. Tengo muchos gastos. Parte de ese dinero la empleo en los viajes y en pagar a los ayudantes que tengo en varias ciudades. Otra buena parte la destino a costear la estancia de mi esposa en ese centro psiquiátrico. Y puedo añadir que sólo cobro a mis clientes lo que en sus circunstancias económicas están en condiciones de pagar.

—Veinte mil dólares es mucho dinero, señor Morse. ¿No podría decirse que se aprovechó usted de su cliente?

—El señor Reed podía permitirse pagar esa cantidad.

Y muchas veces he cobrado a mi cliente solamente los gastos. Es más, en algunos casos, no he cobrado nada en absoluto y he pagado los gastos de mi bolsillo.

—Cíteme a alguien a quien no le haya cobrado usted nada, señor Morse.

—Podría darle una docena de nombres, o más.

El fiscal se dio cuenta de que aquello era cierto, y de que acababa de cometer un pequeño error. Apresurándose a cambiar de tema, se dispuso a mostrar los prejuicios que albergaba el demandado.

—Usted odia a las Almas de Jesús, ¿verdad?

—Sí.

—Odia todo lo que las Almas de Jesús representan y odia al hombre las dirige, ¿no es así?

—Sí.

—Y es la única organización contra la que usted ejerce su actividad, ¿no?

—Sí. Pero comunico mis experiencias a otros desprogramadores de todo el país.

—¿Considera usted a esa iglesia responsable de la muerte de su hija?

—Las ADJ no son una iglesia en el auténtico sentido de la palabra, sino una secta.

—Señor Morse, no estamos aquí para hacer disquisiciones semánticas. Repetiré la

pregunta. ¿Considera usted a esa iglesia responsable de la muerte de su hija?

—Sí.

—¿Tiene usted alguna prueba de ello?

—Lo sé.

—Eso es sólo una opinión suya. ¿Tiene alguna prueba?

—No sé qué entiende usted por prueba.

—¿Dejó su hija, por ejemplo, una nota declarando que iba a quitarse la vida y acusando de algo a las ADJ?

—No.

—¿Sabe usted de alguien a quien ella confesase tal cosa?

—No.

—¿No es posible que sufriese una perturbación mental grave antes de entrar en Sidón, una perturbación lo bastante grave como para inducirla al suicidio?

—No.

—Entonces no puede saber con certeza cuáles eran sus problemas, todos sus problemas, ni el motivo de su perturbación...

—La causa de su perturbación fue las ADJ. ¡Fue las ADJ lo que la indujo a ahorcarse! ¿Es que no lo entiende? No pudo soportar la «purificación». La programación acabó con sus defensas, le hizo perder la razón. Al no lograr que le enviase dinero, la acosaron...

Morse se había puesto en pie, y miraba fieramente al fiscal, con los puños apretados. El juez Brenner dio unos golpes con su martillo.

—El acusado hará el favor de sentarse y de tranquilizarse...

Con un esfuerzo, Morse se sobrepuso. Se sentó lentamente, mirando aún a Hatch con expresión hostil. El fiscal de distrito estaba perfectamente sereno. Pasó a interrogar a Morse acerca de los hechos concretos del secuestro. Le preguntó cómo y cuándo se había puesto en contacto por primera vez con Frank Reed, y qué actividades había tenido a partir de entonces.

—¿Habló usted del secuestro con los padres del demandante?

—Sí.

—¿Y les dio instrucciones para que lo llevaran a cabo?

—Sí.

—¿Y conspiró con ellos para que lo realizaran con éxito?

—Sí.

—¿Y les proporcionó ayuda concreta en la empresa, como el taxi, el conductor del mismo y otras cosas?

—Sí.

—¿Es cierto que privó usted al demandante de una ración normal de comida mientras le desprogramaba?

—Sí.

—¿Y es cierto que le impidió dormir durante largos períodos de tiempo?

—Sí.

—¿Y es cierto que le golpeó usted para vencer su resistencia?

—No. Eso es mentira.

—¿Es mentira, señor Morse, que usó usted las mismas técnicas que usaban los comunistas?

—No todas.

—¿Es mentira que usó las mismas técnicas que, según usted, usan las Almas de Jesús?

—No. Pero la desprogramación consiste en eso.

—Es decir que la desprogramación consiste en maltratar brutalmente a la víctima, en tenerla prisionera contra su voluntad...

—No puede hablarse de la voluntad de Jeff Reed. El muchacho no podía decidir libremente acerca de nada, porque ya había sido programado por la secta. Lo que yo pretendía hacer no era otra cosa que devolverle su libre albedrío, su verdadera personalidad.

El fiscal se volvió al juez.

—Señoría, solicito que no se considere válida esa respuesta.

—Denegada la solicitud. El acusado, como especialista, tiene derecho a expresar su opinión profesional.

Hatch se dirigió de nuevo a Morse.

—Vamos a concretar —dijo—. Usted sabía que los Reed se apoderarían de su hijo.

—Sí.

—Usted se encargó del demandante una vez en la casa de Big Bear y le retuvo en aquella habitación a pesar de su resistencia, ¿no es así?

—Sí.

—Él quería salir de allí, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Y usted se lo impidió?

—Sí.

—Nada más —dijo el fiscal, y se volvió bruscamente.

El juez Brenner miró al defensor.

—Señor Blake, ¿presenta usted a algún otro testigo?

—No, señoría.

El fiscal de distrito ocupó su lugar delante del jurado para hacer su alegato final.

Permaneció un momento en silencio, sonriéndoles cordialmente para que se sintiesen cómodos.

«Señor juez —comenzó—, señoras y señores del jurado. Estamos aquí porque se ha cometido un delito. Uno de los delitos peores que se pueden cometer, uno de los más odiosos. Y, aparte de algunos individuos enfermos, aparte de algunos psicópatas que no distinguen entre el bien y el mal, la mayoría de las personas es consciente de

que está cometiendo un delito en el momento en que lo comete. Sabe lo que dicen las leyes, y, cuando infringe alguna, tiene conocimiento de ello. No estoy hablando de delitos pasionales, del caso de un hombre que mata a su mujer en un arrebato de celos, ni tampoco de delitos accidentales, como el de aquel que mata a su amigo al verle entrar en su casa porque le confunde con un ladrón. Hablo de un delito deliberado, preparado cuidadosamente por varias personas y cometido por todas ellas.

»Ahora bien, quien comete un delito y es sorprendido, en el acto o después, eso no importa, siempre puede explicar por qué lo ha hecho. Siempre tiene una razón perfectamente clara. Puede decir: maté a ese hombre porque me quitó a mi mujer; le maté porque me había estafado, porque me había arruinado; le maté porque temía que él me matase a mí; le maté porque amenazaba a su familia. Sé que he infringido la ley, pero tenía una razón. Tenía esta o tenía aquella razón.

»Pero, en esta sala, el hecho de tener una razón no significa nada. Como ya he dicho, *todo el mundo* tiene una razón. Lo que importa es que la persona en cuestión ha quebrantado la ley. Una ley que es la de todos ustedes, señoras y señores. Una ley que ha sido hecha por ustedes para proteger sus personas y las de sus hijos, y las de toda la sociedad; una ley que ha sido escrita en los libros con ese fin. El delincuente que la infringe demuestra con ello que no la respetaba. Les escupe a ustedes en la cara. Se ríe de sus leyes y se fabrica una para sí mismo.

»Ustedes han oído las pruebas que existen contra estos acusados. Está claro que secuestraron al demandante. Está claro que quebrantaron la ley.

»Como es lógico, el delincuente no quiere ir a prisión, no quiere ser castigado. Por ello expone sus razones, cualesquiera que sean, a su abogado defensor, y ambos tratan de combinarlas, de combinar esas razones, para que puedan ser consideradas como atenuantes. Esperan suscitar la simpatía del jurado. Tenía tal o cual razón, dice el defensor, se sentía amenazado, tenía miedo, aquel hombre le había quitado a su mujer, etcétera, etcétera. Sí, dice el acusado, le maté, pero fue por esta o por aquella razón.

»Ahora bien, ¿cuál es la razón que han dado dos de los acusados en este juicio, Frank y Kate Reed, padres del demandante? ¿Por qué recabaron la ayuda del acusado John Morse, profesional de esta aborrecible actividad?

»Escuchen bien. Ya lo han oído ustedes antes, pero permítanme que se lo repita. Para mostrar cuán absurdo es.

»Cometieron ese delito simplemente *porque no les gustaba la iglesia a la que pertenecía su hijo*».

Hizo una larga pausa, para subrayar lo que acababa de decir. Los miembros del jurado se miraron unos a otros. Entre el público hubo algunas risitas. Matt Blake movió la cabeza apreciativamente, no sólo ante la oportunidad de aquella idea tan bien expresada, sino ante la efectividad del silencio que le siguió.

Después, Hatch hizo notar a los miembros del jurado que el hecho de que dos de los acusados fuesen padres del demandante no debía ser tenido en cuenta a la hora de

juzgarles. Habían violado la ley deliberadamente, al Igual que los demás acusados, y debían aceptar la total responsabilidad de sus actos.

«Pues para esos delitos —concluyó—, planeados con toda frialdad y ejecutados con todo el cinismo, no puede haber verdaderas circunstancias atenuantes. Los acusados deben ser castigados con todo el rigor que la ley prevé».

A continuación se adelantó Matt Blake para pronunciar su alegato.

«Señor juez, señoras y señores del jurado. Es cierto que se ha cometido un delito. Un delito incalificable. Un crimen tan inquietante que la mente se resiste a considerarlo posible. Un crimen tan monstruoso, que tiene repercusiones más allá de esta sala, que posee, como veremos, importancia a nivel de todo el país.

»Sí, señores, se ha cometido un grave delito. En este único punto coincidimos el señor fiscal y yo. ¿Cuál es ese delito? El que se menciona en la acusación. Como abogado defensor, admito que se ha cometido. No sólo lo admito, sino que insisto en ello. Existe delito de secuestro, ciertamente. De secuestro, y también ¡de retención indebida!».

Calló un momento. Los miembros del jurado estaban asombrados; le miraban como si hubiese perdido la razón. En la sala se produjo un murmullo. El juez Brenner impuso silencio con su martillo. Blake estaba muy serio, pero interiormente sonreía. Saboreaba el momento. Iba a sorprenderles con una declaración audaz al principio. Olvidarían muchas cosas, pero aquélla la recordarían...

«Sí, señoras y señores del jurado, se ha cometido un secuestro, El demandante aquí presente es ciertamente la víctima. Pero quienes están ahí, en el lugar de los acusados, no deberían estar aquí en absoluto. El estado está abusando de su tiempo y de su paciencia. Estas personas no deberían estar en la sala hoy; en este hermoso día californiano, deberían andar ocupándose tranquilamente de sus asuntos. Les aseguro, señores, que estas personas no tienen por qué estar aquí hoy.

»El verdadero acusado aquí es una secta llamada Almas de Jesús, cuyo dirigente se jacta de tener línea directa con el cielo, se llama a sí mismo “Enviado de Dios” y promete anunciarnos, a su debido tiempo, la fecha de la segunda venida del Mesías.

»El verdadero secuestro en este caso fue cometido por esa secta. Pero no fue un acto físico, no fue un acto violento. Fue sutil, malicioso, siniestro y depravado. Jeffrey Reed, el demandante, fue secuestrado *psicológicamente*. Es decir, fue atraído a la secta con engaños, y después se le privó del uso de su mente. Fue indebidamente retenido, física y espiritualmente, en uno de los centros de esa secta maligna, en un lugar llamado Astarot, rodeado por altos muros y vigilado por temibles perros. Allí se le mató de hambre, se le impidió dormir, se le bombardeó incesantemente con la propaganda de la secta, se le hipnotizó como hipnotiza la serpiente al pájaro, hasta hacerle incapaz de pensar con libertad, hasta que dejó de ser dueño de sí mismo.

»El resultado final fue que este ejemplar muchacho norteamericano, que había sido educado en la fe católica, después de ser alejado de sus amantes padres, se convirtió en un autómatas, en una máquina, en un robot. Se le daba cuerda y

caminaba. Se le daba cuerda y comía, dormía o iba al baño. Pero, por más que se le diese cuerda, había una cosa que era incapaz de hacer.

»Era incapaz de pensar, de pensar por sí mismo. Era capaz de obedecer, sí, pero no de tomar iniciativas, de tomar decisiones, de organizar su vida. Jeffrey Reed era un esclavo. Perteneceía, literalmente, en cuerpo y alma, a sus dueños, esos fanáticos vestidos de monje a los que se llama priores y diáconos.

»Los seis acusados, repito, las seis personas que no deberían estar aquí, no intentaron secuestrar a Jeffrey Reed.

»Frank y Kate Reed, los amantes padres de ese muchacho, intentaron salvarle de una especie de muerte en vida, devolverle su personalidad y su libertad. Para ello necesitaban ayuda, y la consiguieron. Pero esos carceleros vestidos de monje le tenían encerrado en una terrible prisión. No se trataba sólo de los muros de Astarot, sino también de otro tipo de prisión: los muros que rodeaban su mente.

»Por ello, Frank y Kate Reed hubieron de recurrir a medidas excepcionales para devolver la salud a su hijo.

»La mayoría de ustedes, señoras y señores, son padres. Hoy han oído ustedes aquí al señor y la señora Reed. Sin duda habrán comprendido su angustia. ¿Qué habrían hecho ustedes en su lugar? Ya han oído lo que ocurrió y cómo ocurrió.

»¿Qué habrían hecho ustedes? Ah, no hace falta que me digan nada. Ya sé lo que me dirían. Lo leo en sus caras. Habrían sentido el mismo horror que sintieron los Reed. Y, si hubiesen podido salvar a su hijo de aquellos monstruos, lo habrían hecho. Si hubiesen visto la más mínima posibilidad de curar a su hijo, o a su hija, lo habrían hecho.

»La acusación ha declarado que se ha producido aquí un secuestro físico, que Jeffrey Reed fue apresado y obligado a subir a un coche contra su voluntad. Señoras y señores, les ruego que se fijen bien en esas palabras: “Contra su voluntad”. Pero lo cierto es que Jeffrey Reed no tenía voluntad. Lo cierto es que había perdido el contacto con la realidad, que no era capaz de decidir si debía ir con su padre o no. Dado que había perdido la capacidad de decisión debido a la abominable programación de la secta, dado que era incapaz de pensar, la acusación no puede decir si consentía o no consentía; no puede decir que el hecho ocurriese contra su voluntad, porque, repito, el mismo Jeffrey Reed no lo sabía, era incapaz de pensar y de decidir.

»Nadie va a excusar aquí el secuestro físico de una persona. Pero, en este caso, conocemos el motivo, y se trata de un motivo excepcional, lógico y perfectamente comprensible. Existe justificación y precedentes legales, en el derecho común. A veces se denomina justificación por la necesidad. Cuando una persona se enfrenta a dos males y se ve en la necesidad de elegir uno, elige el menos malo de los dos. No existe delito cuando una persona lleva a cabo la acción que considera necesaria para evitar un mal mayor.

»Nadie puede discutir el derecho de una persona mayor de edad a ingresar en

cualquier iglesia, a practicar la religión que desee. Ése es un derecho garantizado por la Primera Enmienda. Las Almas de Jesús se denominan a sí mismas “iglesia”, e insisten en que no son una secta. El señor fiscal se ha hecho eco de sus manidos argumentos. Pero las Almas de Jesús son y serán siempre una secta. No pueden atribuirse el nombre de iglesia cristiana, porque eso es un engaño. Todas las religiones e iglesias legítimas que conozco, la católica, la protestante o la judía, predicán el amor. El amor al prójimo, el amor a Dios, el amor a la humanidad. Las ADJ afirman enseñar el amor a Cristo y el amor entre los miembros de la secta, pero eso es todo; de hecho, sólo predicán el odio. El odio a los padres, a los hermanos, a los amigos, el rechazo total del mundo, de cuanto se halla fuera de los muros de la comunidad.

»Pero una supuesta iglesia edificada sobre el odio no puede durar, señoras y señores. En este momento, las ADJ constituyen la secta más importante del país; ha atraído a sus filas a miles de nuestros mejores jóvenes y se ha apoderado de sus mentes, y sigue creciendo. Es algo que debemos ver con alarma. Pero repito que no podrá llegar mucho más lejos, porque se basa en el odio y no en el amor.

»Algún día, el reverendo Buford Joe Hodges y sus Almas de Jesús empezarán a decaer. Sus propiedades exentas de impuestos serán reclamadas por sus legítimos dueños. Quizá, con el tiempo, sus víctimas recuperarán la razón y volverán con sus padres, o a la universidad, o adonde quieran. Y el país saldrá ganando con ello. Señoras y señores, gracias por su atención».

32

Los miembros del jurado eligieron como presidente a un hombre llamado Edward Dorn.

En un jurado compuesto en su mayor parte por jubilados, amas de casa y miembros de grupos minoritarios, aquella elección parecía la más lógica. Edward Dorn contaba unos cincuenta años, y vestía de modo convencional. Tenía el cabello prematuramente blanco, blanco como la nieve, y su sonrisa era cordial. Presentaba un aire de madurez y de dignidad. Se dedicaba a la compra y venta de coches usados, y algunos de sus compañeros de jurado recordaban vagamente haber visto su anuncio en las páginas del *Los Angeles Times*: «Pase antes por Dorn's». Ya había sido jurado en una ocasión anterior, y todos pensaban que su experiencia sería útil.

Había puesto muchos reparos al hecho de ser presidente. Lo había sido en el

juicio anterior, y le había parecido una gran responsabilidad. Pero otro de los miembros del jurado, la señora Evelyn Paton, le había dicho:

—Ya el estar aquí es una responsabilidad para todos nosotros, señor Dorn. Y todos creemos que usted es el más indicado para ser presidente.

La votación en su favor había sido unánime.

En aquel momento estaban todos sentados alrededor de la mesa redonda, y Dorn dijo:

—Miren, antes de empezar, vamos a hacer una cosa. Que todo el mundo se siente donde está sentado ahora, hasta que terminemos. Así nos iremos conociendo mejor unos a otros.

—Como una familia sentada alrededor de la mesa.

—Algo así —dijo el presidente—. También podemos imaginar que somos las cifras de un reloj, ya que somos doce en una mesa redonda. Voy a hacer una lista con los nombres de todos, y les daré a cada uno un número. También les agradeceré que me digan a qué se dedican, para recordarles mejor cuando hable con ustedes.

—Es muy buena idea —dijo alguien—. Como si cada uno fuésemos una hora del día.

—Sí, eso está bien pensado —convino otro jurado.

—Es algo que se me ocurrió la vez anterior —dijo Dorn modestamente—. Y lo cierto es que me beneficia más a mí que a ustedes. Bueno, yo seré el número uno. Voy a pasar lista alrededor de la mesa, en la dirección de las agujas del reloj, y les iré dando un número a cada uno. Ustedes me darán su nombre y profesión, y yo lo iré anotando.

Así lo hicieron. Cuando la lista estuvo completa, Dorn se la leyó a todos en voz alta:

UNO:	Edward Dorn	<i>Vendedor de coches usados</i>
DOS:	Fred Muller	<i>Jubilado</i>
TRES:	Sarah Steinberg	<i>Ama de casa</i>
CUATRO:	Evelyn Paton	<i>Ama de casa</i>
CINCO:	Leroy Williams	<i>Dueño tienda de licores</i>
SEIS:	Anthony Caruso	<i>Contratista de obras</i>
SIETE:	William Gatling	<i>Jubilado</i>
OCHO:	Barney Cohen	<i>Jubilado</i>
NUEVE:	Ethel Jordan	<i>Ama de casa</i>
DIEZ:	Gloria Díaz	<i>Cajera de supermercado</i>
ONCE:	Jonas Frazer	<i>Cartero</i>
DOCE:	Agnes Nealy	<i>Ama de casa</i>

—Es curioso —comentó el señor Cohen—, tenemos entre nosotros dos nombres famosos: Patton y Caruso.

—Es cierto, señor Cohen —dijo la señora Paton sonriendo. Era una mujer de expresión dulce, de cabello blanco azulado y aire maternal. Estaba un poco gruesa y llevaba un vestido estampado de tonos azules—. Sólo que el nombre del general lleva dos tes, y el mío únicamente una. Pero la pronunciación es la misma.

—En realidad —dijo el señor Gatling—, son tres los nombres famosos aquí presentes. El mío también lo es.

—¿Gatling?

—¿No han oído hablar de la ametralladora Gatling? —preguntó el hombre, incrédulo.

Todos se removieron en sus asientos, confusos. Pero de pronto el señor Muller chasqueó los dedos.

—¡Espere! Ya me acuerdo. La ametralladora Gatling. Se usó en la Primera Guerra Mundial.

—Eso es —dijo Gatling, que era un hombrecillo de unos sesenta años, de facciones pequeñas y rostro pecosos—. Pero en realidad su uso se remonta a la Guerra Civil. Era una especie de ametralladora de cañones giratorios, y fue inventada por mi tocayo Richard Jordan Gatling en 1862.

—Muy interesante, señor Gatling —dijo la señora Nealy.

El señor Williams echó una mirada a la rejilla que había en la pared.

—Ese acondicionador funciona a toda marcha —se quejó. Era un hombre delgado, de raza negra, cuyo rostro mostraba una perpetua expresión de descontento—. Padezco de sinusitis, y este frío me sienta como un tiro. A veces tengo unos dolores de cabeza terribles.

—Sí que está un poco fuerte... —dijo la señora Jordan.

—Y, además —añadió Williams—, lo que me fastidia es que se malgaste así el dinero de los contribuyentes, matándonos de frío, cuando dicen que hay una crisis de energía...

—Espero que no nos pasemos aquí demasiado tiempo —dijo la señora Steinberg—. Tengo cuatro gatos en casa. Le he pedido a la hija de una vecina que les dé de comer mientras yo estoy fuera, pero no me acabo de fiar de ella. Espero que esto no nos dure mucho.

El presidente escuchó aquella charla durante un rato. Recordó que en el juicio anterior había ocurrido lo mismo. Durante los primeros minutos, los jurados evitaban hablar del caso. Charlaban unos con otros de aquel modo, casi como si necesitasen un respiro, un alivio de la tensión que habían vivido en la sala, de la concentración que se les había exigido.

Finalmente, dio unos golpes en la mesa con los nudillos.

—Señoras y señores —dijo—. Somos doce buenos y honrados ciudadanos. ¿Les parece que pasemos a nuestro trabajo?

Todos asintieron, y le escucharon atentamente mientras decía:

—Tenemos a seis acusados. Ello complica bastante la cosa. Yo propondría que los separásemos. Que hablásemos primero de la familia, de los Reed, y que decidiésemos sobre ellos. Y después podríamos tomar a un tiempo a Cindy Hyland y Joe Peterson, para finalmente dedicarnos al desprogramador. Pero eso es sólo mi opinión. Ésta es una asamblea democrática. ¿Qué les parece a ustedes?

—A mí me parece bien —dijo el señor Caruso.

—Sí —dijo el señor Frazer—. Facilita mucho las cosas.

Los demás se mostraron también de acuerdo, y el presidente dijo:

—Muy bien. Pasemos, pues, a hablar de Frank y Kate Reed, el padre y la madre. Después hablaremos de los dos chicos y la chica. Creo que la mejor manera de empezar, de entrar en materia, es que cada uno diga ahora lo que opina, antes de discutir nada. ¿Les parece bien? —al ver que todos asentían, añadió: —Quienes consideren a los padres culpables de secuestro y de retención indebida, que levanten la mano.

El señor Muller y la señora Paton levantaron la mano, y lo mismo hizo el presidente.

—¿Quién les considera inocentes?

Siete personas alzaron la mano. La señorita Díaz y el señor Frazer no se pronunciaron.

—Bien —dijo Dorn—. Culpables, tres votos. Inocentes, siete. Dos personas no se han decidido todavía. Ahora, creo que lo mejor que podemos hacer es una rueda de intervenciones en la que cada cual exponga el porqué de su posición. ¿Qué dice el número dos? —preguntó, mirando al señor Muller.

—Yo estoy de acuerdo con el fiscal. La ley es la ley. Comprendo por qué los padres hicieron lo que hicieron, pero el caso es que cometieron un delito grave. Es verdad que el secuestro lo cometieron en la persona de su propio hijo, pero eso no cambia las cosas, según la ley. Así que yo digo que, aunque se tratase de su hijo, son culpables.

—¿Número tres?

—Yo estoy a favor de los padres —respondió la señora Steinberg—. El defensor tenía razón. Si alguien intentase quitarles a un hijo, o matarle, ¿no harían ustedes cualquier cosa para salvarle, lo que fuese? Yo, desde luego, sí. Para mí, los padres del chico son inocentes.

—¿Número cuatro?

—Pues bien —dijo la señora Paton—, yo no estoy de acuerdo con la señora Steinberg. Yo no veo que nadie quisiese secuestrar al muchacho, ni hacerle ningún daño. Él sólo quería practicar la religión que había escogido y formar parte de una iglesia determinada. Ese derecho lo reconoce la Primera Enmienda. Esto lo hemos oído todos en la sala. El muchacho es mayor de edad y sabe lo que quiere, y me parece que los padres no tenían derecho a entrometerse.

—¿Cinco?

—Yo creo que son inocentes —dijo el señor Williams—. Eso de las Almas de Jesús no es trigo limpio. ¿No les han visto manifestándose en la calle? Están chiflados. Y algunas de las leyes que tenemos también son cosa de locos. Si hubiese sido mi hijo, tampoco le habría dejado andar con ellos.

—¿Seis?

—¿Yo? —dijo Antonio Caruso, un italiano de corta estatura y estómago prominente, dueño de unas pobladas cejas y de una nariz que parecía rota por dos puntos—. Yo también estoy de acuerdo con los padres. Ese mocoso, educado en una buena familia católica, va y le dice a su padre que deja la universidad, manda a paseo a su familia y a sus amigos y se va con esa gente rara vestida de monje... ¡Viniendo de una familia religiosa! Es verdad que los padres ni siquiera iban a misa, pero eso no tiene nada que ver; eran católicos y basta. Por una cosa así, ese chico hubiera podido ser excomulgado. De haber sido mi hijo, le habría sacado de allí y le habría molido a palos, hasta sacarle el demonio del cuerpo, perdón, señoras, y le habría enseñado un poco de religión de la buena, ustedes ya me entienden...

—Pero el chico tiene dieciocho años —intervino la señora Paton—. Es una persona mayor. Yo tengo un hijo de su edad, y ya quiere hacer su vida. Y yo no puedo impedirselo, creo que no tengo derecho.

Caruso la miró un momento en silencio.

—¿Ah, sí? —dijo—. Pues le diré una cosa, señora...

—Paton.

—Mire, señora Paton, hay muchos chicos de dieciocho años que no son personas mayores. Nunca han tenido que trabajar duro, con las manos; siempre lo han tenido todo. Como ese Jeff Reed. Se lo dieron todo en bandeja de plata. Vive en ese barrio rico de Santa Bárbara, y todo lo demás. Hoy en día los jóvenes no tienen fuerza de voluntad, no tienen ambición. Están echados a perder con tantos mimos. Lo único que saben hacer es despreciar a sus padres, escupirles en la cara.

—Me parece que exagera usted, señor Caruso. Lo único que quería ese chico, que yo sepa, era servir a Dios, acercarse a Jesús...

—Si quería saber de Jesús —replicó el señor Caruso—, no tenía más que haber ido a hablar con el cura de su iglesia. Él le habría explicado todo lo que hubiera querido saber. Yo voto que los padres son inocentes, y de momento lo tengo muy claro.

—¿Siete?

—Yo también estoy con los padres —dijo el señor Gatling—. Creo que yo hubiera hecho lo mismo. Nada más.

—¿Ocho?

—Yo creo que los padres eran sinceros —declaró el señor Cohen—. En cambio, me ha parecido que el muchacho mentía.

—¿Ah, sí? —preguntó alguien con curiosidad—. ¿Por qué?

—No lo sé. ¿No se fijaron en sus ojos? Había algo raro en sus ojos...

—¿Algo raro? ¿El qué?

—Tenían una expresión... Bueno, no sé, una expresión muy rara. Y hablaba como si se lo hubiese aprendido todo de memoria. Como si se hubiese aprendido un guión, o algo así. Creo que es verdad que esa gente le ha programado. Algo así como lo que le hicieron a Patty Hearst.

El presidente les miró a todos.

—A mí no me ha dado esa impresión —dijo—. ¿Se lo ha parecido así a alguien más?

La mayoría de los presentes hizo gestos negativos, pero la señora Jordan dijo:

—A mí. Ese muchacho era tan simpático, tan educado, tan agradable que... no parecía de verdad. Creo que el señor Cohen tiene algo de razón. Ese muchacho no parecía natural; parecía... —calló un momento, buscando las palabras— bueno, parecía demasiado perfecto para ser de verdad.

—A mí me ha parecido un muchacho sano y normal —afirmó la señora Paton.

—Bueno —concluyó la señora Jordan—, yo me he limitado a decir lo que pensaba.

Después de la señora Jordan, que tenía el número nueve, le tocaba hablar al número diez, la señorita Díaz. Era ésta una joven chicana de figura delgada, que no se había pronunciado en la votación.

—Pues no sé. Todavía no me he decidido. Esperaré a que lo hayamos discutido más.

—¿Once? Usted tampoco se había decidido. ¿Ha formado alguna opinión ahora?

—Todavía no —respondió el señor Frazer.

—¿Doce?

—Como madre, yo comprendo a la señora Reed —la señora Nealy era una mujer gruesa, de aspecto maternal, de pechos colgantes, que llevaba unos pantalones muy apretados—. Yo no tengo un hijo sino una hija, pero es lo mismo. Cuando pienso en esa pobre mujer, cuando fue a ese horrible lugar y se vio insultada por su propio hijo... Y al padre ni siquiera le dejaron entrar a verle. Cuando pienso en eso, me pongo en su lugar. Si se hubiese tratado de Tammy, mi hija, ¿qué habría hecho yo? Pues lo mismo que ellos, supongo. A mí me parece que no son culpables de nada. Ellos querían a su hijo y decidieron salvarle, nada más. Sí hay una ley contra eso, valdría más que cambiasen la ley. Y otra cosa...

—¿Sí? —dijo Dorn.

—Estoy de acuerdo con la señora Jordan. Ese muchacho hablaba de una manera un poco extraña. La que me pareció muy sincera fue la chica, ¿cómo se llama? Cindy, Cindy Hyland. Parecía muy buena chica, y estoy segura de que dijo la verdad en todo. Me recordó un poco a Tammy, mi hija.

Le había llegado el turno al número uno. Todos volvieron la mirada hacia él.

—He de confesar que me ha costado decidirme —dijo—. Es lógico, ya que soy

padre de dos hijos. Pero creo que la paternidad, por sí sola, no justifica que nadie ignore o quebrante la ley. El secuestrar a alguien, aunque se trate del propio hijo, es un delito muy grave, se explique como se explique. Todo secuestro es un hecho abominable. Creo que la ley le atribuye casi la misma gravedad que al asesinato. La ley es la ley, y se ha hecho para protegernos a todos. Nadie puede tomarla en sus manos.

—Tiene razón —dijo la señora Paton—. Tiene usted toda la razón, señor Dorn. Si todo el mundo hiciese lo que se le antojase, ¿adónde iríamos a parar? Sería la anarquía.

—No me interpreten mal —continuó Dorn—. Yo comprendo a esos padres, simpatizo con ellos. Pero creo que en este país se viene respetando muy poco la ley. Hay una gran cantidad de delitos, de desórdenes. Los atracos en la calle, y todo lo demás. En mi opinión, el hogar es el primer lugar donde hay que aprender a respetar las leyes. El señor y la señora Reed sabían que su actuación era ilegal. Lo sabían, y a pesar de ello siguieron adelante. Por eso creo que han de sufrir algún castigo. Me siento obligado a votar su culpabilidad, con el señor Muller y la señora Paton.

Después, se pasó a una discusión general. Durante un par de horas, todos mantuvieron sus posiciones. Los que votaban por la inocencia de los Reed parecían más decididos.

—Yo no pienso cambiar de idea —decía el señor Caruso tozudamente—, aunque tenga que pasarme un año aquí.

Luego, el señor Muller, que al principio había votado culpabilidad, se pasó al bando de la inocencia. Con ello se quedaron solos el señor Dorn y la señora Paton. Ambos se mantuvieron firmes durante tres horas más. La primera en capitular fue la señora Paton, y lo hizo graciosamente:

—Bueno, no quiero parecer cruel. Como ya les he dicho, soy madre, y, en el fondo de mi corazón, pienso que quizá, *quizá*, yo también habría permitido lo que permitió la señora Reed, si hubiese estado en su lugar. Sigo pensando que las Almas de Jesús no tienen nada de malo. Es una iglesia cristiana y venera a Jesús. Lo haga como lo haga, eso basta para que yo la respete. Quiero decir que no es lo mismo que esas ridículas sectas de origen extranjero, los Hare Krishna o los Moon. Creo que los Reed infringieron la ley, pero lo hicieron con buena intención. Quizá se equivocaron al querer impedir que su hijo viviese su vida, pero todo lo que hicieron lo hicieron por amor, eso es evidente. Quizá por eso deberíamos mostrar clemencia, por encima de la ley. Sigo estando en desacuerdo con lo que hicieron; respeto la ley y creo que todo el mundo debería observarla, sea quien sea. Pero la mayoría de ustedes cree que esos padres no deben ser castigados. Muy bien. No estoy de acuerdo, pero me plegaré a la opinión de la mayoría. Inocentes.

—Muy bien dicho —exclamó el señor Cohen.

—Sí —convino la señora Jordan—. Ha hablado usted muy bien, señora Paton.

—Es verdad —dijo la señora Nealy—. Dice mucho en su favor la tolerancia que

demuestra usted, señora Paton. Todos la admiramos por lo que acaba de decir.

—Gracias —dijo la señora Paton.

Todos se volvieron entonces hacia el presidente, expectantes. Dorn revolvía unos papeles que había sobre la mesa. Se había quedado solo, y se sentía incómodo.

—Ahora somos once contra uno —dijo Gatling—. Es una buena mayoría.

—Son casi las ocho —dijo Frazer—. Y no hemos cenado. Quizás haya llegado el momento de que cambie de opinión, señor Dorn.

—Piénselo otra vez, al menos —le dijo Cohen.

—Ya lo estoy pensando —replicó el presidente.

—Tiene derecho a pensarlo —dijo Cohen—. Y no queremos decir que tenga que cambiar de opinión. Nadie pretende forzarle. Tiene derecho a disentir. ¿No es verdad? —preguntó, dirigiéndose a los demás.

Todos respondieron afirmativamente, a coro, pero sin gran convicción. El presidente les miró. Todos estaban esperando que entrase en razón.

Entonces, por fin, también él capituló.

—Muy bien, muy bien —dijo—. Si todos ustedes piensan igual, no es razonable que yo me obstine en mi posición. Estoy de acuerdo con muchas de las cosas que han dicho. Como la señora Paton, yo respeto mucho la ley, pero tengo que reconocer que existen circunstancias atenuantes. Creo que los padres obraron mal, que se equivocaron. Estoy de acuerdo con la señora Paton en que las Almas de Jesús son una iglesia cristiana. Aunque no sea baptista, presbiteriana ni episcopal, en este mundo hay sitio para todos. Si esa gente quiere venerar a Jesús a su manera, yo no tengo nada que decir. Pero comprendo lo que ustedes piensan. No puedo estar completamente de acuerdo, pero lo acepto. Ahora ya hemos llegado a la unanimidad. Inocentes.

A continuación, rápidamente, se acordó que Ken Reed, Joe Peterson y Cindy Hyland eran también inocentes. Después, el presidente echó una mirada al reloj.

—Bueno, señores —dijo—, son casi las ocho. Propongo que suspendamos la sesión. Todos estamos cansados y tenemos hambre. Mañana por la mañana podremos hablar del desprogramador, de John Morse. ¿Qué les parece?

Todos se mostraron de acuerdo.

El presidente oprimió el botón y el alguacil les abrió la puerta.

—Hemos terminado por hoy —le dijo Dorn.

Se levantaron y fueron saliendo al vacío pasillo, dirigiéndose a la salida.

El señor Frazer bostezó y dijo:

—¿Nos dejarán comer lo que queramos en el hotel? Me comería un filete bien grande con patatas fritas.

—Y yo me tomaría un par de whiskies —dijo el señor Caruso.

—Pues tómese los —dijo el señor Cohen—. Aprovéchese, hoy que invita la casa.

—Yo tengo la espalda delicada —dijo la señora Nealy—. Espero que en el hotel puedan proporcionarme una tabla para la cama...

—Suelen tenerla —dijo la señora Steinberg—. Por mi parte, lo que he de hacer es encontrar un teléfono, para ver cómo siguen mis gatos.

—Esa maldita refrigeración... —dijo el señor Williams—. Ya he pescado un buen dolor de cabeza.

33

El jurado volvió a reunirse a la mañana siguiente, a las nueve.

El alguacil, mientras abría la puerta de la sala, les informó:

—Señores, perdonen pero la refrigeración está estropeada. Seguramente la arreglarán dentro de un rato.

—Estará usted contento —le dijo la señorita Díaz al señor Williams—. Vamos a estar sin refrigeración.

—Sí, pero yo ya tengo el dolor de cabeza —se quejó Williams—. No he pegado ojo en toda la noche.

—En el supermercado donde trabajo había una cajera que también tenía sinusitis —dijo la señorita Díaz—. Y, como allí siempre tienen la refrigeración muy fuerte, hubo de dejar el trabajo, ¿sabe usted?

Se sentaron en torno a la mesa redonda. La señora Jordan miró a la señora Steinberg.

—¿Cómo están sus gatos? —le preguntó.

La señora Steinberg sonrió ampliamente.

—¡Oh, bien, gracias! Ayer el alguacil telefoneó a casa y habló con mi vecinita, que precisamente les estaba dando de comer entonces. Lo malo es que hoy no podrá ocuparse de ellos, porque estará en casa de una amiga...

—¿No puede usted encontrar a nadie más?

—Espero que no será necesario. Supongo que terminaremos hoy —dijo, y, volviéndose a la señora Nealy, le preguntó: —¿Consiguió usted la tabla para la cama?

—Sí, pero no he podido dormir.

—Nunca se duerme como en casa —dijo la señora Paton.

Dirigiéndose al presidente, el señor Caruso dijo:

—Espero que podamos acabar esta misma tarde. Esta noche, mi hijo juega un partido de baloncesto en San Bernardino, y quiero llegar a tiempo. Por nada del mundo me perdería ese partido.

—¿Tiene un hijo deportista, señor Caruso?

—¡Ya lo creo! ¡Y de primera categoría! Puede que le seleccionen para el equipo universitario del estado. Tendrían que verle jugar... ¡Es todo un fenómeno! Le han hecho ofertas algunas universidades, pero él sigue fiel a la de Los Ángeles.

—Debe de estar orgulloso de él —intervino la señora Jordan.

—Sí, lo estoy. Mucho.

—Hablando de salir de aquí —dijo la señora Jordan—, yo también espero que acabemos antes de la noche. Mi hija Betsy da una fiesta de cumpleaños mañana. Ha invitado a diez amiguitas tuyas, y tengo un montón de cosas que hacer. ¿Usted qué cree, señor Dorn?

—Bueno, eso depende de todos nosotros —respondió Dorn sonriendo—. Cuanto más rato pasemos charlando, más tardaremos.

—Es verdad —dijo el señor Gatling—. Vamos al asunto.

—Bien —dijo el presidente—. El único acusado que nos queda es el desprogramador, John Morse. Recordemos las instrucciones del juez. Las acusaciones que pesan sobre él son cuatro: secuestro, conspiración para cometer secuestro, retención indebida y conspiración para cometer retención indebida.

—Vaya... La cosa es complicada —comentó Frazer.

—Vamos a ir punto por punto —dijo el presidente—. Votemos primero sobre el cargo de secuestro, antes de pasar a la discusión.

Se hizo la votación a mano alzada. Dorn, Muller, Gatling y la señora Paton votaron culpable. La señora Steinberg, la señora Jordan, Williams, Caruso, Cohen y Frazer votaron inocente. La señorita Díaz y la señora Nealy no se pronunciaron.

—Seis inocente, cuatro culpable, dos abstenciones —contó Dorn—. Bueno, vamos a discutirlo.

Caruso fue el primero en hablar.

—Para mí es inocente.

—¿Por qué lo cree usted así, señor Caruso?

—Lo único que hizo fue ayudar a Reed a librar a su hijo de esa panda de chiflados.

—No se le puede acusar por hacer eso después de lo que le ocurrió a su hija —dijo Cohen.

—Pero, por más vueltas que se le dé —dijo Gatling—, no deja de ser un secuestro. Y el secuestro es un delito, ¿no?

—Yo diría que no fue secuestro —dijo Williams—. Ese Morse no le puso la mano encima al chico. Los que lo hicieron fueron su padre y su hermano. Así que no se puede decir que fuese secuestro.

—No estoy de acuerdo —dijo la señora Paton, muy convencida—. Ese Morse lo planeó todo, hasta el último detalle. Le explicó al señor Reed cómo tenía que hacerlo todo. ¿Eso no les recuerda a un personaje famoso?

—¿A un personaje famoso?

—A James Manson. Él no estaba presente cuando se produjeron los crímenes. Él,

personalmente, no apuñaló a nadie ni disparó contra nadie. Pero lo había planeado todo. Era como si hubiese estado allí, o peor. Usted ha votado culpable —dijo, mirando al presidente—. ¿Qué le parece?

—Estoy completamente de acuerdo con usted —dijo Dorn—. En mi opinión, debe aplicársele la pena máxima. Él no era familiar ni amigo de Jeffrey Reed, no tenía nada que ver con él. No le conocía siquiera, ni a él ni a su padre. Los motivos del padre y de la madre son comprensibles: estaban angustiados por su hijo. Pero a mí me parece que el verdadero motivo de ese desprogramador era el dinero.

—Yo creo que era la venganza —dijo la señora Jordan.

—Ese hombre es un psicópata —afirmó Dorn—. Si se piensa en la cantidad de secuestros en los que ha tomado parte...

—Ciento seis —dijo Muller.

—Y por todos ha cobrado —dijo la señora Paton—. Recuerden lo que le pagó el señor Reed. Veinte mil dólares por una semana de trabajo. ¡Una semana! A estas alturas, debe de ser millonario.

—Él dijo que había desprogramado a muchos chicos cobrando sólo los gastos, e incluso sin cobrar nada.

—Yo no me lo creo —dijo la señora Paton.

De pronto, la refrigeración se puso a funcionar. Por la rejilla salió una ráfaga de aire más frío que el día anterior.

—¡Ay, Señor, mi cabeza! —gimió Williams.

—¿Quiere una aspirina, señor Williams? —ofreció la señora Nealy—. Puede que le alivie.

—Lo único que me aliviará es salir de aquí.

—Volviendo al asunto —dijo Cohen—. Yo creo que la acusación de secuestro no es exacta. Morse no intervino en el secuestro propiamente dicho sino en la conspiración para cometer secuestro. Tendríamos que plantearlo así.

Siguió una animada discusión, después de la cual todos excepto Dorn y la señora Paton acordaron que, si Morse era culpable de algo, era más bien de conspiración. Dorn y la señora Paton resistieron durante dos horas, pero acabaron por ceder.

—Muy bien —dijo el presidente—. Pasemos a discutir el cargo de conspiración.

—Bueno —dijo la señora Paton—, de que intervino en la conspiración no puede haber la menor duda. Hasta el abogado defensor lo admitió.

—Sí —dijo Caruso—, pero, ¿es culpable?

—Y, si es culpable —dijo la señorita Díaz—, ¿qué pena le echarán?

—Eso lo decidirá el juez, señorita —respondió Dorn amablemente—. Bueno —añadió, dirigiéndose a todos—, ¿puedo decir lo que me parece a mí?

Todos se mostraron interesados por oírle. Estuviesen de acuerdo con él o no, siempre les parecía que decía cosas muy sensatas.

—Miren —dijo—. Aquí todos nos inclinamos por la clemencia. Ayer, todos simpatizamos con los padres de Jeffrey Reed, y por fin les declaramos inocentes.

Pero el caso del desprogramador es distinto. Fuesen cuales fuesen sus motivos, el dinero, la venganza o cualquier otro, lo cierto es que ese hombre se ha pasado media vida planeando secuestros y reteniendo indebidamente a muchachos y muchachas a los que no conocía de nada, con los que no tenía ninguna relación. Se podría decir que cada uno de esos muchachos era sólo un número para él. Su actividad no era otra cosa que un trabajo impersonal. Era como esos individuos que salen en las películas, los asesinos a los que contratan los gangsters para matar a otras personas.

—¿Los profesionales del crimen? —dijo Caruso.

—Exactamente, señor Caruso. Así se les llama. Son hombres que ni siquiera conocen a sus víctimas, que matan simplemente por dinero. En mi opinión, ese hombre, Morse, hace lo mismo. Secuestra por dinero. En el fondo, no hay mucha diferencia.

—Se ha expresado usted muy bien, señor Dorn —dijo la señora Paton con una amplia sonrisa.

—Gracias, señora Paton.

—Pues yo sigo diciendo que es inocente —dijo Caruso—. Estoy seguro. Eso de las Almas de Jesús no es ni una iglesia de verdad. No son como los católicos, o los protestantes, ni siquiera como los judíos. Son una banda de estafadores. Ese Hodges, el jefe, se queda con todo el dinero, y vive como un millonario en su yate. Para mí, el señor Morse no sólo es inocente sino que ha hecho mucho bien.

—Creo que no tiene usted derecho a decir eso, señor Caruso —dijo Gatling.

—¿Por qué?

—Porque el papa también vive rodeado de lujo. ¿No ha visitado nunca el Vaticano? Pues yo sí lo he visto, y...

Caruso le echó una furiosa mirada, y ya iba a decir algo cuando el presidente golpeó la mesa con los nudillos y dijo tranquilamente:

—Señores, no estamos aquí para discutir de religión ni de política. Volvamos a nuestro asunto.

—Muy bien —dijo Caruso—. Volviendo a nuestro asunto, yo repito que ese hombre es inocente.

—Yo estoy de acuerdo —dijo la señora Jordan.

—¿Quiere explicarnos por qué?

—No sé, no puede parecerme mal lo que ha hecho el señor Morse después de la tragedia que le ocurrió a su hija. Yo tengo una hija de la misma edad, que va al instituto, y eso me hace comprenderle.

—Quisiera decir algo —intervino la señora Paton.

—Diga usted.

—Yo me hago cargo de lo que debió de sentir el señor Morse a la muerte de su hija. Pero estamos perdiendo de vista una cosa. Se ha quebrantado una ley. Cuando se quebranta una ley, ha de haber un castigo. Cuando se toma la ley en las propias manos, como lo hicieron Manson, o el Ejército Simbiótico de Liberación, o gente así,

pasan cosas horribles. Si no observamos las leyes, se producirán aún más delitos de los que se producen ahora. Todos ustedes saben lo peligroso que es salir a la calle por las noches, sobre todo las mujeres. Por los atracos, violaciones, asesinatos...

—Eso es verdad —dijo la señorita Díaz—. Por las noches, no me atrevo a entrar en el parking del supermercado.

Y mi novio me acompaña a casa cada día.

—Y otra cosa —continuó la señora Paton—. Si salimos de aquí y damos un veredicto de inocencia para *todos* los acusados, eso le extrañará a todo el mundo. Los periódicos y la opinión pública se nos echarán encima.

—Por no hablar del juez —añadió el presidente—. Podría censurarnos por ello.

—¿Puede hacer eso? —preguntó la señora Jordan.

—No estoy seguro, pero creo que sí.

—Yo repito que ese Morse no ha hecho nada malo —insistió Caruso—. Al diablo con la opinión pública; aquí el jurado somos nosotros.

—No —dijo la señora Paton, muy tranquila y decidida—. Todo tiene un límite. Me he dejado convencer para declarar inocentes a los padres. Pero no pienso ceder en lo referente a ese señor Morse. Creo que ha infringido la ley, no una vez sino ciento seis veces, y que debe ser castigado.

Discutieron hasta la hora del almuerzo. Y después siguieron discutiendo. La señorita Díaz, una de las personas que no se habían pronunciado, se pasó al bando de la culpabilidad. No tardó en imitarla el señor Williams, que no dejaba de resoplar y estornudar, y que tenía el rostro cubierto de sudor a pesar del frío.

A las tres de la tarde, la señora Nealy decidió votar culpabilidad.

—Supongo que ustedes tienen razón —dijo, mirando a Dorn y a la señora Paton—. Todos deberíamos cumplir las leyes, sin excusas de ninguna clase. Admito que el señor Morse es culpable. Además, creo que no podría pasar otra noche en esa cama del hotel, ni con una tabla ni con un somnífero.

A las cuatro, la señora Steinberg pensó en sus gatos y en la posibilidad de que pasasen otro día sin comer, y, haciendo trampa con su conciencia, decidió que la ley era la ley y votó «culpable».

A las cuatro y veinte la señora Jordan pensó en su hijita Betsy, en el pastel de cumpleaños que había encargado y que aún no había recogido, en las velas, los adornos y los sombreros de papel que tenía que comprar, y en todo lo que había que preparar para una fiesta de cumpleaños a la que asistirían once niñas, y no pudo soportar la idea de que las deliberaciones durasen hasta el día siguiente, con la posibilidad de no celebrar la fiesta si se prolongaban demasiado. Por ello, acabó decidiendo que Morse era culpable.

Poco después, el señor Frazer cedió también porque aquella noche tenía que jugar a los bolos. Se trataba de un campeonato en el que participaban empleados de correos. Él era el mejor jugador de su equipo, y, si no asistía, los demás le echarían en falta. Además, era su única salida semanal, la única noche en que se veía libre de su

estúpida y pesada mujer.

Después capituló el señor Cohen, porque tiempo atrás había tenido un amago de infarto y le parecía que empezaba a sentir unos dolores en el pecho. Quizás era que le había sentado mal el almuerzo, pero tenía que andar con cuidado; más valía qué se fuese a casa, se metiese en cama y se cuidase. Los dolores eran muy ligeros, no constituían aún motivo de preocupación, pero, con todo, si algo ocurría, prefería estar en casa con Mollie y poder llamar al cardiólogo.

Quedaba sólo el señor Caruso como último reducto.

A pesar de tener a once personas en contra suya, seguía convencido de que Morse no había cometido ningún delito y había prestado un servicio a la humanidad. Se mantuvo firme en esa posición hasta las cinco. Pero, entonces, echó una mirada al reloj y pensó en lo llena que estaría la autopista de San Bernardino dentro de poco rato. Pensó que, si quería comerse un bocadillo y llegar a tiempo al partido tenía que salir pronto. Y dijo finalmente:

—Está bien. Sigo pensando que todos ustedes se equivocan y que son muy injustos con el señor Morse. Pero ustedes son once y yo sólo uno, y, ¿quién soy yo para arreglar el mundo? Quizás ustedes saben algo que yo no sé, o entienden algo que yo no entiendo. Voto culpable.

Todos estuvieron de acuerdo en que, si Morse era culpable de conspiración para cometer secuestro, era también culpable de conspiración para cometer retención indebida, y añadieron aquello también.

El presidente pulsó el botón, y, cuando el alguacil abrió la puerta, le dijo:

—Hemos terminado.

Tres semanas después, el juez Brenner sentenció a Morse a un año de prisión.

La sentencia contenía una condición adicional. El juez le ordenaba que se abstuviese de toda actividad relacionada con la desprogramación durante un período que se fijaba en diez años.

Después, Morse abandonó la sala escoltado por el alguacil.

34

El Pontiac gris dejó la carretera que seguía el cañón y entró en el camino sin asfaltar que salía de ella.

Tomó cuidadosamente los primeros zigzags y continuó ascendiendo lentamente por las cerradas curvas. Por fin, salió de la última y recorrió los pocos metros que le

separaban de Astarot.

Se detuvo de cara a la puerta, a punto de entrar. Bajaron de él un hombre y una mujer.

Eran el señor Dorn y la señora Paton.

Ambos se dirigieron al maletero del vehículo. Dorn dio vuelta a la llave y lo abrió. Extrajo de él un par de paquetes y le entregó uno a su acompañante.

Abrieron los paquetes, sacaron de ellos sus hábitos monacales y se los pusieron, ciñéndoselos a continuación con sendos cinturones de color rojo.

Después, se volvieron para mirar la gran cruz dorada que centelleaba al sol. Parecía alzarse muy por encima del edificio, tras los muros; les pareció más alta que nunca, más brillante que nunca bajo la luz del sol.

El señor Dorn miró a la señora Paton y le sonrió.

—Hoy es un gran día para nosotros —dijo.

—Oh, sí —dijo ella, devolviéndole la sonrisa—. Va a ser un día maravilloso.

Oyeron que los perros comenzaban a ladrar, al otro lado de la valla. El señor Dorn fue hacia el aparato de comunicación. Oprimió el botón y alguien le respondió por el altavoz.

—¿Quién es?

—Soy Sadoc. Ya estamos aquí Tersa y yo.

—Jesús os ama —dijo la voz—. Os estábamos esperando. Entrad.

Volvieron a subir al coche. La puerta electrificada se deslizó a un lado y se abrió completamente. Recorrieron la larga calzada de grava y se detuvieron a la entrada del edificio.

Los cinco priores de Astarot les esperaban junto a la puerta para saludarles. Todos mostraban amplias sonrisas.

El primer prior se adelantó y les saludó:

—Jesús te ama, Sadoc. Y a ti, Tersa.

—Jesús te ama, Nehemías —dijeron a un tiempo el señor Dorn y la señora Paton.

—Pasemos adentro —dijo Nehemías—. Todos os esperan. Pero, antes, dadme vuestros cinturones.

Se quitaron los cinturones rojos y se los entregaron. Después, los cinco priores les acompañaron a la iglesia. Ésta estaba iluminada únicamente por velas, y llena en toda su capacidad. Todos los habitantes de Astarot estaban allí para honrarles. Cuando entraron, todos los reunidos se pusieron a cantar un suave himno.

Los cinco priores escoltaron al señor Dorn y a la señora Paton hasta el altar. Éste estaba a oscuras, pero, al cabo de unos momentos, se encendió un reflector.

Y, bajo el haz de luz, apareció «su divinidad», el Maestro en persona. Su aspecto era majestuoso; parecía un imponente profeta recién salido de la Biblia. El cinturón dorado ceñía su hábito gris, y llevaba sus sandalias doradas. Dirigió una beatífica sonrisa al señor Dorn y a la señora Paton.

—Jesús te ama, Sadoc —dijo—. Y a ti también, Tersa. Los dos os habéis

destacado en el servicio del Señor.

A continuación, les pidió que se adelantasen para recibir sus recompensas.

En cada mano sostenía un cinturón blanco.

El señor Dorn y la señora Paton tomaron los cinturones que se les ofrecían, ciñeron con ellos sus hábitos y se arrodillaron ante el Maestro en espera de su bendición.

Después, el himno que cantaba la congregación se convirtió en un cántico triunfal.

EPÍLOGO

35

Del *Los Angeles Times*, 6 de marzo:

LOS ANGELES. El juez Harían F. Brenner, del Tribunal Superior, ha admitido hoy la solicitud realizada en su día por John Morse y le ha concedido la libertad bajo fianza, fijando ésta en cien mil dólares. La cantidad ha sido reunida por un cierto número de organizaciones de padres que han perdido a sus hijos debido al ingreso de éstos en las Almas de Jesús.

En estas últimas semanas, la secta ha sido objeto de duros ataques. El juicio que se celebró en el mes de enero atrajo la atención de todo el país, y ha dado lugar a una oleada de críticas contra esa organización religiosa. Según el conocido autor George Glennon, que está a punto de publicar un libro de denuncia contra las ADJ, entre los neófitos de la secta se han producido varios suicidios, así como graves trastornos psíquicos. Se recordará que la hija de John Morse, Suzie, se quitó la vida mientras estaba sometida a la «purificación», proceso por el que pasan los neófitos de las ADJ.

El reverendo Buford Joe Hodges, dirigente de la secta, denominado por sus seguidores Su Divinidad, o el Maestro, ha sufrido también fuertes críticas. El Departamento de Hacienda ha iniciado una investigación acerca de sus posesiones personales y una revisión de la exención fiscal de que actualmente goza la secta. El fiscal general de California y los de algunos otros estados han emprendido también investigaciones acerca de las actividades de la organización, y lo mismo han hecho los fiscales de distrito de varios condados donde existen comunidades de las ADJ.

Debido a las presiones de los indignados padres, algunos condados han empezado ya a adoptar una fórmula legal que se empleó en primer lugar en Tucson y en el condado de Pima, Arizona. Este instrumento legal recibe el nombre de «custodia temporal». Mediante una orden judicial, los padres pueden adquirir el derecho a la tutela de un miembro de la secta durante un período de treinta días. El mandamiento es emitido por un juez en base al testimonio de psicólogos, médicos, antiguos miembros de la secta y, a menudo, de los propios padres. Durante esos treinta días, el joven es sometido a la influencia de un equipo de programadores, que intenta convencerle para que abandone la secta y reanude una vida «normal».

Pero esas medidas han provocado una fuerte oposición, no sólo de las Almas de Jesús sino también de muchas otras sectas. Todas ellas están contratando los servicios de grandes abogados y se preparan para la batalla. Y algunos psicólogos, sacerdotes y defensores de los derechos civiles expresan su preocupación. Uno de ellos ha declarado: «Todo esto constituye una escandalosa conspiración, a escala nacional, encaminada a privar a los ciudadanos, en especial a los jóvenes, de sus derechos personales, civiles y religiosos. Es un ataque descarado a la Primera Enmienda».

El reverendo Hodges acaba de volver de un crucero por las Bahamas. Entrevistado en su yate, el *Enviado de Dios*, se quejó de ser hostigado por el simple hecho de servir a Dios.

«Me duelen esas malévolas acusaciones y actividades contra mi iglesia —dijo—. Si se me sigue persiguiendo en este país, como Cristo fue perseguido en otro país y en otra época, y se acaba por expulsarme de él, ello no significará el fin de las Almas de Jesús. En Europa y en las demás partes del mundo viven millones de cristianos que esperan el mensaje de Dios, y allí donde vaya podré difundir Su Palabra».



MAX SIMON EHRLICH fue un escritor estadounidense. Licenciado en la Universidad de Michigan en 1933, comenzó su carrera colaborando en periódicos como el Springfield, Massachusetts Republican.

Escribió tanto novelas como guiones para la radio, el cine y la televisión. Adaptó muchas novelas, obras de teatro y cuentos para la radio.

Su obra se acerca mucho a la ciencia ficción y al género fantástico, logrando premios a lo largo de su carrera como el Writers' War Board o una beca Huntington.

De entre su obra cabría destacar títulos como *Edicto Siglo XXI* (The edict, 1971) o *La reencarnación de Peter Proud* (The Reincarnation of Peter Proud, 1973), que fue llevada al cine con el mismo título en 1975.